
LORENA
MURIÉN
TRAICIÓN
EN LA
SOMBRA
EL MUNDO NO ESTÁ PREPARADO PARA
IR CONTRA LAS REGLAS, PERO ELLAS SÍ.

instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación: Verónica Espinosa
Corrección: Rocío G. Yuncal
Fotografías de portada:
unsplash.com / Ansgar Sheffold

Esta novela contiene situaciones, escenarios y
diálogos que podrían herir la sensibilidad de
algunas personas.

Cada uno de los personajes creados y reflejados en el interior
de estas páginas son de carácter ficticio. Cualquier parecido
con personas y experiencias
reales, es producto de pura coincidencia.

# PRÓLOGO

*Año 1995*

Tenía las manos frías, una sensación que poco a poco se trasladó a su cuerpo. La calma se rompió por el susurro del viento y los pasos firmes de un hombre que tardó poco en llamar su atención, distrayéndola del juego que tenía entre manos. Cuando lo vio fue hacia él para fundirse en un abrazo que no obtuvo palabra de aliento a cambio, solo una simple sonrisa, no podían perder el tiempo y se lo dejó claro en cuanto le cogió de la mano y la guio hacia otra sala donde había elementos que la harían correr y batirse en duelo consigo misma. También se encontraba alguien más.

Cuando sonó el silbato apareció otro chico por una puerta, era un poco mayor que ella y unos cuantos centímetros más alto. Se puso delante y la miró a los ojos con ganas de pedirle que salieran corriendo, de volver a ser rebeldes e ir a jugar a la pelota o quizás a la consola, si es que tenían suerte. Pero allí no estaban para eso y se dieron cuenta al momento.

Su maestro se cruzó de brazos y los observo un rato hasta volver a tocar el silbato, obligándolos a tomar posición. Pies bien colocados, puños arriba y a luchar.

Tenían poca edad para saber por qué debían enfrentarse el uno al otro, y por esa misma razón mantuvieron la inocencia mientras simulaban jugar a las artes marciales —sin ánimo de batallar de verdad— hasta que aquel hombre se acercaba a ellos y los instaba a pegar más fuerte, a mejorar la postura y a verse como rivales y no como amigos; dos jóvenes que al final de la semana ya no se verían más. La niña cayó al suelo y el chico se puso sobre ella, dejando su puño en el aire y con el brazo temblando. No podía hacerlo, no podía pegarle y lo supo cuando la pequeña cerró los ojos a punto de llorar.

—¡Levántate! —ordenó el hombre y, al ver que no le hacía caso, se acercó a él para cogerlo de la camiseta y arrastrarlo—.

Cuando estés ahí fuera, cuando el mundo se vuelva un caos, no tendrás muchas oportunidades. Quizá hasta te encuentres con ella y acabe contigo. ¡Cobarde!

El hombre lanzó al chico contra el suelo y después se fue a por la niña, ofreciéndole su mano para que se pusiera en pie. La pequeña miró a su compañero el cual estaba frustrado y también avergonzado, sentimientos que cambiaron en él por un profundo odio en cuanto se dio cuenta de que ella era la favorita y que siempre lo sería. Pero no fue capaz de hacer nada para remediarlo. Al fin y al cabo, tenía solo doce años y mucho que aprender sobre la vida cruel que los esperaba ahí fuera cuando estuvieran preparados de verdad.

Los vio salir de aquella sala de entrenamiento mientras la escuchaba decir:

—¿Puedo ir a jugar?

—Claro, veamos si has mejorado tus habilidades con los rompecabezas, ¿te parece?

Por primera vez, el hombre mostró una sonrisa calmada, incluso alegre, una simple máscara para que esa niña confiara en él ciegamente. Nada difícil para la inocencia de esa edad.

—¿Podré comer un helado después? —pidió también y la respuesta le dejó con un bonito gesto en los labios y el corazón contento.

Todavía faltaban años para que se diera cuenta de lo que hacían con ella, de cómo la preparaban para ser lanzada a un tablero de juego donde otros la controlarían, hasta que se diera cuenta de todo y esa enseñanza los pusiera contra las cuerdas.

# 1

## TONI

*Madrid*
*Viernes, 19 de abril de 2024*

Entro por el portal cuatro de la calle de Pelayo y la música se me mete dentro como una droga que está dispuesta a hacerte olvidar lo que hay ahí fuera, la rutina de mierda y las horas en la oficina sentada frente a un ordenador, aunque en mi caso un día de trabajo no esté marcado precisamente por el aburrimiento. La gente choca conmigo mientras llevan copas en la mano y el sudor les cae por la frente y el cuello. Una chica me sonríe, pero esta noche no puedo caer en la tentación de la conquista, así que camino y me meto entre los cuerpos que bailan e ignoran mi presencia. El neón con la frase «Que el mundo nos pille bailando» me observa a los lejos e ilumina un par de sonrisas que llegan hasta mí. A una le guiño el ojo y, sin más, me paro en mitad de la pista de baile para empezar a mover las caderas y levantar los brazos, llevándome disimuladamente una mano a mi oreja izquierda.

—¿Ves algo? —La voz del agente Herranz suena firme a pesar del ruido que me rodea y eso me hace entrar en un estado de calma que acompaña a mi cuerpo mientras bailo.

—Todavía no, pero estoy segura de que aparecerá en cualquier momento. —Hablo hacia mi reloj con la esperanza de que él también me reciba alto y claro.

—Por aquí está todo controlado —afirma él.

En este momento, debe de estar en el tercer piso del edificio que hay frente al bar, en una vía de un solo sentido que puede ponernos las cosas fáciles o muy complicadas teniendo en cuenta que es noche de fiesta. Hace cuatro días recibimos una filtración de la *dark web* que situaba a nuestro objetivo en la ciudad, no sabemos cuánto tiempo estará aquí ni el motivo de su viaje, pero tenemos una oportunidad de oro para atrapar a una asesina buscada por varias

agencias y no pienso permitir que nada se salga de control.

Claro que, no todo puede ir como lo deseamos y menos, en este trabajo.

Al girar sobre mis pasos, veo a Irma Carver beber de su copa con elegancia y una sonrisa sensual puesta en los labios, después acaricia el vaso con un dedo y pone esa misma mano sobre la camisa de un tipo que no tiene idea de a quién quiere llevarse a la cama esta noche. Que Andrés no la haya visto entrar me deja más claro que no estamos ante una simple principiante, con lo cual echo un vistazo rápido a los diferentes espacios del local: salidas de emergencia, pasillos escondidos y entrada principal —por la que siguen apareciendo gente dispuesta a bailar, a beber y a disfrutar sin más— y me dispongo a dar el siguiente paso.

—Al parecer lleva un rato aquí —pronuncio en voz baja, llevando mis manos hacia la nuca para acariciarme el cuello sin despegar la mirada de mi objetivo—, pero no vengas, quiero que haya un par de ojos en la calle por si esto se complica.

—Toni, ya sabes que no deberías…

—No estamos ante un objetivo cualquiera —aclaro, aunque el tono de mi voz suena más a orden—. Déjame actuar, si algo va mal, te lo haré saber.

Sin darle opción a réplica, apago el intercomunicador con un ligero toque en mi oído, y ahora lo único que me rodea es la música y las voces de la gente que se comunica a gritos a la vez que canta. Mientras Irma sigue en la barra coqueteando, yo arrastro las manos por mis caderas y mis muslos comprobando que llevo el cuchillo —pequeño y discreto— conmigo, bajo un vestido negro que está ceñido a mi cuerpo, pero que me da la libertad suficiente para poder moverme con naturalidad.

Cuando un hombre se acerca a mí, le sonrío con picardía y permito que baile conmigo; me llevo un mechón suelto tras la oreja dejando que crea que me gusta cómo se pega a mí mientras que no aparto la mirada de la única mujer por la que tengo interés. Las manos

de él me acarician el abdomen y las cojo para deslizarlas por mis caderas sin dejar de contonearme y con la única intención de que Irma no se me escape. Las luces se mueven por todo el local brillando sobre nosotros y dibujando sombras que se mueven en el suelo. Hay un segundo en el que cierro los ojos y me dejo llevar por la música que suena, con la sensualidad típica que invita a bailar pegados, ojalá fuese una noche sin más.

—¿Quieres una copa? —susurra mi nuevo acompañante al oído.

Yo afirmo actuando como si estuviera encantada y me coge de la mano para llevarme con él entre la multitud y, a la vez, acercándome a una mujer que no parece reparar en otra cosa que no sea el tipo que tiene delante y que está encantado de recibir tanta atención.

Desde la distancia, al otro lado de la barra, veo cómo él se acerca para besarla. Irma corresponde encantada pero, un segundo después, la expresión de su presa se desencaja antes de que ella se gire y clave sus ojos en mí, dejándome parada en el sitio. Con frialdad me lanza un beso con la mano, coge su bolso y se mezcla entre la multitud para perderse por el pasillo del fondo. Hay un segundo de paz hasta que alguien ve a la víctima gritando y creando desconcierto al verse las manos ensangrentadas.

—¿Qué coño pasa? —se queja el hombre que me acompaña y cuando hago amago de marcharme, me coge de la muñeca—. Eh, ¿qué haces?

—Búscate a otra, cariño —espeto y me alejo de él para correr hacia el herido que ha sido apuñalado en el abdomen, en una zona que, afortunadamente, no pondrá su vida en peligro; en consecuencia, busco la mirada del camarero tras la barra mientras aprieto las manos de la víctima contra su herida—. Llamad a emergencias, y tú no dejes de hacer presión.

La situación hace que me olvide de la discreción y, mientras los de seguridad intentan poner orden, me escabullo chocando con varias

personas que gritan y corren hacia la salida. Mi mano va hacia el intercomunicador y en cuanto abro la línea, escucho la desesperación de Andrés. A veces le puede el caos y a mí me pone de los nervios.

—¡Que si estás bien! —grita él como si ya lo hubiera dicho mil veces y provoca que suelte un quejido.

—Me vas a dejar sorda —protesto y avanzo por un pasillo oscuro que lleva hacia otro a la derecha y hacia una puerta que está entreabierta—. Sabía que estábamos aquí y ha salido por la otra parte. Recoge todo ahora mismo y reúnete conmigo en el lugar acordado.

—Debería estar ahí abajo contigo, joder.

—¡Ya me ha visto demasiada gente, así que mueve el culo! —La orden abandona mis labios con claridad y el silencio al otro lado de la línea me indica que mi compañero no me va a dar más problemas —. ¿Me has oído?

—Vale, nos vemos allí, pero ten cuidado.

Me gustaría decirle que va a ser así, pero lo único en lo que pienso es en Irma; de manera que cuando salgo a la calle giro sobre mis pasos para intentar dar con ella y, curiosamente, la veo a unos cien metros de mí subida a una moto, mirándome. Con diversión, se lleva una mano a la frente y hace el saludo militar. Al segundo ya ha arrancado y hace la calle suya, desafiando al tráfico y a la gente que se le cruza por delante. El instinto me lleva a correr detrás con los tacones haciendo ruido, pero enseguida sé que no voy a conseguirlo si no encuentro una alternativa mejor, por lo tanto cuando un motorista se cruza delante de mí hago que pare y al quitarse el casco encaro la mirada del conductor.

—¿De qué vas, zorra?

—Lo siento, pero esto es de vida o muerte. —Aunque le sonrío como haría una serpiente a punto de comerse a su presa, me acerco a él y le pego un manotazo con fuerza en el pecho que le hace caer hacia atrás.

El desconcierto me da la oportunidad de coger el casco y subirme a su moto de ciento diez centímetros cúbicos. Tomo una

bocanada de aire y aprieto el acelerador para empezar una persecución que provoca el frenazo de un par de coches cuando están a punto de chocar conmigo. Mi habilidad para la conducción hace que gire y derrape la moto para tomar la recta a toda velocidad. Ir con vestido y tacones no es lo más cómodo, pero los años y la experiencia me han enseñado que pocas cosas se me resisten; con lo cual me olvido de eso y fijo un claro objetivo: atrapar a esa hija de puta.

Irma toma una curva, se salta un semáforo en rojo y los cláxones de varios coches resuenan; rápidamente, analizo el entorno para acelerar más e ir tras la estela de una mujer que parece querer llevarme a su terreno. Si deseara escapar no habría cogido una ruta en la que puedo seguirla perfectamente a través de la calle de Alcalá y de Alfonso XII. La carretera se abre frente a nosotras invitándonos a conducir sin discreción y eso hace que la adrenalina se me dispare hasta que en un parpadeo la pierdo de vista y me hace frenar en seco. Me quito el casco, miro al frente y busco por todas partes, dando con su moto tirada en el suelo y una única opción de escape.

—¿Por qué El Retiro? —pregunto con ironía mientras bufo poniendo los ojos en blanco, como si pudiera meterme en el papel de una espía de cualquier serie de televisión en la que su enemigo es altamente predecible.

La brisa me golpea y bajo de la moto, después me arreglo el recogido y coloco bien el vestido antes de avanzar hacia la Puerta del Ángel Caído. Aunque falta como una hora para que el parque cierre, no quedan muchos visitantes por la zona, pero aun así, cojo el cuchillo con discreción mientras avanzo sin apartar la atención de lo que me rodea. Solo veo árboles y oscuridad, así que mis pasos son lentos mientras rezo porque nadie se cruce en mi camino. Un segundo de incertidumbre me hace querer llevar la mano hacia la oreja para comunicarme con Andrés, pero una sensación en el pecho hace que me quite la idea de la cabeza; después de todo, él no es mi compañero oficial y creo mucho en mis capacidades.

En medio de un incómodo silencio, cojo con más firmeza el cuchillo y avanzo por la zona del Bosque del Recuerdo donde muchas

veces busqué algo más que paz, y al acercarme al Centro Deportivo siento un cosquilleo en la nuca.

—Toni Ariza, qué placer. —La voz llega hasta mí a la vez que alguien me rodea con un brazo por la cintura y pone un cuchillo en mi cuello sin miramientos. Que me llame así, solo me deja claro de lo segura que está de lo que hace—. Había escuchado que eras buena, ya tenía ganas de comprobarlo con mis propios ojos.

Su español tiene un ligero acento alemán, aunque debo reconocer que no se le nota demasiado, podría pasar desapercibida para cualquiera y esa es una habilidad que no tienen muchos, lo reconozco. Quiero moverme, pero no me lo permite, más bien lo contrario, porque me pega tanto a su cuerpo que podría parecer que estamos a punto de darnos a la pista de baile del club que hemos dejado hace un rato.

—Pues yo no tanto —aclaro con tono despectivo, aunque admito que estar bajo su control da un puntillo de emoción a la noche —. ¿Qué te ha parecido Madrid?

—Tiene su encanto —contesta susurrándolo en mi oído, puedo notar su aliento y el filo del cuchillo con más firmeza—, pero no estamos aquí para eso, ¿no?

Irma me suelta y me da un empujón justo cuando veo venir a varias personas por nuestra derecha lo que me hace bajar el arma y esconderla en la palma de mi mano, sin llegar a predecir su siguiente movimiento cuando ella se acerca hacia mí para besarme sin pensárselo demasiado, provocando que el grupo de amigos sonría como adolescentes calientes y dejándome sin ninguna opción a responder como lo haría en otro tipo de situación.

# 2

## IRMA

La zona se despeja y la agente Ariza me aparta de ella con brusquedad. La veo cerrar un puño que lanza contra mí sin pensárselo dos veces, por suerte ya estaba preparada para esto, así que me muevo rápido y logro golpearle en el costado, dejándola sin aire un par de segundos. Al levantar la mirada sé que capaz de ir a por todas con tal de acabar conmigo y eso me gusta tanto que me regodeo en esa expresión un rato, hasta que se yergue lista para atacar y me obliga a sacar la pistola que he traído conmigo. Una reliquia de tiempos de guerra que siempre tengo guardada en el bolso.

—Oh, oh… yo que tú no lo haría —amenazo apuntándola. Puede que el arma sea pequeña, pero es igual de letal que yo—. El cuchillo.

Ella se lo piensa, sabe que he intuido que no lleva más armas; nunca pondría en riesgo a tantas personas en un club por no hablar de lo incómodo que sería esconderlas en ese espectacular vestido, por lo tanto desiste y lo tira al suelo, dándole una patada para alejarlo de su alcance. Mi sonrisa petulante se refleja en sus ojos a pesar de la poca luz que nos ilumina y eso la saca de quicio, puedo verlo por cómo frunce el ceño y aprieta los brazos contra su cuerpo.

—¿Qué quieres? —pregunta con los ojos inyectados en un odio que entiendo muy bien, es lo que tiene ser una asesina buscada por la mayoría de los suyos—. Sé rápida, porque te prometo que no volverás a subir a un avión.

—¿Estás segura, agente Ariza? Yo diría que va a ser al contrario, porque tú me vas a dejar escapar y te sugiero que no juegues a los espías para avisar a tu compañero, o tu familia no vivirá para contarlo. —Juego una carta que la deja con los labios apretados, temblando de furia—. ¿De verdad me crees tan poco inteligente como para no saber a quién me enfrento? Qué mal estáis acostumbrados en este trabajo… —Avanzo hacia ella y cuando estoy tan cerca de sus

labios como para volver a besarla, le meto un papel en el escote—. Nos vemos en una semana en esta dirección.

—Y si no lo hago, ¿qué? —No me sorprende que todavía tenga energías para tirar una amenaza y cuando me agarra la muñeca con fuerza, le pongo el cañón en el cuello para levantarle la barbilla.

—He visto a Joana, tiene buen toque con el balón y llegará a ser una gran futbolista. Si no pasa algún desastre, claro…

Estar al filo de la muerte no parecer ser un impedimento para que se lance contra mí ante tal provocación. Las dos acabamos en el suelo y estoy a punto de apretar el gatillo, pero la misión que tengo por delante hace que me lo piense dos veces. Esto será suficiente para que ella siga mis órdenes así que me arrastro sobre la arena raspándome las manos y, en cuanto puedo, vuelvo a apuntar la pistola contra Ariza, a pesar de que viene hacia mí como un animal encabritado.

De hecho, lanza una patada que evito girando, estropeando un vestido precioso y carísimo que ya no voy a poder volver a ponerme. «Qué lástima».

—Si vuelves a acercarte a ella, te mato —suelta, dispuesta a atacarme otra vez.

Hay algo que he aprendido a lo largo de estos años y es que cuando amenazas la vida de la persona más preciada para alguien, haces que esta se vuelva impulsiva y torpe —y ella no parecer ser menos— lo que me da tiempo a enredar mis piernas con las suyas para tumbarla y lograr ponerme a horcajadas sobre su cintura, intimidándola. La vena de su cuello se hincha y apenas puede respirar, ahora está a mi merced, de modo que hago presión con el cañón y aprieto los muslos evitando que se mueva.

—Parece que no lo has entendido bien —suelto con voz firme —. Vas a coger ese avión y también harás lo que yo te diga, o tu increíble carrera como agente del CNI estará acabada, ¿entendido? Puedo venderte a cualquiera, recuérdalo —bromeo, aunque sabe que voy muy en serio—. Si no quieres que tu familia o el imbécil de tu

compañero sufran las consecuencias, cogerás esas vacaciones que llevas atrasando años y colaborarás conmigo. Créeme, la recompensa va a ser grande.

—Dame una razón para no matarte en cuanto te des la vuelta —ataca, me gusta que juegue con tanta claridad y eso hace que sonría con arrogancia.

—Félix —digo y sus ojos se abren como platos. El CNI lleva buscando a mi contacto principal y jefe más de dos décadas, un hombre imposible de rastrear, hasta ahora. Noto cómo su cuerpo se relaja y me levanto bajando el arma—. Ni una palabra a los tuyos, o las cosas te irán mal, ¿está claro?

Ella se me queda mirando, puedo ver cómo se debate entre si dejarme ir o elaborar un plan de última hora para atraparme; pero, cuando le tiro otro beso y giro sobre mis pasos, sé que no va a hacer nada que me impida largarme de aquí. De hecho, empiezo a caminar dándole la espalda, cojo el bolso que se me había caído y guardo ahí el arma dejando El Retiro atrás. Pasados treinta segundos, giro el cuello y compruebo que no me sigue. Su sed por algo tan grande como atrapar al hombre que mueve los hilos de una peligrosa organización será suficiente para traerla a mi zona de juego porque, lamentablemente para mí, no podré hacer esto sin el apoyo de alguien que esté entre nuestros enemigos.

Al llegar a la moto, me pongo el casco y arranco el motor, consciente de que tal vez, esto sea mi sentencia de muerte.

El reflejo de la agente Ariza aparece en el espejo retrovisor y provoca que eche un vistazo atrás para volver a mirarla ahí plantada, con la seguridad de un corazón salvaje que lo ha dado todo por su trabajo, en un mundo donde el bien y el mal está separado por una delgada línea que la gente con poder es capaz de cambiar de sentido a su antojo.

Y yo soy el claro ejemplo de ello.

***

Mis ojos se ocultan tras unas gafas de sol por las que observo el movimiento que hay a mi alrededor, en un lugar donde familiares y amigos se reúnen sin ser conscientes de que cerca tienen a una asesina que podría acabar con ellos sin pensárselo dos veces. Sus sonrisas calan dentro de mí y traen a mi cabeza el recuerdo de una infancia solitaria marcada por un estricto entrenamiento que me ha convertido en la mujer que ahora soy, salvo por las contadas ocasiones en las que Félix fingió amor.

Estoy apoyada en un árbol, con los brazos cruzados sobre una chaqueta vaquera que me hace parecer una más, a pesar de que no soy nada. Toni Ariza está a unos treinta metros, animando a su hermana mientras entrena para preparar el partido del fin de semana y su sonrisa tranquila no delata nada de lo ocurrido la pasada noche. De hecho, tampoco cumplió con su amenaza a pesar de que una parte de mí estuvo esperándola en silencio y sin pegar ojo.

—¡Vamos, Joana! —La oigo gritar y cuando su hermana marca gol, levanta los brazos para celebrarlo como si hubiera ganado el campeonato del mundo.

Supongo que eso es amor verdadero, tener en tu sangre las mismas células de otra persona, una conexión que nada puede romper; algo que yo nunca tendré.

El pecho me da un pinchazo y dejo caer los brazos. Toni gira el cuello y mira hacia donde yo estoy, pero no parece inmutarse, así que bajo la visera de la gorra y me largo de aquí. No tengo ganas de torturar más a mi solitario corazón.

Al subir al taxi que lleva esperándome quince minutos, le pido al conductor que nos dirija al aeropuerto y allí paso el control de seguridad con un documento de identidad falso, algo que ya se ha convertido en rutina para mí.

Dentro del avión, sentada en un lugar discreto, me quito la gorra y saco un ordenador portátil de mi bolsa que coloco en la bandeja para ponerme música y echar un vistazo a los últimos documentos que he recopilado y que van conmigo a todas partes. El

historial de la agente Ariza que forma parte de la información clasificada del CNI se abre ante mí. Las fotografías se suman a los documentos y la observo en silencio por las calles de Madrid, Lisboa, Basilea y Turín en diferentes misiones de los últimos cinco años. Generalmente en solitario, pocas veces trabajando con algún compañero, pero si lo hace, siempre con Andrés Herranz; sin pareja estable ni tampoco pretensiones más allá de hacer su trabajo y salir con amigos de vez en cuando. Entregada a su hermana y la familia que le queda, uno de esos enigmas que te dan ganas de resolver y, por último, la mujer que pondrá mi vida en bandeja de plata. Porque si esto sale mal, tengo claro que no viviré para contarlo.

—¿Quiere tomar algo, señorita Robles? —Una de las azafatas me sonríe y habla con dulzura, ni siquiera me había dado cuenta de que ya llevamos más de veinte minutos de vuelo.

—Una cocacola, por favor —pido y ella asiente encantada antes de servirla en un vaso con tres cubitos de hielo y una rodaja de limón. Tal y como a mí me gusta—. Gracias —añado y se marcha a atender al resto de pasajeros.

Aquí soy una mujer normal y disfruto de este momento todo lo posible antes de que el avión vuelva a aterrizar. Con Royal Deluxe sonando en mis oídos, cierro la pantalla del portátil y me acomodo para disfrutar de las vistas que ofrece el avión, antes de pisar tierra y ser otra vez una asesina que se oculta entre millones de personas comunes. Espero que, dentro de una semana, Toni acuda a nuestra cita para empezar algo que ya no tendrá vuelta atrás.

Los nervios me encogen el estómago, no solo por la decisión que he tomado, sino porque voy a estar contando los días hasta que nos volvamos a ver.

# 3

## TONI

*Horas después del encuentro con Irma*

Andrés se llevó las manos a la nuca y le pegó una patada a la silla que tenía delante. El golpe rompió el respaldo y, por un segundo, me hizo pensar que el resto del mobiliario iba a sufrir las mismas consecuencias. Al girarse, le vi con la mandíbula tensa por culpa de la frustración y seguro que no se le pasó hasta que salió a correr para desfogarse; pero, en ese momento, ese no fue el mayor de mis problemas, aunque sí el interrogatorio al que me sometió.

—Explícame cómo es posible que la perdieras en una zona que conoces como la palma de tu mano, Toni, se supone que ella era la intrusa, ¡joder!

—Lo dices como si no tuviera experiencia en esto —bufé y puse los brazos en jarras intentando no sonar demasiado condescendiente—. Te estás olvidado de quien es, no creo que haya venido a Madrid sin conocer vías de escape, ya la viste en el club, entró sin que nos diéramos cuenta.

—Esto no le va a gustar nada a Javier —aclaró con desdén y me recordó que nuestro superior es un *tocapelotas* insufrible que se cree que tiene todo hecho por ser sobrino del secretario general—. Hemos perdido una oportunidad de oro, ¡de oro! A saber cuándo la volveremos a tener tan cerca.

—Si no ha cumplido con su objetivo, volverá —afirmé con toda la tranquilidad del mundo, disimulando perfectamente la información que había obtenido a cambio de dejarla escapar—. No hemos recibido notificación de ningún asesinato, ni algo parecido, la *dark web* está más tranquila que nunca, deduzco que o las cosas le han ido mal o hay gente que quiere ocultar bien sus cartas.

Más bien, esa era yo.

—Menuda gilipollez, ¿por qué iban a llamar nuestra atención

entonces?

—¿Tal vez porque alguien quería que la tuviéramos en el punto de mira? —Mi respuesta lo dejó clavado en el sitio, quizá más tranquilo, aunque al llevarse una mano a su barbilla, supe que no estaba convencido del todo—. Andrés, sabemos de sobra que esta gente es así, son asesinos a sueldo contratados por mercenarios o terroristas, cualquiera podría querer la cabeza de Carver y ofrecérnosla en bandeja. Haz el favor de no sacar conclusiones donde no las hay. —Sus ojos oscuros se clavaron en mí dispuestos a indagar más allá de los míos, pero al acercarme a él y poner las manos en sus hombros noté cómo su cuerpo se relajaba—. Yo misma me ocuparé de revisar las cámaras de vigilancia, si encuentro algo que llame mi atención, te lo diré.

—Aun así, Javier va a querer saber por qué vino a Madrid —insistió intranquilo—, y no pienso quedar como un paleto ante él por culpa de esa hija de puta. La víctima a la que hirió en el club está fuera de peligro, alguien debería ir a interrogarle.

—Envía a nuestro enlace de la policía y que te pase la información, sabes que no podemos llamar la atención, se supone que hoy estamos en una aburrida reunión de accionistas y quiero que siga manteniéndose así ante el resto del mundo.

—A veces odio esta parte del trabajo. —El lamento por su parte, me recordó que yo llevaba toda la vida mintiendo a mi familia y amigos, por un bien común que incluso me replanteaba en algunas ocasiones—. Lo único que espero es que esto no venga con ninguna consecuencia.

***

*Sábado, 20 de abril de 2024.*

—¿Quieres que vayamos a tomar algo?

Joana camina a mi lado tan tranquila que ahora mismo la envidio, ojalá pudiera tener su vida dedicada al fútbol, los estudios y nada más. Sus ojos se cruzan con los míos, iguales a excepción de unas

pequeñas motitas verdes que la hacen todavía más bonita, y mientras asiente se lleva un mechón húmedo tras su oreja. Parece preocupada por algo.

—Papá no va a estar por mi cumpleaños, me lo dijo ayer. —La decepción cruza su expresión una vez más. No es algo nuevo para mí, pero odio que también se lo esté haciendo a una chica que lo admira y quiere todavía más—. Por una vez pensé que lo pasaríamos en familia.

—Ya sabes cómo es su trabajo, seguro que tiene un viaje importante o algo así.

—Como tú, ¿verdad? —Mi hermana clava la atención en mí y vuelve a encogerse de hombros, tan triste como acostumbrada a este tipo de situaciones—. ¿También vas a ponerme una excusa?

—Eh, sabes que las cosas no son tan fáciles. —Con el recuerdo de la noche anterior en mi cabeza la detengo y llevo las manos a sus mejillas, dejando un beso en su frente que sé que le sabe a poco—. Mi trabajo es importante, pero nunca lo va a ser más que tú. Iré a la fiesta y después podremos ir a donde quieras, además creo que cogeré unas vacaciones.

Los ojos de Joana brillan cuando me mira y es consciente de que le digo la verdad y con las mismas se abraza a mí arrugando sus dedos en mi chaqueta. Nos llevamos diecinueve años, pero a veces me da la sensación de que ella es la adulta de las dos; aunque eso queda a un lado al darme cuenta de que acabo de usarla como excusa para cumplir con los planes de Irma. La espalda se me hiela al recordar lo cerca que estuvo de mí y la forma en la que me usó a su antojo dejando el país sin ningún problema; sin embargo, me recuerdo que si es verdad lo que me dijo, tengo una oportunidad inmejorable para demostrarle a la agencia de qué soy capaz.

—Quiero montar en kart, en el circuito que te comenté. —Sus ojos se iluminan y no tengo más remedio que caer ante esa petición, jamás en la vida se me ocurriría negarle algo que le haga tanta ilusión —. Te reto a que me ganes.

—¿Ya me estás amenazando? —Se me escapa una risa

divertida y por un momento me olvido del peligro que conlleva ser lo que soy. Me convierto en hermana y nada más, y cuando le pego un empujón para echar a correr corroboro lo feliz que soy por tenerla en mi vida—. ¡A ver si llegas a la moto antes que yo!

Las dos corremos como alma que lleva al diablo y me deja con la boca callada cuando atraviesa los últimos metros de distancia a toda velocidad llegando hasta mi Honda CB125R. Joana levanta una ceja y temo que me pida conducir ella, aunque lo que hace es sacar mi casco y lanzármelo con gesto divertido antes de subirse y esperar que haga lo mismo, pidiéndome que pasemos por su pastelería favorita para comprarse un *frappé* y volver a casa porque tiene que estudiar.

Cuando atraviesa la puerta, su madre está mirándome por la ventana y me saluda tan amable como siempre. Yo afirmo, como si quisiera decirle que Joana me ha contado lo de nuestro padre y que estaré ahí para ella, pase lo que pase. Me gustaría poder entrar y contarle lo complicado que es todo para mí a veces, pero me basta con saber que mi hermana está bien; así que arranco el motor, bajo la visera del casco y conduzco hacia El Pardo para llegar a mi próximo destino.

Una vez allí, compañeros y desconocidos me reciben con gesto serio al entrar al edificio, nada poco habitual en un lugar en el que velar por tu propia seguridad a veces hasta se vuelve un juego a vida o muerte. Atravieso un largo pasillo, entro al ascensor y apoyo la cabeza contra la pared, tengo que prepararme para ser lo más convincente posible o estaré en problemas. Sé de lo que es capaz Irma Carver, y no estoy dispuesta a poner en peligro a mi familia. La puerta se abre y enderezo mi espalda, lista para poner expresión de calma y una sonrisa que se esfuma en cuanto veo a Javier esperándome en la sala que tenemos asignada para las reuniones fuera de agenda.

—¿Qué tal ha ido el entrenamiento, agente Ariza? —suelta, cruzándose de brazos.

Cómo odio que ellos lo sepan todo.

—Bastante bien, Joana es una *crack*, creo que pronto harán la

gran llamada —admito con un carraspeo que cambio por una sonrisa forzada—. Supongo que Andrés ya te habrá informado.

—Lo que me pregunto es por qué hemos cometido un error de principiante. —No me gusta nada el tono que usa, ni tampoco verlo sentado en la esquina de la mesa de brazos cruzados, como si le importara poco la vida de los que realmente nos dejamos la piel. Aunque, la verdad, sé que es eso exactamente lo que piensa—. Me parece que deberías…

—Necesito esas vacaciones —interrumpo y su boca se abre por la sorpresa, sin poder descifrar si es lo que esperaba o no—. Está claro que esto no es habitual en mí, lo reconozco, puede que pecara de arrogante al querer ir sola… —Mientras camino, agacho la mirada y acaricio el escritorio que tengo a mi lado con los dedos sin cruzar la mirada con él en ningún momento. Seguro que ahora se está regodeando, creyéndose alguien mejor que yo, me gustaba más mi anterior supervisora, lo que no sabe es que este es un mero truco para salir del paso y centrarme en lo que de verdad tengo que hacer—. Siento que me vendrá bien airearme un poco mientras indago qué pudo pasar.

—Si es lo que quieres, que así sea. Dos semanas, y cuando estés de vuelta, que no haya ningún error más. —Javier se pone de pie y lleva su mano derecha al pelo engominado, levantando la barbilla, como si se creyera un ser superior. Después acerca las manos a las solapas de su traje oscuro y me mira por encima del hombro—. Tendrás que informar al agente Herranz, se ha empeñado en saber qué pasó cuanto antes, y digamos que estas cosas hay que…

—Tratarlas con más delicadeza, por supuesto. Si nos metemos de lleno en la *dark web* y llamamos la atención, el resto de agencias se dará cuenta —termino su frase sin ningún deseo de mostrarme mejor que él—. Y eso es lo que menos quiero. Irma Carver debe ser nuestra.

La firmeza con la que se lo digo hace que dibuje una sonrisa petulante. Sus ojos azules se clavan en mí y un mechón oscuro parece rebelarse de su peinado cuando cae sobre su frente. Javier no pronuncia ni una sola palabra, camina y pasa por mi lado dándome un

golpecito en el hombro con desdén antes de perderse por la puerta, y dejándome con ganas de haberle pegado una patada en los huevos.

Lo fácil ya está hecho, ahora solo tengo que hablar con Andrés y convencerle de que, al menos, deje esto para cuando vuelva sin que se extrañe porque quiera tomarme unas vacaciones. Abandono la sala y lo llamo para que venga a la zona de descanso a tomar un café, con la esperanza de que no sospeche y pueda largarme de aquí para idear un maldito plan con el que enfrentarme a Irma Carver en caso de que las cosas vayan mal.

Algo que, sin dudarlo, puede pasar.

# 4

## IRMA

*Sábado, 20 de abril de 2024*

Los cristales todavía están mojados por la lluvia inesperada que ha caído durante horas, haciendo que el tráfico se haya vuelto una locura y que el metro se llene más de lo normal. Todavía tengo el cuerpo frío, nada que no pueda solucionarse con una buena taza de café que ya tengo sobre la mesa de centro junto al portátil. El puntero se mueve por la pantalla y no tardo mucho en abrir el programa con el que he acompañado mi investigación en el último par de semanas. El salón permanece sombrío, con una lamparita encendida que no ilumina mucho y con las cortinas cerradas, impidiendo que la vida exterior pueda romper de alguna manera la tranquilidad de este momento.

El reproductor se abre con la grabación de las últimas horas, en una casa que visité durante mi estancia en Madrid y en la que puse un par de cámaras discretas que, estoy segura, nadie inexperto podrá detectar. Los primeros minutos no me interesan, en consecuencia, avanzo hasta que la gente empieza a llenar el salón en el que se respira un ambiente festivo, con esa comunión que yo jamás he tenido.

—Veamos qué tal ha ido el cumpleaños… —susurro echándome hacia delante, viendo a Joana con unos vaqueros y una chaqueta que le aporta la misma elegancia que tiene su hermana.

La agente Ariza entra en escena unos veinte minutos después con el pelo recogido en una coleta, una camisa beis y un pantalón de vestir que le da un aspecto distinto al que vi la otra noche, sobre todo cuando abraza a su hermana y hace de anfitriona recibiendo al resto de invitados. Ver la estampa familiar me provoca un pinchazo en el pecho que intento ignorar con la taza entre las manos. Claramente, no lo consigo, porque la desconfianza ha provocado que no pueda ni mantener una amistad con otros por más que lo haya intentado, salvo una increíble excepción.

Me acomodo en el sofá, soplo un poco y lo bebo a sorbos pequeños mientras avanzo con la grabación, consciente de que la relación que Toni tiene con Joana va más allá de esa sangre que las une. En el Retiro, me dejó claro que mataría por ella, pero una cosa es que lo diga y otra verlo con mis propios ojos. Sé que, ante mí, tengo una posible vía de escape si las cosas van mal o si mi futura cómplice decide que es buena idea traicionarme. La fiesta transcurre tal y como debería ser, y un par de horas después, Ariza coge su casco y se marcha de allí después de enviar un par de mensajes.

«¿Se la jugará o vendrá a Berlín en cuestión de días? Y, si es así, ¿qué excusa habrá puesto para que su querido compañero no se entrometa en nuestros asuntos?», pienso en silencio.

En las últimas horas no ha habido preguntas sospechosas por la *dark web* ni ningún intercambio de información que pueda comprometerme, lo que me deja claro que, una vez más, el CNI va a tomarse su tiempo y discreción para investigar mi estancia en la capital española. El aburrimiento está a punto de consumirme poco después; estoy tumbada en el sofá mirando al techo, hasta que en la pantalla salta una notificación con el directo de otra cámara, instalada en el número treinta y tres de la calle Fuencarral. La puerta se abre y, cuando se enciende la luz, veo a Toni; pero lo que me sorprende es que llegue acompañada de otra mujer, a la que besa sin descanso, tira su chaqueta al suelo y la pega contra la pared del salón antes de arrancarle un mordisco de los labios. Al instante, reconozco a la que es su ligue habitual, una especie de «novia» informal con la que se ve cada varios días y con la que no parece querer afianzar una relación más allá del buen sexo.

Los cuerpos de las dos se mueven por el salón y poco a poco se quitan la ropa que les impide tocarse como si fueran la última persona que les va a provocar un orgasmo en lo que les quede de vida. Una sensación extraña se me enreda en el vientre y me hace suspirar a la vez que aprieto los labios. Cuando Toni se pone de rodillas entre las piernas de la otra, siento cómo el ardor me sube por la espalda y, por un segundo, deseo que su cuerpo me necesite de la misma forma que a

ella.

El timbre de casa suena y eso me saca de la ensoñación provocando que me levante de golpe y cierre la pantalla del ordenador.

—Irma, ¿estás en casa? —Diana hace que ponga los ojos en blanco, no porque no me alegre de tenerla en mi vida, sino porque cada vez que pronuncia mi nombre me pregunto por qué no se me pasó por la cabeza darle uno falso.

Supongo que no esperaba encontrar a alguien tan cercana como ella y su marido. Una perla en mitad del basto y oscuro océano que es mi vida. Antes de abrir la puerta, me aseguro de que sí he bajado la pantalla del ordenador y tardo poco en poner una maravillosa sonrisa en mis labios que se rompe en cuanto la veo empapada de agua y con los labios temblándole por el frío.

—Te has olvidado las llaves otra vez —afirmo, siempre le pasa lo mismo—. Anda, entra. ¿Quién te ha abierto abajo?

—Un repartidor, casi lo mando a la mierda, ha salido como un cohete y ha estado a punto de tirarme. No sé a qué viene tanta prisa si el tráfico está horrible.

—Supongo que por eso mismo —aclaro echando un vistazo al pasillo vacío antes de cerrar.

—¿Estabas haciendo algo importante?

—Tengo un informe que terminar, pero puede esperar —miento y encuentro en la taza sobre la mesa la excusa perfecta para cambiar de tema. Llevo años aquí y todavía me duele mentirles a la cara—. Te prepararé un café, en mi armario hay sudaderas y jerséis, busca algo caliente.

—Mi heroína. —Diana se acerca a mí y estampa un beso en mi mejilla, lo que me deja paralizada en mitad de mi pequeño salón sin saber muy bien qué hacer.

Hasta que desaparece hacia mi dormitorio y corro al sofá para abrir el ordenador con la intención de apagarlo y evitar un problema

mayor. Mi mano se detiene en la X para cerrar el programa, pero mis ojos van directas a la agente Ariza, con una mano agarrada en el brazo del sofá, mordiendo su labio inferior y moviendo las caderas mientras que su «chica» se la come. Podría quedarme observando esa expresión de placer durante años, pero al escuchar cómo la puerta de mi armario se cierra, apago el ordenador y lo dejo a un lado para ir a preparar el café que le he prometido. Ya tendré otro momento para seguir los movimientos de mi próxima compañera de armas.

Diana aparece por el pasillo con el pelo más arreglado y una sudadera enorme que le tapa hasta mitad de los muslos. Es una suerte que las dos usemos la misma talla, así que siempre que surjan estos improvistos, podremos echarnos una mano.

—Va todo bien entre Max y tú, ¿verdad? Porque ya va la segunda vez en quince días que te pasa esto. —Su expresión no delata sorpresa, más bien todo lo contrario, sabe que la tengo calada hasta el fondo; claro que, el entrenamiento al que he sido sometida desde niña, también hace lo suyo.

Sé muy bien leer los problemas de los demás, y esa es una manera de poder acercarte a cualquier objetivo cuando menos lo esperan. A mi cabeza se vienen cientos de imágenes, de pasadas víctimas a las que engañé con una sonrisa, invitándolas a una copa o charlando como si fuera una vecina más de las ciudades a las que he viajado a la caza de diferentes objetivos. Mi vecina y amiga se queda en silencio, cruzada de brazos y apoyada contra la encimera de la cocina mientras el café empieza a humear. No quiero ser entrometida, pero por su expresión sé que no se trae nada bueno, por lo tanto, hago lo que jamás haría con otra persona y me acerco a ella para acariciarle el brazo.

—Las cosas no van demasiado bien —admite en cuanto vuelve a mirarme—. Max está ocupado en el trabajo, no para de hacer horas extra y a veces siento que lo único que pretende es estar lejos de mí. —Diana se encoge de hombros y se muerde el lado derecho de su labio inferior. Cuando apoya las manos en la encimera también echa la cabeza hacia atrás y noto cómo sus ojos se anegan en lágrimas—.

Creo que se está viendo con otra.

—¿Qué? Tienes que estar de coña, él no es ese tipo de hombre.

—Yo también creía lo mismo —dice a la vez que deja ir un suspiro. Tarda poco en abrazarse a sí misma y acariciarse como si quisiera darse un consuelo que no encuentra en otras personas—. Pero hace meses que no… ya sabes —titubea—. Jamás le había sentido tan distante.

—¿No has pensado en hablarlo con él igual que me lo estás contando a mí? —Levanta una ceja, es más fácil decirlo que hacerlo—. Por supuesto que no le puedes soltar si te está engañando así como si nada —advierto y carraspeo centrándome unos segundos en el café—. Lo que quiero decir es que a lo mejor os vendría bien tener una de esas charlas de pareja, ya sabes que no soy muy experta en esto, tampoco quiero meterme entre los dos.

—Nunca lo has hecho —aclara, y es cierto. A pesar de que los quiero, siempre he conseguido mantener una línea de separación imposible de romper—. Supongo que no he encontrado el valor para hablar con él, por miedo a que mis pensamientos se hagan realidad.

Cuando el café está listo le sirvo su taza y busco la mía para rellenarla e ir al sofá. Al ver el ordenador, la imagen de Toni se me viene otra vez a la cabeza y me cuesta ignorar el calor que me sube por la espalda, aunque intento centrarme en la persona que está a mi lado, abriéndome su corazón una vez más, como ha hecho en los dos últimos años desde que me instalé definitivamente en Berlín.

—Tómate tu tiempo, pero no dejes que la situación se vuelva más tensa, tengas o no razón, vivir en la incertidumbre es lo peor. Créeme, sé de lo que te hablo. —Su mirada se posa sobre mí de forma intensa, acabo de meter la pata, un simple desliz que podría acabar en problemas. Lo mejor que puedo hacer es esconder parte de mi expresión tras la taza de café, tragar e improvisar—. Tuve algunas diferencias en el trabajo, hace unos años y digamos que hasta que no tomé las riendas, las dudas no hicieron más que generarme estrés.

—Por un segundo pensé que me ibas a contar que alguien hizo

daño a ese increíble corazón, y ya iba a buscar mi arma para clavársela en el pecho. —Su broma hace que abra la boca y rompa a reír.

Ella se suma a mí y las dos negamos volviendo a beber de nuestro café. Cuando lleva la mirada por todo el salón, me doy un segundo para respirar, consciente de que he vuelto a estar entre las cuerdas solo por haber dejado que una persona tan maravillosa entre en mi vida y se convierta en amiga. Porque llegó un punto en el que la soledad también me habría matado.

# 5

## TONI

*Berlín*
*Viernes, 26 de abril de 2024*

Meterse de lleno en un edificio abandonado sin la seguridad de un reconocimiento anterior es un error de agente novato y, sin embargo, aquí estoy, cruzando una puerta que podría llevarme a estar muerta en cuestión de segundos. Son casi las diez y la oscuridad me rodea dispuesta a engullirme por completo. Echo un vistazo al teléfono y veo que no hay cobertura, así que para lo único que me sirve es para iluminar unos metros de distancia mientras echo un vistazo por todas partes. El olor a suciedad me hace arrugar la nariz y mis pies se posan sobre un charco con agua estancada desde a saber cuándo. Debo reconocer que es un buen sitio al que llevar a alguien si quieres matarlo o, como mínimo, ponerlo contra las cuerdas.

Antes de dar otro paso, busco en mi cintura y me aseguro de que llevo el cuchillo y el arma no registrada que suele acompañarme cuando cometo una locura como esta.

«¿Por qué te vas de vacaciones ahora? Si hace poco dijiste que solo querías trabajar», la expresión de Andrés me hizo tener que jugar bien mis cartas y, en consecuencia, tiré de improvisación y mentiras —como hice con Javier— para argumentar ante él que nunca había cometido un error de tales proporciones y que eso significaba que debía airearme un poco, pensar y volver con más fuerza. Al final, mi compañero ocasional asintió y prometió que no metería las narices en ninguna grabación ni en la *dark web* para buscar a Irma, pero que estaría atento por si llegaba alguna pista.

Lo siguiente fue hacerme con una maleta de doble fondo con aleación metálica para confundir a los escáneres y pasar mis armas habituales, coger un avión que me llevó a Francia, subirme a un tren y registrarme en un hotel de Marsella antes de ir a una empresa de alquiler de coches, entregar datos falsos y viajar a Berlín por carretera

durante horas. Un plan sencillo al que tendré que ponerle más juego y color —con fotografías e itinerarios inventados— para mi vuelta a Madrid, y el interrogatorio al que seré sometida. Por ahora, me conformo con haber llegado hasta aquí sin levantar sospechas, algo que podría cambiar si me pongo a merced de una mujer que no me inspira ninguna confianza.

Irma Carver sabe bien cómo esconderse, lo ha demostrado a lo largo de su carrera como asesina a sueldo; de hecho, son muchas agencias las que le han seguido la pista y pocas las que la han visto tan de cerca como yo lo estuve en…

—Así que has venido, por un segundo pensé que no lo harías. —Su voz interrumpe mis pensamientos y hace que me gire rápidamente.

Las sombras la acompañan haciendo que no pueda verla hasta que está a unos diez metros de mí. Lleva el pelo recogido en una coleta y guarda sus manos en los bolsillos de unos vaqueros tan oscuros como este lugar. Sin embargo, si algo no ha perdido es esa sonrisa de engreída que parece ir con ella a todas partes, como si su ego no le cupiera en el pecho. La he sorprendido, es verdad, pero en su mirada detecto también esa satisfacción que uno siente cuando un plan ideado con minuciosidad sale bien. Mi primer impulso es coger el arma que llevo en la cintura, pero Irma responde levantando sus brazos, apartando con ello el *blazer* que lleva puesto para enseñarme que va desarmada, al menos, lo parece a primera vista.

—Un trato es un trato, ¿no? —suelto sin querer darle otra razón para que sonría triunfante.

—En realidad yo lo llamaría de otra forma, pero no vamos a entrar en eso —rebate orgullosa, ya me están dando ganas de dejarle unas cuantas cosas claras.

No me ha engañado, ni mucho menos, estoy aquí por propia voluntad y «porque ella es la única que puede llevarte a por ese tal Félix», me aclaro, voy a tener que reconocer que por ahora Irma lleva las de ganar.

—¿Vas a estar como una niña de recreo todo el rato? ¿Qué hago aquí? —No tengo intención de perder el tiempo, así que voy al grano.

Ella se acerca un poco más y se golpea los labios con el índice, dejándome cruzada de brazos y con las ganas de darme la vuelta; aunque algo muy dentro de mí no me lo permite porque sé que si vuelvo a Madrid sin haber obtenido lo que quiera que tenga que ofrecerme, voy a arrepentirme. Esta maldita intuición siempre ha tenido razón y hoy no va a ser el día en que la ignore.

—Ya te lo dije, quiero poner a Félix en tu radar. El CNI sigue su pista desde hace mucho tiempo, ya es hora de darles ese placer. —Lo dice con tanta naturalidad que estoy segura de que lo quiere de verdad, no hay medias tintas en sus palabras o en la expresión que dibuja pero, por supuesto, sé que hay algo más—. Últimamente las cosas se han puesto más complicadas, ya no se puede viajar por el mundo y matar tranquilamente. Es sencillo, yo te entrego su cabeza y tú me ayudas a tener una vida más fácil.

—Inmunidad total —adivino, ella abre los brazos y hace una reverencia que me provoca un pequeño ataque de risa—. Tú estás loca, ¿crees que me la voy a jugar para dejar que hagas lo que te dé la gana?

—Este trabajo se está volviendo aburrido, ya he cumplido el ciclo, solo pido tener lo que cualquier persona normal podría soñar.

—El caso es que tú no eres alguien normal, sino una asesina a sueldo a la que no le importa destrozar las vidas de otros. —El desprecio que destila mi voz es evidente, pero ella no se inmuta para nada—. No pienso jugar a esto.

—Lo harás si no quieres que…

—¿Mi familia esté en peligro? —Termino la frase y voy a por ella sin pensármelo dos veces. Mis dedos se enredan en la camiseta que lleva puesta y la atraigo hacia mí para poder mirarla bien de cerca a los ojos—. ¿Te crees que no he tomado precauciones, que podrás acercarte a ellos sin que me dé cuenta y acabe contigo?

—Joana disfrutó de su tarta de queso, ¿verdad? Una pena que se manchara aquella chaqueta tan bonita. —Irma aprieta los labios y levanta sus cejas dejándome completamente boquiabierta. Ahora es ella quien lleva las manos a mi cuello, consiguiendo que vea la amenaza reflejada en sus ojos—. Resulta que tampoco soy nueva en esto y sé bien cómo jugar mis cartas. Lo que te estoy ofreciendo es una oportunidad de oro, así que yo que tú la aceptaría.

Irma me empuja y estoy a punto de trastabillar por culpa de la sorpresa, pensar que ha estado vigilando a mi hermana hasta ese punto me pone los pelos de punta y hace que tema por su seguridad. Mi primer impulso es largarme y volver a Madrid, pero cuando la mujer que tengo delante se lleva las manos a la nuca y abre los brazos con total tranquilidad, me doy cuenta de que estoy en un callejón sin salida.

No me está pidiendo ayuda, me está dando una opción que, si rechazo, tendrá serias consecuencias, y odio haber caído en el juego.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunto a disgusto, consciente de que ya no hay vuelta atrás.

—Los Cuatro no son fáciles de detectar, Félix los encabeza con orgullo. Durante años ha sido como un tutor para mí, pero supongo que sus intereses siempre han prevalecido por encima de cualquier persona. —Irma se calla, como si hubiera estado a punto de decir algo que no quería. Me doy cuenta, aunque sus labios dibujan una media sonrisa en un intento por desviar la atención—. Tengo muchos conocimientos, pero no puedo acceder a ellos sin la ayuda de alguien experto que sepa cómo moverse por este círculo sin ser una asesina.

—Lo que me estás pidiendo es que consiga toda la información que tenemos de ellos e investiguemos por nuestra cuenta. —Pongo las manos en jarras y miro al suelo, golpeando con uno de mis pies, para nada convencida de que esto sea buena idea. Si en el CNI se hacen eco, estoy acabada—. Eso supone abrir una investigación fuera de radar para la que no estoy autorizada.

—Venga, hacéis cosas mucho peores, nadie se cree eso de que

solo trabajáis con las órdenes de vuestro gobierno. —La firmeza con la que Irma me mira no da pie a cualquier tipo de negación, por lo tanto no me queda más remedio que confirmarlo con mi silencio—. No es la primera vez que tomáis medidas desesperadas, o que yo lo hago, así que lo haremos bien.

—Tu seguridad es envidiable —ironizo, aprovechando la oportunidad para echar un vistazo a mi alrededor. No creo que haya escogido este lugar por casualidad—, pero esto no va a ser fácil, lo sabes, ¿verdad? Y menos cuando vamos a contrarreloj.

—¿Cuánto tienes? —pregunta, refiriéndose a mis supuestas vacaciones.

—Diez días. —Quiero justificar el por qué, pero enseguida me quito la idea de la cabeza, ella no necesita más información personal sobre mí.

—Suficiente para empezar, ya improvisaremos sobre la marcha cuando vuelvas.

—Porque eso es lo que mejor se me da —bromeo casi sin ganas. Irma se me acerca y aunque me pongo en alerta, la sensación pasa cuando se saca una memoria USB de su *blazer* para entregármela —. ¿Qué hay aquí?

—Lo suficiente para empezar y para darte una garantía de que voy en serio. Cada uno de mis movimientos en los dos últimos años, con las pocas veces que me he comunicado con Félix. Usa tus conocimientos para intentar atar cabos. —Puedo leer entre líneas que ella no lo ha podido conseguir, pero en estos casos, y frente a una asesina de élite, es mejor no dejarla en evidencia—. Nos vemos aquí en un par de días, al anochecer. Cuida tus pasos por la ciudad.

—¿No vas a ser mi ángel de la guardia? —Que bromee con ello la deja con una ceja levantada y sin habla.

Me encojo de hombros. El frío que nos rodea me hiela los huesos a pesar de que la temperatura no es tan baja, pero es una sensación que se acentúa cuando la vuelvo a mirar a los ojos. Irma no añade ni una sola palabra, con lo cual me guardo el USB en el bolsillo

y giro sobre mis pasos con todos los sentidos puestos en un posible ataque por su parte, no creo que haya víctimas que hayan podido contarlo después de cruzarse con ella. Sin embargo, esta vez dejo el edificio abandonado y mientras me alejo, me doy cuenta de que no es ella la que puede acabar conmigo, sino mi propia agencia si averigua qué estoy haciendo.

# 6

## IRMA

*A la mañana siguiente*

La bolsa de viaje está abierta sobre la cama, dispuesta a dar vida a otra persona, a dibujar la cara de una moneda distinta, guardando los objetos que me convertirán en una mujer diferente durante un viaje de pocas horas que llevo retrasando ya varios días. Apenas ha amanecido y ya me he terminado la tercera taza de café mientras guardo la peluca, un traje de dos piezas, una camisa, un par de camisetas, la bolsa de aseo y las tarjetas a nombre falso que necesitaré para esto. Después de pasarme horas con Diana al teléfono —mientras Max estaba otra vez en el trabajo— apenas he pegado ojo y no estoy de humor para tonterías, así que pretendo hacer esto rápido y estar de vuelta a la espera de que Toni contacte conmigo.

Porque estoy segura de que lo hará.

Con sigilo, me pongo un *blazer* oscuro, las zapatillas deportivas y también unas gafas de sol después de recogerme el pelo en una coleta. Necesito discreción, con lo cual también cojo una de mis gorras y salgo de casa cerrando la puerta, dándome apoyo con una mano para evitar que se pueda oír algo. Estoy segura de que Diana tampoco habrá dormido mucho y no quiero arriesgarme a que me vea yéndome.

El frío me pilla por sorpresa y me obliga a cerrarme la chaqueta sobre una sudadera con capucha que se ha vuelto un habitual en mi vestuario desde que me mudé a Berlín, como si de esta forma, pudiera evitar llamar la atención. Eberswalder Straße permanece en silencio a la espera de que el metro pase para romper esa tranquilidad y aunque me gusta recorrer la ciudad en él, para esta ocasión pido un taxi que me lleva directamente a la estación central. Como es habitual, paso el control sin problemas y me subo al tren quince minutos antes de lo esperado, obligándome a descansar un par de horas a pesar de que siempre estoy alerta.

—¿Le apetece un café, señorita? —asiento cuando uno de los azafatos llega con el carrito para servirme un vaso que cojo enseguida, sorprendiéndome al ver que bajo este lleva un papelito bien plegado.

El instinto me hace girar para mirar al hombre como si nada más arrancar el tren fuera a meterme en la boca del lobo, sin embargo, no sucede absolutamente nada, ni tampoco veo algún movimiento extraño por parte de las personas que viajan conmigo.

Con discreción, abro el papelito y leo unas pocas palabras:

*Yo también soy buena en esto, que tengas un buen viaje.*

En otras circunstancias —más bien hace unos cuantos años— habría entrado en pánico, pero ahora, algo dentro de mí se remueve y hace que la adrenalina se me dispare.

—Toni —susurro y esbozo una sonrisa que no debería estar ahí.

«¿Cómo habrá averiguado que iba a subirme en este tren?», me pregunto a mí misma. En la información que le dejé dentro del USB no compartí nada que fuera a ponerme en peligro directo, pero sí datos que en el futuro —tal y como tengo en mente— puedan implicar a Félix y quienes quiera que colaboren con él aparte de los que conozco. Esto me demuestra que, efectivamente, es muy buena en su trabajo y que, sobre todo, yo también tengo que ir con cuidado.

La más de hora y media de viaje se hace insoportable, en parte porque no he podido descansar lo que quería ni aun dejando que la música me envuelva. Rápidamente, abandono el tren procurando que las cámaras de seguridad no capten que me muevo por la estación y, para eso, bajo la visera de la gorra y mantengo las gafas de sol hasta que voy hacia uno de los aseos para encerrarme dentro y abrir la bolsa de viaje. Con la peluca castaña entre mis manos sonrío y me la pongo con cuidado, cambiándome también la ropa para ver cómo las zapatillas se tapan con el traje de dos piezas. En cuanto salgo, saludo a una chica que ha entrado después de mí y voy hacia el espejo para maquillarme los labios de un color burdeos y arreglarme el pelo que me da un aspecto totalmente diferente.

Si en Madrid quería que la agente Ariza me encontrara, la idea aquí es volver a casa sin despertar demasiadas sospechas.

El gran evento tendrá lugar en unas horas, tiempo que aprovecho para ir de compras y registrarme en el Fairmont Hamburg, un hotel que se encuentra cerca del lago Alster, en pleno corazón de la ciudad. Nada más atravesar la recepción soy recibida por un botones que se encarga de cogerme las bolsas y cuando entrego la documentación falsa, sonrío a un hombre que está al otro lado del mostrador. Él me dedica un gesto gentil, pero enseguida pongo atención a lo que debo hacer.

—Que disfrute de la estancia —agradece el recepcionista.

—Estoy segura de que lo haré —respondo en inglés, procurando que mi acento suene como si fuera de la propia Inglaterra.

Con paso seguro, voy hacia los ascensores y subo a la planta quinta donde mi habitación me espera. La bolsa de viaje ya está sobre la cama junto a las cosas que he comprado, así que busco en el compartimento oculto que esta tiene y saco una caja que está revestida para evitar los controles de seguridad. El arma brilla y la cargo a pesar de que no creo que esta noche tenga que usarla, porque mi especialidad es la intimidad, ahí donde puedo controlar el juego y acabar con mis objetivos sin la necesidad de llamar la atención.

En las horas siguientes disfruto de una ducha caliente y algunos bombones de licor que combino con un delicioso champán con el que brindo por una noche espectacular. La velada está a punto de empezar en el restaurante del hotel y tardo poco en elegir un vestido de noche de los que he comprado, con la espalda abierta y ceñido a mi cintura, pero que también me da la oportunidad de guardar las armas en los muslos. El color rojo combina perfectamente con mi piel y deja ver algunos de los lunares que están repartidos por mi cuerpo, los mismos que llaman la atención de los presentes en cuanto entro al lugar para agradecer la copa que me ofrece uno de los camareros. Esta noche, el restaurante ha sido reservado para celebrar los treinta años de trabajo de un importante empresario europeo llamado Michel; pero mi objetivo no es otro que su hijo, heredero y

colaborador de un grupo criminal que, según ha ordenado Félix, no va a permitir que tomen el control de su terreno.

Sin más, me pongo manos a la obra y me dirijo a la barra para apoyarme allí mientras echo un vistazo a la estancia con suelos de mármol, lámparas exuberantes y cuadros que deben de valer cientos de miles de euros. Mi objetivo entra en escena quince minutos después, con un impecable traje azul oscuro y una pajarita que combina perfectamente con sus ojos verdes. El hombre felicita a su padre, un tipo que tiene toda la pinta de haber salido del barrio más rico de París, al que quito mi atención en cuanto se une a otro grupo de gente que le da la enhorabuena como si fuera el salvador del mundo.

Lo importante es no llamar la atención para el resto pero lo suficiente para la persona que gira sobre sus pasos y choca con mi presencia, antes de que yo la desvíe hacia el camarero de la barra, a quien le pido otro *manhattan*.

Pasan unos segundos y ya puedo sentirlo aquí. Esta táctica nunca falla.

—Creo que no la conozco, señorita. —Una voz masculina llega hasta a mí y dibujo una pequeña sonrisa, consciente de lo rápido que ha surtido efecto el inicio de mi plan.

Cuento hasta cinco mentalmente y me giro para encarar su bonita mirada —tengo que admitirlo—, entregándole mi mano con amabilidad.

—Debe ser porque viajo mucho —comento echando un vistazo a la sala—. Una fiesta increíble, cuando mi empresa me envió pensé que estaban exagerando. Soy Melanie Walker.

—¿Y trabajas para…?

—Kincaid y asociados. —Su mirada parece algo confundida, y eso me deja claro que su actividad para la empresa de su padre no tiene nada que ver con lo que dicen en todos los medios—. Llevamos colaborando con tu padre un par de años y nunca había visto una salud financiera tan brillante como la de esta empresa.

—Eso es porque siempre nos rodeamos de buenos profesionales. —No me sorprende para nada que tire balones fuera con ese comentario—, pero digamos que a mí me gusta más la parte exterior de este trabajo, ya sabes, viajar, cerrar tratos, esas cosas.

—Tienes que ser maravilloso y estresante a partes iguales, Thomas. —Se encoge de hombros, pero sé que el halago le ha gustado por cómo me mira y por eso no dudo en levantar mi copa para añadir un poco más de encanto a este momento—. Deberíamos brindar por el buen trabajo.

—Y por estas fiestas que te hacen conocer personas interesantes, pero llámame Tom, por favor. —Su copa de whisky choca con la mía y ambos bebemos sin apartar la mirada del otro.

—Cuánta razón tienes, Tom, es lo único que me gusta de tener que coger decenas de vuelos a lo largo del año —añado, poniendo énfasis en mis palabras para que crea que estoy encantada con él.

Lo tengo exactamente donde quiero, así que llamo la atención del camarero y pido otro par de copas para los dos y así disfrutar de una conversación en la que no tengo interés, pero con la que finjo estar encantada, incluso cuando me invita a disfrutar de un desayuno en la mejor pastelería de la ciudad, con la intención de que después demos un paseo por la zona del lago. Mi risa se escucha a nuestro alrededor, haciendo que varias personas nos miren justo cuando pongo una mano en su pecho y me acerco a él para susurrarle un «estaré encantada» al oído, la jugada perfecta con la que logro que el resto no preste mucha atención a mis facciones.

Tom me mira y llevo las manos por su camisa, acariciando los botones de su camisa subiéndolas poco a poco hasta alcanzar el borde del cuello, donde dejo una caricia que le pone el vello de punta. El discurso de su padre llega en el momento justo, y le hace despedirse de mí sin apartar la mirada de mi cuerpo, después de haberle dejado una tarjeta en el bolsillo de su chaqueta.

Cuando la multitud se reúne en el escenario improvisado que está al otro lado del restaurante, me termino el cóctel y dejo una

generosa propina al camarero poniendo rumbo a la salida. No hay mucha gente que me preste atención, pero yo sí que la dirijo hacia la única persona que me interesa y cuando me mira le dedico un guiño, llevando un mechón de pelo tras mi oreja, procurando contonear mi cuerpo para que no se olvide de mí. Calculo que no va a tardar mucho en abandonar el restaurante a pesar de que tiene que cumplir con las directrices profesionales, y eso me anima a subir a mi habitación y esperarlo sentada en la cama.

«Qué fáciles son», me digo en cuanto pasan unos pocos minutos y escucho cómo la cerradura se abre.

—¿Buen discurso? —pregunto, enseñando uno de mis muslos mientras arrastro las manos por la cama, echándome un poco hacia atrás.

—En realidad ha sido muy aburrido, no me gustan estas cosas. —Se apoya contra la puerta y se queda ahí parado unos segundos, sin perderme de vista.

—¿Y qué es lo que te gusta? —Me levanto y lo veo tragar saliva mientras camino hacia él despacio, soltando mi pelo del recogido sencillo que me había hecho. Al caer sobre mis hombros sonrío, pero, sin duda, lo que más disfruto es acercarme y comprobar que ya está en mi terreno—. Espero que no tengas planes para luego, Tom.

Susurro su nombre al oído y después busco sus labios en un beso húmedo que le roba el aliento. Saboreo el *whisky* a la vez que arrastro una de mis manos por su pecho hasta llegar a la cintura del pantalón para tirar de él en cuanto me aparto, caminando lentamente hacia atrás. Mis ojos no se apartan de los suyos mientras llevo la otra mano por mi cintura, hasta meterla por la raja del vestido para acariciarme el muslo ante la atenta mirada de un hombre que acaba de caer en el peor encanto.

—Solo tengo algo que hacer… —susurra, pegado a mí cuando le permito acercarse.

En ese momento sonrío, llevando los dedos entre nuestros

cuerpos para dejar una caricia en el bulto de su entrepierna y volver a su oído.

—Qué pena, porque Félix te manda saludos.

Antes de que pueda reaccionar agarro bien el cuchillo que había cogido y se lo clavo en el cuello haciendo fuerza para abrir una herida por la que borbotea sangre con rapidez. Sus ojos se abren como platos y trastabilla, cayendo al suelo mientras se lleva las manos al gaznate, intentando parar una hemorragia que lo va a matar en cuestión de segundos.

—Zo… —dice con un hilo de voz sin hacer el mínimo intento por darme lo merecido.

—Tan guapo y tan débil —afirmo caminando hacia él, agachándome para quedar a su altura y poder volver a besarle, me gusta cómo le sabe el *whisky*—. Ha sido un placer —añado y, sin pensármelo, lo remato clavándole el cuchillo en el pecho.

# 7

## TONI

El dolor de cabeza se pronuncia durante el viaje en metro que me lleva a un par de manzanas del edificio abandonado donde debo reunirme con Irma. Me he pasado las últimas cuarenta y ocho horas analizando la información que me dio y solo he podido llegar a una conclusión: Félix sabe bien cómo esconderse y hacia donde desviar la atención. A pesar de que el CNI lleva años siguiendo su pista —o más bien, intentándolo—, me ha sorprendido lo poco que sabíamos de sus movimientos o la cantidad de crímenes que están bajo su orden y otros de los que ni siquiera hemos sido conscientes. Al pensar en el trabajo de Irma, caigo en la cuenta de que debe ser un peón importantísimo para él, y ahora tengo serias dudas de que ella quiera acabar con Los Cuatro solo por un cambio de vida.

Las nubes empiezan a cubrir el cielo y el sol deja su último resquicio antes de que algunas gotas empiecen a caer haciéndome suspirar. Parece que en esta ciudad no hace más que llover, o quizá sea un simple reflejo de las circunstancias y del sitio en el que me estoy metiendo. Antes de cruzar la calle echo un vistazo a mi espalda y vuelvo a comprobar que nadie sigue mis pasos, la poca gente que se mueve por aquí va pendiente de lo suyo y eso me permite escabullirme rápido para dirigirme al lugar acordado.

Cuando llego, Irma está esperándome pegada a la pared, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada. A sus labios se lleva un cigarrillo al que le da una profunda calada, tirando el humo con tranquilidad antes de abrir los ojos y sentirse victoriosa. Si cada vez que me vea va a mostrarse tan ególatra, me va a sacar de quicio.

—¿Qué tal ha ido, orgullosa de mi buen trabajo? —Su comentario me hace poner los ojos en blanco y chasquear la lengua. Ella da una última calada y se acerca con pasos cortos, como si quisiera permitirse unos segundos para poder analizarme un poco más —. Venga, no seas tan aburrida, yo tengo claro que eres excelente y no

temo admitirlo.

—La diferencia es que yo no voy asesinando a gente por ahí.

—¿Estás segura? Porque yo diría que eso es justo lo que hacéis, criminales o no, las personas siguen siendo personas. —Irma se encoge de hombros y me ofrece el cigarrillo, a lo que me niego dándole una decepción.

—Intento dejarlo.

—Ya, pues mucha suerte con eso —suelta con indiferencia—. Y ¿bien?

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Félix? Porque deduzco que más de lo que has querido dejarme ver, así que ya sabrás que es escurridizo, ¿desde cuándo hace que no tiene contacto directo contigo?

Irma sabe que si comparte esa información conmigo revelará más de lo que está dispuesta; me doy cuenta por la forma en la que aprieta la mandíbula, con lo cual, me cruzo de brazos y levanto una ceja, expectante por lo que tenga que decir. Si quiere que colaboremos va a tener que darme más de lo que pretende y unos pocos documentos no son suficientes.

—Veinte años en activo —confiesa a regañadientes y eso dice un poco más del tiempo que lleva en circulación como asesina, pero sus ojos me revelan que antes de eso hay otra historia, algo a lo que ahora mismo no puedo acceder y que más adelante averiguaré, lo sé —. Y ya ha pasado mucho tiempo, digamos que se permitió el lujo de ocultarse ante los demás, darse un buen seguro de vida, algo que no todos nos podemos permitir.

«Como si no te gustara llamar la atención», pienso para mis adentros recordando la noche en el club.

—¿Y quién te salva el culo si surge algún problema? —quiero saber, aunque ya hay un nombre que tamborilea en mi mente y que vi en la información que compartió conmigo.

—Se llama Bishop, aunque todos le decimos B; es un peligro

como *hacker* y me ha enseñado todo lo que sé. Si algo pasa, basta con llamarla y ella te encontrará una salida o a alguien que pueda sacarte de ahí.

—¿Eres consciente de que la estás ofreciendo en bandeja? —suelto con diversión.

—Yo no he dicho que ese sea su verdadero nombre. —Irma se guarda las manos en los bolsillos y da una pequeña patada en el aire—. No ha hecho nada malo, solo se busca la vida para poder dar de comer a su hijo, así que te sugiero que la dejes en paz. —Su comentario pinta una media sonrisa en mi rostro, acabo de encontrar un punto débil del que voy a sacar partido si se da la oportunidad—. Hay alguien más: la mano derecha de Félix, un tipo que no se anda con medias tintas. Suele venir a Berlín a menudo, para comprobar que todo va bien, que… ya sabes, seguimos cumpliendo las normas.

—Y deduzco que nunca avisa de su llegada —conjeturo, y que no lo niegue me da la razón—. Empezaremos por ahí, pero tenemos que ser discretas, ¿algo que nos pueda ayudar a seguirle la pista?

Irma se gira y muestra una expresión de placer absoluto, como si hubiera hilado este momento a la perfección en su cabeza.

***

El canal nacional muestra la noticia de última hora: el asesinato de Thomas, hijo del famoso empresario Michel Shulman, y quien en múltiples ocasiones ha estado en el punto de mira por sus juegas y escándalos.

«Félix no estará muy contento con que lo haya matado en medio de una fiesta, tenía la orden de acabar con él discretamente, pero preferí esperar a ver si te convertías en mi aliada», rememoro sus palabras y la satisfacción que vi en su sonrisa cuando lo hablamos me pone los pelos de punta, el frío recorre mi columna vertebral y siento cómo el dolor de cabeza vuelve a mí con crueldad. Al girarme, creo verla sentada en el sofá de mi habitación, fumando un cigarrillo con las piernas cruzadas a pesar de que Irma no está aquí, y eso me saca

de quicio. No importan las razones, solo que he permitido que una asesina mate a alguien delante de mis narices.

—Es tu enemiga, recuérdalo —me digo en voz alta, como si así fuera a grabármelo en la cabeza.

Su sonrisa petulante se pasea por delante de mí al cerrar los ojos y cuando estoy a punto de buscar más información de la víctima, el teléfono vibra sobre la mesita que hay frente al sofá del piso que he alquilado a través de Airbnb. El nombre de Andrés aparece en pantalla y me tenso de inmediato. «Mierda», maldigo y, antes de descolgar la llamada, activo el desvío del GPS y carraspeo, tengo que sonar lo más relajada posible, como si ahora mismo estuviera tomando el sol en la playa.

—¿Qué tal Marsella, ya te has cansado de no hacer nada?

«Si él supiera…»

—La verdad es que no, hay muchas cosas que ver por aquí, además, estoy haciendo una ruta gastronómica que te daría envidia, ya te lo enseñaré cuando vuelva. ¿Ha pasado algo? —El silencio me pone los pelos de punta, pero sé que él no llamaría solo para saludar.

—Ha llegado a la agencia información que tiene que ver con Thomas Shulman, al parecer no era tan buen chico como solía decir en sus declaraciones. —«Joder, sabía que esto no iba a ser tan fácil», me digo, intentando prestar atención a sus palabras—. La agencia cree que estaba metido en algo serio, lo han conectado con un par de nombres que el CNI lleva tiempo investigando y, en consecuencia, me he ofrecido para analizar lo que tenemos. Te gustaría trabajar en esto y aunque ya sé lo que me vas a decir, tenía que intentarlo.

—Puede que suene extraño, pero estoy disfrutando de no tener que madrugar y estar en constante peligro —digo, acompañando mi comentario de una risilla falsa que espero lo deje más tranquilo—. Podrás hacerlo solo, cuando vuelva me pones al corriente y me pensaré lo de ver tu culo a diario.

—Sabía que te haría cambiar de idea con eso de no querer compañero —bromea más que encantado—. En fin, te dejo entonces;

pero espero esas fotografías, aunque nada será mejor que los dulces de Julita.

—Eso jamás —admito y la llamada se corta, dejándome con una horrible sensación en la boca del estómago.

Mi mirada se dirige a lo que veo en televisión, con el cordón policial frente a un hotel de Hamburgo y la camilla saliendo por la puerta con el cuerpo metido en una bolsa.

Siempre he dicho que las casualidades en este trabajo no existen, pero ahora mismo, odio poder confirmarlo una vez más.

# 8

## IRMA

*Martes, 30 de abril de 2024*

Toni no ha relajado su expresión en los veinte minutos que llevamos juntas. Supongo que no he conseguido convencerla de que no hay ningún peligro con respecto a Thomas y las posibles investigaciones que haya entorno a él. Jamás lograrán unir su muerte a mi nombre, lo mío no es dejar cabos sueltos a pesar de que el método para asesinarlo fue algo menos discreto de lo habitual —y que me llevó a limpiar concienzudamente mis huellas—. Su mandíbula se tensa cuando me levanto la camiseta y lleva las manos a mi cinturón, para insertar en la hebilla un pequeño dispositivo que se encargará de transmitir lo que hable con un hombre que, si me pilla jodiendo a los nuestros, me matará sin concesiones.

—Deberías estar menos enfadada y más preocupada por mí —me mofo en un intento por desviar la atención a otra parte.

Su respuesta no es otra que apretar con más fuerza el cinturón y mirarme a los ojos con un cabreo monumental. La frente se le arruga otra vez y yo tengo que hacer un gran esfuerzo por no decirle que se ve bastante sexi cuando no está de humor. Cuando se aparta, yo levanto las manos y giro sobre mis pasos como si quisiera enseñarle mi atuendo, sacándole otro suspiro desesperado.

—Más vale que te centres y no hagas tonterías —advierte, ¿ahora cree que no voy en serio con mis planes de entregar a los míos?—. No tienes idea del riesgo que estoy corriendo ahora mismo, así que no estoy para bromas.

Toni deja de prestarme atención y va hacia la mesa para recoger las cosas que ha traído consigo. La verdad es que me gusta que las agencias se hayan modernizado tanto, te ponen las cosas más difíciles, sin embargo, siempre he sabido que Los Cuatro están a la altura de las circunstancias y más. La habitación apenas está iluminada y solo nos acompañan un par de sillas además de una

estantería a la que le faltan varias baldas y que está repleta de moho, igual que las mugrientas paredes de un edificio que no me parece nada elegante para nuestros encuentros.

—Buscaré otro sitio en el que vernos, aquí no podemos probar esos aparatos que traes.

—¿Ahora te interesa mi seguridad? Porque yo diría que es todo lo contrario. —Toni hace que me cruce de brazos, todavía me da la espalda y no ve cómo echo la cabeza hacia atrás totalmente desesperada y con ganas de rebatirle sus palabras.

—¿Crees que yo no estoy arriesgando nada? —Cuando por fin me mira, levanto las cejas y busco en el bolsillo de mi pantalón la cajetilla de cigarrillos para encenderme uno y dar una primera calada, descansando mi codo en la mano libre—. Mira, tienes que empezar a cambiar esa actitud y colaborar un poco, tómatelo como si estuvieras en una misión con el CNI.

—Pero no lo estoy —me recuerda y coge el maletín con disgusto—. Mira, más vale que hagas bien tu trabajo y no te alejes del guion que hemos acordado, si ese tal Conrad sospecha algo esto se irá a la mierda antes de empezar.

—Puede que sea la mano derecha de Félix, pero su cerebro no tiene nada que ver con su cuerpo, así que no te preocupes, irá bien.

—Este es el localizador, basta con que le roces la ropa. Es casi imposible de detectar. —Toni se acerca y extiende su mano para enseñarme una caja de un par de centímetros que contiene un dispositivo diminuto que apenas se ve, como si fuera la cabeza de un alfiler—. Pero sé discreta, no quiero que detecte algo extraño que pueda ponerte en peligro.

Sus ojos se vuelven a cruzar con los míos y aunque su expresión no ha cambiado, puedo notar que está preocupada, quizá no por mí, pero sí lo suficiente para saber que no quiere que esto salga mal. Sin decir nada más, se cierra la chaqueta de cuero que lleva puesta y se dirige a la salida del edificio. Antes de que desaparezca de mi vista, llamo su atención.

—Pienso tomarme esto muy en serio, te lo prometo —digo, y aunque ella no se inmuta, sé que me cree.

***

El bullicio en el centro comercial Alexa me agobia nada más entrar, aunque lo que más me ha molestado es haber pasado casi cuarenta y cinco minutos metida en la línea U8 del autobús por culpa de un atasco. Conrad odia que llegue tarde a nuestros encuentros y estoy segura de que me lo va a recordar en cuanto me vea. El número veinte de Grunerstraße es lugar de encuentro para familias y amigos y, aunque es martes, las tiendas están a rebosar como si fuera fin de semana. Al ver a mi contacto en la lejanía, dejo de prestar atención a los demás y me centro en lo que tengo que hacer.

Me pregunto si Toni estará escuchando o mirando las cámaras para controlar mis pasos. Pensando que es así, me dirijo a una de ellas y le dedico una sonrisa encantadora. Después llevo un mechón tras mi oreja antes de guardar las manos en los bolsillos de mi *blazer* para abrirlo y que el micrófono reciba lo que ocurre a mi alrededor con más claridad.

«Espero que te des cuenta de que soy tan buena como tú», pienso, aunque en cuanto Conrad me ve llegar, levanta el café que lleva en la mano y me lo ofrece con cara de pocos amigos.

—Llegas quince minutos tarde, sabes que odio esperar.

—No sería así si me dejaras venir en coche y no en trasporte público, no puedo hacer nada contra los atascos —protesto.

—Ni yo darle la oportunidad a cualquiera de que pueda rastrear tus pasos, tú eres la que aceptaste las condiciones si te dejábamos vivir aquí, las quejas no me valen, sal antes de casa. —Su advertencia no me inmuta como es habitual. Bebo del café y estoy a punto de escupirlo con cara de asco—. No esperarías que te lo mantuviera caliente.

—Tan simpático como siempre —suelto con ganas de tirar el vaso en la primera papelera que vea.

Sin embargo, hago de tripas corazón y lo sigo bebiendo mientras caminamos a ningún lugar en concreto. La idea es pasar desapercibidos —a pesar de su tamaño— y ser unos visitantes más del centro comercial, así que hago mi papel y me mantengo tranquila, echando un vistazo rápido a algunas prendas que llaman mi atención de los escaparates. Tal vez otro día pierda unas cuantas horas por aquí a pesar de que odio estar rodeada de gente.

—Las instrucciones fueron claras —dice con el semblante tranquilo y un tono de voz pausado, nadie podría sospechar que es un matón mientras bebe café—. Tenías que haberlo hecho un día antes, y no montando un numerito en una habitación de hotel. ¿Sabes la atención que va a recibir esto ahora?

—En realidad no es mi culpa que él fuera un inútil indiscreto —rebato convencida, nadie podrá negar algo así. Me encojo de hombros y vuelvo a dar un sorbo intentando no inmutarme—. El resultado ha sido el mismo, les he quitado una garrapata de encima.

—Y de las duras. —«¿Eso ha sido un cumplido?». Me es inevitable no levantar la mirada hacia Conrad, pero lo que me pilla por sorpresa es que él me sonría complaciente—. Sabes que eres un gran activo para nosotros, tu trabajo siempre ha sido impecable y hemos pensado que por esta vez lo vamos a dejar así; pero la próxima haz el favor de seguir las normas al pie de la letra, es la única manera de que una empresa funcione sin sufrir roturas.

—Solo si me dejáis divertirme de vez en cuando —aclaro, provocando que esté a punto de reír. «En serio, ¿qué bicho le ha picado?»—. Os debo la vida, estaría genial poder decírselo al jefe cara a cara.

—Ya sabes cómo es, Félix prefiere la discreción de las oficinas, pero tiene algo para ti. —Mis pies se detienen en seco y estoy a punto de chocar con alguien que pasa por mi lado. Conrad carraspea y se saca de la chaqueta una tarjeta de visita que me entrega sin inmutarse, esto solo puede significar que hay algo importante de lo que me tengo que encargar—. Ya sabes, perfil bajo. También te manda saludos, tiene los ojos puestos en ti.

Instrucciones claras: vigilancia a distancia y elaborar un perfil hasta poder dar el siguiente paso. Me la guardo afirmando y cuando está a punto de dar media vuelta para marcharse, le cojo del brazo y aprovecho para ponerle el dispositivo en la manga de la chaqueta.

Su expresión se vuelve la de un perro rabioso y tengo que carraspear poniendo cara de inocente.

—¿Seguro que no podemos cambiar lo de venir en autobús? —bromeo haciendo que suspire de frustración mientras que me encojo de hombros como si no hubiera dicho nada—. Tenía que intentarlo. Dale al jefazo saludos de mi parte.

Conrad asiente, se termina el café y tira el vaso en la papelera más cercana entrando a una de las tiendas de ropa masculina que hay en la segunda planta.

Yo me marcho por el otro lado, llevando las manos a mis bolsillos para acariciar con los dedos la tarjeta que me ha entregado. Pocas veces ha sucedido algo así, lo que me hace llegar a la conclusión de que mi próximo encargo va a ser un dolor de cabeza.

# 9

## TONI

*Mitte, Berlin*
*Jueves, 2 de mayo de 2024*

No hay mejor forma de esconderse que estar entre la multitud. Irma está a punto de llegar; pero, mientras tanto, aprovecho la tranquilidad que me rodea para seguir vigilando el edificio que tengo delante: un conjunto de pisos de corte clásico que es muy común encontrar en este barrio, donde el pasado se mezcla perfectamente con el presente en una simbiosis en la que te dan ganas de quedarte a vivir.

No puedo negar que esta ciudad ha acabado por tener su encanto.

En la pantalla del ordenador se ve el movimiento dentro del salón que llevamos vigilando un par de días, desde que el rastreador de Conrad nos llevara a este punto y no fuera de la ciudad, como pensábamos que pasaría. Lo poco que he podido observar de él me indica que es un tipo discreto, cuidadoso y que se toma muy en serio lo que hace.

Su rutina también ha sido la misma, salir y entrar al edificio a la misma hora, dejar su chaqueta en el respaldo del sofá y ponerse a ver la televisión a la espera de que alguien le llame por teléfono.

—Nos vendría bien tener un micrófono ahí dentro… —susurro, lamentándome por no tener aquí el equipo completo con el que Andrés y yo trabajamos a veces y que me permitiría poder escucharle a pesar de la distancia.

El reloj marca las doce del mediodía y eso significa que, en un par de horas, va a salir del edificio para volver a eso de las dos, tiempo suficiente para entrar ahí dentro e intentar hacer mejor mi trabajo. Me desespera no poder dar más de lo que hago, algo con lo que Irma parece encantada. Lo suyo es querer sacarme de quicio, está claro.

«Yo que tú me lo quitaría de la cabeza, Conrad es de esas

personas metódicas que sabe dónde y cómo está todo, podríamos poner las cosas en peligro, por no hablar de mí», las palabras de Irma se me meten en la cabeza y aunque no debería importarme que ella sufra las consecuencias, hay algo que me impide no hacerle caso. Echo la espalda hacia atrás y llevo las manos a la nuca, inclinando un poco la silla, en un intento por poner mis pensamientos en orden. En otras circunstancias, habría actuado como me diera la gana, pero por ahora, no me queda otra que esperar.

—Ya está aquí la caballería. —La voz de Irma me sobresalta y estoy a punto de caer hacia atrás, de hecho, el ordenador se tambalea sobre la mesa cuando me agarro para evitar hacerlo—. Joder, perdón.

—¿Sabes lo que vale esto? —protesto, levantándome de golpe, viendo como ella está a punto de partirse de risa—. Te creerás muy graciosa.

—No, pero se supone que tenemos que ser discretas así que no voy a ir anunciando que he vuelto mientras subo. —Irma se encoge de hombros y levanta una bolsa de papel que lleva en la mano—. He ido a por comida, se dice gracias.

—Más bien que te voy a matar como sigas así —amenazo, sin obtener otra cosa a su silencio y que camine sin más.

Deja la comida sobre la otra mesa que hay en un espacio que también está casi vacío, salvo por un saco de dormir que he traído conmigo para descansar las pocas horas que me lo he permitido.

—Deberías dejar que yo también me quede —comenta ella, poniéndole kétchup a las patatas.

Cuando se lleva una a la boca se deja toda la comisura manchada y me invita a comer enseñándome el menú improvisado que ha preparado. Aunque quiero negarme, el estómago me ruge y tengo que seguir su dictado, después de todo no creo que Conrad vaya a hacer algo más que ver algún partido repetido de la Bundesliga.

—Tú misma lo dijiste, es un tipo metódico. Si no haces vida normal, puedes levantar sospechas, algo me dice que no va a estar mucho tiempo en la ciudad.

—De hecho, yo tampoco. —Su comentario me hace apartar la atención de las patatas en cuanto me llevo un par a la boca, ni de coña pienso tocar la hamburguesa—. Me ha pedido que haga algo y, lamentablemente, no puedo negarme. Vamos a tener que improvisar, nada que no tuviéramos previsto.

—¿Qué tienes que hacer? —La pregunta sale disparada de mis labios rápido, pero en cuanto la miro, sé que no va a soltar prenda—. Mira, si vamos a trabajar juntas es mejor que sepa dónde vas a estar para poder comunicarnos, tienes mi palabra y no voy a delatarte ante los míos.

—Te creo, pero confío más en mi criterio —argumenta, remangándose el jersey que lleva puesto para enseñar una mancha de nacimiento en su antebrazo izquierdo en la que no me había fijado. La verdad es que yo habría respondido lo mismo—. Van a ser unos días, no tiene nada que ver con este asunto, es algo interno de la organización, no puedo decirte más, deberás tener fe en mí. Como yo lo hago contigo.

Sus palabras me dejan sin habla y claramente sorprendida. Aunque no debería, su mirada me dice que debo creerla y que esto no es más que una pequeña piedra que se ha puesto en el camino para llegar a una meta final, «en la que probablemente acabes por traicionarla», me recuerdo.

Mis ojos van hacia la pantalla donde veo a Conrad de espaldas, mirando hacia la televisión, y esa paz momentánea me permite coger la hamburguesa doble que Irma me ha traído para pegarle un bocado. Ella se aleja de mí, con su refresco en la mano, haciéndome que la siga con la mirada, preguntándome qué clase de cosas esconderá su mente o cómo habrá sido su vida. A pesar de que siempre está ironizando, he visto en sus ojos más de una vez que sí que parece cansada de esto, de un trabajo que quizá le ha sido impuesto desde siempre. Es lo único que puedo pensar.

Enseguida, niego para mí misma y vuelvo la atención a la comida, no me conviene empatizar con alguien que es una asesina altamente peligrosa y está buscada por toda Europa. Tal vez solo me

esté engañando y jugando conmigo, por eso voy a tener que ir con cuidado.

—Sigo pensando que deberíamos poner un micro ahí dentro —insisto, en un intento por que cambie de opinión—, vamos a perder una oportunidad de oro si…

—Espera, algo ha cambiado.

Irma deja la comida sobre la mesa y se acerca a la pantalla del ordenador. Enseguida, hago lo mismo y corro hacia la cámara que hay cerca de la ventana, lamentándome porque solo detecte el bullicio de las calles a pesar de darnos una imagen más o menos clara. Amplío la imagen todo lo que puedo y después voy junto a mi compañera para ver cómo Conrad coge un portátil y vuelve al sofá. Cuando lo pone en la mesa de centro, lamento no tener una visión más clara —solo se ve una esquina de lo que él está mirando— y siento ganas de darle un puñetazo a algo.

—¿Qué estará haciendo? —pregunto más al aire que a Irma.

—Tenemos que seguirle, no va a tardar mucho en salir del apartamento y lo más seguro es que no vuelva.

—¿Cómo lo sabes? —Antes de que pueda añadir más, cierra la pantalla del ordenador y también apaga la cámara. Miro al edificio de enfrente y veo cómo Conrad también se mueve por el salón, lo que me deja claro que no tenemos mucho tiempo—. Vale, es algo habitual en vosotros, me queda claro.

—Ahora no hay tiempo para conjeturas, Toni, ¡mueve el culo!

***

Llevo las manos guardadas en los bolsillos y a la espalda cargo la bolsa de deporte donde hemos guardado todo lo que nos hemos llevado de un apartamento que ha quedado tan vacío como lo encontramos. Irma adelanta mis pasos unos doscientos metros, moviéndose por una concurrida Gendarmenmarkt donde las catedrales gemelas parecen ser el mayor atractivo de la zona. A pesar de no apartar la mirada de ella, procuro mantener un perfil bajo para no llamar la atención, pero lo

que más me preocupa es perder a Conrad y largarnos de aquí con las manos vacías.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando la veo pararse y apoyarse en el muro que da cobijo a las escaleras del KonzertHaus, la sala de conciertos más famosa de Berlín. Frente a este, un violinista toca algunas notas que encandilan a los presentes y que les hace detener sus pasos para ver cómo mueve los dedos y el arco sobre las cuerdas. Yo misma me dejo envolver por ese sonido una vez que estoy más cerca, aunque debo reconocer que la atención se me va enseguida a un edificio de arquitectura neoclásica que debe ser una delicia de ver por dentro. Qué pena no haber venido aquí por placer.

Mis ojos conectan con los de Irma y esta asiente a la espera de que yo avance y continuar siguiendo a un hombre que revisa su teléfono y gira a la derecha, dispuesto a abandonar la plaza para llegar a su lugar de encuentro, o eso es lo que creemos. Ahora, soy yo quien se adelanta y dejo que ella me cubra las espaldas, una asesina que me pone los pelos de punta en cuanto pienso en ello. La gente pasa por mi lado sin inmutarse ni prestarme atención, como si fuera una más de esta ciudad y eso me ayuda a poder ver cómo Conrad cruza la calle para ir directamente a un local que parece de lujo por los asientos rojos y grandes que hay colocados en la terraza. Antes de entrar al Newton Bar, echa un vistazo a su alrededor y agacho la cabeza fundiéndome mejor con la multitud.

—Mierda, necesito entrar ahí —digo para mí, olvidándome un segundo de que no voy sola.

Una mano atrapa mi brazo y me arrastra hacia una furgoneta, estampando mi espalda contra el vehículo. El aliento de Irma me da en la cara y antes de que pueda reaccionar ya la tengo pegada a mí, dispuesta a cruzar una línea que ya atravesó la primera vez que nos vimos cara a cara. Mi primer instinto es pegarle un empujón, pero cuando lleva las manos a mi cintura y pega sus labios en mi oído, me quedo sin opciones.

—Tienes que cruzar esa puerta —susurra con una calma que me pone los pelos de punta—. Dame la bolsa.

—¿Qué? —Apenas soy capaz de reaccionar y cuando pasan unos segundos, se aparta para robarme la gorra que llevo y ponérsela.

—Toma, no tendrás mucho tiempo. —Irma se quita su *blazer* y tira de mi mano para ponérmelo, cerrando los botones con una rapidez sorprendente—. Sé discreta, nos valdrá con un par de fotografías. Pide la mejor copa que se te ocurra, llamarás menos la atención si pareces una más de este lugar.

Quiero decirle que es una locura y que la improvisación nunca me ha jugado buenas pasadas, pero sus manos van otra vez hacia mí y me suelta el pelo para peinarlo con cuidado y dejarlo caer sobre mis hombros. Irma se muerde el lado derecho de su labio inferior con intriga, dando un pequeño paso hacia atrás para comprobar algo, como si analizara si me veo bien o no, y de paso, revolucionando mi estómago.

—¿Qué vas a hacer tú? —pregunto por inercia.

—No te preocupes por eso, nos veremos antes de que tenga que salir de la ciudad. Tú entra ahí y saca esas fotografías, procura que Conrad no sea consciente, yo me llevo esto.

Que tenga en su poder el ordenador que he traído me parece una idea terrible, probablemente el peor error que podría cometer; pero cuando vuelvo a mirarla a los ojos, algo dentro de mí hace que confíe, como si hubiera algo que tenemos en común, así que asiento y me miro en el espejo retrovisor de la furgoneta. Al girarme, ella ya ha desaparecido e intento encontrarla sin éxito, los pelos se me ponen de punta al guardar las manos en mis bolsillos y ver que ha dejado ahí mi cartera y un pintalabios que uso para maquillarme.

Tomo aire durante un momento y cruzo la calle directa al bar, con la incertidumbre palpitándome en el pecho y la cabeza a punto de explotar. Nunca había improvisado tanto, y lo peor es que, hay una parte dentro de mí, a la que esto le gusta.

# 10

## IRMA

*Horas después*

Había olvidado que Christburger Straße tiene ese encanto americano que te invita a pasar la noche recorriendo una calle repleta de edificios de pocas plantas y *boutiques*. Las ganas se me quitan en cuanto miro el reloj y veo que están a punto de dar las once, lo que me hace encender el tercer cigarrillo con tal de detener el enjambre de pensamientos que atraviesa mi mente. Tal vez no fue buena idea meterla en la cabeza del lobo, no cuando Conrad es un profesional que no deja ni un solo detalle al aire. Pensar que Toni pueda estar en peligro me hace sentir tan mal como si se tratara de Diana o Max y eso empieza a preocuparme. No sé por qué me cuesta pensar que esto es una relación de puro interés y que, en cualquier momento, ella puede traicionarme.

El humo se eleva después de una calada profunda en la que siento cómo los pulmones me arden acompañando a la idea de que ya pueda estar hecha cachitos en algún lugar a las afueras de la ciudad. Echo la cabeza hacia atrás, dispuesta a salir a buscarla a la vez que la cerradura de la puerta se escucha y el pomo gira. Toni entra con el cansancio pesándole en los zapatos bajos que lleva puestos, pero este se esfuma en cuanto repara en mi presencia y se lleva la mano a la cintura, buscando un arma que no lleva.

—¿Cómo coño…?

—Tenía que saber si había ido bien —justifico, pero eso no hace que quite de la cara esa expresión de «voy a marte ahora mismo»—. Y antes de que digas nada, he tomado precauciones.

—Si nos ven aquí juntas, estamos muertas. ¿Lo has olvidado?

—Podría ser un simple ligue. —Es lo primero que se me ocurre y enseguida me doy cuenta de que con ella no hay bromas que valgan. Me encojo de hombros indiferente y levanto las manos con el

cigarrillo entre los dedos—. Perdón por haberme preocupado.

Toni hace un gesto como si no se creyera que acabo de decir eso, lo nuestro parece ser una batalla constante.

—Ha salido bien, no estuvo mucho tiempo por allí, pero tengo fotos de la mujer con la que se vio. —Por primera vez en días, veo a Toni sonreír encantada y tengo que admitir que eso me gusta—. La seguí un rato, pero le perdí la pista a tres manzanas.

«Esta mujer tiene agallas», pienso, y es algo que me hubiera gustado poder compartir en voz alta.

—¿Y qué has estado haciendo toda la tarde? Llevo aquí un buen rato. —Toni suspira, mirando a su alrededor por miedo a que haya tocado algo, y tengo que poner mi cara más creíble de «puedes estar tranquila»—. No he tocado nada.

—Por si se te había olvidado, se supone que estoy de vacaciones, me ha llamado mi hermana así que he tenido que improvisar una charla de más de una hora recorriendo Berlín para hacerla creer que estaba de turismo. Después me entró hambre y fui a comer algo por Mitte, un barrio bonito, la verdad.

—Increíble —suelto sin poder creerlo y no porque piense que está mal, sino por su calma ante una situación que casi me hace buscarla por todas partes—. ¿Vas a quedarte ahí?

Lo que quiero decirle en realidad es que me enseñe las fotografías que ha hecho y Toni lo lee perfectamente en mi expresión, pero antes, se permite unos segundos para quitarse mi *blazer* y dejarlo sobre el sofá. Ahora lleva el pelo recogido otra vez, pero un mechón suelto le acaricia la mejilla mientras abre su teléfono y me enseña la imagen.

—No parece la típica persona que se reuniría con alguien como Conrad —dice y me quedo boquiabierta, de hecho, creo que me acaba de bajar la tensión—. ¿Qué pasa?

Toni se mueve para mirarme a los ojos, esperando algún tipo de reacción que llega en cuanto puedo volver a respirar.

—¡Mierda!, es Teagan Nox, antigua agente del BND, una mujer muy peligrosa, tiene muchos contactos dentro y fuera de las agencias de espionaje. Hace unos años estuvo a punto de ponerme las manos encima, por suerte, Bishop me salvó el culo, fue una de las pocas veces que sentí que mi vida estaba en peligro de verdad.

—¿Y por qué tiene contacto con Conrad? —Antes de que pueda darle una respuesta, ella misma llega a la conclusión—. Joder, es su informante.

—Algo gordo debe de estar pasando para que estos dos se reúnan en pleno Berlín. Seguro que por eso me envían a… —En cuanto soy consciente de lo que estoy a punto de decir, Toni se me queda mirando y carraspeo, apretando los dedos en el respaldo del sofá—. Siempre he sospechado que Félix tenía un apoyo dentro de la agencia, y ahora acabo de confirmarlo —añado, intentando desviar la conversación.

—¿A dónde te envían? —Por supuesto, Toni no iba a dejar escapar la oportunidad. Rápidamente bloquea la pantalla y se cruza de brazos encarándome—. No pienso dejarte salir de aquí sin que me lo digas.

—Pues tendrás que esforzarte mucho —aclaro sin darle muchas opciones—. Te dije que tuvieras fe en mí, cuando sepa bien de qué va este asunto, lo sabrás. Ahora tenemos que centrarnos en esto, saber por qué Nox ha contactado con Conrad y cuáles serán sus próximos movimientos. Mira, yo solo he conocido esta vida y sé lo que me digo, va a pasar algo. Tienes hasta el domingo para hacer lo que quieras.

—Y después improvisaremos —me recuerda a lo que yo afirmo dándole una última calada al cigarro—. Te dejaré en nuestro lugar de encuentro un número para que hablemos cuando vuelvas. No vayas a cometer locuras.

—¿De verdad crees que voy a jugármela tanto? —bromeo, está claro que hay una parte de ella que todavía desconfía, y no puedo reprochárselo, así que hago lo mejor que sé: ignorarlo por completo—. Será mejor que me vaya, no quiero levantar sospechas, procura llevar

cuidado. He dejado tus cosas en el dormitorio.

Toni desvía la mirada hacia allí totalmente incrédula —seguro aún se pregunta cómo he entrado aquí— y yo cojo mi *blazer* para ponérmelo y marcharme sin darle opción a que pueda responder. Cuando cierro la puerta me quedo un momento apoyada ahí, dejando caer la cabeza con la tonta esperanza de que quiera discutírmelo, pero sé que eso nunca va a pasar.

***

—¿Por qué no me has llamado antes? Pensé que nos habíamos divertido. —Mis labios atrapan el cuello de una mujer que no debería haber vuelto a ver.

Otra vez acabo de romper una de mis tantas reglas por culpa de alguien que tiene una vida muy distinta a mí y que me hace querer probar lo que se siente cuando puedes volver a besar a una misma persona o pensar en tener una segunda cita.

—Ya te dije que tenía mucho trabajo —me justifico, susurrándole esas palabras al oído, recorriendo su cintura con las manos a la vez que le quito la camiseta que lleva puesta.

Lo peor que he podido hacer no ha sido volver a contactar con esta mujer, sino estar en su maldito apartamento, un lugar escondido en Kreuzberg donde la comunidad turca está asentada desde hace décadas. Berna suelta un suspiro y me aparta de golpe enseñándome el índice para moverlo y pedirme que no me mueva ni un centímetro. Las luces de las farolas entran por la ventana de su salón, dejando destellos y sombras en los muebles y el suelo que ya acoge la mayoría de nuestra ropa. Mis ojos van un segundo hacia mi chaqueta, donde el perfume de Toni se ha quedado impregnado y después vuelvo a unos ojos que son muy parecidos a los de ella y que me miran con deseo, provocando que este me pellizque el vientre y suba por todo mi cuerpo cuando empieza a acariciarse frente a mis ojos.

Berna se desnuda del todo, llevando una mano entre sus piernas para tocarse a placer mientras endurece uno de sus pechos,

dejándome sin aliento y con el calor poniéndome los pelos de punta. Sus ojos se clavan en mí como los de un gato salvaje y mi respuesta no es otra que deshacerme del pantalón y caminar hacia ella para fundirme en un beso lleno de placer.

El recuerdo de Toni en el sofá de su casa se me instala en la mente y me hace soltar un gemido que se acentúa en cuanto mi ligue lleva una mano dentro de mi ropa interior. Sus dedos tocan mi humedad y abordan mi sexo sin esperas, moviéndome por un escenario desconocido que me hace chocar con la pared. Estoy a punto de volver a tener el control, pero ella se las arregla para dejarme sin opciones cuando mueve sus labios por mi pecho hasta acariciar uno de mis pezones y hacerme caer en un encanto que hasta el momento no había experimentado. No recuerdo un momento de mi vida en el que haya estado a merced de nadie, no cuando eso supone bajar las defensas y ponerme en peligro.

—Espero que, a partir de ahora, vuelvas más a menudo —dice y sé que lo quiere de verdad.

Mis labios están a punto de vocalizar un «lo haré» que logro contener en mi interior, aunque lo que no consigo es dejar de gemir cuando me penetra, provocando que pegue una de mis manos contra la pared permitiendo que ella tome el control hasta que mi cuerpo no lo resiste más y abro los ojos de golpe, queriendo encontrarme con otra persona, pero dando con una realidad que, en el fondo, no me parece tan horrible. La sonrisa placentera de Berna hace que lleve una mano a su cuello y apriete los dedos un segundo, provocando que suelte una risa peligrosa que me excita todavía más. Ahora soy yo quien gira sobre nuestros pasos y pega su espalda a la pared. Atrapo sus muñecas con fuerza y me pongo de rodillas levantando la cabeza para observar una mirada que se ha vuelto más oscura.

Ella abre sus piernas encantada, dispuesta a dejarse llevar por mí y cuando mi lengua roza su sexo disfruto de su humedad y de ella, como si por un segundo me hubiera convertido en la mujer que arrancó gemidos a la agente Ariza en el sofá de su casa.

# 11

## TONI

*Berlín*
*Sábado, 4 de mayo de 2024*

La *dark web* se mantiene en un silencio que no me gusta. En la agencia solemos decir que cuando no hay movimiento alguno significa que en algún momento va a llegar algo peor y mi intuición está totalmente a favor. La calle está repleta de gente que va de un lado a otro continuando con sus vidas mientras que otros tenemos que cargar con un peso sobre los hombros que desconocen. Parte de su seguridad está en mis manos, en las de todos los agentes que trabajamos a diario en misiones a lo largo del globo, pero lo peor es esta maldita incertidumbre y saber que estoy lejos de averiguar qué está pasando. La llegada de Irma a mi vida no ha podido ser casualidad, y sigo dándole vueltas al hecho de que ella quiera dejarlo todo en este momento, justo cuando una exagente del BND se pone en contacto con la mano derecha de un criminal muy buscado.

En mitad de este silencio, me entran unas enormes ganas de fumar y, al girarme, veo la colilla del cigarrillo que Irma apagó antes de salir por la puerta.

«¿Dónde estará ahora?», me digo, y mis pies caminan por su cuenta hacia el sofá para sentarme frente al ordenador y empezar a teclear. La información que tengo de ella, me lleva otra vez a un *currículum* impecable que no tiene nada que ver con lo que está en manos de la agencia. Si el CNI fuera consciente, ahora mismo se le sumarían cargos que la pondrían en la número uno de los más buscados. Mi yo agente me pide que dé ese paso, que me deje de tonterías y la entregue; pero hay algo en todo esto que no me termina de convencer, secretos que he visto a través de sus ojos y por los que siento una curiosidad innegable. Dispuesta a saber un poco más, voy al frigorífico y abro una cocacola de la que bebo para volver a una búsqueda que no sé exactamente a dónde me va a llevar.

Poco a poco —con lo que he encontrado y lo que ella me dio— voy trazando una línea temporal que empieza en el año 1992. Partiendo de ahí, busco casos de desapariciones o sucesos parecidos que hayan ocurrido en Alemania, incluyendo secuestros que me ponen los pelos de punta. Los minutos pasan y el cúmulo de ventanas va aumentando al mover mis ojos por una cantidad de información que me da dolor de cabeza. La primera lata queda vacía y voy a por otra. Después, continúo con la búsqueda aprovechando que conozco bien la internet profunda —con un gran contenido de datos que ya no están disponibles en la red—, dándome descansos en los que masajeo mi cuello y nuca, y otros frustrantes donde me aprieto las sienes. Hasta que un suceso en concreto llama mi atención.

—Familia asesinada en la localidad de Allgäu. ¿Qué es todo esto? —musito, buscando más noticias de lo ocurrido por aquel entonces y del que encuentro un único artículo.

> «El asesinato ocurrió a las tres de la madrugada, en una de las cabañas alquiladas por una familia que se encontraba allí por vacaciones. La única superviviente es una niña de siete años que ha pasado a disposición de la fiscalía de menores».

Mis dedos teclean rápido, pero enseguida soy consciente de que alguien se encargó de eliminar el rastro, y tiro de bases de datos poco habituales donde se esconden tantos secretos como sucesos macabros que no están a la vista de todos, pero sí en una especie de subasta para que llegue al mejor postor. Listos para servirlos en bandeja de plata y que alguien los compre y cree un juego de chantajes en su beneficio. Asesinos, mercenarios, empresarios y altos cargos pueden llegar a tener acceso a información que pondría entre las cuerdas a muchas personas, aunque en este momento, solo me interesa una.

Pasado un rato, encuentro poca información más del asesinato, pero me basta con una fotografía del suceso para hilar los hechos junto a una frase que Irma dijo antes de irse.

«Yo solo conozco esta vida». Su mirada dejó claro que se lo habían arrebatado todo, que desde pequeña fue un peón a órdenes de un hombre que estoy segura de que la moldeó y la convirtió en lo que

es. Pero lo que realmente confirma mis conjeturas es abrir el *zoom* en la imagen y ver la mancha en el antebrazo izquierdo de la niña, tomada de cerca por un periodista a su salida del hospital tras haber sido atendida.

—Lo que quieres es venganza, no dejar esta vida —pronuncio, con la mirada puesta en la pantalla del ordenador, echándome hacia atrás para beber mientras esbozo una sonrisa irónica que me duele en las mejillas—. Joder, Irma, qué guardado te lo tenías.

Siento una especie de cosquilleo en el pecho, como si me sintiera orgullosa de lo que está haciendo. Es extraño pero por un segundo logro empatizar con ella, entenderla y darme cuenta de que, después de todo, ella nunca eligió ser esto. Sin embargo, también he visto en su mirada cómo lo disfruta, su entrega y la forma en la que es capaz de meterte en un juego del gato y el ratón del que difícilmente se puede escapar. Y eso es lo que me genera dudas. Cometeré un gran error si creo que de alguna manera somos iguales, y ahora, lo único que puedo hacer es seguir adelante con el plan, para cuando la tenga cara a cara dejarle claro que no pienso ser diana de más mentiras.

***

El taxi que me llevará directamente al aeropuerto está a punto de llegar al lugar donde lo he pedido a un par de calles de aquí. Esta vez he decidido comprar un billete de avión con otro nombre que no tendrá ninguna conexión con el alquiler del coche que usé para venir —y que la propia empresa se encargará de recoger— ni con el alojamiento donde he pasado cada uno de estos días. Mis pasos me llevan al edificio que nos ha servido a Irma y a mí de base de operaciones durante los últimos días y, con cuidado, pego bajo una mesa mohosa un pequeño sobre que lleva una memoria USB y una nota que espero llegue a sus manos.

> «La empresa de Nox va a acudir a una serie de simposios científicos en varias ciudades, Madrid incluida. Casualidad o no, no seré yo quien se lo pierda, y espero que tú tampoco».

A mi marcha dejo atrás la información que he recopilado sobre

la empresa en la que lleva trabajando los últimos años dentro del campo de la biotecnología, a primera vista legal, pero que me ha dejado pensativa y con las ganas de averiguar más. En el aeropuerto me las arreglo para pasar desapercibida con una peluca rubia y maquillaje que habitúo a usar. Por un segundo, me siento en la piel de otra y el primer pensamiento que se me viene a la cabeza es cuántas veces habrá usado Irma este método y si alguna vez se habrá cruzado conmigo sin yo ser consciente. Antes de subir al avión procuro romper las tarjetas de los móviles que he usado y hago lo mismo con los terminales, a excepción del nuevo número que le he dejado a ella para que se ponga en contacto lo antes posible. Una vez que abandono Berlín, tengo claro que cualquiera podría considerarme traidora.

Marsella me recibe con el día soleado. Tengo unas ocho horas para hacer fotografías y cambiar los metadatos de estas sin levantar sospechas, a pesar de que no tengo intención alguna de dejar que nadie acceda a estos datos. A pocos minutos para dejar el hotel donde supuestamente me he alojado, mi teléfono personal suena y veo el nombre de Joana en pantalla.

—¿Cuánto te queda para coger el avión? —pregunta sin saludar, lo que me dice que tiene muchas ganas de verme.

—No mucho, pero en cuanto llegue a Madrid me voy a la cama, tengo que recuperar el horario de sueño o cuando vuelva al trabajo, moriré en el intento. —Bufo a pesar de que intento sonar encantada con las vacaciones que supuestamente he tenido—. ¿Cómo ha ido todo en mi ausencia?

—Pues no te lo vas a creer, pero papá me llamó y quedamos para merendar juntos, por mi cumpleaños. —Joana no suena especialmente alegre, hasta parece más decepcionada que otra cosa.

—Al menos ha tenido los huevos de recompensártelo.

—No sé yo, lo único que hizo fue someterme a un interrogatorio sobre lo que quiero hacer en el futuro y que si estoy segura de que el fútbol es el camino correcto. —Sus palabras me llevan al recuerdo de una misma conversación que tuve con él hace

unos años y eso me hace fruncir el ceño, pero enseguida me centro en lo único que importa aquí: mi hermana—. Odio que sea así, siempre tan responsable, pensando que todo el mundo debe tener su vida.

Mientras cierro la maleta, algo en mi cabeza quiere reaccionar y abrir una puerta que parece cerrada a cal y canto, pero no logro dar con ello.

—Ya sabes cómo es, es su manera de querer protegerte, no se le puede culpar por creer que el mundo no ha cambiado.

—Le he pedido que venga a ver uno de mis partidos para que al menos entienda por qué me gusta tanto el fútbol, pero dudo que lo haga, no piensa más que en él. Es una mierda… —Mi hermana toma aire y por un segundo creo verla sonreír al otro lado de la línea—. Dime, hermanita, ¿te lo has pasado bien? ¿Has ligado con alguna francesa sexi? —suelta junto a una risilla.

«Si llamas ligar a codearme con una asesina a sueldo, supongo que sí», pienso y, de inmediato, arrugo el pensamiento y lo tiro a la basura.

—Algo —respondo, con tal de no desatar más preguntas—, pero ya te lo contaré cuando llegue a Madrid, el martes voy al entrenamiento y nos tomamos algo cuando acabes, ¿vale?

—¡Genial!, te quiero. Ten buen viaje. Ah, y descansa mucho, no quiero que las compis me estén preguntando en el entrenamiento por qué siempre tienes cara de perro.

—¡Que te den! —Antes de que pueda añadir algo más, Joana cuelga la llamada y me deja con una sonrisa en los labios.

A veces, lo mejor de esta maldita vida es poder volver a casa y saber que tengo a una persona que siempre procurará que ría de forma incondicional.

# 12

## IRMA

Un coche frena, pero no a tiempo para evitar chocar conmigo. El golpe seco contra el capó me deja sin aire y ruedo por encima de este cayendo a la carretera ante la atenta mirada de transeúntes y otros vehículos que se detienen evitando un accidente mayor. El corazón me da un vuelco y por un segundo pierdo la visión, aunque la adrenalina consigue hacer que apriete las manos y me levante para echar a correr. En el camino, choco con alguien y suelto un quejido dando con un callejón que me oculta entre las sombras durante unos segundos, no los suficientes para despistar al hombre que me persigue. A mi espalda escucho cómo un arma se dispara y me agacho por inercia sin dejar de correr, notando el regusto a sangre entre mis labios.

La gente entra en pánico y detengo la carrera un momento para ver hacia dónde puedo ir. Bishop me envía un mensaje al teléfono junto a una ubicación que está a varios cientos de metros.

—Mierda, no lo voy a conseguir… —susurro apretando la mandíbula, sintiendo otro pinchazo en mi abdomen.

Otro disparo me saca de la ensoñación y, al girarme, veo al tipo venir a por mí como alma que lleva el diablo.

—¡Estas acabada, Carver! —grita, y lo maldigo por pronunciar mi apellido en plena calle mientras me apunta con la pistola dispuesto a matar.

El teléfono vuelve a sonar y abro la pantalla, intentando que esto no me distraiga ni facilite que este cabrón me alcance mientras miro el teléfono, una de las cosas que he estado entrenando a lo largo de los años.

B: Te tengo, a veinte metros hay otro callejón, entra por la puerta del restaurante que hay a la mitad, es la salida de cocinas. Cuando salgas por la principal, ve directa al sur.

Apenas tengo aliento para correr, pero con el peligro respirándome en la nuca reacciono y me escabullo bajo la luz de las

farolas. Varias personas me insultan al chocar con ellas en una zona peatonal que está llena de restaurantes y de comercios. No sé qué es peor, si tener que evitarlos o la idea de no poder camuflarme con ellos mientras un malnacido me persigue a toda prisa. Los pies me duelen por culpa de los tacones y mis muslos se rozan constantemente con la tela de otro vestido que voy a tener que tirar a la basura. A este paso, me dejo los ahorros en ropa nueva.

Al encarar el callejón, cojo el bolso pequeño con la boca y llevo las manos hacia el borde de la tela para dar un tirón fuerte y abrir una raja que me permita correr con más libertad a pesar de que los golpes y las heridas están minando mis energías. Hago lo mismo con los tacones y me los quito antes de encarar la puerta trasera del restaurante y ver que está abierta, lo que me facilita meterme en la cocina ante la incrédula mirada del personal.

—Huele de maravilla, buen trabajo —animo gritando mientras cruzo como un rayo.

Los comensales no muestran menos estupefacción cuando me ven atravesar el comedor antes de casi chocar con la puerta de salida y darme de boca contra el cristal. La recepcionista se queda estupefacta y yo le dedico un guiño junto a una sonrisa de labios burdeos antes de salir y seguir corriendo a la ubicación que me ha dado Bishop.

El bullicio y los gritos me indican que mi perseguidor no está muy lejos, así que hago todo lo posible por llegar a mi vía de escape. Lo que no tengo previsto es que este hombre se conozca los atajos de estas calles como si los recorriera cada día de su vida, porque cuando giro otra esquina lo encuentro frente a mí, apuntándome con la pistola y con una única farola como iluminación.

—Ya eres mía —se vanagloria con gesto petulante. Sus zapatos de marca se arrastran por el asfalto y pasan sobre un charco, pero ni eso lo distrae de sus intenciones—. Creo que a Conrad le va a encantar escuchar que he acabado con una puta traidora.

—¿Traidora? Yo no soy quien tiene tratos con nuestros

enemigos —rebato en un intento por atrasar su siguiente acción.

El instinto me pide correr hacia él y hacerle una llave para tirarlo contra el suelo, pero el cansancio y el dolor de cuerpo me mantienen quieta en el sitio. Levanto los brazos, poco a poco, para mostrar una fingida rendición mientras intento abrir mi bolso con cuidado.

—Puede, pero yo no soy el que se ha estado viendo en secreto con alguien estos días, ¿de verdad crees que ellos son tan estúpidos como para no tener vigilados a sus activos?

«No, claro que no, habrá que tener más cuidado a partir de ahora», confirmo para mí, aunque no haber escuchado la palabra enemiga o agente me indica que este no tiene idea de mi alianza con Toni Ariza. Sus ojos se entrecierran cuando me ve poner un gesto tranquilo y hasta me permito llevar la mano libre a mi pelo para darle más decencia a la vez que arrastro mis pies unos centímetros, quedándome a pocos del cañón que sigue apuntando contra mí.

—Venga, ambos sabemos cómo funciona este mundo, a veces hay que hacer cosas que están fuera de lo acordado para sobrevivir, ¿no te ha pasado nunca? —No baja la pistola, pero aun sabiendo que podría dispararme aquí mismo me permito un segundo para la improvisación—. Podríamos colaborar, demostrarles que somos algo más que un par de caras bonitas.

Sus ojos oscuros se clavan en mí y aunque en principio creo que va a caer en el juego, su ego prevalece por encima de todo.

—Lo siento, Carver, pero no pienso perder la oportunidad de convertirme en su mejor activo.

—Yo también lo siento, eres demasiado guapo para morir —suelto con arrogancia y, al bajar los brazos, el bolso cae de mi mano y le lanzo un cuchillo que se le clava directamente en el pecho.

El sobresalto hace que dispare y, aunque me muevo para intentar evitar la bala, esta atraviesa mi hombro haciendo que se me escape un alarido y caiga de rodillas.

Ante la mirada sorprendida de él, me levanto y corro para

pegarle una patada en el estómago que le hace trastabillar y caer contra el suelo. No sé de dónde saco las fuerzas, será por el dolor, pero cuando está a mi merced me siento a horcadas sobre su cintura y le saco el cuchillo notando cómo la sangre sale a borbotones. La mía se desliza por el brazo y soy consciente de que esto puede traerme problemas cuando descubran el cuerpo, pero ahora mismo tengo que centrarme en acabar con su vida y lo hago rápido, aprisionando su cuerpo con las piernas como ya he hecho otras veces y volviéndole a clavar el cuchillo directo al corazón mientras le tapo la boca con mi otra mano.

Su cuerpo convulsiona durante unos segundos, hasta intenta forcejear conmigo por ganar la mínima posibilidad de conseguir salir con vida. Me gusta la gente valiente, los animales que luchan hasta el final; pero en un parpadeo, sus ojos se abren y deja de respirar logrando que yo caiga a un lado, exhausta y echándome a temblar.

La herida de bala me duele horrores, igual que las costillas y una de mis rodillas. Estoy tan magullada que cada vez que respiro noto como si los pulmones se me fueran a romper. Para mi suerte, estamos en un callejón por el que no pasa mucha gente, pero sé que no voy a poder hacer nada para evitar que alguien encuentre a la víctima, con lo cual, pongo todo mi esfuerzo en mover el cuerpo y sentarlo contra la pared tras quitarle la chaqueta. Después busco el bolso, guardo ahí el cuchillo y huyo lo más rápido que puedo.

La fiesta que se respira a mi alrededor me evita unas cuantas miradas y, al echar un vistazo a la ubicación que Bishop me ha pasado, llego a una especie de almacén a dos calles de aquí que parece abierto. Una vez dentro, me dejo caer en la silla de escritorio que hay en una oficina al fondo. No sé por qué este lugar está abierto, ni tampoco me interesa, pero lo que sí hago es buscar el botiquín que hay en una pared y abrirlo para tomarme unos cuantos analgésicos e intentar tapar la herida de mi hombro.

—Joder, esto va a necesitar puntos —protesto y aprieto los labios para evitar gritar en cuanto la gasa toca la herida abierta.

No sé cuántos años han pasado desde la última vez que me

hirieron así, pero esta noche he vuelto a tener la muerte cerca, más bien la he besado, y esta se ha alimentado con mi sangre durante un buen rato, así que puedo considerarme afortunada. Soy consciente en cuanto noto cómo los dedos me tiemblan mientras la herida sigue goteando y manchando la chaqueta del tipo y un vestido negro que lo disimula muy bien.

Hoy he acabado con la vida de un traidor, un maldito informante que Los Cuatro querían quitarse de encima y que tenía muchas cosas que decir a la agencia de seguridad exterior, lo que no sabía es que yo también estaba implicada en esa información y que el malnacido estaba dispuesto a ofrecer un trato a Conrad: su perdón por entregar mi cabeza. «Tal vez por eso Nox se reunió con él, para hacerle saber que teníamos a un judas entre nuestras filas», pienso mientras sigo apretando la herida. Lo curioso de esto es que tienen motivos por los que preocuparse y me temo que es cuestión de tiempo que sepan que soy yo, al menos, si no llevo cuidado.

La oficina sigue a oscuras, igual que el resto del almacén donde se apilan decenas de cajas en las que hay ropa según lo que puedo leer en el panel que está colgado en la pared frente a mí. Lo primero que hago es arreglarme el pelo para no parecer que me han dado una paliza y después me levanto y me abrocho la chaqueta para salir de aquí en busca de una ruta tranquila que me lleve a casa y haga olvidar esta maldita noche. Pero antes, me dejo claro que no podré evadir esto sola. No me queda más remedio que buscar el teléfono y marcar un número que me he aprendido de memoria.

Ahora mismo, solo hay una persona que pueda echarme una mano, alguien a quien mentí cuando dije que no estaría en Berlín en mi siguiente misión. Y lo único que puedo hacer es rezar para convencerla de que me ayude.

# 13

## TONI

*Madrid, esa misma noche*
*Lunes, 6 de mayo de 2024*

El ambiente en Blackbird es magnífico para ser lunes noche. Hoy no hay nadie subido en el escenario, pero la música que suena a volumen medio consigue atraparte de la misma manera que si fuera fin de semana, sobre todo si la disfrutas con una copa y la compañía de una mujer que ha conseguido encandilarte con su charla. A veces las *apps* de citas traen cosas buenas, lo admito. Tengo un codo apoyado sobre la mesa y descanso la barbilla en la mano mientras ella me cuenta con pasión su día a día en el aire como azafata de vuelo. Digamos que los viajes es algo que tenemos en común, aunque no pueda revelar los motivos por los que he visitado ciudades como Turín, Oporto o Seúl, entre muchas otras.

—Puede que este trabajo sea agotador y que a veces solo tenga un par de horas en los lugares a los que voy, pero siempre he conseguido llevarme un poquito de vuelta. ¿No te ha pasado que sientes cómo una ciudad penetra en ti con solo poner un pie en el aeropuerto?

La verdad es que nunca he sido una romántica, de hecho, pocas veces he conseguido ver un destino en mitad de una misión como algo reparador, pero la manera en la que sus ojos marrones brillan cuando hace esa pregunta consigue que lo pueda llegar a imaginar.

—Viajar es enriquecedor, aunque no es una obligación para sentirte más pleno, o eso dicen —respondo, levantando el vaso de cerveza antes de beber—. Al final, también puedes conocer culturas al entablar relación con alguien de otro país, como si fuera un *tour* más personal.

Mi memoria me lleva a una misión en concreto, hace cuatro años, cuando Andrés y yo vigilábamos a un informante ruso que estaba en suelo español. Las horas que pasamos pegados a su espalda,

hizo que de alguna manera descubriera costumbres y otras cosas de un país que nunca ha estado entre mis favoritos, pero no es lo mismo verlo en las noticias que en los actos de las personas con los que descubres qué hay más allá del horror.

Alicia sigue mi ejemplo y bebe de su copa sin apartar la mirada y estoy segura de que hay algo que ronda su cabeza y que no va a tardar en soltar.

—Entonces, puede que hoy conozcas el mundo conmigo. —Su atrevimiento provoca que esboce una sonrisa tímida a pesar de que yo soy igual de directa.

Digamos que lleva toda la noche retándome, provocando que un cosquilleo suba por mi espalda y se instale en mi vientre.

—Tal vez —susurro y levanto el vaso con la idea de hacer un brindis.

Cuando me bebo la cerveza, levanto la mano y llamo la atención de un camarero para que me sirva otra.

—Cuéntame, ¿qué hay de tu familia? ¿Tienes hermanos, hermanas…?

—Una hermana por parte de padre. Los míos se divorciaron cuando yo tenía diez y ahora mi madre vive fuera de España, no hablamos mucho, pero nuestra relación es buena. Joana y yo nos llevamos diecinueve años, ella juega de extremo en el filial del Real Madrid femenino. —Mis palabras brotan con orgullo, y es que a pesar de las dificultades que ha vivido por tener a un hombre distante como progenitor, no ha hecho que deje de luchar por sus sueños—. Si todo va bien creo que podría debutar la próxima temporada en el primer equipo.

—Todo un contraste, una hermana futbolista y la otra asesora financiera; aunque tu moto me dice que en ti hay una mujer rebelde, llena de contrastes.

La mirada de Alicia se dirige al exterior del local, donde está aparcada mi Honda Scrambler, una reliquia que lleva conmigo más de ocho años y que me acompaña a todas partes cuando no tengo que

intentar salvar la vida.

—Puede que hoy lo compruebes —comento con picardía.

El camarero vuelve con mi otra cerveza y estoy a punto de abrir la boca cuando el sonido de un teléfono me corta por completo. La espalda se me tensa al ser consciente de que no es mi móvil personal, sino el que compré antes de volver a Madrid y en el que instalé todos los cortafuegos posibles para poder cogerlo sin la necesidad de tener que pensar en dónde estoy o con quién hablo. En pantalla aparece «Número desconocido», pero no tengo que pensar demasiado para saber de quién se trata, así que me disculpo con Alicia y cojo la llamada, intentando que mi expresión no revele lo que siento de verdad.

—Toni, necesito tu ayuda. —La voz de Irma suena desesperada, incluso diría que le cuesta respirar—. Voy de camino a mi casa, en unas horas cogeré un avión que me lleve a Barcelona y de allí viajaré a Madrid, ha ocurrido algo serio. —Que se tome esa libertad para hablar de su próxima ruta me pone los pelos de punta.

«Maldita imprudente», quiero decirle, pero lo dejo en un simple pensamiento.

Noto en mi pecho el latido frenético de mi corazón. Sabía que esta especie de alianza iba a traerme problemas en algún momento, aunque no creí que fuera tan pronto. Alicia me observa con ojos curiosos y ese toque de deseo que ha mostrado durante la noche, y lamento tener que dejar de prestarle atención un rato. Sin decir nada, levanto un dedo y le pido que me deje atender la llamada, lo que me hace salir rápidamente del bar.

Fuera, no hay demasiado ruido y procuro moverme a un punto donde el tráfico se oiga para hablar con más libertad.

—¿Estás loca? Se supone que nos íbamos a comunicar por mensaje, esto es un riesgo que no puedo correr y menos que sueltes esas cosas, así como si…

La escucho gemir de dolor y aunque el cabreo me sube por el cuerpo, no puedo evitar preocuparme.

—Ya, pues es a mí a quien le van jodidas las cosas. He tenido que acabar con alguien, en plena calle —dice, bajando la voz para evitar que alguien más pueda oírle. Seguro que todavía está en el mismo sitio—. Sé que lo que te voy a pedir es mucho, pero si alguien averigua que he sido yo, estamos acabadas. Los Cuatro van a ir a por mí, e inevitablemente también por ti y no precisamente porque yo quiera.

Mis años como agente me dejan claro que esta mujer es un hueso duro de roer y que difícilmente podrían sacarle algo en un interrogatorio por más que la hagan sufrir, pero una cosa es eso y otra que se forme una sospecha mayor y empiecen a buscar por otros lugares. Podría enumerar la cantidad de veces que hemos sido imprudentes frente a cámaras de seguridad de establecimientos o circuitos cerrados, y la frustración me hace apretar los labios. Tengo que pensar en algo rápido.

—Necesito que me digas exactamente lo que ha pasado, dónde has estado y cuánto tiempo.

—La policía obtendrá mi ADN y si se ponen responsables y cruzan los datos con los de diferentes agencias, ya no habrá vuelta atrás. —Irma deja escapar un suspiro e incluso a la distancia y sin verla puedo notar que tiene miedo—. Sé que no he dejado huellas, pero con la sangre… ¡mierda! —musita con rabia.

La escucho resoplar y me giro para mirar al interior del bar desde donde Alicia me observa, levantando su copa y guiñándome el ojo, a lo que yo respondo con un saludo agradable, como si al otro lado de la línea no tuviera a una mujer que ha jodido mi presente en pocos días.

Una parte de mí cree que podría dejarlo estar, permitir que conecten ese asesinato con ella y que Los Cuatro usen sus armas para quitársela del medio, pero en juego no solo está mi reputación sino también la seguridad de mi familia, así que echo la cabeza hacia atrás y me pellizco el puente de la nariz por la frustración.

—Tengo una idea, pero voy a necesitar que contactes con

Bishop para que ella haga algo por mí. Y no vuelvas a llamarme, aunque haya tomado todas las medidas posibles sabes que pueden jodernos y bien. —No le permito responder al colgar la llamada.

Necesito un par de segundos para reponer mi respiración, guardarme el teléfono y abrir la puerta del bar. Cuando me siento, Alicia apoya los codos sobre la mesa y su expresión dicta que quiere saber qué pasa.

—¿Algún problema? —Ahí está la pregunta.

—Hay clientes que nunca se sienten satisfechos con lo que le entregas —finjo y me encojo de hombros, llevándome la cerveza a los labios para hacer desaparecer el agobio que ahora mismo me recorre por dentro.

—Todo tiene arreglo, ¿no?

El erotismo que cargan sus palabras es capaz de darle una patada a mis sentimientos y conseguir que por un segundo me olvide de mi ajetreada vida, incluso podría fingir durante un segundo que soy esa asesora fiscal que se presenta ante el resto; pero cuando el teléfono vibra y veo que me entra un mensaje la calma se esfuma por completo.

***

Alicia se encargó de mejorar el resto de la velada en el bar. Bastó con cinco minutos en el baño para contactar con uno de mis colaboradores habituales —fuera del radar del CNI— y darle la información que Irma compartió conmigo. La petición fue sencilla: cruzar los datos con la policía para asignar a un agente de policía en concreto. Mientras a Irma le pedí hablar con Bishop para *hackear* cualquier grabación de las zonas en las que había sido vista y así evitar imágenes claras de su cara. La investigación pondrá a otro sospechoso en el punto de mira y con suerte evitaremos que lleguen hasta ella, aunque ahora mismo, solo puedo centrarme en las manos que hay alrededor de mi cintura.

Con la noche cayendo sobre nosotras, aprieto el acelerador y hago nuestro el Paseo de la Castellana. Alicia pega sus labios a mi

cuello y la piel se me eriza cuando roza su lengua, provocándome un suspiro que ya no puedo ocultar. En quince minutos llegamos al edificio donde vivo, y basta con subir al ascensor para que su boca busque la mía con una pasión que me pellizca en el vientre. Sus ojos destilan deseo y un hambre que también puedo ver en mi expresión al caer en su reflejo. No tardo en arrancarle un gemido al acariciar su cintura por debajo de la ropa que lleva puesta. La puerta de mi piso se abre y en cuanto doy la luz dirijo sus pasos lentamente, marcando su piel con los dientes y excitándome tanto que no pienso esperar hasta hacerla mía.

Por más que fuera de estas cuatro paredes el universo esté apuntándome con cientos de francotiradores dispuestos a acabar conmigo si cometo el mínimo error.

# 14

## IRMA

*Barcelona*
*Martes, 7 de mayo de 2024*

Sants está repleta de viajeros que vienen y van, ya sea por negocios o placer. Aunque no soy muy fanática de estos restaurantes, he decidido pasar desapercibida sentada en una mesa del McDonald's que hay aquí mientras espero el tren. Llevo gafas de sol y mi atención está puesta en el sudoku que tengo entre manos, el único pasatiempo que logra alejarme de la ansiedad cuando las cosas no van bien. Hacía mucho que no tenía que recurrir a los números para despejarme la cabeza y, sin embargo, no puedo evitar mantenerme alerta mientras miro a mi alrededor como si de repente fuera a aparecer alguien que quiera matarme.

No he vuelto a comunicarme con Toni desde que hablamos por teléfono, ni sé si las cosas han ido bien, aunque las últimas noticias que tengo del cuerpo encontrado en las calles de Berlín es que se desconoce su identidad. Sé que si alguien me hubiera detectado, Félix me lo habría hecho saber y, por esa parte, me siento más tranquila.

—A todos los pasajeros, el tren con destino Madrid efectuará su entrada por la vía 7.

En cuanto escucho la voz por los altavoces le pego un buen sorbo a mi refresco y doy un bocado a la hamburguesa que ya está fría —e igualmente asquerosa— con tal de llenar un poco más el estómago. Guardo el sudoku en el bolso y en un santiamén estoy arrastrando la maleta de cabina de camino al andén, no sin antes pasar por el correspondiente control de seguridad.

—Que tenga un buen día. —La mujer que se encarga de revisar los billetes me dedica una agradable sonrisa y yo asiento sin pronunciar palabra, no quiero arriesgarme a cualquier tipo de contratiempo.

«Estoy paranoica», pienso para mí misma, aunque tengo

motivos para ello.

Los escáneres no pitan y me permiten pasar como si nada, lo que me hace suspirar de alivio mientras agarro con fuerza el asa de la maleta. Los nudillos se me ponen blancos y siento cómo la respiración se me entrecorta. El hombro me da un pinchazo y se me viene a la cabeza el motivo por el que mis miedos están a flor de piel, pero sigo mis pasos como si fueran la propia sombra que genera mi cuerpo.

Cuando llegué a casa, casi una hora después de haber dejado el almacén y pedir ayuda a Toni, creí que había conseguido pasar desapercibida hasta que la puerta de enfrente se abrió y Diana se quedó estupefacta. En cuanto me giré y vio mi aspecto se llevó una mano a la boca, a punto de gritar.

—No se te ocurra decir nada —intervine rápido y el pánico provocó que fuera hasta ella para pedirle silencio—. ¿Está Max en casa? —afirmó y el miedo se instaló en sus ojos enseguida—. Dile que vienes a hablar conmigo porque tenía algo que contarte, y ni una palabra de esto.

En ese momento no pude evitar que mi voz estuviera cargada de amenaza, hasta temí por un segundo que entrara a su casa, echase el cerrojo y llamara a la policía. Sin embargo, quise confiar en la amistad que teníamos y la dejé marcharse, arriesgándolo todo a una carta que jugó a mi favor.

Cuando llamó a mi puerta ya me había quitado la chaqueta y dejaba ver la gasa empapada que tenía puesta en el hombro. El brazo se me había llenado de sangre y apenas fui consciente de eso hasta que miré los dedos goteando, preguntándome si habría marcado un recorrido que me delatara de camino hacia aquí. Diana se quedó tan asombrada que no fue capaz de pronunciar una palabra a pesar de que en su expresión se podía ver que tenía mil y una preguntas formándose en su cabeza.

—¿Cómo…? —pronunció titubeante al avanzar por mi salón—. ¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha…?

No pudo terminar la última frase con claridad. Sus dedos

temblaron, frunció el ceño y se quedó pálida por completo. Quizá fue una mala idea plantarme así ante ella, haber sido tan descuidada como para que me viera llegar a casa; pero, lamentablemente, no tuve alternativa.

—No puedo explicártelo, ¿Max te ha dicho algo? —Diana volvió a negar, y yo suspiré más tranquila—. Bien, espero que no se le ocurra hacer ninguna pregunta.

—¿Por qué? —volvió a titubear y se frotó las manos con las dudas revoloteando a su alrededor. No podría reprochárselo—. ¿Estás en problemas?

—Ya te he dicho que no puedo contártelo. Mira, sé que esto no es algo normal, pero necesito que confíes en mí y no hagas preguntas. —Su mandíbula se tensó y solo se relajó cuando me acerqué a ella para poner las manos sobre sus hombros, a pesar de que cualquier movimiento me dolía como si estuvieran apuñalándome por dentro—. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que sí, somos amigas, ¿no? Las amigas hacen eso, sí. —Diana no dejaba de tartamudear, sus labios temblaron y noté que sus ojos empezaban a empañarse en lágrimas por culpa de los nervios y por no saber qué hacer.

—Vale, porque ahora necesito que me ayudes a sacarme una bala del hombro. —El rostro se le desencajó y se llevó las manos a la boca sin creérselo.

De hecho, la noté a punto del desmayo y de no ser porque la cogí para arrastrarla hacia el sofá se habría dado de bruces contra el suelo. Ahora, reconozco que la situación fue cómica al extremo, a pesar de que tuve que morderme el interior de las mejillas para evitar gritar de dolor.

Diana se quedó estática unos cuantos segundos, mientras que yo buscaba el botiquín en un hogar que tenía más impresión de pertenecer a una gran empresaria que a una asesina en serie. Pero seguro que ella no llegó hasta esa conclusión, o eso espero.

—Esto es una locura, una completa locura, ¿cómo puede ser

que te hayan…? —Mi vecina y mejor amiga apretó los labios y se llevó una mano al pecho en un intento por regular su respiración—. Vale, vale, cálmate, Diana. ¿Estamos en una de esas películas donde alguien descubre que una persona a la que quiere es una espía?

Podría haberle dicho que sí, pero lo que hice fue fulminarla con la mirada y pedirle silencio, hablar de eso en mi piso era una idea horrible, a pesar de que yo siempre tomaba precauciones para evitar que cualquier dispositivo pudiera recoger conversaciones como esa. Lo bueno de los nuevos tiempos y no estar en plena Guerra Fría es que la tecnología evita que tengas que subir el volumen de la música a tope, cosa que también suelo hacer por si acaso. En ese momento preferí cerrar la boca para evitarle conjeturas y abrí el botiquín entregándole aguja e hilo, más gasas, suero, unas pinzas y un palo que me metí en la boca y así evitar gritar.

—Estoy segura de que la bala no está profunda —informé quitándomelo para poder hablar y darle instrucciones previas—. Hurga lo que sea necesario, seguro que la encuentras rápido y no pares aunque me duela.

—Yo no lo tengo tan claro, jamás he hecho esto… Irma. —La forma en la que dudó al decir mi nombre me dejó claro que ya no estaba segura de que ese fuera mi nombre así que puse una mano en su mejilla y la obligué a mirarme.

—Jamás te he mentido en esto —aclaré, sin saber todavía por qué se lo quise asegurar—. Ahora hazlo.

El dolor fue penetrante, tan profundo que en vez de una bala en el hombro sentí que la tenía en el corazón. Los nervios provocaron que la mano de Diana temblara y fallara en un par de ocasiones al coger la bala cuando dio con ella, pero a la tercera logró atraparla y sacarla poco a poco mientras que el sudor perlaba mi frente y caía por mi cuello; casi me desmayo.

Mi tensión se desplomó y estuve a punto de perder el conocimiento, al menos hasta que ella me abofeteó logrando que abriera los ojos de golpe.

—No se te ocurra morir entre mis brazos —amenazó con voz ronca y una seguridad que pensé había perdido para siempre. Su enfado me hizo reír a pesar de que las costillas también me dolían, ese desgraciado me había pegado una buena paliza, debía reconocerlo—. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Coser. Tú haces punto de cruz, no te resultará difícil. —La comparación la dejó sin habla, de hecho, no podía decirse que fueran cosas parecidas, pero fue lo único que se me ocurrió para darle ánimos. Gracias a ella yo también tenía buena mano con el hilo y la aguja, pero el lugar era horrible para haberme cerrado la herida yo sola—. Estoy lista.

Ella echó un vistazo al botiquín para coger el alcohol y lavarse antes de ponerse manos a la obra. Ese gesto hizo que la imaginara viendo alguna película en la tele y tomando ejemplo. De hecho, cerró la herida más rápido de lo esperado, con un pulso que no creí que tuviera debido a los nervios, y cuando terminó con la sutura limpió la zona y me puso una gasa.

—Deberías ir al médico, no creo que esto sea lo más pulcro del mundo.

—No te preocupes, tengo antibióticos, los tomaré unos días. Todo irá bien. —Diana afirmó como diciéndose que ya lo suponía y agachó la vista. Después, metió las cosas en el botiquín por evitar hacer más preguntas.

—Gracias por esto, te debo la vida. Ojalá pudiera darte otro tipo de explicación.

¿Cómo se supone que le dices a alguien que eres una asesina a sueldo y que creciste preparándote para ello? En un universo paralelo —sin la muerte de mi familia y un hijo de puta que me crío haciéndome creer que fue un accidente— sería como cualquier persona que recorre las calles de Berlín, de camino a su oficina y de vuelta a una casa donde poder llevar una vida normal, tomando algo con amigos o con alguien con quien despertar. Pero mi realidad es igual de distinta como dolorosa, una existencia que pesa gracias a los

secretos y también por la sangre que he derramado.

Diana se abrazó a mí cuando la rodeé con mis brazos demostrándole que nuestra amistad era lo único verdadero que tenía a pesar de estar siempre en alerta, y ella lo confirmó cuando me miró a los ojos y me pidió que llevara cuidado.

Ahora, el tren está a punto de llegar a la estación de Atocha y lo único en lo que puedo pensar es en encontrarme con Toni para intentar avanzar con este maldito juego del gato y el ratón. Félix no puede permanecer oculto siempre, en algún momento tendrá que fallar o reunirse con alguna de las personas que le cubren la espalda, y pienso ser quien dé con él para firmar una venganza que llevo esperando desde hace mucho tiempo.

# 15

## TONI

Hoy es uno de esos pocos días en los que puedo abrir los ojos sin remordimientos por abandonar el sueño. Alicia sigue durmiendo a mi lado, respirando tan tranquilamente que me da miedo moverme por si la despierto; pero inevitablemente lo hago, porque quiero mirarla durante un rato como en esos clichés donde todo es calmado y maravilloso. Enseguida, algo dentro de mí me recuerda que eso jamás será posible a pesar de que lo he intentado por todos los medios posibles, y es que sostener una relación que se basa en el engaño y tener que ocultar cada uno de tus pasos nunca trae algo bueno.

«¿Cómo lo harán los demás?», pienso en Andrés y algunos de nuestros compañeros, quienes llevan relaciones totalmente normales a pesar de que se juegan el pellejo cada vez que salen por la puerta de casa. A mí ya me cuesta mantenerme firme ante Joana, por lo tanto, hacerlo ante una posible pareja me parece terrible.

—¿En qué piensas? —No me he dado cuenta de que Alicia se ha despertado hasta que la escucho y vuelvo a unos ojos que me observan con cierta curiosidad.

—No tengo ganas de ir a trabajar —miento, aunque en el fondo es un poco cierto—. La vuelta a la rutina se me va a hacer pesadísima.

«Sobre todo porque vas a tener que estar vigilando tu espalda a cada segundo».

Mi primer deseo es que Andrés no me venga con tonterías que no podré responder, pero ahora mismo no tengo ganas de centrarme en eso, así que llevo la mano al cuello de Alicia y comparto una caricia que la lleva a cerrar los ojos encantada.

—Hace siglos que no hago esto —admite todavía sin abrirlos, hasta que me mira y sonríe a la vez en un gesto precioso—. Me refiero a quedarme en casa de alguien después de una cita magnífica… ¡hasta

el paseo en moto fue una maravilla!

—Y espero que lo que vino después también —suelto con la picardía bailándome en los labios.

Ella se incorpora y se acerca un poco a mí para besarme, colando una mano bajo las sábanas acariciándome la cintura, en un roce que poco a poco se mueve hasta llegar a mi vientre.

—¿Tengo que decirlo en voz alta? Pensaba que había quedado claro. —Nunca había conocido a alguien que jugara con las palabras igual que yo, que fuera capaz de sacar el lado emocionante de las cosas de una manera tan excitante.

Cuando quiero responder, no me lo permite, su boca busca la mía en un beso húmedo que me hace gemir. Alicia se mueve sobre la cama y acaba encima de mi cuerpo, con el pelo castaño cayendo a cada lado de su cuello y las puntas acariciando el mío, dejando un cosquilleo en mis mejillas que me encanta. Tengo tantas ganas de ver su expresión que aparto un mechón de su cara, apoyo los codos para poder levantarme un poco y besarla. La postura me dura poco porque ella me da un empujón, echándome sobre la cama, haciendo presión sobre mí, evitando que pueda moverme.

Poco a poco, sus labios empiezan a recorrer mi piel, en caricias y besos que me hacen cerrar los ojos e imaginarla poseyéndome como lo hizo la otra noche, en un vaivén de caderas que estoy segura nunca borraré de mi cabeza. No sé por qué el pensamiento del olvido se cruza en mi mente, supongo que estoy acostumbrada a decirle adiós a las personas y con Alicia, siento que no va a ser diferente a pesar de que las dos sabemos que hemos conectado. Sus labios me lo demuestran llegando a los míos mientras cuela una mano por nuestros cuerpos para llevarla entre mis piernas y rozar la excitación que ya está presente en mí.

—Anoche dijiste que no eras buena en esto de las citas —susurra levantando un poco la cabeza para observarme mientras profundiza sus caricias—. ¿Crees que eso podría cambiar? Porque el domingo también lo tengo libre.

La petición me pilla por sorpresa, tal vez porque no estoy acostumbrada a dar la impresión de querer abrir esa puerta. Alicia me arranca un nuevo gemido y al caer en su mirada afirmo entre suspiros.

—Me encantaría —digo, olvidándome por completo de un trabajo que siempre me aleja por completo de tener una vida normal.

Ese pensamiento junto al malestar se esfuma enseguida, justo cuando Alicia vuelve a mi boca para robarme la cordura, entrando en mi cuerpo con una penetración que me eriza la piel y provoca que empiece a moverme sin más esperas, deseando que el tiempo detenga su curso y me permita vibrar de placer horas y horas.

Desgraciadamente, la burbuja se rompe un par de horas después y Madrid me recibe con el típico bullicio de gente y un tráfico que gracias a mi moto soy capaz de sortear. El camino a toda velocidad hacia las oficinas me da un chute de adrenalina que necesito para echar fuera los nervios que ahora mismo me encogen el estómago. A estas alturas, Irma ya debe estar llegando y no paro de preguntarme si es buena idea que venga tan pronto o si el simposio al que va a acudir Nox traerá algo bueno.

En cuanto aparco pongo los pies en el suelo, pero la calma de los últimos minutos se esfuma en cuanto me encuentro de cara con Andrés, de brazos cruzados y con una expresión que no me gusta nada. Subida aún en la moto, trago saliva, me quito el casco y lo dejo en mi regazo; después, llevo las manos a mi recogido para arreglarlo antes de afrontar cualquier cosa que tenga que decir. Él es un tipo leal, sumamente responsable y no va a dudar en informar a nuestros superiores de cualquier cosa que no le parezca bien.

«Lo sabe», me digo en cuanto lo miro a los ojos, notándole ligeramente cambiado, como si en mi ausencia se hubiera curtido más como agente.

—La próxima vez que te vayas, asegúrate que no me voy a quedar aquí teniendo que soportar a Javier. —Andrés da un paso y rompe su gesto acercándose a mí y dándome un abrazo que me deja paralizada.

—Tío, me has dado un susto de muerte, creía que había pasado algo —suelto sin pensarlo demasiado, casi revelando que tengo muchas cosas que ocultar—. ¿Tan horrible ha sido?

—Me ha hecho ocuparme del papeleo, con eso te lo digo todo. Ni que nos hubieran entrenado para eso. —Andrés lloriquea y pone unos pucheros fingidos que me hacen reír—. ¡Va en serio! No lo vuelvas a hacer, estaba deseando que volvieras para seguir investigando a Irma, he curioseado un poco por la *dark web* y nadie parece saber nada de ella desde que se marchó, es como si se hubiera esfumado o estuvieran escondiendo su rastro.

«Bishop», me digo enseguida. «Menos mal que tiene alguien que puede cubrirle las espaldas».

—Le dije a Javier que esto podía pasar, que teníamos que investigarlo con más calma, de otra manera. Precipitarnos no va a servir de nada. —Intento convencerlo, pero con lo cabezota que es seguro que no va a tardar mucho en seguir sus propios pasos. Si nunca me ha gustado tener a alguien pegado a mí, ahora voy a tener que tragármelo con tal de saber qué se trae entre manos—. ¿Lo demás ha estado tranquilo?

—Extrañamente sí, pero esta mañana ha llegado un aviso para investigar la entrada de un cargamento extranjero con un montón de armamento de largo alcance, lo hemos interceptado de milagro, aunque de momento no hay más información al respecto.

—El terrorismo nunca duerme —me quejo y, echando la cabeza hacia atrás, miro la claridad del cielo, lo único en calma que voy a ver a partir de ahora, estoy segura.

Sin que Andrés se dé cuenta, compruebo que llevo conmigo el teléfono que compré para comunicarme con Irma, y aunque es una completa locura traerlo aquí estoy segura de que he puesto los corta fuegos posibles para evitar que pase algo. Odio encontrarme en esta incertidumbre y no tener el control sobre las cosas ni saber hacia donde tengo que dar el siguiente paso, pero cuando entro a las oficinas, todo eso se esfuma, porque el trabajo que hacemos es

prioritario.

Mi compañero trae un par de cafés y se sienta conmigo en un enorme escritorio que está repleto de informes, tres ordenadores y lo necesario para empezar a investigar. En media hora hemos conseguido conectar el cargamento con una de las mujeres más buscadas por la agencia. La fotografía aparece en pantalla y Andrés suspira, consciente de que va a ser muy difícil dar con su paradero; como Irma, es alguien que sabe cómo esconderse bien y desviar la atención de sus horribles actos. Probablemente nadie acabe entre rejas.

—Esto no les va a hacer gracia, podría estar colaborando con cualquier asesino o terrorista en este momento. ¡Y a saber dónde! ¿Te imaginas que se uniera a alguien como Carver?

—Ellas no tienen nada que ver —aclaro y Andrés aparta la mirada de lo que está haciendo sorprendido, así que carraspeo e improviso un comentario que suene coherente—. Los asesinos a sueldo no se mezclan con el terrorismo, una mujer como ella no organizaría un atentado, te lo aseguro.

—Lo dices como si la conocieras —dice, y estoy a punto de atragantarme con el café que llevo entre manos—. ¿Se te ha metido en sueños o qué? —ironiza.

—¿Crees que no he pensado en ella durante estas vacaciones? —aclaro, provocando que él levante una ceja y también las manos.

—Vale, no he dicho nada, qué borde has vuelto, pensaba que el descanso iba a venirte un poco mejor. —Andrés bufa y vuelve a lo suyo, dejándome en un silencio con el que prefiero quedarme.

Pensar en todo esto me pone tan nerviosa que podría llegar a cometer otro error si me tiran de la lengua. Mientras hago una búsqueda rápida de la última información que la agencia tiene de la terrorista, noto como el teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón. El mío habitual está sobre la mesa, y no tardo en excusarme con Andrés para ir a buscar más café. Él no aparta la mirada de la pantalla y levanta una mano como si en realidad prefiriera que no lo molestara.

De camino a la otra sala, me aseguro de que no hay nadie a mi

alrededor y pulso la pantalla para ver un mensaje conciso de Irma.

C: Ya he llegado a la ciudad, nos vemos donde nuestro primer beso. A la misma hora.

El atrevimiento hace que levante una ceja y esté a punto de toser. Los nervios se me ponen en la boca del estómago y casi consiguen que tire el teléfono cuando veo a Carmen —mi anterior supervisora—, acercarse a mí.

—Agente Ariza, cuánto tiempo, ¿cómo está? —La mujer ofrece su mano sin perder esa simpatía que siempre ha mostrado hacia sus subordinados, digamos que es alguien a la que le gusta hacer nuestro trabajo más fácil, y eso siempre es de agradecer—. Me dijeron que ha estado de vacaciones, quien lo diría.

—¿Verdad? Supongo que ya era hora de descansar un poco —bromeo estrechando su mano—. Yo también escuché que está a punto de conseguir un ascenso, se lo merece.

Nuestras posiciones en la agencia hacen que tengamos que hablarnos con ese respeto habitual entre superior y empleado, al menos, entre estas cuatro paredes. No obstante, su sonrisa me recuerda la gran amistad que nos unió cuando trabajábamos mano a mano, antes de que Javier apareciera y lo cambiase todo.

—Gracias, aunque creo que no me ha dado tiempo a procesarlo, hemos recibido una alerta antiterrorista de nivel cuatro por el simposio científico que se va a celebrar aquí en Madrid. —Sus palabras me pillan por sorpresa y me hacen desconectar de la realidad, a un punto en el que no escucho las siguientes palabras que dice hasta que me acaricia el brazo—. ¿Está bien? ¿Agen…?

—Sí, sí, perdone, es que todavía no tengo la mente puesta aquí, ¿seguro que no es una falsa alarma?

—Desgraciadamente, hemos interceptado unas comunicaciones que apuntan a que esto va en serio, todavía no sabemos quién o quiénes son los objetivos, pero estamos en ello. ¿El agente Herranz y tú estáis disponibles? Necesito que nos echéis una mano con esto. —Me sorprende tuteándome de repente.

El dolor de cabeza se extiende por mis sienes y se me planta en la frente con una punzada dolorosa que me hace resoplar. Esto no puede ser una simple coincidencia, no después de lo que vi en Berlín; sin embargo, si hablo ahora, estoy acabada, así que me encargo de afirmar y Carmen me aprieta el brazo en un gesto agradecido.

—Lo avisaré enseguida —aclaro.

«Al menos, así lo alejaré de Irma», me consuelo, aunque está claro que tendré que hablar con ella para ver si tiene idea de algo. Si me está tomando el pelo, se las verá conmigo. No, yo misma la traeré a rastras hasta aquí y acabaré con ella.

Carmen se despide con otra sonrisa y yo voy a por ese café para volver cuanto antes con Andrés. Al cruzar nuestras miradas, enseguida se da cuenta de que está pasando algo y cierra el ordenador. Su expresión adquiere esa hambre por la acción que es muy común en ambos y juntos abandonamos la sala para reunirnos con otro equipo en la planta de arriba. El movimiento es constante y todos esperamos a que den las primeras instrucciones, sin que nadie sepa que yo tengo datos que podrían cambiarlo todo.

# 16

## IRMA

*El Retiro, Madrid*
*Esa misma noche*

La gente atraviesa la zona sin prestarme atención y hasta me parece un alivio después de lo que ha ocurrido en las últimas horas. Durante años he degustado lo que es infundir miedo, la incertidumbre de verte perseguido sin saber si vas a poder escapar, pero he aprendido a las malas que es una sensación horrible y que no quiero repetir. Con una última calada, acabo con el cuarto cigarrillo de la noche mientras espero a que Toni entre por la Puerta del Ángel Caído. Llevo unos cuantos analgésicos metidos en el cuerpo y parece que los antibióticos ya están haciendo lo suyo, pero el dolor todavía hace que me cueste estar de pie o pensar con claridad.

Si alguien viene a por mí ahora mismo, no estoy segura de poder enfrentarlo.

Esta soledad me deja una sensación fría que recorre mi espalda hasta instalarse en la nuca, y al mirar hacia la entrada, alguien me toca el hombro por detrás, sobresaltándome y provocando que esté a punto de atacar. La mirada de Toni está llena de furia y, en cuanto me giro, agarra el *blazer* y me atrae a su cuerpo como si le diera igual que estemos en un lugar público.

—¿Qué coño haces? —reprocho intentando zafarme, pero un pinchazo en el hombro me detiene.

—¿Lo sabías? —pregunta sin apenas mover la boca—. La agencia ha recibido una alerta antiterrorista de nivel cuatro en el simposio donde va a ir Nox, así que más vale que hables ahora, o estarás a una llamada de pasar el resto de tu vida entre rejas.

La información me paraliza, sus dedos se arrugan con más fuerza en la solapa de la chaqueta y no puedo evitar querer apartarla de un manotazo, un grave error porque al segundo siento que la herida del hombro se abre. El quejido hace que Toni abra los ojos y se

dé cuenta de que ahora mismo soy un blanco fácil para ella, entonces se lleva la mano al bolsillo del pantalón, probablemente queriendo buscar su teléfono.

—No sé nada de eso —respondo sin ánimo de engañar a nadie. Esto no puede traer nada bueno, porque si Conrad no me ha informado es que quieren mantenerlo lo más oculto posible, eso o es que están abriéndose puertas a la fuerza—. Lo que pasó la otra noche no tuvo nada que ver con Nox. Los Cuatro detectaron que un tipo iba a delatarlos, pero resulta que ese hombre averiguó lo de Thomas y que tú y yo hemos estado viéndonos. Tuve que acabar con él, no podía jugármela.

—Creía que eras una de sus piezas claves, si tienen un objetivo en el simposio, ¿por qué no te han enviado a ti? —inquiere Toni cruzándose de brazos. Su expresión es dura, no sé si me cree, pero está claro que no se va a ir sin obtener lo que quiere—. Si la agencia se entera de que tuve contacto con Nox hace unos días y que se codea con terroristas y asesinos, esto se va a ir a la mierda, ¿lo entiendes?

—¡¿Crees que no lo sé?! —grito, llamando la atención de un par de chicas que cruzan el parque hacia la salida, así que bajo la voz —. Mira, no sé si esto fue una simple prueba o qué, pero yo también estoy hasta el cuello.

—Y no se te ocurrió otra persona para pedir ayuda que yo, claro. —Toni se lleva las manos a la cintura y niega chasqueando la lengua.

—Eres la única que podía hacer esto a través de una vía más legal, por así decirlo… —aclaro en un intento de que se ponga en mi lugar—. De recurrir solo a Bishop la policía habría sospechado y no podía pedir ayuda a Conrad, era un riesgo que no quería correr.

«Sé que es lo que me vas a decir, te he puesto en riesgo a ti».

—Pero sí que puedes ponerme en riesgo a mí —confirma mis pensamientos y mueve la puntera de la bota sobre la tierra, volviendo a prestarme atención—. De momento no hemos conseguido averiguar quién es el objetivo o las personas que van a ejecutar el posible

ataque, se ha dado una orden a la policía para que se aumente la vigilancia, lo que nos va a complicar muchísimo poder estar pendientes de Nox. Al menos a mí.

—Yo lo haré, nadie espera que esté aquí.

—¿Qué le has dicho a Conrad? —Toni levanta una de sus cejas, se cruza de brazos y golpea uno con los dedos, sus preguntas y su desesperación me sacan de quicio.

—Tendemos a desaparecer un tiempo cuando surge alguna complicación, digamos que es nuestro *modus operandi,* tengo que contactar con él en unos días, no importa si estoy en Berlín o no mientras cumpla con las órdenes. ¿Vas a dejarme hacerlo o no?

«Y, de paso, podré averiguar hasta dónde ha llegado tu compañero con Thomas», me digo a mí misma, cambiando de expresión para fingir que estoy desesperada, algo que no se aleja de la realidad.

—Más vale que no llames la atención, ni se te ocurra ponerte en modo asesina o te irás a la mierda, porque no pienso cubrirte las espaldas —amenaza, sé que Toni nunca deja las cosas al aire—. Te avisaré si averiguo algo, esto se mantiene solo porque tengo esperanzas de que Nox nos lleve hasta Félix y nada más.

—Vamos, admite que te gusta trabajar conmigo, no lo hacemos tan mal, agente Ariza.

Mi petulancia la hace poner los ojos en blanco, aunque la gran novedad es que esta vez no me lo rebate, ¿estará viéndome por fin con otros ojos?

—Perfil bajo, Carver, solo te pido eso —asevera subiéndose la cremallera de la chaqueta que lleva puesta.

Toni gira sobre sus pasos y me dedica un saludo con la mano. Ojalá la hubiera conocido como compañera y no como enemiga, aunque la verdad es que siento que esta es la única forma de saber más de la otra.

Cuando la pierdo de vista, me largo de aquí y pido un Uber

que me lleva al piso que he alquilado por unos días en plena Castellana. Las vistas desde aquí arriba son increíbles y debo admitir que vuelven a maravillarme. La inclinación de las Torres Kio me dejan con la sensación de sentirme pequeña en un mundo que ha sido muy injusto para mí en muchos sentidos, a pesar de regalarme experiencias que nunca podré olvidar. Con una cocacola en la mano, voy al sofá y abro el portátil para dar con el programa de grabación en la que se ve el apartamento de Toni vacío y en completa paz.

Las burbujas atraviesan mi garganta dándome placer, algo sencillo que disfruto como una niña cuando le regalan un caramelo; solo que yo jamás fui una niña normal, ni tuve regalos de ese tipo, al menos, después de que mi familia muriera. Los pocos recuerdos que tengo de ellos hacen que me levante por las noches con el corazón encogido y el sudor bañando todo mi cuerpo. Las imágenes siempre son las mismas: ellos pidiendo ayuda, mi hermano pequeño intentando cogerme de la mano y yo alejándome con un hombre mientras la casa está en llamas. Recuerdo el segundo exacto en el que el alma se me rompió, Félix me informó de lo ocurrido en el hospital y yo le creí cuando dijo que era mi tío y que tendría una vida mejor. La ilusión por ver ese sueño cumplido —y olvidar el horror que me marcó— provocó que siguiera sus directrices durante un duro entrenamiento que inicié dos años después y que compaginé con las clases de idiomas y conocimientos de todo tipo.

Estaba tan hecha a la acción y a ver un millón de injusticias que, cuando cogí un arma por primera vez, me sentí la mujer más poderosa del mundo, algo que se sigue manteniendo, pero que ya no percibo exactamente igual.

—Tú me mentiste, jugaste conmigo como te dio la gana, solo para continuar con tu legado de horror, y ahora, vas a pagar las consecuencias.

Me bebo de un trago lo que queda de mi refresco justo cuando Toni entra a su piso en compañía de su hermana. Van cargadas con algunas bolsas y la pequeña lleva a la espalda una mochila de viaje que deja en el sofá. En un par de minutos tienen sobre la mesa un

delicioso menú de comida china que me abre el estómago y hace que me sienta igual de horrible, porque el destino me quitó la oportunidad de disfrutar de algo tan sencillo como una cena junto a un hermano. No, fue un hombre, y la rabia provoca que tire la lata vacía contra la pared, llevándome las manos a la cara y sintiendo cómo el hombro me duele horrores.

Con cuidado, levanto la camiseta y veo la gasa manchada de sangre confirmando mi sospecha. La escena entre risas por parte de Toni y Joana provoca que me quede estática en el sofá e ignore lo demás. ¿Cuándo seré recompensada por haber entregado todo y por vivir esta maldita y solitaria vida? La mirada de Diana cuando se sentó frente a mí la otra noche me dolió en el corazón, de hecho, no hemos cruzado un solo mensaje desde entonces y vivo con la incertidumbre de si volverá a querer saber de mí.

Ella es la única amiga que he conocido y, al observar a Toni, me pregunto si en algún momento se habrá sentido tan perdida como yo, siendo un peón más de agencias u organizaciones que manejan los hilos de nuestros destinos a su antojo. El dolor de cabeza llega a ser letal por momentos. Me levanto y voy a buscar un par de analgésicos y el botiquín para volver a coser una herida que es mínima para todas las marcas que llevo cargando conmigo desde hace años.

—Algún día seré libre —me digo, con la aguja e hilo en mano.

Y pienso cumplir la amenaza.

# 17

## TONI

*Hotel RIU, Madrid*
*Sábado, 11 de mayo de 2024*

Las bandejas de cócteles y aperitivos se mueven por la sala una hora antes de que la primera charla dé comienzo. Dentro y fuera del hotel, el dispositivo de seguridad ocupa cada posición a la espera de recibir instrucciones que nos pongan en movimiento en caso de que la alerta antiterrorista se haga realidad. Hay algo en todo esto que me ha tenido pensativa durante los últimos días, sin apenas darme espacio para poder respirar en calma o dormir. La presencia de Nox tiene que ser por algo importante, pero que la agencia no haya podido verificar si la información que nos llegó era cien por cien verídica, me lleva a la conclusión de que pasa algo más.

—Andrés, ¿ves algo que esté fuera de lo normal? —Mientras hablo, me llevo la mano a mi oreja derecha para comunicarme con él a través del reloj y poder escucharle con el pequeño intercomunicador que llevo.

—La verdad es que no, todo está tranquilo. ¿Qué tal por ahí?

—Bastante bien —respondo mientras giro sobre mis pasos y veo a los invitados beber y charlar como si nada, inconscientes del posible peligro que les rodea.

—Vale, yo seguiré vigilando la zona —aclara cortando la comunicación.

«Esta calma es muy extraña», me digo reparando en un par de personas que han venido como representación del gobierno. La barra libre está al fondo y mi atención va a parar a la espalda de una mujer de pelo negro que lleva un recogido elegante, vestida con un traje de chaqueta que le dibuja una silueta magnífica, como si tuviera una gran experiencia de este mundo sobre sus hombros. Con calma, levanta una mano y llama la atención del camarero para pedir una copa que la deja con una sonrisa en los labios; después, se gira para

poner la atención en mí.

—Mierda —musito al darme cuenta de que los ojos que me observan son los de Irma, tras unas gafas de pasta y con unas lentillas que la hacen parecer otra persona.

—¿Pasa algo? —Andrés habla y me doy cuenta de que no he cerrado mi línea personal con él. «¿Cómo se le ocurre ser tan directa?», lamento en silencio con unas ganas horribles de ir a por ella y sacarla a rastras del hotel, fui tonta al pensar en que sería más discreta—. ¿Ariza?

—Nada, es que he visto a una ex, el mundo es un puto pañuelo. Te corto.

Irma recibe su copa y la levanta sin dejar de mirarme, haciendo un brindis demasiado atrevido que me pone los pelos de punta, no por ella sino por el riesgo que está corriendo; o quizá sea una mezcla de las dos, ya no lo sé. Ahora solo tengo que apartar los ojos de su figura o puede que me meta en problemas. Rápidamente, echo un vistazo al techo de la sala donde nos encontramos y observo las cámaras que espero no estén grabando nada de esto, porque entonces no viviré mucho para contarlo, seguro.

Para colmo, Nox hace su aparición, llevándome la contraria al pensar que no se le ocurriría venir por aquí tan descaradamente; aunque, después de todo, ella solo es la CEO de una importante empresa de biotecnología que colabora con otras del mismo sector y con diferentes centros médicos de Europa. «¿Estarán preparando alguna droga o arma biológica para futuros terroristas?», el pensamiento se me cruza macabramente y, de repente, siento ganas de ir directa a por ella a pesar de que mis instrucciones no son otras que vigilar la zona y estar alerta ante posibles amenazas. Que una exagente del BND estreche la mano de gente tan importante e incluso con nuestros representantes del gobierno no me da buena espina, así que me muevo por la sala pendiente de cualquier cosa que me parezca extraña.

Los invitados se trasladan unos minutos después hacia la sala

de conferencias donde el atril ya está preparado para acoger la charla de un hombre que no me interesa en absoluto. La oscuridad se vuelve amiga para aquellos que quieren pasar desapercibidos y, tal y como esperaba, veo movimiento a mi espalda cuando alguien abandona su asiento sin que nadie más se dé cuenta. Espero los veinte segundos reglamentarios y me aseguro de que mis compañeros de seguridad están a lo suyo antes de salir por la puerta y cubrir los pasos de una Nox que parece más tranquila que nunca. Sabía exactamente a lo que venía, y mientras la sigo me doy cuenta de una jugada maestra: la alerta antiterrorista es falsa, un señuelo para atraer al hotel a la gente indicada sin despertar demasiadas sospechas. Y lo compruebo en cuanto giro la esquina y la veo estrechar su mano con nada más y nada menos que Javier y el director de la agencia, un tipo que no cae nada bien a la mayoría de los agentes. Dicha reunión me deja helada y, cuando están a punto de verme, alguien me coge del brazo y tira de mí.

—¿Se puede saber qué haces? Te vas a delatar. —La voz de Irma retumba en mis oídos a través de la oscuridad.

—¿Y tú qué…?

—Shhh —ordena al escuchar movimiento fuera y me tapa la boca con una mano mientras se pega a mí haciendo que mi espalda choque con la pared.

La sala debe ser un pequeño almacén de limpieza por el olor a lejía y otros productos, pero lo único en lo que puedo pensar es que es un milagro que nadie nos haya escuchado. Irma está tan pegada a mí que puedo sentir en mi pecho el latido de su corazón. Con cierto enfado, llevo mi mano a su muñeca y la aparto bruscamente justo cuando otra puerta se cierra, permitiéndonos escuchar voces a través de los conductos. Estos hoteles pueden ser muy modernos de cara, pero sus cimientos siguen teniendo décadas.

—El programa puede volver a ponerse en marcha, pero ya sabes que tendremos que tratarlo con suma discreción. Ninguna agencia puede ser consciente de esto, ¿está claro? —Aunque la voz apenas se escucha, soy capaz de reconocer a Javier—. ¿Tenemos todos

los expedientes?

—Todos listos, los agentes durmientes están a la espera, preparados para reactivarse en cuanto vuelva a Berlín. Ya he movido mis cartas y me he puesto en contacto con el resto de implicados. Tenemos que estar alerta, los tiempos que corren son aptos para que estos activos realicen un trabajo excelente fuera de los parámetros legales.

—Entonces manos a la obra, no perdamos más el tiempo —sentencia Javier.

En ningún momento escuchamos al director, lo que me hace pensar que no se la quiere jugar en caso de que alguien pudiera llegar a interceptar esta conversación. Seguro que ninguno espera que yo esté aquí.

La puerta vuelve a cerrarse y se escuchan pasos, provocando que Irma se aparte y suspire más de lo habitual.

—Está volviendo a pasar —susurra, y con mis ojos adaptados a la oscuridad veo su preocupación.

—¿Qué está volviendo a pasar? —quiero saber.

Ella se mueve con las manos en la nuca, abriendo los brazos en un espacio que me parece horriblemente pequeño. Sin embargo, a quien parece faltarle el aire es a Irma, que hiperventila como si estuviera teniendo un ataque de pánico. Sin darme una respuesta, se lleva una mano al pecho y la noto a punto de gritar, después me acerco y la agarro de la muñeca, pegándola a mí. Tenemos que esperar al menos unos minutos si no queremos levantar sospechas, y lo único que se me ocurre hacer es que me mire como si esta fuera a ser la última vez que vamos a estar con vida.

—Tengo que… —titubea, con el sudor frío perlándole el cuello.

—No levantes la voz —le pido, y respiro hondo en un intento porque me imite y consiga calmarse.

Después de haberla visto en acción, me resulta extraño que se convierta en alguien tan pequeño, por una fobia que está claro que

lleva con ella prácticamente toda su vida. Poco a poco, su respiración empieza a regularse y es capaz de abrir los ojos sin pensar que se encuentra encerrada en una sala que apenas te deja moverte.

Los segundos pasan y cuando el silencio nos rodea vemos la oportunidad de salir de aquí. Según he podido investigar, los aseos están en el siguiente pasillo a la derecha, entonces voy para allá, con sus pasos a mi espalda, algo sumamente peligroso si estuviéramos en otro tipo de situación. Una vez que entramos me encargo de abrir todos los grifos y aunque mi primera idea es meternos en uno de los cubículos, creo que con esto será suficiente. Escucho un pitido en el oído, pero lo ignoro olímpicamente, con la única intención de poder hablar con Irma.

—¿Qué pasa?

—Ya he vivido esto —afirma con toda la naturalidad del mundo. Sus lentillas de color marrón se reflejan contra el espejo donde se mira—. Yo pertenezco a una generación de personas a las que entrenaron para seguir órdenes al pie de la letra convirtiéndonos en máquinas de matar, solo que yo estoy en el otro lado de la historia, donde nos señalan como criminales.

»Cuando empecé en esto escuché rumores sobre otros chicos a los que también preparaban en otros países, hubo algunos que aprendieron idiomas y a luchar conmigo, pero jamás supe de ellos, no nos permitían ser amigos. Decían que este trabajo es demasiado injusto como para darnos la oportunidad de forjar una amistad o amar a alguien, después de todo, nunca sabes quién puede ser tu enemigo de verdad.

—Eso es… horrible —murmuro y ella suelta una risilla desesperada.

Empatizar con una asesina está fuera de los límites, pero al ver cómo agacha la mirada y vuelve a verse en el espejo, cargada de desesperanza y dolor, soy consciente de que dentro de su pecho también late un corazón. Quizás Irma no me haya mentido y sí que quiera dejar esta maldita vida, ser alguien normal, a pesar de que va a

estar marcada por cada uno de sus actos y las cicatrices que acompañan sus pasos.

—Te lo dije, Nox tiene contacto con múltiples agencias, si el proyecto tiene base aquí, más vale que te andes con mil ojos, no son de fiar.

—¿Y qué se supone que debo hacer? No puedo volver a la agencia y decirles que mi supervisor está llevando a cabo un plan macabro para dar vida a agentes fuera de nuestra jurisdicción. —Estoy a punto de levantar la voz por culpa del cabreo, pero niego y me llevo las manos a las sienes para apretarlas en un intento por quitarme el dolor de cabeza—. Voy a investigar esto más profundamente, pero va a ser peligroso, sobre todo indagar en información secreta.

—Hablaré con Bishop, encontraremos un corta fuegos. Si esto acaba pasando, van a cambiar cientos de vidas y también la forma de actuación del espionaje. —Irma no dice algo que yo no me haya imaginado. Luego se arregla la chaqueta y se echa un poco de agua por la nuca—. Yo me voy, tengo que buscar una forma de seguir los pasos de Nox. En cuanto sepa algo, te aviso.

Cinco segundos e Irma se marcha dejándome a solas con mis pensamientos y una horrible sensación en el pecho, como si acabaran de darme la peor noticia del mundo. Al volver a la sala de conferencias me doy cuenta de que los invitados ya están abandonando sus asientos y, sin opción a poder reponerme, Andrés se planta frente a mí con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber dónde estabas? Te he buscado por todas partes, ¿por qué no has respondido a mi llamada? —La firmeza con la que me mira hace que recuerde con quien estoy trabajando.

—He ido a buscar un analgésico y empecé a escuchar interferencias, creo que estos edificios no son el lugar más seguro para montar un dispositivo a esta escala —suelto a modo de broma, dejándolo con las cejas levantadas y las dudas puestas en su expresión —. Al final todo ha ido bien, hemos movido a decenas de agentes para nada.

—Nunca sabemos si realmente estamos a salvo de todo, ¿verdad? —Andrés se encoge de hombros y se lleva la mano al nudo de su corbata para aflojarlo—. En cuanto salga me voy a por unas cervezas, ¿por qué no te vienes?

En otras circunstancias le habría dicho que no, pero mi actual misión es no levantar las sospechas de un compañero sumamente perspicaz, así que afirmo y echo un vistazo a mi alrededor para ver cómo Javier estrecha algunas manos con amabilidad, consciente de que esto acaba de dar un giro que jamás habría esperado.

# 18

## IRMA

*Esa misma noche*

Tardé más de veinte minutos en salir del hotel sin levantar sospechas, después de guardar las apariencias con alguno de los invitados al simposio que no cruzaron más de un par de palabras conmigo. La conversación que Toni y yo escuchamos sigue grabada en mi cabeza, pero la imagen que se me ha quedado pegada a la piel es la de ella cerquísima de mí, poniendo sus manos en mis mejillas para ayudarme a controlar los síntomas de una fobia que estuvo al punto de llevarme al pánico. Hacía siglos que no me veía envuelta por esa sensación, un horrible terror que me enfrío la espalda y limitó cada una de mis fortalezas hasta dejarme sin fuerzas.

El último recuerdo que tengo de haberme encontrado en una situación así de extrema fue en unas de mis primeras misiones fuera de Alemania. Yo tenía diecinueve años y me escondía en un armario. Mi enemigo llegó más tarde de lo previsto y cuando entró a la sala, el cuerpo ya me temblaba como para que él me derribara en mi ataque. Si en el hotel hubiera pasado algo, si nos hubieran descubierto, estoy segura de que no solo habría puesto mi vida en peligro, sino también la de Toni.

Un escalofrío recorre toda mi espalda, me obligo a cerrar los ojos e intentar pensar en otra cosa que no sea en la agente Ariza tan cerca, mostrando una camaradería que no he visto en nadie, salvo en Diana. Pensar que somos compañeras de armas es un error que no debo cometer y tengo muchas razones para continuar así. Una de ellas entra ahora mismo por la puerta del hotel donde se aloja, seguida de sus guardaespaldas que la acompañan a todas partes, a sabiendas del peligro que siempre ha corrido siendo agente de la BND y, ahora, supuesta empresaria.

—Venga, dame algo con lo que poder jugar —susurro, perdiéndola de vista, pero sin moverme ni un solo centímetro.

El teléfono vibra a mi lado y veo aparecer el nombre de Diana, provocando que aparte la atención de mi vigilancia. Hace una hora que entré en la recepción para averiguar que Nox se aloja el ático, llena de lujos nada discretos que la ayudan a mantener una tapadera perfecta como CEO exitosa de una gran empresa. La llamada continúa y me parece una idea horrible dejarlo estar, ¿y si Diana cree que me ha pasado algo y contacta con la policía? No, le dije muy claro que no podía hacerlo, que yo misma la llamaría. Pero si estuviera en su lugar… también insistiría, por lo cual, no tardo mucho en descolgar.

—Dios mío, creía que estabas muerta. —«Genial, nada más responder ya me pone en una situación dificilísima»—. ¿Hola, estás ahí?

—Te dije que llamaría yo, sabes que nunca falto a esa promesa —le recuerdo, con el enfado en la punta de la lengua. Su silencio me hace suspirar y mientras sigo mirando por los prismáticos intento sonreír para relajar el tono de mi voz—. Estoy bien, de verdad, he estado hasta arriba de obligaciones. ¿Cómo va todo por allí? ¿Max sigue a lo suyo?

—La verdad es que no, ayer me invitó a cenar a un bonito restaurante y se disculpó por haber estado tan ocupado. Resulta que uno de sus compañeros de equipo metió la pata hasta el fondo y se ha tenido que ocupar de dos proyectos a la vez. —Diana bufa y estoy segura de que ahora mismo tiene las mejillas encendidas por la vergüenza. Si estuviera en casa, la tendría sentada en el sofá poniéndose hasta arriba de cerveza, queriendo olvidar lo tonta que ha sido—. Me arrepiento muchísimo de haber dudado de él, ¿debería contárselo?

—Yo no lo haría tan literalmente, solo dile que te ha preocupado que no hablara contigo y que cuando vuelva a estar en esa situación, te lo diga. Por algo sois un equipo. —Mientras hablo, giro las lentes de los prismáticos para aumentar la visión y veo a Nox a través de una ventana sirviendo un par de copas de *whisky*, salvo por la extrañeza de que no parece estar en compañía. «Qué raro»—. ¿Ves cómo las cosas iban a salir bien?

—A veces no me explico que no tengas pareja, si eres buenísima dando consejos —bromea Diana—. Y, después de lo del otro día, tiene que ser superemocionante estar con alguien como… tú.

—Yo no lo diría de esa forma, viajar todo el rato tiene muchas cosas malas, no puedes esperar que una persona esté siempre en casa mientras que tú vas de un lado a otro la mayor parte del tiempo. —La facilidad con la que ahora puedo hablar con ella a pesar de no revelar datos que me pongan en peligro me hace sentir mejor, más liberada, aunque no del todo en paz—. ¿Te acuerdas de que te hablé de mi claustrofobia?

—Cuando nos conocimos, sí. Me contaste sobre esa vez en el aseo de un avión.

Diana me hace sonreír al darme ese dato, lo que vuelve a asegurarme que no soy una persona más en su vida, sino a alguien a la que quiere de verdad. No todos recordarían algo así.

—Ha vuelto a pasar, hacía años que los síntomas no tomaban control de mi cuerpo, fue una experiencia horrible, como si toda la fortaleza me abandonara de repente… —Me permito unos segundos de silencio para ver cómo un hombre aparece en escena y se da dos besos con Nox. La mujer le sonríe complaciente y le invita a sentarse en el sofá que hay en el centro de la habitación—. El caso es que conseguí sortearlo gracias a alguien.

—¿Qué? ¿Tienes un ligue? —Diana grita y por un segundo me la imagino botando del sofá y dando saltos de alegría, al punto de llevarse el pulgar a su boca para mordisquearlo mientras pone esa expresión de vecina cotilla—. Vas a contármelo todo ahora mismo.

—Te lo voy a resumir porque estoy en medio de algo y no puedo entretenerme. —Sigo hablando a la espera de tener una imagen clara de Nox y su querido acompañante, y cuando la cara de él aparece en el objetivo aprieto un botón de los prismáticos para sacar varias fotografías—. La conocí hará un mes en uno de mis viajes, aunque a decir verdad hace unos cuantos años que sé de ella. Es una mujer… interesante, muy recta y de esas que no dejan nada a la

ligera, ya sabes, toda una profesional.

—Y yo diría que te gusta —aventura Diana con un tono de voz divertido que me hace sentir un cosquilleo en el estómago.

—Solo me parece…

—¿Interesante? —repite—. Ya, y por eso nunca te había escuchado hablar así de nadie.

Me pregunto a qué se refiere con ese «así», pero lo que tengo delante de mis ojos es lo suficientemente importante como para no poder centrarme en nada más que Nox y ese hombre que comparte charla con ella, como si hiciera siglos que no tenían una conversación a pesar de conocerse bastante bien. Al leer su expresión corporal puedo darme cuenta de la complicidad que hay entre los dos, sobre todo por la manera en la que él se lleva la mano a su pelo, apartando un par de mechones rebeldes del flequillo. No pierde su sonrisa y hasta parece que estén bromeando o recordando anécdotas de viejos tiempos.

«Está claro que se conocen desde hace mucho», me digo, volviendo la atención a la conversación con Diana al escucharla suspirar.

—Puede ser, lo admito, pero mi vida es demasiado complicada como para soñar con amoríos; además, estoy segura de que ella jamás se fijaría en mí. —No sé a qué juego con esta conversación de instituto, pero está claro que eso ha aminorado los nervios que estaban revolucionando mi interior.

—No lo sabrás si no lo intentas —asegura, como si fuera algo tan sencillo—. En fin, tengo que dejarte, no quiero retrasar más unos informes que tengo que entregar para la empresa. Me alegra saber de ti, estaba preocupada de verdad.

—Te prometo que no volverá a pasar —me disculpo y escucho un «te quiero» que me deja con una sonrisa tonta cuando la llamada se corta.

—Yo también te quiero —respondo a pesar de que ya no me escucha, liberando de mi pecho una palabra que siempre he tenido

atascada y encerrada dentro de una puerta que no me he atrevido a abrir para nadie.

A veces me pregunto qué habría sido de mí de no tener a Diana, alguien normal dentro de esta locura de vida que llevo y que en algún momento tengo que dejar si no me quiero ver metida bajo tierra. Las copas entre Nox y el hombre desconocido se suceden una tras otra y saco unas cuántas fotografías más para tener el material suficiente con el que poder investigar. Lo que hacen luego no me interesa en absoluto, de hecho, me parece una invasión a la privacidad que, recuerdo, he roto con Toni.

Tras varios minutos asegurándome de que no he dejado ni una sola huella que pueda delatarme, abandono la azotea del edificio que ocupa una bonita parte de la calle de Valverde —uniendo a la Gran Vía y calle de Colón— y de camino al apartamento que he alquilado en la ciudad envío un mensaje a Bishop para que me ponga al día sobre la investigación policial del tipo que maté en Berlín.

Como siempre, me pongo las gafas de sol y ajusto mi gorra. Lo mejor es no tentar a la suerte, así que cuando me cruzo con algunas personas que pasean por la zona, consigo que me ignoren por completo. En otras circunstancias habría ido a tomar una copa y a conocer a alguien con quien divertirme durante las horas muertas, pero lo ocurrido hoy en el hotel y la conversación con Diana me recuerda que nunca podré aspirar a algo más, una estabilidad que envidio en Toni, por mucho que sus circunstancias sean parecidas a la mía. Y eso, me quita todas las ganas de salir por ahí.

El golpe es tremendo y me deja con el corazón encogido.

Mis dedos teclean rápido sobre la pantalla del teléfono y lo guardo para meter las manos en los bolsillos y caminar con los pensamientos cogiendo peso en mi cabeza. A veces, los siento como una losa que me aplasta sin darme opción a respirar.

«Vas a ser la reina del baile, pero no te confundas, la confianza no es una opción», estas fueron las palabras que Félix me dijo en uno de mis primeros entrenamientos e hizo que me enamorase de la idea

de ser importante; pero también fue un preludio claro de la soledad que siempre viajaría conmigo, a pesar de que he intentado ser una persona normal con un trabajo que está fuera de lo normal. Ahora, el que creí un segundo padre y alguien que me cuidaría de corazón se dibuja ante mí como un maldito espectro, la sombra que me robó toda la alegría, quien drenó la magia de mi alma para convertirme en un peón que en realidad nunca ha sido reina.

Custodiada por paredes altas y edificios antiguos, fijo la vista en uno de ellos con la única intención de refugiarme otra noche más entre cuatro paredes y ponerme manos a la obra para continuar con un plan que cumpliré hasta el final, sea cual sea el resultado.

—¿Dónde estás, Félix? —pregunto al aire, sin intención de obtener respuesta, pero con la determinación suficiente para dejar claro que voy a por él y que pienso acabar con su reinado de terror.

Aunque eso me cueste la vida.

# 19

## TONI

*Miércoles, 15 de mayo de 2024*

Nada más cruzar la puerta recibo un empujón que me lleva contra la pared. El sobresalto dispara todos mis sentidos y lanzo un puño que Andrés detiene antes de que le pegue en la mandíbula. Sus ojos destilan enfado y una determinación que conozco muy bien, la esencia que más le caracteriza y que lo ha convertido a lo largo de estos años en un agente capaz de hacer cualquier cosa para garantizar el éxito de una misión. Ahora, me convierto en su presa, en un animal enjaulado que no encontrará salida de esto tan fácilmente.

Sus manos aprisionan mis hombros y le veo apretar los labios como si necesitara un par de segundos para decir algo que ya tengo muy claro.

—Vas a contarme ahora mismo qué es lo que está pasando, o te juro que no sales de aquí sin que acabes bajo investigación. —La calma que expreso lo desespera un poco más, de hecho, creo que está a punto de darme un puñetazo en el estómago, y si no lo hace es por nuestra amistad o lo que sea que nos une desde que somos compañeros.

Antes de darle una respuesta me zafo de él y lo aparto de un empujón, demostrándole que no soy de esa clase de personas que se dejan amedrentar a base de fuerza. Lo que nos ha traído hasta aquí es una serie de movimientos inevitables que llegaron después del simposio y que nos llevó a Irma y a mí a descubrir un entramado que jamás vi venir. Esa misma noche, recibí un mensaje encriptado con algunas fotografías en las que se veía a Nox charlando animadamente con Paul Barron, supervisor del CNI desde hace veinte años y antiguo enlace del MI6. En cuanto vi su cara un escalofrío me recorrió la espalda y le pedí a Irma que no hiciera ningún movimiento arriesgado hasta que volviera a ponerme en contacto con ella, pero sí le di

algunas indicaciones para que pudiese vigilarlo entre las calles de una capital que nunca me había parecido tan peligrosa para nuestra gente.

Las preguntas de Andrés empezaron a llegar cuando me pilló buscando información que no tenía nada que ver con una de nuestras tareas rutinarias y tras mi negativa a querer centrarme en otra cosa que no fuera el cargamento de armas que entró en el país. Supongo que mi error ha sido pensar que nunca me he abierto lo suficiente con él como para que sepa cuando algo va mal, entonces giro y me llevo las manos a la cintura, intentando encontrar las palabras correctas que no me den lugar a salir por esa puerta detenida.

—He estado viendo las grabaciones del hotel durante el simposio —comenta con frialdad, dando a conocer un dato que yo desconocía—, extrañamente hubo algunas zonas en las que no se pudieron recoger datos con claridad, ¿pero sabes lo que sí vi? A ti saliendo de un pasillo donde, ¡adivina!, no había ninguna sala en la que poder hacerte con un analgésico. Curiosamente, una mujer también atravesó esos pasillos así que, tú dirás.

«Mierda, había olvidado lo bueno que era en este maldito trabajo».

Tengo dos opciones, mentirle y conseguir que solo siga metiendo las narices hasta que me descubra y las consecuencias sean peores para mí, o decirle la verdad y tener un aliado más en algo que no podré llevar a cabo sola.

—Esa mujer era Irma —suelto sin rumiarlo demasiado, tan directa que parece como si le hubiera disparado directo al corazón.

Andrés aprieta los puños y la expresión se le desencaja, por un momento hasta parece desconectar de la realidad. Seguro que cree que ha escuchado mal, pero en cuanto me mira a los ojos, sabe que voy muy enserio.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo…? ¿Qué narices hacía ella en el hotel? —insiste y me sorprende que pueda mantener la compostura.

—Estoy muy cuerda y cuando escuches lo que tengo que decirte le pondrás sentido.

—¿Sentido? Me estás diciendo que tienes conocimiento de que Irma Carver, una asesina a sueldo buscada por las principales agencias europeas, no solo ha estado libre sino que ¿has tenido contacto con ella? ¡Es una criminal, nuestra enemiga! —Andrés grita e inmediatamente aprieta los labios, consciente del peligro que corremos.

Sus nudillos se ponen blancos por la presión y siento que está a punto de pegarle un puñetazo a la pared.

—Si lo miras bien, también lo somos nosotros. —Mi compañero se queda blanco y empieza a reírse sin poder creer lo que acabo de decir.

—No sabía que ahora tuvieras tanta conciencia cuando se trata de salvar a este país, tu país, de estos malditos hijos de puta —puntualiza con sarcasmo, apuntándome con el dedo.

—Estaría tranquila si supiera que lo que hacemos es justo eso y si no estuviéramos bajo las órdenes de gente que colabora con esos los criminales contra los que decimos luchar. —Por suerte, estamos en una sala donde, con solo activar un botón, podemos hablar sin que nadie pueda recoger nuestras palabras.

Un pequeño truquito que todo buen agente sabe cuando estás en un hueco donde hay interferencias y puedes manipular la tecnología.

Ambos damos la espalda a la única cámara que hay en el techo, de esta forma, nadie podrá leernos los labios por mucho que lo intente, y aunque tengamos que dar explicaciones por nuestra «pelea», prefiero fingir sobre eso que dar pie a que descubran la verdad.

—Lo que estás diciendo es una acusación muy seria.

—Pero cierta. —Me cruzo de brazos y tamborileo los dedos, ahora más calmada, consiguiendo la atención de Andrés sin que tenga ganas de meterme una bala entre ceja y ceja—. Irma está metida en esto porque quiere entregar a Félix. —En cuanto pronuncio su nombre, los ojos de mi compañero se abren por la sorpresa. Yo diría que hasta ha dejado de respirar—. Por eso te dije que no siguieras

investigando, no quería que llamáramos su atención. Si nos movíamos por la *dark web* podríamos habernos puestos en el punto de mira. Teagan Nox inició contacto con su mano derecha y el otro día estuvo en el hotel, durante el simposio, por eso se filtró la alerta antiterrorista, para que nuestros altos cargos tuvieran la excusa perfecta para ir.

—El director y… Javier —puntualiza Andrés llegando rápido a la conclusión. Es tan bueno como yo. Afirmo y él pone los brazos en jarras, empezando a caminar y girar por toda la habitación, agachando la cabeza antes de seguir hablando—. ¿Y qué descubriste?

—Que están colaborando con ella para activar a un grupo de agentes durmientes, una nueva generación de espías que no estará bajo las órdenes de ningún gobierno y sí en manos de cargos importantes que colaboran con tipos como Félix. Estoy segura de que ellos nos llevarán hasta él y que solo así podremos desenmascarar su organización y lo que está pasando delante de nuestras narices. Los Cuatro están metidos hasta el fondo, quieren tener el control, ¿no te das cuenta?

—Hostia puta, esto es… —Andrés se queda sin palabras, ojalá pudiera saber lo que se le pasa por la cabeza. Aun así, no tarda en mirarme con desconfianza—. Sigue sin justificar que trabajes para una mujer que está bajo las órdenes del enemigo número uno, no sabes si es de fiar, ha engañado a medio mundo y dejado un montón de gente bajo tierra.

—Eso lo tengo claro, pero tiene un buen motivo para hacerlo. Ella fue entrenada desde pequeña para ser una asesina, la convirtieron en lo que es después de asesinar a sus padres y a su hermano. Lo he investigado, y mi instinto me dice que no miente. —Echo la cabeza hacia atrás y finjo que el cuello me duele llevándome una mano a la musculatura para darme un pequeño masaje—. Nox tuvo el otro día una reunión con Paul Barron, y eso solo puede significar una cosa.

Los dos nos miramos y apretamos los labios.

—Él fue quien supervisó el entrenamiento de esos agentes…

joder. —Andrés camina hacia atrás y apoya la espalda contra la pared llevándose las manos a la cabeza, seguramente deseando sacarse esa información de cuajo—. ¿Lo sabe alguien más?

Niego, si ya consideraba esto lo suficientemente peligroso como para hacerlo sola, saber que tengo a un posible compañero de armas, a alguien que podría cubrirme la espalda, hace que me relaje.

—Irma lo está vigilando, tenemos que pillarlo contra las cuerdas o no servirá de nada, estoy segura de que tiene a un montón de colaboradores que lo apoyan.

—Pues habrá que ponerse manos a la obra —dice él, algo más tranquilo, hasta parece que la idea de trabajar sobre el terreno en algo tan peligroso le hace especial ilusión—. Pero que sepas que sigo sin fiarme de Irma.

—Tampoco soy tan imbécil como para no tenerla vigilada. —Camino hacia la puerta para abrirla e interpretar el papel de compañera cabreada por si alguien hace preguntas. Finjo estar harta de él y le apunto con el dedo desde el pasillo—. ¡Vete a la mierda, subnormal!

Andrés me mira, casi a punto de sonreír y lleva la mano discretamente hacia el reloj, donde pulsa un pequeño botón que restablece la normalidad a una sala que durante décadas ha guardado muchísimos secretos, desde peleas maritales que están a la orden del día hasta las declaraciones de guerra más peligrosas que el mundo pudiera imaginar.

Lo que jamás pensé es que yo misma iba a conjurar contra mi propia agencia después de años de total y leal dedicación.

# 20

## IRMA

*Esa misma noche*

El Club Malasaña está a rebosar y por un segundo me dejo embriagar por el ambiente festivo que se vive aquí dentro, como si no existiera otra cosa que el baile y disfrutar mientras tomas una copa con amigos o con alguien que llevarte a la cama. Mis ojos se mueven por todas partes, chocan con cuellos y espaldas sudorosas mientras bailan al ritmo de la música que toca la DJ, creando un ambiente perfecto, dispuesto a sacarte las cicatrices sin preguntas y sin ser juzgada. Las luces rojas se mueven por suelos y paredes logrando que pase desapercibida mientras camino a una de las zonas apartadas donde me siento a la espera de que Toni haga aparición.

Aquí no importa el día de la semana o en qué trabajes, da igual si eres un don nadie o la mujer más importante del mundo, porque la gente se reúne para disfrutar de la vida y sacarse el humo del pecho. Aunque también reconozco que hoy es normal que haya tal ambiente puesto que es la festividad de San Isidro y, en este día, Madrid se echa a la calle.

Me siento en un sofá y cruzo las piernas apoyando mi espalda en el respaldo. Ver a la gente tan distraída hace que, por un segundo, quiera arrebatarles esa calma como hice con el tipo del *pub* donde Toni y yo nos miramos por primera vez. La sangre me hierve y noto cómo la respiración se me acelera, luchando contra la droga del asesinato y la adrenalina que deja en mí. Sin embargo, mi atención se pierde entre la multitud cuando la veo aparecer vestida con unos pantalones de cuero y una camiseta que se ha cortado por encima del ombligo. En cuanto me ve se lleva con descaro la mano hacia un mechón de su pelo suelto, acelerando el ritmo mi corazón.

—¿Disfrutando de la sesión? —pregunta, refiriéndose a la música.

Me encojo de hombros y quito el bolso del sofá para que se

siente a mi lado.

—He pedido una copa para ti, espero haber acertado.

—Margarita, un clásico con el que siempre se acierta —comenta nada más verla. Después, se lleva el vaso a los labios para degustar la mezcla de tequila, triple seco y zumo de lima.

Me sorprende gratamente que lo beba sin inseguridades pensando que podría estar envenenado. La asesina que hay en mí queriendo ir demasiado lejos a veces es insoportable. Toni apenas echa un vistazo a la pista de baile, de hecho, se gira y apoya un brazo en el respaldo mostrándose encantada con mi compañía, aunque ambas sabemos que eso sigue siendo parte de su trabajo.

—Tenías razón, la agenda de nuestro querido Paul está siendo frenética —comento, jugueteando con el palillo de mi aceituna. Los labios oscuros de Toni no expresan nada, ni siquiera un poco de orgullo por haber hecho bien el trabajo. Supongo que tendré que hacerlo mejor—. El sábado abandona la ciudad porque tiene una reunión en Londres, supongo que con algún mandamás que le dé carta blanca para seguir adelante con el plan.

—Hay que interceptarlo antes de que salga de Madrid, no podré poner otra excusa en la agencia para seguir sus pasos.

—Para eso estoy aquí, ¿no? —Levanto una ceja y Toni entrecierra los ojos, como si no se creyera que lo estoy diciendo en serio—. Habrá una oportunidad antes de que coja el avión. Según tengo entendido, va a hacer la entrega de un archivo con una lista que guardan con celo. A la antigua. —Soy yo quien sonríe y se lleva la copa a los labios, para disfrutar de mi Martini seco.

La expresión de Toni cambia por completo, incluso diría que es una jugada que no se esperaba para nada, así que me encojo de hombros y me regodeo en esta sensación durante unos segundos, dispuesta a esperar que haga la pregunta.

—¿Cómo lo has sabido? —suelta, apretando los dedos contra el vaso, decepcionada por estar atada de pies y manos a la hora de investigar fuera de la agencia sin ser descubierta.

—He movido mis hilos, digamos que Bishop tiene los honores; pero recordé que, en el pasado, Félix y Conrad usaron este método para comunicarse con sus aliados. Metían la información encriptada en un disco y así se evitaban que pudiera llegar a la red, y después, dejaban un mensaje en la *dark web*. Lo malo de los tiempos que corren es que cualquier filtración puede joderte la vida, de esa manera, no se pillan tanto las manos —comento como si nada—. ¿Tengo tu permiso para actuar?

Mi voz adquiere un tono de súplica fingido que sé que a Toni no le gusta. Su orgullo de agente provoca que apriete los labios, pero inesperadamente su rostro se relaja y deja a un lado la copa, preparándose para decir algo que intuyo no me va a gustar.

Odio este sexto sentido de mierda.

—Andrés lo sabe —escupe sin ningún tipo de preparación por mi parte y eso hace que esté a punto de tirar la copa que llevo entre manos—. No estás en peligro, al menos no si cumples con lo prometido.

—No estoy en peligro ahora —rebato sin exagerar, consciente de que él no es alguien con quien pueda hacerse tratos. Y no quiero decir que Toni fuese apta para traicionar a su agencia, pero sé de buena tinta que sí lucharía por algo como esto—. Sabes que en cuanto esto se acabe me querrá entregar, ¿no? Por no hablar que podría hacerlo en mitad de nuestra investigación. Ya tenéis el camino hecho, ¿qué se supone que gano yo? ¿Cómo sé que no estoy vendida?

—Porque te di mi palabra y no pienso fallar en eso —niega y se aparta el pelo de los ojos para mirarme bien—. Puede que al principio no te creyera, pero sé que quieres entregarnos a Félix y eso te garantiza una salida, se ha hecho antes con otros informantes que han estado entre los más buscados, y ahora no va a ser menos.

—Perdóname si yo no lo tengo tan claro. —Estoy a punto de levantarme del sofá por culpa del enfado. No sé por qué me siento tan traicionada si ya sabía a qué me enfrentaba cuando decidí ponerme en contacto con Toni, ella es de un mundo totalmente distinto al mío y

acaba de demostrármelo. Lo que no espero es que me agarre de la muñeca con tanta fuerza, obligándome a quedarme en el sitio—. ¿Qué haces?

—No pienso dejar que te vayas como una cría a la que acaban de partir el corazón —espeta sin ningún tipo de tacto.

Varias miradas se posan sobre nosotras como si estuvieran siendo testigos de una pelea entre dos enamoradas, y el pensamiento consigue ponerme los pelos de punta, ¿o es porque Toni está muy cerca? Siento cada latido de mi corazón golpeándome el pecho y la música queda en un segundo plano, desapareciendo casi por completo. Al tragar saliva, veo con más claridad sus ojos puestos en los míos queriendo descubrir qué se esconde en mi interior. Algo a lo que no pienso dar pie por más que lo desee, pensar en ella como mujer en vez de mi enemiga es un error que no puedo cometer; sin embargo, sus labios se vuelven un dulce atrayente al que es difícil negarse.

—Creo que no eres consciente de quien pierde más de las dos. —A pesar de que he vuelto a mis sentidos, me cuesta hablar sin que mis pensamientos me jueguen una mala pasada—. Tú tienes a una familia que te apoya, amigos que seguro te lo perdonarían todo, aunque supieran que les has estado mintiendo toda su vida, y también un compañero que se jugaría el pellejo por ti. ¿En qué posición me deja eso? —Bufo y niego deseando perderme entre el alcohol y la música, como el resto de las personas que bailan en la pista con cada canción—. Como me dijeron una vez, el mundo no está preparado para ir contra las reglas, y yo soy un peón más que derribarás en cuanto tengas la oportunidad.

No sé si ha sido por el tono de mi voz, pero siento que algo se ha removido en Toni cuando abre la boca sin saber realmente qué decir, la sorpresa baña su expresión como si mis palabras le hubieran herido, y la incertidumbre se abre paso a través de sus ojos.

—Te repito que tienes mi palabra, me da igual lo que piense Andrés de todo esto, yo soy quien decide. No pienso dejar que… —Las palabras se le atascan en la boca, por un momento se pierde en lo que nos rodea, buscando por todas partes, pero no hay nadie que nos esté

mirando ni que llame especialmente mi atención a pesar de que ella parece envuelta en una especie de ilusión.

—No piensas dejar que ¿qué? —insisto, llamando su atención al llevar la mano a su mandíbula para que vuelva a mí.

El tacto con ella recorre mi cuerpo como una descarga eléctrica que me pone los pelos de punta y que afianza el nerviosismo en mi estómago cuando sus ojos bien abiertos se posan sobre los míos, con un mar de dudas vistiéndolos y haciendo que se muerda el labio inferior.

—Da igual —espeta y se aparta como si el roce de mis dedos le causara daño—. Creo que cuando fui a verte ya te dejé muy claro que soy alguien de fiar. Si tú eres quien no confía en mí, ahí tienes el problema. Mándame lo que sepas y hablamos.

Toni coge el margarita y se lo bebe de golpe poniéndose en pie. Se limpia los labios y me deja en el sofá, apartando con desprecio a un tipo que se le acerca, dándole un empujón que lo hace chocar con sus amigos, y con esto consigue que se despierten en él las ganas de golpearla, me doy cuenta por la manera en la que aprieta los puños. Para su suerte, alguien más le detiene porque ya estaba a punto de ponerlo en su sitio, y justo cuando soy consciente de ello y de que Toni ha dejado el Club Malasaña, caigo en la cuenta de que el corazón se me ha disparado y que mis deseos por protegerla de este maldito mundo son reales.

Un terrible pánico me sube por la espalda y serpentea por mi cuerpo hasta instalarse en mi pecho dejándome con una sensación horrible, el vacío que siempre ha estado ahí. Un agujero negro que se lo come todo, porque al estar en medio de decenas de personas bailando, y deseando solo a una, soy consciente de la locura que eso significa. Y que, por más que yo lo quiera, jamás voy a tener la oportunidad de acercarme ni un solo centímetro a su corazón.

# 21

## TONI

«El mundo no está preparado para ir contra las reglas, no te conviertas en el peón de los que se declaran nuestros enemigos», el recuerdo de esas palabras atraviesa mi mente dejándome con un horrible dolor de cabeza y traen imágenes a las que me es imposible poner sentido. Desde que lo escuché en boca de Irma se ha abierto dentro de mí una puerta que ha revelado una voz a la que no pongo cara. Las imágenes se ven oscuras, y estoy dentro de una habitación apenas iluminada. Tengo las manos cubiertas de vendas y camino hacia el centro, donde me pongo en posición de ataque. El recuerdo me deja con el mismo sudor perlando mi cuello y el pecho subiendo y bajando por una respiración que no puedo controlar, como tampoco la fuerza de mis golpes contra un hombre que tampoco reconozco.

Cuando intento acceder a su expresión, la imagen se rompe y me deja con nada más que desesperación. Sé que me he sentido así antes, pero también que han pasado muchos años desde que esa voz se quedó dormida y me permití seguir adelante para hacer mi trabajo lo mejor posible.

El teléfono vibra sobre la mesa de centro y me sorprende ver que es mi padre, con un mensaje sencillo en el que dice que está cerca de casa y que puede venir a verme.

—Lo que me faltaba —bufo y me llevo las manos a la cara.

Podría pasar de esto pero hay algo que quiero decirle, así que recojo los botes de cerveza que hay por el medio y voy a abrirle la puerta.

Como es habitual en él, cuando aparece por el ascensor lo primero que haces es mirar sobre mi hombro, asegurándose de que nadie le va a molestar en lo que tenga que decir, parece que sea una manía que tiene de abogado importante. Su aire de superioridad siempre me ha producido náuseas y unas ganas tremendas de dejarle claro que sus logros profesionales y el dinero que haya ganado nunca

le harán mejor persona. Pero, como siempre, decido dejarlo estar y seguir sus pasos. Después de todo, nunca ha querido mostrar síntomas de cambio, y mucho menos lo hará ahora.

—Qué solitario se ve esto, ¿no has pensado en cambiar un poco la decoración? Parece como si estuvieras de paso —se queja.

—Estoy de puta madre, gracias —ironizo, provocando un gesto de desprecio con el que me fulmina antes de desabrocharse el botón de su chaqueta y sentarse en el sofá—. ¿Una cerveza?

Sé que la odia y precisamente por eso le pregunto. Con él, nunca tengo límites en cuanto a provocaciones. Mi padre se cruza de piernas y apoya las manos en su rodilla con calma dispuesto a no malgastar ni una sola palabra con tal de dejarme las de ganar, pero yo sí que voy a la cocina y abro otra lata que saboreo, fingiendo que ignoro su presencia hasta que me siento frente a él.

—¿Qué tal ha ido el trabajo? Según he podido saber has estado viajando mucho. —Su repentino interés me deja con la cerveza sin llegar a mis labios y provoca que levante una ceja. ¿Desde cuándo me presta tanta atención?—. No me mires con esa cara, no esperarás que no tenga idea de lo que hacen mis hijas.

—Lo tengo muy claro, siempre te has dedicado a querer controlarnos, como si eso fuera a llevarte a un sitio mejor —discuto sin ningún tipo de remordimiento. Él sonríe como si nada, incluso diría que le gusta que siempre acabe enfrentándome a sus palabras, por lo que apoyo bien la espalda en el sofá y me encojo de hombros—. Me tomé unas vacaciones después de muchos años entre auditorias y finanzas, decidí que era el momento.

—Tú, la responsable y obsesa del trabajo Toni Ariza, de vacaciones, ¿quién lo diría?

—La gente sí que puede cambiar, siempre que se quiera. —Le lanzo otro dardo con el que no se inmuta y decido que este es el mejor momento para decirle lo que quiero—. Deja a Joana tranquila, nunca va a ser como tú o como yo, ¿vale? Adora el fútbol y es bastante responsable para la edad que tiene. Sabe lo que quiere, te pido que no

intentes quitarle lo que tanto ama.

—Eso que dices que ama es un mundo de incertidumbre que no le va a traer nada bueno, si se esforzara un poco más podría llegar a ser una gran…

—¿Qué, un excelente juguete que entrega su vida y su estabilidad emocional a gente como tú? —El pensamiento se mezcla con el descubrimiento de los últimos días y la gran decepción que he sentido al descubrir que Javier y el mismo director de la agencia están en plena colaboración para jugar con un montón de vidas humanas—. Dame una sola razón para que tenga que cambiar lo que tanto quiere, para que deje de ser ella.

—Te puedo dar un millón de razones, Antonia, pero te bastará con tener claro que jamás va a ser valorada como debe corriendo tras una pelota. ¡Es infame! —grita y veo cómo la vena de su frente se hincha.

Sus ojos destilan rabia y los nudillos se le ponen blancos al apretarse la rodilla. Por la manera en la que me mira sé que podría ser más duro con sus palabras, pero como siempre, prefiere fingir compostura a perder los nervios.

—Ridículo o no, es lo que ella quiere y no es una cría a la que puedas manipular. Puede que en el pasado lo hicieras conmigo, pero no te voy a permitir que lo hagas con ella.

—Y si no, ¿qué?, ¿vas a dejar esa vida aburrida que llevas siguiendo órdenes de otros cuando podrías haber sido algo mucho más? —dice con sorna, chasqueando la lengua mientras echa un vistazo a su alrededor—. Por una vez pensé que te había enseñado bien, que llegarías a ser alguien que marcara la diferencia, pero veo que te conformas con ser una don nadie.

Estoy a punto de levantarme del sofá para ir a darle una bofetada y, de hecho, mis pies actúan solos, pero dejándome clavada en el sitio. Él sonríe con desprecio y después muestra una indiferencia que me repugna y desespera a partes iguales. Mi padre no dice absolutamente nada, solo se pone de pie y vuelve a abotonarse la

chaqueta para arreglarse los puños también. Siempre tan formal, siempre tan jefazo, siempre creyéndose el rey. En silencio, me mira por última vez y se encamina hacia la salida de mi apartamento, aunque esta vez no pienso dejar que se vaya como si nada.

—Te lo juro por el apellido que desgraciadamente cargo conmigo que si se te ocurre entrometerte en la vida de Joana, te arrepentirás.

Lo desafío justo cuando se gira para mirarme a los ojos con una sonrisa orgullosa en los labios, quizá la primera que le he visto en muchos años.

—Tienes agallas, Antonia, espero que tanta palabrería sirva de algo.

Con un último gesto en el que mueve los hombros para colocarse bien la chaqueta, abre la puerta y se larga de aquí, dejándome rodeada de silencio y con el eco de unas palabras que siento que tienen un doble sentido. Cada conversación que he tenido con mi padre en los últimos años ha conseguido dejarme fatal, como si estuviera apretando una tuerca que no termina de encajar.

Nuestra relación nunca ha sido fácil, ni siquiera cuando decidí seguir sus pasos y matricularme en la universidad para convertirme en alguien importante, digna de poder llevar su apellido. Y supongo que la decadencia llegó cuando el CNI se puso en contacto conmigo y preferí llevar una vida que tuviera algo de significado fingiendo ser una simple asesora y no en lo que él quería para no convertirme en otra versión de mi padre. Pero él siempre estaba ahí, metido hasta las narices, como si haber controlado mi niñez y adolescencia no hubiera sido suficiente, como si a cada momento quisiera dejarme claro que jamás sería suficiente.

«Si supiera la verdad…», me digo estrujando la lata de cerveza al acabármela. Con el enfado a cuestas, dejo atrás el sofá y voy a la ventana para mirar las calles de la ciudad, como una más que al día siguiente se despertará para ir a la oficina. El miedo se instala en el centro de mi pecho y hace que suspire al pensar en lo que está por

venir: una misión que puede cambiar el curso de mi existencia para siempre.

***

Es sorprendente los giros que da la vida en una sola noche.

—¿Se me permite decir cuánto te he echado de menos? —Alicia me mira, apoyada en el marco de la puerta, mordiendo el lado izquierdo de su labio inferior, de un color rojo tan intenso como lo es ahora mismo su mirada.

Lleva una gabardina puesta encima del traje de azafata y tiene ese brillo en la mirada que está compuesto precisamente de ese ingrediente: el de extrañar a alguien mezclado con el deseo por besarme. Y no me sorprende que sea yo quien se adelante para abordar su boca, soltando un suspiro en cuanto la pruebo y comprobando que yo también he extrañado algo tan sencillo como esto, a pesar de la cantidad de complicaciones que ahora mismo trae a mi vida intentar conocer a alguien. Agarro las solapas, la llevo hacia dentro y la vuelvo a besar mientras ella arrastra su maleta y se queda contra la puerta en cuanto esta se cierra.

—¿Y cómo piensas decírmelo? —la reto, rozando la nariz con la suya.

En las últimas semanas, apenas hemos tenido tiempo para vernos, pero cada vez que ella ha pisado Madrid ha conseguido exactamente lo que prometió: llevarme a un viaje por el mundo.

Su perfume se impregna en mi piel de una forma deliciosa, tan atrayente que no puedo despegarme ni un solo centímetro de ella. Nuestros pasos recorren todo el salón y acaban por llevarnos hacia mi dormitorio, dejando un camino de ropa que va decorando el suelo mientras nos deshacemos de ella con la única intención de perdernos entre nuestros cuerpos. Hay un momento en el que me fundo con sus ojos como si estuviera a punto de caer en un mar profundo, solo que ahí abajo no hay oscuridad, sino todo lo contrario. Me gusta la sensación, saber que mientras Alicia me toca, o me besa, puedo estar en tierra firme y olvidarme de mi padre, de Javier, de cómo la gente

nos usa a su antojo y de este mundo de mierda en el que ya me cuesta saber de qué bando estoy.

La incertidumbre se abre paso dentro de mí, pero viaja junto a una sensación de absoluta tranquilidad que rescato a través de los labios de una mujer que no sé cuánto tiempo va a estar conmigo, pero a la que adoro tener cerca. Buscando que gima mientras la hago mía a base de besos y caricias, olvidándome por completo que, en unas horas, las cosas pueden acabar muy mal.

«No te conviertas en el peón de los que se declaran nuestros enemigos», la voz reaparece, pero esta vez no le permito que se quede aquí. Simplemente me dejo llevar por el momento, por unos besos que me llevan al paraíso, por unas caricias que erizan mi piel a su paso y por el movimiento de unas caderas que me hacen vibrar.

Aunque mañana este paraíso desaparezca y pueda caer directa al infierno.

# 22

## IRMA

*Casa de Campo, Madrid*
*Viernes, 17 de mayo de 2024*

Quisiera poder ser libre para dar un siguiente paso sin la necesidad de tener que vigilar a mi espalda. Andrés no se ha despegado en ningún momento, y siento que está esperando la oportunidad perfecta para asestar un golpe maestro que me ponga contra las cuerdas. A su lado, Toni se mantiene en silencio, concentrada en lo que tenga que pasar y expectante por ver cómo resultará la noche. Ni yo misma lo sé, y es una sensación horrible a la que no estoy acostumbrada. Normalmente llevo la batuta, soy la única hacedora de mi propio destino, pero esta vez es diferente porque no solo dependo de lo que yo haga, y me aterra que en algún momento vaya a meterme en una jaula de la que no voy a poder escapar.

Por más que Toni lo haya prometido, por mucho que yo la crea, sé que su compañero no piensa cumplir el mismo cometido, lo leo en sus ojos oscuros, en su expresión y en la forma en la que camina cerca de nosotras; está preparando un ataque certero, y yo tengo que estar en alerta.

La oscuridad cae sobre nosotros permitiéndonos ser una sombra más sobre la hierba, escondiéndonos entre los árboles mientras exploramos los alrededores. Tengo los nervios en la boca del estómago y por más que intento ignorarlo, mi intuición me dice que algo no va a ir bien. Me gustaría estar empuñando un arma, pero antes de entrar hemos acordado que no lo haremos salvo que nos encontremos en verdadero peligro. Otro punto más para dejarme vulnerable antes dos personas que no dudarán en usar su fuerza contra mí si es necesario.

«Porque te di mi palabra y no pienso fallar en eso», la voz de Toni se pasea por las paredes de mi mente con una credibilidad a la que me cuesta agarrarme. Durante un segundo nuestras miradas se

cruzan, como la luna se encuentra con las estrellas; ella asiente y yo aprieto los labios en un intento por confiar en que las cosas irán bien.

—Creo que ya ha llegado —anuncia Andrés en voz baja, poniéndonos en alerta.

Nuestros pies se detienen en seco, hay un montón de árboles que cubren nuestra posición y desde aquí se pueden ver las aguas del lago tranquilas, sin ningún movimiento que traiga un peligro mayor.

—Tenemos que interceptar esa información sin ponernos en la línea de fuego. —Sorprendentemente, Toni mira antes a su compañero que a mí y eso me deja con una ceja levantada y una sonrisa de orgullo que prefiero ocultar agachando la cabeza—. No hagamos locuras, todavía no tenemos las pruebas suficientes que sostengan esta acusación.

—Sin embargo, nosotros trabajamos con una criminal. —La lengua viperina de Andrés me obliga a cerrar los puños para evitar cometer una tontería.

Está deseando ponerme las manos encima, lo tengo claro, pero no pienso darle el gusto, así que me apoyo en uno de los árboles y saco mi teléfono móvil para intentar recoger alguna imagen que nos pueda servir; sin embargo, ni la mejor tecnología conseguirá que obtengamos una imagen clara estando tan lejos y con tan poca luz.

—Deberíamos bordear el lago y acercarnos más, tenemos suficiente experiencia para hacerlo sin que se den cuenta, ¿o es que tiene alguna objeción, agente Herranz?

Uno de sus pies se arrastra por la hierba y por un segundo le veo capaz de lanzarse contra mí, hasta que Toni pone una mano en su pecho y me mira con cara de pocos amigos.

—Más vale que os comportéis, no estamos en un patio de recreo —dice con el enfado en la punta de la lengua—. Si preferís pelearos, mejor os dejo solos y hago yo el puto trabajo.

—Tranquila, si estoy de maravilla —aclaro con tono irónico.

No doy oportunidad a que Andrés pueda responderme, mis pies

se mueven rápido mientras mantenga el cuerpo un poco agachado para evitar que alguien pueda verme. Si Paul es de la vieja escuela como creo, habrá venido sin apoyo y habrá pedido lo mismo al informante, evitando posibles traiciones. Sin esperas, me dedico a avanzar con el único objetivo de conseguir esa información, sé que Toni ya habrá pensado en qué hacer con ese disco y yo también tengo un par de ideas.

Efectivamente, cuando nos encontramos a unos treinta metros de él, veo a alguien más llegar. Un tipo con la cabeza rapada estrecha su mano y le da un fuerte abrazo que nos deja a Toni y a mí mirándonos. Que esta clase de gente tenga aliados en todas partes no puede significar nada bueno. Lo primero que me pregunto es si también habrá tenido contacto con Félix en algún momento de su vida y un escalofrío recorre mi espalda. Los recuerdos me muestran a mí en todo tipo de situaciones, ya sea entrenando, estudiando idiomas, mejorando mi habilidad con las armas, incluso en comidas con un par de chicos que también fueron entrenados para hacer de este maldito trabajo.

El corazón me da un vuelco cuando el tipo mira hacia dónde estamos y cuando giro la cara, veo a Andrés fuera de posición y completamente al descubierto.

—Serás imbécil —me da tiempo a decir, porque en cuanto devuelvo la mirada hacia nuestros objetivos, Paul le da el disco y sale corriendo—. ¡Que nos os vean!

Toni se lanza a por su compañero y se lo lleva corriendo a la zona más arbolada. El instinto me dice que los siga, que salga de aquí sin pensármelo dos veces, pero el corazón me recuerda el motivo por el que estamos aquí y la lucha con la que llevo lidiando desde hace meses. Si quiero acabar con esto, si quiero que Félix caiga, necesito atrapar a ese tipo. Sé que no me equivoco al pensar en que lo conoce, sé que hay algo en él que me ha llevado a recordar instantes de mi pasado, así que me ajusto la gorra que llevo puesta y corro hacia donde ha huido, dándome cuenta de que Paul también ha desaparecido.

«Él no es mi objetivo», me recuerdo, aunque sé perfectamente que podría matarme si doy un paso en falso o me pongo en el punto de mira. Con el cansancio tomando el control de mi respiración busco el arma en mi cintura y atravieso los árboles hasta que doy con la orilla del lago y veo una figura que sigue corriendo a decenas de metros de mí.

—No voy a dejar que te escapes —digo con la voz entrecortada, cogiendo la pistola con más fuerza mientras atravieso la distancia que nos separa.

Para mi fortuna, a los pocos segundos me doy cuenta de que él no es tan rápido como me esperaba, incluso diría que le cuesta correr y eso pone una sonrisa en mis labios. No veo a nadie siguiendo mis pasos ni tampoco a mi alrededor y eso me ayuda a concentrarme en alcanzarlo. Cuando lo tengo a una distancia lo suficiente corta como para disparar le apunto con el arma, pero la presencia de un par de personas detiene mis intenciones de cuajo.

—La gente está loca, ¿has visto a ese tipo? —comenta un chico en voz baja mientras aminoro mis pasos por la zona asfaltada hecha para ciclistas y visitantes.

Con discreción, escondo el arma y paso por su lado agachando la cabeza, intentando que no me presen atención. El silencio me invade. Esta zona está más iluminada gracias a las farolas, pero tampoco se puede ver con mucha claridad, de manera que intento prestar atención a cualquier movimiento. Si yo quisiera esconderme por aquí, seguiría en la arbolada así que vuelvo allí y llevo la mano a mi cintura con la única intención de estar preparada.

Un siseo me pone los pelos de punta y noto el frío en la nuca antes de que alguien se abalance contra mi cuerpo. Choco con la hierba, pero el golpe es lo suficientemente fuerte como para dejarme atontada y con la oportunidad a mi enemigo de llevar sus manos a mi cuello. El tipo aprieta con fuerza los dedos y noto cómo empieza a faltarme el aire mientras aprisiona mis caderas con la ayuda de sus piernas. Sus ojos me observan con fiereza, no está dispuesto a dejarme escapar y lo compruebo en su forma de sonreír; se le ve aliviado por

haberse quitado un peso de encima. En cuanto acabe conmigo podrá simular un robo o algo parecido, aunque está claro que no sabe contra quién se enfrenta.

—Deberías aprender a no espiar a desconocidos —suelta con algo de acento, en un español que está claro que lleva hablando desde que es joven.

«Como yo», pienso, y eso me da las fuerzas necesarias para meter los dedos de mi mano derecha entre la manga de la chaqueta y dar con el filo de un cuchillo que agarro con dificultad antes de lanzar el brazo hacia su cara.

El ataque no es certero, ni mucho menos, pero sí lo suficiente para hacerle gritar de dolor y que la sorpresa le haga detener la presión. En cuanto sus dedos me sueltan empiezo a toser, y me las arreglo para empujarle y girar mi cuerpo sobre la hierba. El dolor toma el control de mi cuerpo durante unos segundos en los que noto cómo la visión se me nubla. Todavía no tengo curado el hombro del todo y eso limita mis fuerzas. El sudor frío se abre paso por mi piel y apoyo las manos intentando dar con él, pero me gana la jugada asestándome una patada en el costado que me rompe algo por dentro, y otra vez intenta estrangularme. Esta vez no se pone a horcajadas sobre mi cuerpo, lo que me permite mover las piernas y darle un rodillazo en las pelotas. Un recurso básico que te salva de muchas situaciones y que me da un tiempo de oro para poder levantarme e ir a por él.

—Haré lo que… me dé la gana —espeto entre toses.

Me escuecen tanto los ojos que estos me lagrimean, pero no me impiden acercarme para lanzar una patada que le da en toda la cara. Su grito hace eco a mi alrededor, aunque para mi suerte no hay nadie que pueda ayudarle, entonces cojo el arma de mi cintura y me voy directo a por él.

—Antes tendrás que matarme —amenaza en cuanto le apunto en el pecho.

No sabe con quién se enfrenta, está claro. Antes de que vuelva

a hablar apunto a su muslo y disparo sin importarme que pueda alertar a alguien.

—¿Para quién es esa información? —pregunto mientras él grita de dolor—. ¿Para Félix?

Mi mano libre va a parar a su boca para que se calle y vuelvo a apuntarle en el pecho. Sus ojos se abren con un miedo que sé reconocer de un momento lejano y el recuerdo exacto acude a mi mente. Estábamos solos él y yo, después de un fiero entrenamiento en el que nuestro superior aplaudió acercándose a mí, felicitándome por haberle ganado otra vez. Mi rival se llevó un puñetazo en el estómago por seguir sin mostrar mejoría en sus reflejos y cuando me miró con pánico, sentí que nuestra seguridad ya no estaría garantizada. Ahora, le suelto, pero no dejo de apuntarle con el arma.

—Nunca vais a acabar con él, es invencible, ¿no lo habéis entendido? Siempre va un paso por delante —aclara y creo que ni siquiera recuerda quién soy.

—Incluso los reyes caen —aseguro sin miedo a equivocarme y le concedo un segundo para rendirse al escuchar movimiento a mi espalda.

Por un segundo siento que lo va a hacer, pero mi enemigo se lleva la mano a la cintura y cuando saca un arma y me apunta, disparo sin ningún tipo de remordimiento. De su boca sale sangre y voy hasta él para buscar en los bolsillos y coger su teléfono móvil, su cartera y el disco que Paul le ha entregado.

—¡Estás loca! —Andrés llega y se abalanza sobre mí dándome un empujón, su puño se cierra y está a punto de estrellarlo contra mi cara, pero Toni le detiene—. ¡Suéltame!

—No se te ocurra cagarla, Andrés —advierte su compañera y él levanta las cejas sorprendido, quedando como un tonto—. Si haces algo, sabrán que hemos estado aquí y nuestras posibilidades se habrán acabado.

—¿Pretendes que haga como si nada? ¡Ni de coña! Tenemos que responder ante esto.

Andrés vuelve a por mí y me agarra de la chaqueta. Mi respuesta es rápida en cuanto me toca. Giro sobre mis pasos y lanzo una patada directa a su rodilla derecha, donde se escucha un *crack* que le hace caer y retorcerse de dolor.

—No vuelvas a ponerme una mano encima si quieres salir vivo, ¿está claro? Tanto hablar de lealtad, pero seguro que no le has contado a tu compañera que durante este tiempo has estado investigando la muerte de Thomas a sus espaldas, ¿verdad? —Cuando abre la boca intentando dar una respuesta, voy a por él y le agarro de la chaqueta con gesto amenazante—. No pienso dejar que me hundas, no hasta que Félix salga de su puta cloaca.

Le suelto y le pego una patada en el pecho haciéndole caer, ante la atenta mirada de una Toni que no da crédito a lo que está pasando.

—Hay que dejar aquí el cuerpo. Ha tenido contacto con Paul, así que él mismo se encargará de encubrir su asesinato, larguémonos de aquí.

Me encojo de hombros y guardo mi pistola de nuevo, sé que no tendrán posibilidad con las balas y en caso de que averigüen algo, la información que obtengan los llevarán hacia el nombre de una mujer que lleva décadas muerta, un callejón sin salida. Toni me mira por última vez antes de ayudar a su compañero a levantarse y, sin mirar atrás, empiezo a caminar, guardando las manos en los bolsillos para coger con fuerza el teléfono que he robado y que, seguramente, me llevará más cerca de Félix.

# 23

## TONI

—¡Nos has puesto en peligro de muerte! —exploto de rabia y la primera víctima es una silla que acaba estrellada cuando le doy una patada.

Irma está de brazos cruzados, apoyada en la pared mirándome como si esto no fuera con ella. De hecho, diría que le da exactamente igual y eso es lo que más me cabrea, su puta indiferencia, la forma que tiene de hacer las cosas sin pensar en las consecuencias que puedan tener sus actos. Aunque en el fondo no sé por qué me sorprendo, esto era algo que sabía.

—¿Ya? ¿Vas a dejar de comportarte como una cría? —El desprecio con el que habla tensa mi mandíbula y me dan ganas de abofetearla.

Si Andrés se encontrara aquí, ya la estaría apuntando con su arma.

Veinte minutos después de que aquel tipo acabara muerto, salimos de la Casa de Campo y nos subimos a los coches que teníamos listos para ocultarnos entre la multitud de las calles de Madrid. No ha salido ninguna noticia relevante y eso me deja tranquila en cuanto a Paul, porque seguro que metió mano en cuanto llegó la policía para evitar que esto pueda conocerse más allá de lo que sabemos.

—Y además eres una puta arrogante. —Me llevo las manos a la cintura y voy hacia ella. En cuanto mi expresión cae sobre sus ojos la agarro del cuello sobre las marcas del tipo que todavía siguen grabadas en su piel—. Cometí un gran error al confiar en ti, lo que has hecho hoy ha sido…

—¿Salvarte la vida? —suelta como si nada, incluso se atreve a reír antes de apartarme la mano con brusquedad—. Si no hubiera sido por el imbécil de tu compañero no habría tenido que actuar y seguro que tampoco tendría esto.

Irma se lleva una mano al bolsillo y saca un teléfono móvil. Su cara cambia a esa expresión de orgullo que siempre ha compartido conmigo, como si hubiera conseguido el mayor logro del mundo.

—¿Crees que eso nos va a salvar el culo?

—Creo que aquí están las respuestas que estamos buscando, y que no podía permitir que Andrés metiera más las narices. Quiere venderme y lo sabes, no finjas que no lo conoces. Tendría que haberle dejado fuera de esto en el momento en que supe que iba a husmear en la muerte de Thomas, pero si no lo hice fue precisamente por ti.

—Por mí… ya, ahora resulta que piensas en mi bienestar. —Dibujo una mueca y noto como los dientes me chirrían, si no he explotado ya es de milagro, porque la sangre me hierve por culpa de esta…

—Pues a diferencia de ti, sí —añade Irma, y se atreve a mirarme desafiante—. Es lo único que he hecho estos días, actuar de forma que no estuvieras en peligro, salir herida por culpa de estar pensando en lo que te pudiera ocurrir si metía la pata, así que perdóname por ser tan profesional.

Se encoge de hombros y va directa al sofá, dándome la espalda y dejándome con la palabra en la boca, segura de que lo que dice es verdad cuando no tiene ninguna razón. «Si lo único que has hecho es meterte en problemas y esperar que yo te salve el culo», me digo soltando un bufido incrédulo. No me puedo creer que sea tan ególatra como para creer que lo que dice es cierto. Puedo enumerar la cantidad de veces que hemos estado en la línea de fuego y que ella ha actuado con un riesgo casi imposible de asumir. Desde el asesinato en Berlín hasta presentarse en un hotel donde cualquiera podría haberla detectado de no ser porque es… demasiado buena en lo suyo.

La miro ajustar la espalda, disimulando el dolor que debe estar sintiendo, y observa el teléfono como si tuviera rayos x para descubrir qué secretos se encuentran dentro del terminal. La forma en la que suspira y su expresión cambiante me deja dubitativa hasta el punto en que mi mente se atreve a meditar lo que ha dicho.

¿Y si precisamente cada uno de sus actos han estado destinados a llamar la atención para alejar el peligro de mí? No, no puedo caer en los encantos de una mujer que ha hecho de la mentira su mejor mantra.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto y camino hacia ella para poder mirarla a los ojos.

—Van a querer recuperar esto —aclara enseñándome el móvil y el disco robado. Tampoco ha dicho algo que no sepa—. Tendrán copias, por supuesto, y seguro que Paul ya está organizando otro plan con el que poder entregar la información; pero no podemos engañarnos, van a investigar lo que ha pasado y estamos en peligro. Solo conozco una forma de poder seguir adelante sin tener problemas.

—Quieres volver a Berlín —deduzco y no hace falta que afirme para saberlo.

—En realidad, quiero que volvamos. Lo antes posible. —Levanto mis cejas en cuanto lo dice y estoy a punto de llamarla loca, pero tarda poco en interrumpirme—. Sabes que puedes hacerlo sin la necesidad de poner una excusa, tienes misiones que te respaldan, un compañero que ha salido herido, invéntate algo. Si accedemos a estos datos aquí, nos expondremos demasiado.

—Como si no lo hubiéramos hecho ya —musito y ella pone los ojos en blanco—. ¿Por qué debería creerte esta vez? ¿Por qué tengo que convencerme de que esto no es una estratagema para llevarme a tu terreno?

La ofensa cruza su expresión y aprieta los labios. Por un momento creo que se va a levantar y abofetearme, en cambio, sonríe y toma el camino hacia la pequeña cocina que hay en un apartamento que no pega nada con ella. Se hace con un par de cervezas y me da una, abriendo su lata para pegarle un buen sorbo y secarse la boca con el dorso de la mano.

—¿Si te dieran la oportunidad de dejar esta vida, lo harías? ¿Abandonarías lo único que se te da bien solo para tener que dejar de mentir a las personas que quieres? —No me espero su pregunta, ni

tampoco la tristeza que invade su mirada al hablar.

«¿Es que tiene a alguien que le importe lo suficiente como para hacerlo?», pienso, y no sé ni para qué me planteo algo así. ¿Qué más me da su vida privada?

—Me gustaría no tener que dar largas a mi hermana cada vez que me pide algo o quiere hacer un viaje conmigo. —Me encojo de hombros y bebo con indiferencia, intentado quitarle importancia a esto cuando yo misma sé que si pudiera, claro que cambiaría muchas cosas.

Irma parece intuirlo por la forma en la que sonríe y se pasea por el salón, cabizbaja, pero sin quitarme atención.

—Siempre he soñado con poder despertarme mirando a los ojos de una persona y decirle que me iré a trabajar sin sentir la necesidad de tener un arma debajo de la cama por si de casualidad mi chica es una asesina que me busca y ha tejido un plan para matarme.

—Qué radical… —bromeo y chasco la lengua—. Te tomas las cosas muy en serio.

—No, me las tomo como hay que tomárselas. Nunca vamos a ser libres si seguimos en esta vida, y lo sabes, aunque no lo quieras admitir. Seguro que nunca has tenido más de tres citas con alguien por miedo a comprometerte de una forma dolorosa cada vez que tengas que mentirle a la cara.

—Pues te equivocas, porque sí tengo a alguien —alardeo y le sonrío triunfante, solo por quitarle la razón—. Se llama Alicia y se pasa la vida viajando, así que digamos que tenemos muchas cosas en común.

—Claro, seguro que sí. Te lo dije, Toni, tú y yo no somos muy diferentes, puedes pasarte la vida intentando verlo de otra manera, pero nada ni nadie cambiará los hechos. —Irma se bebe toda la cerveza, estruja la lata dejándola sobre la mesa de centro y se vuelve a sentar—. No te preocupes, ya no haré ninguna locura que te crispe los nervios, no vaya a ser que te dé una úlcera de estómago.

—Eres despreciable —digo y me acerco para dar un golpe con

mi cerveza. Varias gotas salpican la mesa y cojo el disco ante la atenta mirada de una Irma que no se mueve ni un solo centímetro, está claro que esperaba que hiciera exactamente esto—. No contactes conmigo salvo que sea de vida o muerte —aclaro con tono hostil—. No, mejor no hagas nada, por una vez, evita llamar la atención como tanto te gusta.

Irma no me mira y, sin añadir más, guardo el disco en el bolsillo de mi chaqueta. Cuando cierro la puerta del apartamento noto cómo la boca del estómago me da un pellizco y no precisamente de liberación. La cabeza empieza a dolerme, pero no pienso dar un paso atrás ni llamar para disculparme o intentar justificar mi actitud.

La ha cagado, hasta el fondo y quiero que sea todo lo consciente posible. Me importa una mierda si está sola o no tiene nadie con quien poder hablar por haber elegido llevar esta vida porque, a diferencia de ella, yo sí he sido capaz de construir relaciones sanas con personas en las que puedo confiar, aunque tenga que contarlas con los dedos de una mano. «Tienes a Joana contigo», dice una voz dentro de mi cabeza, intentando justificar mis pensamientos cuando hasta yo misma sé, que nunca he conseguido tener amigos de verdad por mi constante miedo a ponerlos en peligro o encontrarme con un traidor de cara.

Pisar las calles de Madrid no me da ningún alivio como en otras noches, y aunque la velocidad siempre ha sido un bálsamo para mí, no puedo dejar de pensar en lo que ha dicho Irma. Algo en lo que tiene razón porque, por mucho que quiera negarlo, esta vida me ha dado mucho, pero también me lo ha robado todo.

# 24

## IRMA

*Domingo, 19 de mayo de 2024*

Nunca he sido creyente, pero hay algo entre estas paredes que me atrae como un imán, un poder que se arrastra por mi piel, fuerte, expiando cada uno de los pecados que he cometido a lo largo mi vida. Varias personas rezan de rodillas, entrelazando los dedos, con las frentes pegadas a sus manos y los ojos cerrados en un momento de paz en el que solo están ellos con su dios, ese ser al que ruegan cualquier clase de milagro.

La misa de las doce está a punto de empezar y no he sido capaz de moverme ni un solo centímetro. He sido atrapada por los frescos que cubren paredes, techos y suelos. La *Apoteosis de San Antonio*, con el santo ascendiendo al cielo rodeado de ángeles, se lleva mi atención mientras el latido de mi corazón se ralentiza apartando dudas y el malestar que ha estado aprisionándome en las últimas horas. Desde que Toni se marchó, no he tenido noticias de ella y las pesadillas se entremezclan mostrándome a mí con un tiro en la cabeza y a ella riéndose en mi cara después de haberme dado caza.

Un hecho que podría hacerse real.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Una voz me despierta de la ensoñación y cuando me giro veo a una ancianita sonriéndome con decenas de arrugas marcándole la cara y unos ojos que destilan sabiduría.

—Sí, solo estaba pensando en algo.

—Este es el lugar adecuado, querida, seguro que encuentras las respuestas que buscas. —No pierde el brillo en su mirada al compartir una caricia en mi brazo y en silencio se marcha, dejándome sola con mis pensamientos.

Al verla caminar, con una ligera cojera y el cansancio encorvando su espalda, me pregunto si habrá tenido una vida

complicada; sin embargo, algo dentro de mí se alegra, porque si así fueran mis últimos días, los aceptaría sin pensar. Mis ojos vuelven al techo, a cada una de las pinceladas que acompañan a San Antonio, y enseguida giro sobre mis pasos, dispuesta a encarar esto con valentía, dejando el pánico a mi espalda, enterrado en el suelo que piso, libre para hacer mi siguiente movimiento. Si quiero dar con Félix tengo que dejar de pensar que cualquier acción significa muerte, porque si eso es a lo que estoy destinada, entonces se cumplirá de una forma u otra, y ya no quiero esperar el permiso de nadie.

Estoy a quince minutos de la Gran Vía y, al salir de la iglesia, me pongo las gafas de sol y camino a toda prisa dispuesta a contactar con Bishop en cuanto enciendo el teléfono que siempre uso para hablar con ella.

C: Necesito que hagas algo por mí.

Antes de coger el metro, llega una respuesta que me deja paralizada en mitad de la calle.

B: Ha habido movimientos, deberías contactar para evitar sospechas, el ambiente está cálido.

«Mierda, se acercan». No respondo, sigo andando, pensando en las dos posibilidades que se abren ante mí: mentir a Conrad y fingir que todavía no me siento segura, o volver a Berlín para ponerme en la línea de fuego e intentar que me confíen lo que sea que esté ocurriendo. Recuerdo las últimas palabras de Toni, pero ahora mismo no puedo tener en cuenta su advertencia, así que decido coger el toro por los cuernos e ir a verla. Sé dónde está hoy.

De camino, llamo a Diana con la única intención de conocer cómo están las cosas por casa y si me encuentro en verdaderos problemas.

—Eh, forastera —dice con tono cariñoso—. ¿Cómo te van las vacaciones?

—¿Aburridas? —Casi suena como una afirmación y ya me la imagino poniendo el grito en el cielo—. No estoy acostumbrada a esta tranquilidad, soy mujer de rutina —añado, y no miento—. ¿Qué tal tú? ¿Y por allí, las cosas siguen igual?

—Perfectas, digamos que Max y yo nos encontramos en nuestro mejor momento, aunque se nota que tú no estás, no tener a nadie con quien cotillear me está matando, ¿vas a tardar mucho en volver? —suplica y me hace reír, la verdad es que yo también la echo de menos.

—Creo que en unos días estaré por allí, tengo algo que terminar, después cogeré el primer vuelo que haya disponible. ¿Ha llegado algún paquete para mí?

Con lo cotilla que es sé que habrá estado vigilando mi puerta, sobre todo después de su fantástico descubrimiento, y esta es la manera más sencilla y discreta que conozco para que me diga si alguien ha estado vigilando mis pasos.

—No, ya me conoces, he estado al pendiente, pero no ha venido nadie. —Su respuesta me deja más tranquila, incluso suspiro a pesar de creer que contengo lo que siento en mi interior—. ¿Está todo bien?

Me gustaría poder decirle que no, abrirme libremente para darle a conocer mis dudas y también los miedos que continúan sin dejarme dormir, pero tal y como le dije a Toni, nuestra vida es un ovillo de secretos que cada día sigue aumentando y que no podemos desenredar ante cualquier persona.

—Sí, todo ha ido como esperaba, ya te dije que no era nada —comento guardando una de mis manos en el bolsillo del *blazer*, seguro que ella se está mordiendo el pulgar con los ojos bien abiertos por la curiosidad—. Esto ha sido una anécdota más.

Uso una palabra que no tiene nada que ver con lo que en realidad vivo a diario, siempre contra las cuerdas, teniendo que mirar todo el rato a mi espalda y luchando la oportunidad de seguir respirando.

La boca de metro aparece frente a mí y suspiro echando un vistazo a mi alrededor, asegurándome una vez más que nadie sigue mis pasos. Qué harta estoy de no poder ponerme un poco de música y caminar sin la necesidad de esta mierda. Diana cuelga en cuanto se

despide con la excusa de tener que acabar unos informes para el trabajo, tiene suerte de poder hacerlo desde casa, aunque sé que también le gusta la rutina de oficina, como a mí los viajes, la vigilancia, persecuciones… todo lo que dé un chute de adrenalina a mi cuerpo. La misma sensación que se instala en la boca de mi estómago cuando llego a la Ciudad Deportiva de Valdebebas, donde las jugadoras ya están sobre el campo jugando un partido que, por ahora, gana el equipo local.

No me quito las gafas y en cuanto doy con la figura de Toni me acerco a ella para ponerme discretamente a su lado.

—¿Qué número es? —pregunto, notando como su espalda se tensa.

Cualquier otra persona se habría girado de la impresión, pero ella se mantiene en su lugar, aunque aprieta la mandíbula.

—El once, tiene el balón ahora mismo. ¡Vamos, Joana! —grita en un intento por no perder la compostura.

Hasta yo me contagio durante un rato de la emoción y animo al equipo, incluso celebro los dos goles que marcan en una segunda parte que, reconozco, ha sido bastante intensa. Toni no se equivocaba al decir que tiene talento y su orgullo se ve claro al sonreír a su hermana cuando se retiran hacia vestuarios.

La gente empieza a moverse y deja las gradas para esperar a las jugadoras a la salida del campo, momento que aprovecho para hablar.

—Hay movimientos.

—Te dije que no se te ocurriera contactar conmigo, y mucho menos que vengas a un sitio donde…

—¿Qué? Podemos pasar desapercibidas porque estamos rodeadas de gente normal. —Mi ironía la crispa y me fulmina con la mirada. Su gesto hace que sonría y me encoja de hombros. La verdad es que no hay mejor sitio que un lugar concurrido para hablar de esto —. Saben que pasa algo más que un simple robo y creo que es nuestra oportunidad para dar el siguiente paso, algo me dice que van a salir de la cueva.

Toni quita su tan famosa expresión agria y se me queda mirando mientras se cruza de brazos.

En cuanto nos quedamos a solas, asiente y la veo relajarse por primera vez en días.

—Tenías razón con Andrés, estaba dispuesto a entregarte esa noche —comenta con voz queda sin apartar la mirada, provocando que pueda ver una clara disculpa en sus ojos—. Hay que llevar cuidado con él o esto saldrá muy mal, está dispuesto a llegar hasta el fondo. He conseguido convencerle de que me deje actuar y encontrar algo sólido, pero no sé cuánto tiempo podré contenerlo. Tiene la impresión de que esto también va a acabar con su carrera y créeme, antes moriría.

—¿Crees que puedes conseguir algún aliado que nos ayude?

—¿Te refieres a oficialmente? —Su boca se abre por la sorpresa cuando afirmo—. Bueno, hay alguien que podría echarnos una mano… fue mi antigua supervisora, y no es que trague a Javier, pero no sé hasta qué punto podemos implicar a alguien más sin que esto nos pase factura.

—¿No habías dicho que me esperabas a la salida? —Una voz rompe la conversación y Toni gira la cara, tragando saliva al ver a su hermana plantada con los brazos cruzados—. ¿Quién eres?

Su pregunta va hacia mí con seguridad, incluso yo diría que con cierta… curiosidad. En sus ojos veo un montón de similitudes con su hermana y me pregunto en qué otras cosas se parecerán. No sé si es por su sonrisa, pero enseguida me dan ganas de darle la mano y decir, por primera vez, algo que jamás se me habría ocurrido con una desconocida.

—Soy Irma, trabajo con Toni.

—Uf, qué putada, seguro que es una pesadilla —bromea y su hermana le da un manotazo que nos hace reír a las dos.

—Algo así, pero en el fondo me lo paso bien con ella. —Joana parece no creerse lo que digo y su cara es todo un poema.

Como la de Toni, que no sabe dónde meterse. El ambiente se tensa, aunque si nos dejaran a solas, sé que podría pasarme un buen rato hablando con su hermana de cualquier cosa que se nos ocurriera. Por una vez, sueño con algo así, convertirme en una persona normal, una simple espectadora de un deporte que nunca he disfrutado mientras bebemos un par de refrescos en nuestro bar favorito. Pero al caer en la cuenta de que nunca podré hacerlo, lanzo un suspiro y espero lo inevitable: volver a nuestra maldita normalidad.

—¿Te importa volver sola a casa? Iremos a comer otro día. —Toni le sonríe y se abraza a ella para dejar un beso en su frente—. Has hecho un gran partido, estoy orgullosa de ti.

Sus ojos se iluminan ante el halago, pero inmediatamente lleva la atención hacia mí y me mira de arriba abajo formando una sonrisa pícara que sé por dónde va, se piensa que voy a pasar un buen rato con su hermana. «Ojalá fuera así», pienso, y me veo en la obligación de carraspear para quitarme de la cabeza semejante tontería.

—Encantada de conocerte, que no te aburra mucho, hay que tenerlos bien puestos para soportarla —dice continuando con la broma y se abraza a Toni para susurrarle algo al oído que no consigo captar.

Joana se despide de mí con un asentimiento y camina saludándonos con la mano hasta perderse entre la multitud, dejándome a solas con el peor enemigo que podría tener y, al mismo tiempo, con la única aliada que será capaz de ayudarme a salir de esto. Si Conrad empieza a meter las narices donde no le llaman, las cosas se pondrán difíciles para mí.

—Es una chica increíble, seguro que le va a ir bien en el futuro —comento en un intento por aligerar la tensión.

—Eso si nuestro padre no se mete por medio e intenta joderle la vida. —Su confesión me deja mirándola un segundo, por lo inesperado que ha sido recibir un comentario tan personal que acompaña con cara de disgusto. Toni es consciente de ello y, en cuanto ve la oportunidad, se guarda las manos en los bolsillos de su chaqueta y se pone a caminar sin decir nada más al respecto—.

¿Seguro que es ahora?

Afirmo sin pensármelo dos veces, mezclándome entre la gente y procurando que nuestra conversación no se perciba más allá de donde estamos. Sé que nadie nos sigue, pero aun así no puedo evitar sentir el peligro respirándome en la nuca, como si alguien tuviera sus ojos puestos sobre nosotras.

—Desde que trabajo con Bishop nunca me había dicho que estaban nerviosos, creo que se han dado cuenta de que alguien los tiene en el punto de mira, pero…

—Entiendo que no puedes asegurar qué es lo que saben exactamente. —Toni lleva la mirada al cielo y parece consultar con las nubes sus siguientes palabras. Hay algo en su expresión que me deja con un sentimiento de inseguridad, como si ella también sintiera que las cosas están a punto de tomar un giro inesperado y, de repente, la fortaleza que siempre he visto en ella se esfuma como una montaña de arena—. Pediré ayuda, nos vamos a Berlín, si esta va a ser nuestra única oportunidad, no pienso quedarme de brazos cruzados.

—¿Aunque te lo juegues todo o sea lo último que hagas?

No sé por qué pregunto. Al mirarla a los ojos puedo ver cuánto ama su trabajo, aunque ese pequeño ingrediente de duda me ha dejado intranquila, preguntándome si merece la pena hacerle pagar ese precio.

—Aunque me juegue la vida —responde con determinación y temo que vaya a ir muy en serio.

# 25

## TONI

*Lunes, 20 de mayo de 2024*

Una ligera brisa mueve las cortinas de la habitación invitándome a salir al jardín que hay alrededor de la finca donde las flores blancas lo rodean todo, como si alguien quisiera hacer de este lugar un paraíso de paz. El recuerdo se clava con firmeza en mi mente y viajo tantos años atrás que me es imposible saber si esto es un sueño o una realidad que me trepa por la piel. No hay ni un solo ruido, estoy metida en una cápsula que me ha trasladado a un lugar totalmente lejano de la civilización, sin coches, sin gente que pasea por la calle, sin ningún tipo de distracción.

Mis pies desnudos se plantan encima de la moqueta mullida y la sensación hace que sonría, tan a gusto que nada ni nadie puede perturbar lo que siento, hasta que él entra en la habitación.

Su aspecto regio se pule con un peinado perfecto y el alfiler de una corbata que se coloca sin perder de vista el verdadero objetivo que tiene delante: yo. Mi padre se acerca, aunque no sonríe, hasta podría decir que está molesto; pero mi tonto corazón se empeña en percibirlo de otra forma, aunque haga semanas que no estoy con él. Solo soy una niña que sigue echándole de menos, intentando justificar su falta de cariño y presencia con excusas que, en el futuro, no van a servirme de nada.

Pero, a veces, es más bonito vivir entre ilusiones dibujadas con algodón.

—Ya estás aquí, ¿has desayunado? —Su pregunta no viene con ningún tipo de interés personal, sino todo lo contrario, así que afirmo a pesar de que es mentira.

Sin perder el tiempo clava sus ojos en mí y coge mi mano para tirar de mi cuerpo hacia otra sala que se difumina ante mis ojos, como si esta ilusión no quisiera mostrarme una realidad dolorosa. En

silencio, me lleva por un largo pasillo que se divide en otros dos. Él toma el camino de la derecha, aunque mis ojos van a la espalda y miro lo que hay en la puerta del otro extremo, creo recordar que mis pocos juguetes estaban ahí, pero las imágenes se dispersan como todo lo que ocurre a mi alrededor.

«¿Qué está pasando?», me pregunto con voz adulta, metida en el cuerpo de una niña que no tiene idea de nada. Otra puerta se abre y mi padre me suelta con una brusquedad horrible provocando que me agarre las manos nerviosa. Mis ojos van a parar a los pies, sin zapatos ni nada con lo que protegerme. Ninguna armadura me habría servido y lo noto por la forma en la que respiro, sin control, y con un miedo que veo en mi cara en cuanto me observo al espejo.

No hay mucho aquí, ni juguetes, ni decoración, nada. Esto parece una de esas salas donde… Un hombre aparece por mi lado, no lo veo venir y cuando recibo un golpe caigo de narices contra el suelo. Puedo sentir el sabor a sangre enseguida y su voz me pide algo, pero en ese momento no lo entiendo. Quiero decirle a mi niña interior que reconozco el idioma, que me ordena que me ponga de pie, pero cuando intento gritarle que lo haga es demasiado tarde. Mi cuerpo menudo rueda por el suelo y clavo las manos en la tarima, donde muestro sumisión hasta que algo dentro de mí se activa y grito tan fuerte que mi espíritu se envalentona dispuesto a todo. En el espejo que tengo delante veo mi versión más pequeña golpeando al enemigo con destreza a pesar de lo joven que soy, y la escena se repite cuando el escenario cambia para mostrarme a mí en el verano de 2007, cuando el CNI llegó a la facultad para ofrecerme un futuro que jamás pude llegar a imaginar.

El sudor perla mi cuerpo y la voz vuelve a aparecer, retumbando por las paredes.

—¡Suficiente! —grita él, pero no soy capaz de reconocer quién es porque lo escucho lejano, distorsionado, imposible de llegar a mí con claridad—. Siempre has estado preparada para esto —añade y una sonrisa se muestra frente a mis ojos, llevándoselo todo lejos.

Me despierto de golpe y noto el frío en los pies, como si

estuviera pisando ese mismo suelo. Está empezando a amanecer y miro a todas partes asegurándome de que estoy aquí, y no en otro sueño. Alicia duerme a mi lado con el pelo sobre la cara y el cuello, respira tan tranquila que deseo meterme en su cuerpo para romper este maldito dolor que siento en el pecho.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurro, llevando las manos a la altura de mi estómago en un intento por calmar mi respiración.

A pesar de que el miedo recorre mi piel, intento volver a traer de vuelta a mi mente las imágenes que he visto para analizarlas. He percibido todo con tanta claridad que ha sido como estar metida en un recuerdo, pero sin haberlo vivido de verdad; porque no puedo ponerle tiempo, época o cara, a pesar de que sé que sí he estado ahí, he pisado ese suelo, he sentido esos golpes, lo noto. Recuerdos que por alguna razón han estado encerrados tras una puerta de mi memoria, como los traumas que escondemos de niño para poder sobrevivir de adultos, aunque nos persigan allá donde vayamos.

—¿Estás bien? —Alicia se levanta y se me queda mirando preocupada. Yo afirmo, aunque es evidente que algo está mal dentro de mí—. ¿Qué ha pasado? —insiste, no tengo fuerzas para responder.

Y no solo eso, sino que no puedo decirle la verdad. «Nunca vamos a ser libres si seguimos en esta vida, y lo sabes, aunque no lo quieras admitir».

Las palabras de Irma me azotan con fuerza y dejan un regusto amargo en la boca de mi estómago, y lo peor es que tiene tanta razón que me jode admitirlo. Me jode que alguien como ella sea la única que puede llegar a entender lo que es esto, mi día a día, las mil y una razones por las que jamás podré admitir ante nadie lo que me pasa.

—Ha sido una pesadilla, solo eso, no te preocupes —miento y beso sus labios con tal de que no haga más preguntas.

Su mano va hacia mi cuello y me atrae con dulzura, llevándose parte del malestar que siento con un beso que me hace suspirar. Pero hoy, ni eso logra ser un bálsamo, entonces sonrío y salgo de la cama dejándola ahí, mirándome mientras acaricia las sábanas sin saber bien

qué poder hacer. Es intuitiva y sabe que le he mentido, aquí es cuando me doy cuenta de que no podremos seguir adelante con lo nuestro. Por más que Andrés u otros compañeros hayan conseguido formar una familia o tener una relación, yo jamás he conseguido poder mirar a la cara de otra persona y ser una caja llena de mentirás. ¿Cómo voy a estar con alguien y dejar que me confíe sus recuerdos cuando ni siquiera puedo decir a dónde viajo de verdad?

El agua caliente me deja a cero durante unos minutos, hasta que tengo que afrontar la realidad. Después me subo a mi moto y recorro Madrid —hasta un punto donde el peligro no esté a la vuelta de la esquina— para encontrarme con una mujer que veo apoyada en su todoterreno de brazos cruzados y con la mirada escondida tras unas gafas de sol. «Seguro que está de un humor de perros», me digo al ver la postura de Carmen, tras haber insistido en vernos fuera de nuestra sede.

Las naves industriales de Villaverde nos rodean en un lugar donde no tenemos la atención de personas a nuestro alrededor, pero con que ella me mire como lo hace cuando se quita las gafas es suficiente para que trague saliva. Siempre la he conocido como una mujer dura, con una gran convicción, y seguro que no le ha gustado que la haya hecho venir aquí porque sí.

—Agente Ariza, ¿no hubiera sido más sencillo vernos en la oficina? —pregunta y no pierde nada de ese gesto profesional que siempre adopta en el trabajo.

—Allí no podría habértelo contado —admito, y está a punto de delatar sorpresa, extraño para alguien que intenta no mostrar emociones que puedan jugar en su contra—. Necesitaba un lugar seguro para…

—Más vale que lo sueltes ya, sabes que no me gusta perder el tiempo —enfatiza al punto del enfado.

Aprieto las manos y cojo aire como si esta fuera la última vez que vaya a hacerlo y cuando me veo reflejada en sus ojos verdes, hablo.

El relato sale de mis labios con una facilidad abrumadora, con esa necesidad de compartir uno de esos secretos que no puedes mantener más tiempo dentro por miedo a que te queme. Carmen no cambia su semblante mientras hablo, aunque sí noto cómo, poco a poco, se va endureciendo más hasta que se aparta del coche y su mirada se vuelve afilada, casi letal. Enseguida frunce el ceño y camina en silencio, llevándose una mano al puente de su nariz en un intento por controlarse, lo sé porque me he sentido así un millón de veces.

—Eso es todo —sentencio a la espera de que vuelva a mirarme.

Algo que no tarda demasiado en hacer.

—Omitiré el hecho de que has estado trabajando con una criminal buscada durante todo este tiempo, solo porque confío en tus cualidades, Ariza. Más vale que me des una buena razón para no llevarte ante los tribunales por semejante locura y… traición —exige con los dientes apretados—. ¡Joder!, a veces os mandaría a todos a la mierda por darme estos dolores de cabeza.

—Irma… —pronuncio dándome cuenta de que acabo de cometer un grave error, esto no demuestra otra cosa que la cercanía que he tenido con ella durante las últimas semanas, así que carraspeo e intento arreglarlo a la fuerza—. Carver está segura de que Los Cuatro están contra las cuerdas, van a empezar a moverse y es una oportunidad única para dar con Félix y acabar con ellos, pero no puedo hacerlo si no tengo el respaldo de alguien.

—Con lo cual, además de ocultar información que podría poner en peligro a nuestro país, también has decidido usarme como tapadera. —Carmen se ríe con ironía y no sé si es bueno o va a tomar la determinación de acabar conmigo en cuanto me dé la vuelta—. El primer día que te conocí supe que tenías agallas, pero jamás imaginé que pudieras llegar a tanto.

—No intento engañarte, te admiro demasiado, pero teniendo a Javier tan cerca no se me ha ocurrido otra forma de hacerlo. Llevamos tras esa organización años y sé que esta va a ser nuestra única oportunidad.

—Dime algo, Toni. —La forma en la que pronuncia mi nombre no viene con cariño, ni siquiera con esa fascinación que hemos sentido la una por la otra—. ¿De verdad la crees, tienes claro que no está jugando contigo? No sé, podría estar allanando el puto terreno para tomar ella misma el control de la organización, ¿no lo has pensado?

El dardo golpea el centro de mi pecho como si fuera una diana, a la espera de que alguien con mucho más conocimiento que yo estuviera dispuesta a no errar el tiro. Carmen se cruza de brazos y levanta una ceja, sin moverse ni un solo momento. Quiere la verdad. Sí, podría existir una posibilidad mínima de que Irma sea una traidora y solo quiera usarme para su propio beneficio, pero hay un momento en concreto que se me viene a la cabeza, en Berlín, y algo dentro de mí se abre para dejarme claro que tengo razón. Entonces niego y levanto la cara con orgullo y firmeza, mostrando esa seguridad que siempre me ha caracterizado como agente.

—Pondría las manos en el fuego por esto, sé que dice la verdad —admito y hasta a mí me sorprende con la fuerza que lo digo.

Carmen sonríe con convencimiento y sé que me cree por cómo se relaja, acercándose a mí, poniendo las manos en mis hombros y dándome un apretón tan cálido como inesperado.

—Lo dicho, tienes agallas, siempre supe que serías una buena agente desde el primer día que te vi en los entrenamientos. —Mantiene el gesto cálido unos segundos hasta que vuelve a su expresión seria y entonces se aparta—. Tendrás los billetes a Berlín a media tarde, yo misma me aseguraré de supervisarlo y que nadie meta las narices en esto, ya veré qué se me ocurre. Mientras tanto, tendré vigilado a Javier y ni una palabra al agente Herranz. A partir de ahora, estás sola.

—No creo que lo deje estar, se ha convencido de ir a por Carver, cueste lo que cueste —confieso con cierto miedo a que eso pueda hacerse realidad.

—Desgraciadamente para él tendrá que seguir órdenes o se verá sometido a una suspensión que, estoy segura, no va a querer

tener en su *currículum* tras una impecable carrera. Yo me ocupo de eso. —Convencida de ello, sonríe de nuevo camino de su coche—. Te daré un teléfono para que te comuniques conmigo una vez que estés allí, pero recuerda, solo te podré cubrir las espaldas hasta cierto punto, por lo demás…

—Lo has dicho, estoy sola —sentencio y ella asiente con cierta tristeza reflejada en sus ojos, como esas madres preocupadas por un viaje que no sabe a dónde me llevará.

Carmen arranca el todoterreno y desaparece frente a mí dejándome a solas con mis pensamientos y un cosquilleo en el pecho que no estoy segura de lograr soportar. La moto me espera a unos cuantos metros y cuando me pongo el casco y las gafas de sol, busco el teléfono y envío un mensaje con el que ya no habrá vuelta atrás.

T: Está hecho, nos vemos en Berlín.

# 26

## IRMA

*Berlín*
*Miércoles, 22 de mayo de 2024*

La carrera me hace chocar con una de las columnas dóricas de la puerta de Brandeburgo cuando la atravieso e intento esquivar a la decena de personas que la cruzan con la única intención de ser testigo de una belleza sin igual. El corazón me da un vuelco al mirar atrás y darme cuenta de que Toni no me sigue; sé que estamos más expuestas de lo que pensaba, aun rodeadas de gente, y somos un posible señuelo de aquellos que una vez me juraron proteger. Intento recuperar la respiración y levanto la cabeza dándome unos segundos para pensar en algo que no sea dejarla a su suerte.

«Estamos solas, si pasa algo, no mires atrás», las palabras de ella se instalan con firmeza, una orden que en otras circunstancias habría seguido al pie de la letra, pero hoy no, no joder. Veinticuatro horas aquí y nuestros peores presagios ya se han cumplido. Apoyo la cabeza en la piedra y cierro los ojos contando hasta cinco, si la abandono aquí, nuestro esfuerzo no habrá servido de nada. Pensarlo me arma de valor y giro sobre mis pasos para encarar lo que tenga que pasar. Un par de turistas pasan por mi lado y los empujo sin pensármelo dos veces estrellándolos contra la columna, provocando con ello un segundo de caos que desvía la atención del resto. Algunos me lo increpan agarrándome de la ropa y el forcejeo me permite mirar más allá para ver a Toni corriendo hacia aquí como alma que lleva el diablo.

—¡Vamos! —grito por inercia y una sonrisa nerviosa se instala en mis labios al ver que está a punto de conseguirlo.

Tras ella un hombre subido en una moto conduce a toda prisa, pero no tendrá ninguna posibilidad si ella llega hasta aquí, salvo que quiera jugársela y atropellar a alguien. Así que rezo y afianzo mis pies contando los segundos hasta que alcanzo a ver sus ojos y alargo una

mano, queriendo atrapar la suya para seguir corriendo. El tiempo se ralentiza cuando está a unos diez metros de mí. El tipo suelta el manillar con una de sus manos y se la lleva al interior de la chaqueta para sacar un arma que nos apunta en cuanto alcanzo a Toni y deshago el agarre del resto para echar a correr. A nuestra espalda hay gritos de desconcierto y se escucha el chirrido de los neumáticos.

—¿Por qué no te has largado? —grita, casi sin aliento y con el esfuerzo reflejado en la totalidad de su expresión.

—No hagas preguntas y sigue —ordeno, llevándola por toda la zona peatonal hasta que veo el autobús de la línea 147 en la lejanía.

El pecho me duele por el esfuerzo y siento que el corazón se me va a salir en cualquier momento. Tengo miedo de mirar atrás y comprobar que todavía nos siguen, pero lo que más llama mi atención es darme cuenta de que aún sigo agarrada de su mano mientras corremos, la una al lado de la otra como si fuéramos compañeras de batalla y no quisiéramos dejarnos atrás. No sé qué sentirá Toni, pero yo no pienso abandonarla, ni siquiera cuando trastabilla y rueda por el suelo, sin energía ni posibilidad de conseguirlo.

Llego hasta ella y me arrodillo, pero al levantar la cabeza veo a nuestro perseguidor dispuesto a tirar a matar.

—Tienes que levantarte. —Quiero exigirlo, pero mi voz suena más a súplica.

—Creo que me he jodido el tobillo —se queja, apretando los labios, a punto de soltar un grito de dolor.

El hombre vuelve a apuntarnos, cincuenta metros y esto habrá acabado. «No, no pienso permitir que ganes», me digo y, a pesar del dolor, tiro de las manos de Toni para que se levante, pasar su brazo sobre mis hombros y dar el último esfuerzo hasta un autobús que frena en la parada dejando que la gente suba. Por un segundo siento que no lo vamos a conseguir, pero una señora nos ve llegar y le pide al conductor que espere un segundo, permitiéndonos subir a la vez que la moto se sitúa justo a nuestra espalda. Mis ojos se cruzan con los de él y a punto está de apretar el gatillo cuando la acción se detiene en

cuanto las puertas del autobús se cierra y este arranca.

—Nos ha salvado la vida —digo, ante una mujer que no tiene idea de lo que pasa.

Esta asiente y miro al interior para comprobar que hay un par de asientos libres al fondo. Acompaño a Toni y las dos caemos exhaustas, con los vaqueros manchados y varias raspaduras en nuestras chaquetas, casi sin energías y un temblor horrible en el cuerpo. La adrenalina estalla en mi interior y está a punto de conseguir que llore de la alegría, sin ser consciente todavía de que esto ha podido ponerme en la línea de fuego ante Conrad y los suyos; pero no me importa, porque otra vez hemos salido vivas y mi compañera parece ser consciente de ello por la manera en la echa la cabeza hacia atrás. Sus ojos destilan un brillo que no le he visto desde que nos conocimos, ella también se ha sentido muy cerca de la muerte.

—Casi no lo contamos —ironiza, llevándose las manos a la cara. Se toma unos segundos para respirar y se limpia el sudor de la frente con el dorso, mirándome poco después, perdiendo toda alegría, consciente de lo que eso significa de verdad—. ¿Crees que lo saben?

—No sé —admito con las dudas temblando en mis manos—, no es habitual que ellos actúen así, tan… a la ligera.

Estoy tan nerviosa que no soy capaz de pensar con claridad, no cuando he estado al límite del riesgo, no cuando por primera vez he antepuesto mi propia seguridad a la de otra persona. El silencio nos invade, Toni me observa de una forma diferente, con el cascarón de dureza totalmente roto, expuesta ante mí como si fuera una persona nueva. No sé por qué lo noto, pero lo hago y la sensación es… increíble. Sus labios se abren a punto de decir algo hasta que yo suspiro y me imita, echando un vistazo a las calles de Berlín a través de los cristales. La tensión me sube por la espalda poniéndome los pelos de punta y tengo que obligarme a quitar la atención de ella, de las gotas de sudor que se deslizan por su cuello y de una mirada que ha destilado fuego corriendo a mi lado, como si fuera una extensión más de mí.

«Menuda gilipollez», me digo y niego en silencio. Lo único que se me ocurre para comprobar qué coño está pasando es coger el teléfono y ponerme en contacto con Bishop con un mensaje cifrado en el que le pido que me comunique si ha habido alguna orden contra alguno de Los Cuatro. Sé que va a tardar un tiempo en responder y que me va a poder la incertidumbre, así que espero sin decir nada y cuando el autobús cruza el puente sobre el río Speer, aprieto el botón y afirmo hacia mi acompañante, dispuesta a encontrar otra salida que nos lleve a estar a salvo.

Una vez que bajamos, visualizo un McDonald's y mi estómago parece estar de acuerdo en darnos a la comida rápida a pesar de que la odie. Toni levanta una ceja en cuanto se da cuenta y me encojo de hombros.

—Podemos celebrar que seguimos vivas —bromeo, aunque la verdad es que no tiene ni pizca de gracia.

Ella pone los ojos en blanco y sigue mis pasos cojeando. Sin emitir ni un solo quejido aprieta los labios y abro la puerta para que se adelante, pero en cuanto paso por su lado me agarra del brazo.

—Que sea de pollo, no soporto las hamburguesas normales —confiesa dejándome del todo sorprendida y con una sonrisa tonta en los labios que no llega a ver.

Por suerte no hay muchos comensales, hago el pedido rápido y llevo las bandejas a la mesa, cargadas con bebidas y patatas grandes junto a una McCrispy para ella y una McExtreme BBQ para mí. En cuanto me siento noto un crujido en la espalda que me hace resoplar; pensándolo fríamente, no sé cómo hemos salido de esta y eso hace que mire las patatas como si fueran el manjar más exquisito que voy a comer en siglos.

Toni abre el kétchup y baña las suyas, manchándose las manos antes de comerse unas cuantas y pringarse un poco los labios. Me quedo mirándola y, de repente, pienso que me encantaría poder ser yo quien se los limpie con un beso.

—Tenías razón —comenta y abro bien los ojos— cuando dijiste

que nunca seríamos libres. —Después, se encoge de hombros y se lleva la hamburguesa a la boca, degustándola en silencio durante unos segundos que me parecen eternos—. Antes de coger el avión a Berlín rompí con una mujer que es maravillosa, por momentos creí que podría elaborar algún plan para contarle la verdad sin que ellos lo supieran, pero no hay escapatoria. Somos simples peones.

La pesadumbre que veo en sus ojos me deja helada porque se nota que le duele de verdad, aunque no sé si es por llevar esta vida o porque realmente quería a esa mujer. Alguien que le ha sonreído de verdad por las mañanas, que ha hecho el desayuno a su lado y que ha llevado comida para cenar en un montón de ocasiones. La bebida se me atraganta al pensar en la cantidad de veces que he estado espiando a Toni sin que ella sea consciente y lo primero que pienso hacer en cuanto esté sola es deshabilitar la cámara que instalé en su apartamento porque ella no es un enemigo más, no es alguien a quien tenga que vigilar por mi absurdo pánico.

—Lo siento —murmuro con la cabeza agachada, sin saber muy bien qué decir.

—Tampoco es tu culpa, así es esto, ¿no? Muchos de mis compañeros han conseguido formar su propia familia en paralelo, pero yo la verdad es que jamás sé si llegaré a hacerlo.

—¿De verdad no has pensado en dejarlo? —La pregunta abandona mis labios por inercia y cuando su mirada se cruza con la mía, sé que no debería haberlo hecho—. Lo que dijiste en Malasaña…

—¿Y qué se supone que voy a hacer? No conozco otra cosa, esto es lo que me mantiene unida al presente.

«Eso significa que siempre seremos enemigas», no sé por qué pienso esto y es un azote de realidad que me crea un nudo en el estómago. Quisiera decirlo en voz alta, pero en cuanto abro la boca, recibo un mensaje que me hace estar a punto de tirar la bebida.

B: No ha habido movimientos extraños, si alguien va a por ti no es Conrad.

—Estamos de suerte, no han sido ellos —suelto, dejando ir el malestar que se me había instalado en el pecho.

—Salvo porque no sabemos quién está metiendo las narices.

—Para eso estamos juntas, ¿no? Podemos averiguarlo, y lo haremos —comento, con los nervios recorriéndome el cuerpo.

Ella levanta la mirada de su comida y me sonríe, aunque su gesto apenas se percibe. El silencio vuelve a rodearnos y me veo obligada a centrarme en mis patatas mientras que fuera de aquí, la ciudad sigue moviéndose. Puede que hoy nos hayamos salido con la nuestra, pero sé que esto no es nada para lo que nos espera si queremos ir a por Félix. Mi mirada se cruza varias veces con la de Toni, pero ninguna dice nada, más bien nos dedicamos a analizarnos como si hubiera algún secreto en nuestro interior que queremos descubrir, y aunque una parte de mí se siente tranquila, otra no puede evitar pensar que, a lo mejor, ella también está jugando sus cartas.

Después de todo, lo que estamos haciendo ya no es un secreto entre las dos y eso significa que si la moneda gira de su lado, yo me convertiré en objetivo.

# 27

## TONI

*Jueves, 23 de mayo de 2024*

Estoy de un humor de perros y que Irma no deje de pasearse no ayuda a calmar mis nervios; además, tengo esa sensación de que algo está a punto de explotarme en la cara. He pasado otra noche entre pesadillas vívidas que quieren hablarme como si formaran parte de unos recuerdos que estoy segura de que no he vivido. Como si mi desesperación proyectara este continuo estrés en mi niña interior. Y, para colmo, el dolor de cabeza se me intensifica viendo la cantidad de códigos que aparecen en el ordenador sin darnos aún una respuesta clara.

—¿Todavía nada? —Irma pregunta desesperada y la miro de soslayo apretando la boca para no mandarla a la mierda, jamás he conocido a una persona tan insoportable como ella.

—Perdona si no soy tan buena como tú con esto —bufo sin poder aguantarme, ella se me queda mirando y da una calada a su cigarro tirando el humo al aire con prepotencia. Me están dando ganas de pegarle una patada en el culo—. ¿Podrías apagar eso, por favor? Estás dejando un pestazo asqueroso.

—¿Qué? —Irma levanta una ceja como si no entendiera lo que le estoy diciendo, a veces se me olvida que es de aquí.

—¡Que no aguanto el olor, joder! —reprendo levantando la voz y vuelvo la atención a lo que estoy haciendo—. Hay que explicártelo todo, coño —añado en voz baja.

—Y a ti deberían de darte dos hostias de vez en cuando para quitarte ese humor de mierda que tienes. —Me sorprende tanto que lo haya soltado así que mi boca se abre y ella parece disfrutarlo por la manera en la que se encoge de hombros cuando se sienta en el sillón cruzándose de piernas—. Tu hermana tenía razón, eres insoportable.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Porque no me queda más remedio —rebate como una cría, haciendo que ponga los ojos en blanco—. ¿Cómo va el tobillo?

—De maravilla, tampoco ha sido mucho —digo sin intención de continuar con esta tonta conversación, al menos hasta que empieza a dar golpecitos con el pie—. ¿Por qué no has ido a darte una vuelta con tu vecina si tantas ganas tenías de estar con ella? Esto va a llevar un rato, ya te dije que me pondría en contacto contigo.

—Tal vez, pero me gusta estar aquí, tu compañía alegra la vida a cualquiera. —Dibuja una sonrisa irónica y juega con la cajetilla de cigarros sobre su muslo—. Diana es buena amiga, pero no tengo ganas de que vuelva a interrogarme sobre lo que pasó.

—Menudo error de novata que te pillara herida en tu apartamento… —Niego y suelto el aire, casi feliz por saber que la mujer que tengo al lado también puede equivocarse. Si mi caza fuera contra ella, esto me habría demostrado que no es tan invencible como creía—. Por eso no hay que jugársela.

—Te recuerdo que, si no hubiera actuado así, ahora mismo no estaríamos tras los movimientos de tu querido jefe.

«Punto para ella, supongo», me digo, pero no pienso compartirlo en voz alta.

Me encojo de hombros y me dejo caer en el respaldo echando la cabeza hacia atrás. En silencio, me masajeo las sienes en un intento porque el dolor se disipe, pero las imágenes de los últimos sueños que he tenido empiezan a aparecer en una sucesión de instantes donde no consigo poner cara a las personas que me hablan o están conmigo —a excepción de mi padre— en una época que para mí siempre fue tranquila, aunque triste.

A pesar de haber pasado la mayoría del tiempo con mi madre, ella siempre dejó que me fuera con él en verano, hasta recuerdo un par de discusiones que tuvieron al respecto. La realidad fue que me sentí sola la mayor parte del tiempo, completamente abandonada y cuidada por niñeras y el personal de su casa de campo, tan vacía que todavía no consigo encontrar algo que llene esos huecos. Porque esas

persona no eran los de mis sueños.

—El tipo que nos persiguió… sigo pensando en quién puede haberlo enviado —digo en voz baja, todavía con los ojos cerrados. Cuando giro la cara y los abro Irma tiene la mirada puesta en mí—. ¿Has recibido alguna información?

Ella niega y me hace suspirar, nunca me ha gustado ir tanto a la deriva.

—¿Y los tuyos? —pregunta como si nada, mirándome como si yo guardara algún tipo de secreto.

—¿Crees que me pondrían en peligro solo por ir detrás de ti?

—Simplemente creo que esta gente tiene mucho que esconder, y si alguien como el director está dentro de una organización para controlar a nuevos agentes, puede que el resto no sea tan trasparente como dicen. —Veo a Irma abrir la cajetilla de cigarrillos, pero la cierra en cuanto la fulmino con la mirada; si la veo llevarse otro a la boca, no podré contener las ganas de fumarme uno.

—Carmen no es una traidora, es la mujer más leal y patriótica que he conocido, le confiaría mi vida, ella no tiene nada que ver.

—Entonces alguien fuera de la agencia debe estar haciendo el trabajo sucio, alguien que nunca ha estado metido oficialmente en esto —comenta ella y se levanta para ir a la cocina y abrir la nevera.

—¿A qué te refieres? —Estiro el cuello para ver su espalda y cómo escoge un par de cervezas con toda la calma del mundo, como si esto fuera una charla normal entre amigas.

Irma no dice nada durante un rato y se toma unos segundos para abrir una de las latas de cerveza y ofrecérmela. Sus ojos se abren de placer cuando da un primer sorbo que también le saca un suspiro, parece esa clase de mujer que disfruta de los placeres más sencillos de la vida. Al menos hasta que la deja en la mesa de centro y apoya los codos sobre sus rodillas, fijando sus ojos en mí de *esa* manera con la que he logrado averiguar que no va a soltar nada bueno.

—A un agente clandestino, alguien que no esté en ninguna lista

oficial. Durante la Guerra Fría fueron los que desempeñaron el papel más importante en tareas de espionaje y operaciones encubiertas, los mantenían tan ocultos que, si morían, nadie era consciente de que habían perdido a un activo. Salvo los que manejaban los hilos, claro.

Irma bebe cerveza mientras que yo no he sido capaz de dar un primer sorbo. Sus palabras me dejan pensativa y también con una sensación extraña en el pecho. Si eso fuera verdad, entonces el director no solo colabora con exagentes como Nox o criminales como Félix, sino que puede tener ojos en todas partes sin que ninguno seamos conscientes de ello.

La pantalla del ordenador cambia y abre varias ventanas en la que se muestra la lista completa de agentes durmientes que están a punto de vivir el cambio más importante de sus vidas. Cuento a decenas de personas y estoy a punto de tirar la lata al suelo, la sorpresa es tal que Irma salta de su asiento al sofá pegándose a mí hasta el punto en que puedo escuchar el latido de su corazón.

—Esto es…

—Más grande de lo que esperábamos —dice terminando la frase y sus ojos analizan lo que ve con la misma rapidez que yo hasta que damos con algo que nos llama la atención—. ¿Peones?

La palabra se repite hasta en diez ocasiones, todos ellos enumerados y eso me hace llegar rápido a una conclusión.

—Sujetos a prueba, futuros agentes —admito y la sangre se me hiela.

«El mundo no está preparado para ir contra las reglas, no te conviertas en el peón de los que se declaran nuestros enemigos». La frase se clava en las paredes de mi mente a fuego y el estómago se me revuelve al pensar en cuántas personas serán víctimas de los juegos de personas a las que no les importa si alguien tiene o no elección. Todavía recuerdo aquel día, cuando un hombre llegó al campus de mi universidad y me habló de la posibilidad de convertirme en agente del CNI. En mitad de la conversación destacó mis logros académicos y después me dio una tarjeta para que contactara con ellos cuando me

lo pensara, algo que no me costó demasiado, esta clase de vida me resultó tan llamativa que tardé pocas horas en decir que sí. Pero al menos la decisión fue completamente mía, ¿cómo se puede preparar en pleno siglo XXI a soldados en las sombras para obrar al antojo de aquellos que manejan el mundo?

El sudor frío recorre mi espalda y noto cómo me cuesta respirar, hasta que recibo un toque en mi hombro y abro los ojos, con el semblante de Irma pegado a mí.

—¿Estás bien? Pareces un fantasma —comenta en voz baja, e incluso puedo ver que se ha preocupado de verdad.

Quién lo diría.

Afirmo y cojo mi cerveza para darle un buen sorbo. Prácticamente me termino la mitad de la lata ante la mirada de una mujer que no tiene muy claro qué decir. Ella misma ha sufrido en sus carnes lo que es que te preparen para luchar batallas que otros deberían lidiar, pero al mirarla a los ojos llego a la misma conclusión: ahora tiene la oportunidad de elegir y esta gente no podrá hacerlo. Varias posibilidades se abren frente a nosotras, aunque solo se me ocurre una cosa para llegar al fondo del asunto, así que dejo la bebida sobre la mesa y me giro un poco para mirarla bien a los ojos, dispuesta a todo.

—¿Qué tenemos que hacer para ir a por Conrad? —pido con las ideas muy claras.

Irma sonríe a placer, como si hubiera estado esperando este momento desde que nos conocimos. Puede que nos juguemos el cuello, pero está claro que jugar desde las sombras no nos está dando ningún resultado, hay que coger el toro por los cuernos y no pienso volver a Madrid hasta que tengamos a la cabeza de esta organización entre rejas.

—Hay un club al que va todos los sábados, o eso dicen las malas lenguas. Es un lugar donde la discreción está a la orden del día, nadie sabe lo que pasa ahí dentro, no hay apenas fotos ni datos que nos puedan ayudar y va a ser muy peligroso. —Irma puntualiza esas

últimas palabras a placer, como si no le importara el riesgo—. Pero si estás dispuesta a lo que sea, podemos intentarlo…

—Hagámoslo, ya estoy cansada de esperas y de vigilar entre las sombras —admito con seguridad y ella levanta los brazos entre desperezándose y un gesto de victoria—. Algo me dice que Conrad aprovecha esas oportunidades para pasar información.

—Te lo advierto, agente Ariza, una vez que estés ahí dentro no me responsabilizo de lo que pueda pasar.

Irma sonríe con picardía y siento un cosquilleo que me sube por la espalda. Sus ojos se clavan en los míos con astucia y coge el ordenador que hay sobre la mesa para hacer una búsqueda rápida en Google. Esto se va a poner interesante.

# 28

## IRMA

*Club Berghain, Berlín*
*Sábado, 25 de mayo de 2024*

La ansiedad por entrar a la antigua central eléctrica se respira en el aire mientras cientos de personas esperan en una cola kilométrica donde podemos pasar totalmente desapercibidas. Antes de dar un paso más, saco de mi bolso el pintalabios rojo y vuelvo a repasármelos con la mirada de Toni puesta en mí y en la chaqueta de cuero que acompaña al vestido negro y ceñido que llevo puesto. El *look techno* está dispuesto para que nos abran las puertas de un templo que es de visita obligatoria para los turistas y amantes de la buena música. Abro y cierro los labios para impregnar más el color del carmín y me llevo una mano hacia un mechón de la peluca que llevo puesta en un recogido rebelde que hace destacar mis ojos. Este lugar no destaca por ser muy luminoso, sino todo lo contrario, pero tampoco quiero jugármela.

Mi acompañante suspira y echa un vistazo a las enormes botas que le han regalado un par de centímetros más de altura. Las medias de rejilla le quedan espectaculares, igual que el pantalón corto y el top negro que me deja ver unos cuantos lunares repartidos por su cuerpo y a los que me quedo mirando con gusto y placer.

—Si te ríes, te pego un tiro —amenaza con voz ronca, logrando que esté a punto de hacerlo.

De hecho, niego y me tapo los labios para que la gente no sea consciente de cuánto me gusta que se muestre tan borde y desencantada, a pesar de que, para mí, está increíble.

—No pensaba reírme, de hecho, me gusta un montón cómo te queda —digo y no puedo evitar mirarla otra vez de arriba abajo. Avanzamos unos cuantos metros y veo la oportunidad perfecta para ponerme a su lado y llegar hasta su oído donde susurro—: Déjame esto a mí, te prometo que te vas a divertir.

Antes de volver a mi posición dejo que mi aliento roce su piel y la veo tragar saliva a pesar de que aprieta los labios en un gesto que me pone los pelos de punta. Sus ojos tienen fuego y estoy deseando ver hacia dónde se desata cuando algo la provoque.

Los minutos de espera se acortan y el famoso portero Sven-Marquardt nos deja pasar tras revisar nuestros bolsos y echarnos un vistazo mientras ponemos nuestra mejor cara de alemanas fetichistas. El gesto de Toni hace que sonría discretamente, pero en cuanto damos un paso al interior del club, sé que debo dejar de lado cualquier juego que no tenga que ver con esto. La música serpentea llegando hacia nosotras a través del hormigón y el acero de un local que parece sacado de Blade Runner. La atmósfera *under* nos atrapa de inmediato y tengo que hacer un enorme esfuerzo para no llevármela a la pista de baile y mover el cuerpo pegado al suyo hasta que nuestras pieles se ericen y vibren en conjunto. La imagen se me mete en la cabeza consiguiendo que el vientre me dé un pellizco, pero lo que no espero es que sea ella la que me agarre de la mano y tire de mí para alejarnos de la entrada y caminar.

Las escaleras que llevan al Panorama Bar se plantan frente a nosotras y ella sube cada uno de los peldaños como si fuera una más. A pesar de que su semblante está tranquilo sé que ya está analizando todo lo que nos rodea, desde las parejas besándose y el humo que se mueve por aquí hasta las ventanas que permanecen cerradas a cal y canto para que el tiempo parezca no seguir su curso dentro de este lugar. El tercer nivel del club es el sitio perfecto para bailar y beber, donde mejor se disfruta de la música y donde se puede vigilar a alguien siempre que tengas claro cómo hacerlo. Y Toni lo sabe muy bien.

—No se te ocurra moverte de aquí. —Sus labios van a mi oído repentinamente cuando gira sobre sus pasos y se pega a mi cuerpo.

Me quedo totalmente quieta cuando sus manos se clavan en mi cintura y deja una caricia que no espero y que me pone los pelos de punta. Estamos en la primera esquina que hay tras subir las escaleras, un lugar que me permite ver el movimiento que hay más allá, y

aunque quiero prestar atención al resto, no puedo evitar seguir la estela de Toni al ir hacia el bar para pedir un par de copas. De repente, siento envidia de cómo habla a una chica que se le acerca diciéndole algo al oído, mordiéndose el labio inferior cuando parece responderle con una especie de broma. Solo nos separan unos metros, pero mientras la espero, siento que estamos a kilómetros y es inevitable que desee acortar la distancia para dejar claro al resto del mundo que ella es…

—Conrad está aquí. —Escuchar su voz tan cerca hace que me sobresalte y al darme la copa estoy a punto de tirarla por culpa de los nervios.

—¿Qué…? —balbuceo sin ser capaz de decir algo con verdadera claridad y Toni me agarra de una mano para obligarme a girar y no quedarme expuesta ante el resto de las personas.

—Al otro lado de la pista, justo al final, creo que va acompañado de alguien. —Aún estoy intentando descifrar cómo es posible que lo haya localizado tan rápido y si lo ha hecho por arte de magia.

A veces se me olvida que la escogí a ella por una buena razón.

Con disimulo bebo de mi copa mientras intento bailar con ritmo a su lado, después giro la cabeza y veo a un tipo corpulento que sobresale de la multitud y cuando él se mueve, lo confirmo. Es extraño ver a Conrad sonreír, pero lo hace, a la vez que disfruta de la música junto a unas cuantas jovencitas que se restriegan contra él con descaro. La escena me da un poco de asco y obliga a que aparte la mirada para volver a una que me resulta mucho más atractiva.

—No esperaba encontrármelo tan rápido.

—Debe tener pase vip, ¿hubieras preferido otra cosa? —Tiene que acercarse a mí para que la escuche con claridad y cada vez que habla su aliento me acaricia dejándome con los pelos de punta.

«Me habría encantado poder disfrutar de un buen rato contigo», comento para mí y algo me dice que he dejado verlo en mis ojos, sobre todo por la manera en la que ella levanta una de sus cejas.

Toni lleva con calma el vodka a sus labios y lo bebe sin perder de vista todo lo que nos rodea. Su mirada adquiere ese brillo que se le pone cuando está frente al peligro, lo comprobé en la Casa de Campo y la primera vez que hicimos algo así juntas, cuando le di mi *blazer* y ella entró al bar. Una vez más, me doy cuenta de que disfruta mucho de esta vida y el malestar se instala en la boca de mi estómago. ¿Por qué no puedo dejar de pensar que, por más que lo intente, nunca estaremos en el mismo sitio? Un suspiro se escapa de mis labios y por un momento pierdo la noción del tiempo.

Al cruzarme con el semblante de Conrad recuerdo cada una de las veces que ese hombre manejó los hilos de mi destino, día tras día, noche tras noche, en innumerables viajes y misiones donde tenía que dejar de ser yo, si es que alguna vez no he sido ese maniquí. La única persona con la que he conseguido abrirme es Diana y sé que en algún momento tendré que decirle adiós, como a todos con los que me he cruzado a lo largo de estos años. Si lo pienso, la única que me queda es Toni, una mujer que también se siente atrapada pero que tiene una familia y amigos que la respaldan a pesar de mentirles a diario.

Y yo… yo jamás podré conseguirlo.

—Eh, ¿estás bien? —Su voz hace que vuelva a la realidad y afirmo dándome cuenta de que no le he contestado a lo de antes, así que bebo de mi copa y dejo que el alcohol haga lo suyo.

—Este sitio no está tan mal, la verdad. De hecho, siempre he querido venir, pero nunca había encontrado el momento.

—Pues vaya… tener que descubrirlo conmigo, menuda pesadilla —bromea y, por primera vez en toda la noche, hace que me eche a reír.

—Sí, la peor.

La carcajada queda oculta por la música *techno* y se opaca por la bonita sonrisa que ella esboza, perdiendo la rigidez de su cuerpo y mostrándose tan relajada que hasta se atreve a levantar los brazos y mover sus caderas con tal de ser una más de este lugar. Su cuerpo va al ritmo del sonido que nos rodea y yo la imito, envolviéndome del

ambiente durante unos segundos y permitiéndome disfrutar de esto como ella lo hace; creo que en un par de minutos donde puedo llegar a sentirme igual al resto. Alguien que vive el presente sin pensar en nada más.

Ella bebe de su copa y se dirige al bar otra vez para pedir dos más. Cuando regresa puedo mirarla bien mientras se acerca a mí y, de repente, se pega a mi cuello sin piedad alguna justo cuando veo cómo Conrad viene hacia aquí. El corazón me da un vuelco y apenas tengo tiempo de reaccionar; si me ve, estoy muerta. Es Toni quien mueve los hilos, besándome y tapándome la cara para evitar que puedan reconocerme.

La humedad de su boca eriza mi piel desde la nuca a los pies. Ella enreda su lengua con la mía y se apretuja a mi cuerpo logrando que el tiempo se paralice y ya no tenga control de lo que sucede más allá de nosotras. Solo escucho el sonido de mi corazón golpeando con fuerza contra el pecho y la electricidad me recorre cuando sus dedos bajan por mi cuerpo hasta instalarse en mi cintura.

—Tenemos que ir tras él —susurra sobre mis labios, pero no soy capaz de reaccionar.

De hecho, lo único que hago es mirarla a los ojos deseando arrugar mis dedos sobre su ropa para atraerla hacia mí y besarla como ella lo acaba de hacer, hasta que el aire se nos agote y tengamos que volver a empezar. El deseo se esfuma en cuanto echo un vistazo a la planta de abajo y veo cómo Conrad se mueve entre la multitud, está claro que va a encontrarse con alguien. Me bebo el resto de mi copa e ignoro mis instintos primarios para avanzar y colocarme en la barandilla de metal que separa mi cuerpo del vacío.

—No bajes, todavía no —pido, por miedo a que cualquier movimiento nos vaya a delatar; sin embargo, hay algo que me impide moverme un solo centímetro. Ese algo tiene forma de hombre y cuando aparece entre el humo me quedo paralizada—. Es… Félix.

—¿Qué? —Toni grita sin poder evitarlo, aunque no lo suficiente para que el resto se dé cuenta. Se pone a mi lado y mira al

mismo punto, agarrándose con fuerza a los barrotes de metal—. ¿Estás segura? Dijiste que había pasado mucho tiempo…

—Jamás olvido una mirada, es él. Está… diferente.

No sé por qué pronuncio esa palabra, pero es lo primero que se me ocurre a la hora de describirle mientras se funde con la multitud vestido con ropa casual, barba de varios días y el pelo teñido de un color más claro al que solía ser habitual en él. Incluso diría que parece rejuvenecido, aunque esté a punto de cumplir los sesenta. Cuando nos conocimos era un joven con demasiadas obligaciones, pero hay algo que no ha cambiado en él, esa postura de peligro que destila allá donde va.

Se me hace un nudo en el estómago al recordar los primeros años de mi vida a su lado cuando creía que era mi tío, alguien divertido que me enseñaba juegos y rompecabezas con la única intención de prepararme para este mundo. De repente, mis pies se mueven y voy directa hacia las escaleras con la única intención de enfrentarlo, hasta que una mano me atrapa y me hace girar.

—Ni se te ocurra —advierte Toni con el fuego instalado en su mirada—. Tenemos que vigilarle de lejos, si no todo se irá a la mierda, ¿vale?

—Pero…

—Te prometo que acabaremos con él y que tendrás la vida que tanto deseas, pero ahora, ven conmigo.

La firmeza con la que dice esas palabras me hace soñar con una realidad que siempre he tenido muy lejos, y por muy tonto que parezca, esa sensación se instala en mi corazón cuando me agarra de la mano y entrelaza sus dedos conmigo llevándome escaleras abajo para fundirnos con la multitud que baila. Después, se planta frente a mí y apoya mis manos en su cintura mientras me rodea el cuello, moviéndose y dejándome de espaldas al peligro, tomando el control de la situación de una forma que no puedo describir y dejándome, una vez más, con el corazón a mil por hora y mis ojos puestos en los suyos como si a nuestro alrededor no existiera absolutamente nada.

Como si el mundo no estuviera a punto de arder.

# 29

## TONI

Beso el cuello de Irma, procurando rozar su piel con los labios lentamente mientras pongo la atención en los dos hombres que hablan amigablemente hasta que uno de ellos asiente y recibe un CD del otro. Estoy segura de que son los datos que nosotras robamos a Paul antes de volver a Berlín, pero eso queda a un lado cuando Félix palmea la espalda de Conrad y los dos se despiden amigablemente. Me separo de Irma y asiento hacia donde ellos están para que también los siga con la mirada; ahora mismo, nuestro objetivo ha cambiado y tenemos que pensar en algo rápido si queremos averiguar algo más.

Cuando se zambullen entre la multitud que baila al ritmo de la música vuelvo mi atención a ella, y rodeo su cuello con los brazos para evitar que alguien más se dé cuenta de que en realidad este lugar me importa poco.

Los ojos de Irma prestan atención a lo que hay a mi espalda, salvo por un par de segundos en los que me mira, deslumbrante y con las pupilas dilatadas, esperando a mi siguiente movimiento. El cosquilleo me sube por la espalda y tengo que obligarme a separar los brazos de su cuello al darme cuenta de que le estoy acariciando la nuca, erizando su piel tanto como lo está la mía. La música es atronadora, igual que los gritos de la gente en un intento porque el que tiene al lado los escuche; por eso ella se pega a mi oído y el pecho me arde.

—Quizá sea una locura, pero tenemos que ir tras él. —En otra ocasión la propuesta me parecería justo eso, pero sé que no vamos a tener más oportunidad que esta.

—Es justo lo que estaba pensando —digo también en su oído, girando sobre mis pasos para dejar atrás el bullicio que nos rodea y encontrar la salida del club.

El portero se nos queda mirando con cara de disgusto, hasta parece decepcionado por vernos marchar de este lugar sin haber

disfrutado de la música hasta el amanecer. Le dedico un guiño que va acompañado de una sonrisa y tardo poco en coger la mano de Irma fingiendo que somos algo más que dos chicas en busca de un poco de diversión. En cuanto salimos, el fresco nos golpea y me sube por las piernas instalándose en cada centímetro de mi piel. Lo primero que hago es mirar a nuestro alrededor y el temor se instala ante la mínima posibilidad de haber perdido la pista de Félix; pero, nada más pensarlo, damos con él a nuestra derecha, a unos cien metros, entrando en un coche que no tiene para nada pinta de pertenecer al jefe de una organización tan peligrosa como Los Cuatro.

Lanzo un suspiro e Irma se coloca a mi lado, llevándose las manos al pelo para hacerse mejor el recogido y entonces, la veo sonreír.

—Ahora entenderás por qué es tan difícil ir tras él. No es el típico líder o alguien que alardea de su poder, podría haber pasado por mi vecino y ni siquiera me habría dado cuenta.

—Salvo porque nunca olvidas una mirada —le recuerdo, en un intento porque se saque el malestar que parece causarle ese hecho.

Irma asiente y contamos hasta diez, dispuestas a seguir la pista de un hombre que no se nos puede escapar y, en cuanto veo un coche cerca de donde él se encuentra, tengo una idea. No me lo pienso dos veces y entrelazo mis dedos con los de ella, mientras caminamos a toda prisa para llegar hasta el vehículo. Una vez que estamos cerca, la hago girar mientras compruebo que Félix está al teléfono sentado frente al volante. Como si fuera una conquista, hago que la cintura de Irma se pegue a la puerta de un coche y llevo mis manos por su cuello mientras la beso, olvidándome de todo. Mis dedos suben por su piel hasta dar con una de las horquillas que esconde en su pelo, suficiente para forzar una cerradura que por lo menos tendrá treinta años. Una reliquia en tiempos modernos que podría habernos traído problemas en caso de llevar alarma, algo que ya he comprobado al hacerla chocar asegurándome que no tiene.

La destreza con la que consigo quitar el cierre provoca que Irma sonría pegada a mí, casi rozando mis labios, dispuesta a ser ella

quien me bese, aunque yo me muevo para abrir la puerta y fingir que lo único que quiero es que entre en él para llevarla a un lugar mucho más divertido. Una vez dentro escucho otro motor y me ayudo del cuchillo que llevaba escondido en la bota para destapar la columna de dirección, y al llegar al sistema de cableado hago un puente para arrancar tras unos segundos que me parecen eternos.

—Lo tenemos a unos doscientos metros, va a tomar la avenida principal —informa Irma en cuanto dejo las manos en el volante y me pongo el cinturón de seguridad.

No sé cómo de fiable será este Skoda, pero en cuanto piso el acelerador el motor ruge con fuerza y me voy directa tras Félix, dándome cuenta de que Irma me está sonriendo con el codo apoyado en la ventanilla.

—¿Sorprendida? —pregunto mirándola de soslayo a la vez que disfruto de su expresión al verla asentir.

—Debo reconocerlo, no pensé que tuvieras tantas… destrezas. —El tono de su voz es atrayente, tanto como sus ojos, y me tomo un segundo para mirarla antes de fijar la vista en la carretera.

—Tú también lo haces muy bien. —Mi mente me juega una mala pasada al recordar el sabor de sus labios y el tacto de su piel en cada momento que hemos estado pegadas dentro del club.

El coche de Félix aparece frente a nosotras en cuanto entro de lleno en la avenida y mantengo una distancia prudente para evitar que pueda detectarnos. Irma hace girar un par de veces el volante para tomar calles paralelas que llevan a la misma dirección y que nos hacen correr el riesgo de perderle si llega a entrar en algún edificio, pero su intuición no falla cuando aclara que está segura de que no vive en Berlín. Y, efectivamente, el distrito de Pankow se abre ante nosotras y después de unos minutos avanzando hacia el norte, Irma me hace apagar los faros y detener el coche poniendo una mano en mi muñeca.

—Conozco este sitio —comenta con los ojos clavados en el horizonte hacia una casa que guarda el estilo de la Segunda Guerra Mundial y que me sorprende que haya sobrevivido al paso del tiempo

—. Estuve aquí durante un verano entero, muchos años antes de que me viniera a vivir a Berlín.

Su semblante cambia y parece rememorar una especie de pesadilla que ensombrece sus ojos, una sensación que reconozco muy bien.

—Parece un…

—Centro de entrenamiento —sentencia ella y se me forma un nudo en el estómago.

Yo misma me quedo paralizada en el asiento, observando el edificio mientras que las imágenes de los últimos sueños se pasean por mi mente de nuevo. Al mirar a los ojos de Irma vuelvo a darme cuenta de la cantidad de cosas que nos unen a pesar de estar en dos bandos muy distintos, una al extremo de la otra, separadas únicamente por la legalidad de absurdas leyes que buscan la misma finalidad. Ella se quita el cinturón de seguridad y yo sigo sus pasos cuando abandonamos el coche, yendo tras un árbol frondoso y antiguo que cubre gran parte de nuestros cuerpos.

La oscuridad es casi plena, salvo por unas cuantas luces que se ven a través de las ventanas y cuanto más esperamos, más siento los nervios controlando mi cuerpo. La cabeza empieza a dolerme y algo me dice que esto no va a traer nada bueno, aunque no haya ni un alma que esté a nuestro alrededor.

—Deben de estar poniéndolo a punto, tengo entendido que esta zona lleva años en el abandono —conjetura Irma.

—¿Y por qué se arriesgaría a venir solo? Ahora mismo podríamos entrar ahí y acabar con él sin pensarlo —propongo, viendo cómo ella niega de inmediato.

—Si lo hacemos así, no acabaremos con Los Cuatro, ni con los que están colaborando con ellos. Es un sistema, aunque caiga la cabeza, los de abajo pueden ejercer el mismo papel en cuanto eso pase. Tenemos que llegar al núcleo, ir a por todos, es imposible que Félix esté aquí de paso. —Las manos de ella se aferran al tronco del árbol con furia y, por un segundo, creo que se va a liar a puñetazos.

Las luces del edificio se apagan y un par de minutos después vuelven a encenderse los faros de un coche. El pánico me hace querer correr al nuestro para quitarlo de la vista y evitar que nos vean, pero Irma me detiene y señala al frente. Para nuestra fortuna, el coche desaparece por la parte de atrás del edificio y soy capaz de respirar con tranquilidad. Sin embargo, al mirar hacia allí una sensación horrible hace que mi pecho vibre y quiera avanzar. Mi acompañante quiere impedírmelo cogiéndome de la muñeca.

—Necesito comprobar algo —susurro y me mira extrañada, a sabiendas de que no voy a dar marcha atrás.

Cuando estamos frente al edificio me quedo mirando las puertas y las ventanas, así como el césped algo seco que hay alrededor. No sé por qué me parece que conozco este lugar a pesar de que nunca he estado aquí, así que camino pegada a la pared hasta que me encuentro con un gran ventanal en el que me apoyo para intentar mirar al interior. El corazón me da un vuelco y me imagino dando un paso al interior, zambulléndome en una oscuridad que no me gusta nada.

—Esto es mala idea —susurra Irma, pero la ignoro y sigo a mi instinto—. ¿Toni?

No respondo, probablemente porque no soy capaz. De repente, me veo a mí misma ahí dentro, atravesando la cocina y dando con un pasillo que lleva a una zona abierta y polvorienta llena de telarañas en paredes y techos. Durante el trayecto me acompañan un montón de cajas de cartón que parecen listas para dar a este lugar un aspecto más de hogar.

Mis dedos van a parar a un mueble y los limpio con gesto de asco. Después, miro a todas partes queriendo ubicar cada uno de los recuerdos que presiento tener en esquinas y paredes, aunque lo que realmente me atrae es una especie de despacho que hay al final de otro pasillo. La puerta está abierta y, en cuanto la cruzo, el escenario cambia en mi mente por un lugar más claro y voy hacia un escritorio para hacerme con un rompecabezas de madera.

«Lograrás cambiar el mundo», la voz me atraviesa directamente el corazón y me quedo sin respiración al clavar las manos en las piezas como si las tuviera justo en mis manos. La realidad toma forma y soy capaz de distinguir los recuerdos que he tenido durante estas noches con más claridad. Y ahí estoy yo, formando la torre con las piezas, dándome cuenta de cómo resuelvo el rompecabezas en cuestión de milésimas —como tantas veces hice de pequeña— en un entrenamiento cognitivo que también llevé a cabo al entrar en la agencia con otro tipo de ejercicios.

«¿Has visto? Lo he conseguido», recuerdo que dije en aquella ocasión. Yo era una niña, apenas tenía nueve años y en ese momento corrí a los brazos de un hombre que por primera y única vez me miró con gesto de orgullo. La impresión hace que aparte las manos del ventanal y esté a punto de caer al suelo. Me quedo tan paralizada que la respiración se me corta y noto mi pecho arder.

—Él… —balbuceo y la garganta se me seca.

Mis ojos observan todo lo que me rodea a pesar de que aquí no parece existir vida todavía.

—¿Qué pasa? —pregunta Irma y pone sus manos en mis mejillas en un intento porque le preste atención.

—Él me entrenó para esto —suelto y la imagen de mi padre abrazándome, junto a Paul Barron, aparece frente a mí con crueldad.

Revelando un secreto que se ha mantenido conmigo todos estos años.

# 30

## IRMA

Después de irnos con unas cuantas fotografías en nuestro poder, conduje en silencio hasta dejar el coche en un lugar seguro que nos permitió volver a Christburger Straße sin levantar sospechas. Durante el trayecto, Toni no pronunció palabra y, de hecho, sigue en silencio, con la cabeza entre las manos, tan estática que me da miedo tocarla por si su cuerpo se rompe en pedazos. La confesión que hizo en Pankow me sorprendió tanto que tampoco he sido capaz de poder decirle nada al respecto.

Los nervios provocan que tenga ganas de fumar y aunque me advirtió que odia el olor a tabaco, enciendo uno y doy una calada dispuesta a no pedir disculpas si me mira con cara de perro. Sin embargo, Toni se levanta del sofá y viene hasta mí para robarme el pitillo de los dedos y llevarlo a su boca desesperada por tomar el control en algo.

Estoy a punto de protestar, pero al ver sus ojos bañados en decepción lo dejo estar y le permito desahogarse. Me cruzo de brazos y apoyo la espalda en la pared mientras la veo caminar de un lado a otro, fumando hasta que el cigarro se convierte en una simple colilla que apaga con desprecio sobre el cenicero. Con un millón de sentimientos a cuestas, no para de suspirar ni tampoco de dar vueltas. Sus labios se mueven y parece hablar consigo misma, llevándome a un punto de desesperación en el que me obligo a ir a por ella y hacer que pare.

—¿Qué haces? —espeta con fuego en su mirada.

Cualquiera diría que está a punto de pagarlo conmigo dándome una paliza.

—Vas a hacerte una maratón como sigas así —indico con tono calmado. La verdad es que intento bromear, pero cuando nuestros ojos conectan no me veo capaz de lograrlo—. ¿Estás segura de lo que me has dicho allí?

A pesar de que sé que no mentiría con algo como esto, necesito preguntárselo en un intento porque encuentre consuelo. Algo que es imposible teniendo en cuenta la gravedad de lo que pasa y que, al parecer, se ha visto traicionada por la persona que más debería haberla cuidado en este mundo.

Como yo con Félix, aunque él jamás fuera mi tío de verdad.

—¿Crees que miento? —Toni me aparta con brusquedad y se quita la chaqueta como si de repente esta le ardiera sobre el cuerpo.

—Yo no he dicho eso, ¿y por qué te pones así conmigo? Ni que yo tuviera la culpa de tus problemas. —La frialdad con la que lo suelto provoca que ella se gire y me mire con un odio que no había visto nunca.

Sé que no es hacia mí, pero verlo de manera tan clara hace que me dé cuenta de lo dolida que está y entonces aprieto los labios rumiando un pensamiento que se me viene a la mente en cuanto la miro. «Su padre es un agente clandestino», pienso para mis adentros, incapaz de decirlo en voz alta y no puedo evitar sentir una horrible sensación de tristeza. Frente a mí tengo a una mujer fuerte a la que acaban de romper en pedazos, que fue usada desde niña para un fin en concreto, dirigida en todo momento por alguien de su propia sangre, sin que ella fuera consciente.

Seguro que ahora mismo se está replanteando cada una de sus lealtades, eso es algo que yo misma he vivido. Pero también debe estar pensando si su padre cubre las espaldas de Javier o está de alguna forma metido en esto.

—Siempre pensé que me odiaba por no haber querido seguir sus pasos, jamás se me ocurrió que en realidad estuviera poniéndome a prueba todo el tiempo —confiesa y los labios le tiemblan, está a punto de llorar.

El semblante de dureza que Toni siempre ha tenido se destruye y cae dejándola vacía y vulnerable frente a mí. Los dedos me pican y noto un cosquilleo. Sé exactamente lo que siente, pero no me veo capaz de poder darle consuelo; nunca he servido para eso, jamás he

tenido cerca a una persona tan destrozada, a alguien que signifique algo de verdad. Una mujer que despierta por primera vez en mi interior un intenso sentimiento de odio hacia el resto, por haberla dañado de una forma fatal. De repente, se echa a reír desesperada y se va a por un jarrón decorativo que hay en la estantería que adorna la pared central del salón. La cerámica se hace añicos y tras este, una figura de cristal corre el mismo destino, como un marco y la fotografía *random* que lleva dentro. Algunos trozos me golpean y suelto un siseo al notar un arañazo en el cuello. Cuando me toco, acaricio la sangre y Toni se detiene mirándome con sorpresa. De pronto, el relámpago resuena en mi cabeza y el espacio se vuelve eléctrico atrayéndonos sin esperas. Sus pies se mueven y camina hacia mí con una desesperación que descarga sobre mis labios en un beso que me eriza la piel. Sus manos me buscan atrapando mi cuello y después mi nuca, buscándome con necesidad, transportándonos lejos de aquí.

Al separarnos, la miro a los ojos y veo una horrible cantidad de sentimientos cruzados que la abordan. Su pecho se mueve a toda velocidad, exactamente como el mío. Sin mediar palabra vuelve a llevar las manos a mi cuello y va a por mis labios, robándome la cordura, dejándome expuesta a un peligro al que no estoy segura de querer zambullirme, salvo por la excepción de que llevo deseándola desde aquella noche en el *pub*.

—¿Estás…? —La pregunta se forma en mis labios, pero me obliga a callar poniendo un índice.

No se lo piensa demasiado cuando me empuja una y otra vez, hasta que caigo sobre el sofá y ella se sienta en mis piernas, obligándome a mirar una sonrisa cargada de deseo. Su boca aborda mi cuello y siento el roce de su lengua además de los pequeños mordiscos que marcan mi piel logrando que gima de placer y mis manos se anclen a su cintura queriéndolo todo. Tengo ganas de que me arranque la ropa y Toni parece leerme la mente cuando me quita la chaqueta lanzándola a un lado. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta y me saca otro suspiro al clavar los dedos. No me mira, pero tampoco lo necesito porque sus labios son suficientes para conseguir que eche

la cabeza hacia atrás y me exponga a ella por completo.

Y, sin más, me dejo llevar recorriendo su espalda, buscándolo absolutamente todo.

# 31

## TONI

La cabeza me da vueltas y me cuesta pensar con claridad. Una parte de mí no hace más que llamarme loca por haber cometido el error de darme a su cuerpo, pero la otra simplemente existe, disfruta y ve cómo los labios de Irma están hinchados y la forma en la que me mira pidiéndome más. El sudor perla su piel de una forma tan deliciosa que lo único que quiero es comérmela, saborearla con mi lengua y recorrerla por entero hasta no poder más. Me pongo de rodillas entre sus piernas y arrastro los dedos por su vientre y sus piernas, acariciando cada trazo de piel de arriba abajo hasta que no puedo resistir la tentación de besar el interior de su muslo, arrancándole un gemido cuando hundo los dientes en esa zona. Mientras me agarra del pelo se me ponen los pelos de punta, no sé por qué, pero la imagino mirándome y pensarlo me moja aún más, me inyecta el chute de una droga que jamás imaginé encontrar en ella.

Irma eleva la cintura y caigo entre sus piernas, llevándome su humedad a la boca, empezando a acariciarla con la lengua a la vez que clavo las uñas en su cintura, con necesidad. Empiezo a escuchar sus gemidos, me excita tanto que una de mis manos va a mi propio sexo mientras disfruto de ella sin descanso. Me masturbo comiéndomela, moviendo mi cuerpo para profundizar unas caricias que nublan cada uno de mis sentidos, destruyendo el dolor, la decepción y toda la oscuridad que me rodea de este mundo.

El calor sube por mi espalda e imagino que mis dedos son los de ella, entrando en mí, mojándose, llenándome. Mi lengua marca círculos y la escucho cada vez más ronca, loca, absolutamente maravillada. Irma se agarra de nuevo a mi pelo y atrapa mi nuca profundizando las caricias con un clamor que suena a haber deseado esto desde el primer momento que cruzamos nuestras miradas y sentí que la electricidad invadía mi cuerpo. No tengo idea de por qué lo ignoré durante tanto tiempo, o si es que una parte de mí lo ocultó

para no tener que enfrentarme a ese sentimiento de cercanía o de saber que no voy a conocer a otra igual.

Su cuerpo tiembla y cuando está a punto de correrse, me detiene para moverse y empujarme hacia sus labios, besándome, llevándose el sabor de ella a su boca, arrastrando las manos por mi espalda húmeda, por mis caderas, hasta robarme un suspiro cuando acaricia mi humedad. Sentir cómo me toca, con ganas, con pasión, me llevan a hacer lo mismo, a fundirnos en un vaivén de caderas que pega nuestros cuerpos y labios sin querer un segundo de descanso. Dispuestas a más.

Y lo hacemos, nos tocamos, nos mordemos, nos acariciamos con la lengua, nos deseamos y poseemos, luchando contra un éxtasis que cuando arrasa con todo me hace gritar, morderme los labios y volver a querer empezar.

***

*Domingo, 26 de mayo de 2024*

No soporto la tentación de encenderme un cigarrillo, entonces cojo la cajetilla y, cuando lo hago, inhalo a placer, disfrutando de cómo el humo recorre mi interior. De mis labios se escapa un suspiro al darme cuenta de cómo lo echaba de menos. Con la nuca apoyada en su pecho, Irma me lo roba y da una calada que me deja en completo silencio con mis pensamientos creando un desorden horrible. Soy capaz de escuchar el latido de su corazón y, por alguna razón, no quiero levantarme y olvidar lo que ha pasado esta noche. Sus piernas desnudas rodean las mías en un gesto sin romanticismo, pero con una inesperada sensación de posesión.

Levanto la mano pidiéndole el cigarro y me lo fumo sin intención de volver a compartirlo, no después de tanto tiempo sin fumar. Irma empieza a acariciar mi pecho y marca un recorrido con los dedos, bajando con lentitud hasta mi vientre, donde se detiene, jugueteando con mi piel y la increíble sensación que me provoca. Mi sexo se contrae y siento cómo el calor vuelve a tomar el control de

todo mi cuerpo. Me gustaría ignorarlo, hacer como si nada, pero hay algo en ella que termina por atraerme de nuevo, que me obliga a caer en el deseo de guiar su mano hacia mí, así que la atrapo y la arrastro por toda mi piel hasta que vuelve a acariciar mi humedad. Llevo el cigarrillo a mis labios para ahogar un gemido que ella parece disfrutar por el sonidito que se escapa de su garganta, moviéndose con lentitud, asegurándose de que la siento tanto como para pedirle que no pare.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta, en un momento en el que no quiero pensar en nada más que me folle.

El humo se eleva sobre nosotras cuando lo suelto lentamente, moviendo mi cuerpo sobre el suyo y ejerciendo presión para que ella también me sienta. Odio tener que pensar en eso y no tardo en estirar el brazo y apagar el cigarro, llevando esa misma mano a su mandíbula obligándola así a cerrar la boca.

—Disfrutar —suelto sin más y entrelazo nuestros dedos para profundizar más sus caricias.

Las horas pasan y no me doy cuenta de cuando amanece porque, de repente, el aire que respiro se ha teñido de un color diferente. De una dolorosa realidad que me golpea nada más abrir los ojos y mirar el techo que me cobija, una cárcel de la que me gustaría poder salir sin ninguna herida o consecuencia a pagar. A lo que me ha sometido mi padre durante todos estos años es lo más horrible que me ha podido hacer, algo impensable y, sin embargo, aquí está la prueba. Dejo a Irma en el sofá y voy a darme una ducha caliente que ayude a arrastrar un poco ese malestar pero que no oculta el odio que siento hacia él, y el asco que ahora le tengo a la vida.

—Lo mataré —juro, con las manos pegadas a la pared, dejando que el agua corra por mi cuerpo y las marcas que han dejado grabadas todas mis batallas.

Diez minutos después, salgo con el pelo mojado y una toalla rodeando mi cuerpo. Al llegar a la cocina veo a Irma preparando un café y la escena me pilla tan de improviso que me sorprende, sobre todo porque se ha tomado la libertad de coger ropa de mi armario

para ponérsela sin preguntar. Ella se da cuenta y gira con una sonrisa orgullosa en los labios mientras se cruza de brazos apoyándose en la encimera. No pierde el tiempo en mirarme de arriba abajo, mordiendo su labio inferior.

—¿Aliviada? —pregunta, indagando más allá.

—La verdad es que no —suelto en tono borde.

La camiseta que ha elegido le queda tan bien que siento envidia de que esté pegada a su cuerpo. Trago saliva e intento apartar la mirada, pero me es imposible. La sonrisa en ella se profundiza y niega, ignorándome, para prestar atención a la cafetera que humea sobre la vitrocerámica. La idea de dejarlo así se me pasa por la cabeza, hasta que doy un paso y mis pies me guían inevitablemente hacia ella para girarla con brusquedad y darle un beso húmedo que la obliga a agarrarse a la encimera. El gemido que se escapa de sus labios me llena de placer y ahora soy yo la que esboza una sonrisa, llevando el índice hacia el inferior para acariciarlo con mi lengua antes de irme de la cocina hacia el dormitorio.

Cuento los segundos y al llegar a seis es ella quien me atrapa de una mano y me pega contra la pared, aprisionándome para darse la oportunidad de besarme sin escapatoria alguna.

—No pensarás que voy a quedarme de brazos cruzados, ¿verdad? —advierte con los ojos fundidos en placer.

—Yo puedo hacer lo que quiera —asevero sin cortarme, metiendo una mano entre nuestros cuerpos para empujarla y apartarla de mi camino—. Te recuerdo que tenemos cosas más importantes que hacer.

Me escapo de su atención, pero tengo claro que el juego no ha hecho más que empezar y lo compruebo cuando lanzo la toalla a un lado y me exhibo ante Irma volviendo a contar los segundos hasta que viene a por mí y me atrapa entre sus brazos. El café se enfría y las horas se convierten en aliadas dando paso a la tarde y, ahora, el olor a cigarrillo inunda todo el salón. Tengo el ordenador abierto sobre la mesa de centro, con las fotografías que sacamos de ese maldito lugar

junto a la lista de agentes durmientes, pero en este momento la intuición me pide comprobar algo, con lo cual, accedo a la red del CNI con mi clave y busco el expediente de Andrés.

Un cosquilleo me recorre la nuca al ver la similitud que tiene con el mío, en cuanto a fechas, entrenamientos, misiones e iniciación. Podría decirse que nuestra carrera es casi un calco de la otra y eso me lleva a una simple conclusión. «Él también…», pienso sin necesidad de añadir más. Darme cuenta de que los dos hemos sido víctimas de los deseos de otras personas me hiela la sangre y hace que me pregunte cuántos agentes habrán sufrido el mismo destino. El primer impulso que siento hace que quiera contactar con Carmen para corroborar todo esto, pero sé que si doy un paso en falso, tiraré toda la misión por la borda.

—He preparado un tanque de café. —La voz de Irma me devuelve a mis sentidos y, al girarme, la veo llegar con dos tazas enormes que pone sobre la mesa. Su semblante está tranquilo, hasta que ve lo que hay en la pantalla del ordenador y suspira—. Así que… no has sido la única —reconoce dejándose caer en el sofá y cruzándose de brazos—, no pensé que esto fuera habitual entre agencias gubernamentales.

—Ya, yo tampoco —digo, llevándome las manos a la nuca—. Supongo que en estos tiempos no todos desean vivir en un mundo donde el peligro se encuentra detrás de cualquier esquina. —Me alivia coger la taza y calentar las manos a pesar de que aquí dentro no hace frío. De hecho, me basta con girar la cara y ver la curva de la mandíbula de Irma para que en mi interior vuelva a despertarse un cosquilleo que temo no poder controlar—. He hecho una búsqueda rápida, la afiliación de agentes ha ido cayendo más de un treinta y siete por ciento durante las últimas décadas. Eso es una motivación.

—¿Y qué excusa llevaría al director a querer colaborar con criminales para crear su propia red de agentes?

Irma tiene la respuesta en la punta de la lengua, igual que yo, basta con ver las continuas luchas que enfrentan a diferentes países en contiendas que en cualquier momento podrían llevarnos a vivir una

Tercera Guerra Mundial. Sin embargo, ninguna lo decimos en voz alta o le ponemos nombre a una situación que está empezando a darme dolor de cabeza. Bebo del café y el sabor aguado me hace soltar un «puaj» con el que ella se me queda mirando.

—¿Qué le has echado a esto? —protesto intentando quitarme el gusto horrible que me ha dejado en el fondo de la boca—. Está asqueroso.

—No he dicho que fuera una de mis virtudes.

—Ya, pues más vale que no lo hagas si no quieres que me muera aquí mismo. Dios, mejor voy a comprar uno a la cafetería que hay en la otra calle, si sigo bebiendo esto seguro que me da diarrea. —Irma levanta una ceja y se encoge de hombros, sin entender nada, retándome al coger su taza y beber de su café como si fuera el manjar más rico del mundo.

—Tampoco está tan malo —dice pasota.

Pongo los ojos en blanco y voy a buscar mi chaqueta, si no me meto cafeína en vena las horas se me van a hacer eternas y no estamos para perder el tiempo precisamente; así que la dejo a solas y busco las llaves mientras me quedo en la puerta para mirarla antes de salir.

—Analiza la información que tenemos, vuelvo enseguida.

Ella se gira y me lanza un beso con picardía, haciéndome sonreír en cuanto cierro. Por un momento, me quedo apoyada en la pared del rellano, suspirando y notando como el corazón se me acelera, aunque enseguida abandono la idea de volver a entrar y me encuentro con las calles de Berlín, como si aquí la vida nunca se acabara. Decidida a ir a por ese café, camino calle arriba y aprovecho el momento para enviar un mensaje a Joana y ver si las cosas van bien. La posibilidad de que mi padre esté intentando hacer algo con ella se me presenta en la mente y los dedos me tiemblan por el temor a que le haga daño. La idea deja un regusto amargo en mi garganta y lo primero que quiero hacer como hermana es pedirle que no quede con él, que se mantenga lejos, aunque sé que eso despertará preguntas y una atención que no puedo poner sobre ella.

Toni: En unos días estaré de vuelta, ¿cómo han ido los entrenamientos? Después del último partido estoy segura de que todo va a ir rodado. Te echo de menos.

Envío el mensaje y guardo el teléfono en mi bolsillo. En cuestión de segundos llega otro de ella que leo con una sonrisa y cierta tranquilidad.

Joana: Cada día mejor, me han dicho que estoy cerca de conseguirlo. Yo también te echo de menos, me debes esa salida.

Sus palabras van acompañadas de un emoticono de corazón junto a un sol y yo le envío lo mismo cambiando el último por una estrella, siendo una costumbre que siempre hemos tenido la una con la otra. Joana es la representación de la luz en este mundo de caos, la única persona que ha conseguido iluminar mi camino en los peores momentos, y siento una rabia horrible porque las dos tengamos a un padre con claros deseos de destruir todo eso como una vez lo hizo conmigo. La cafetería está cerca, con lo cual, cruzo la calle y me doy con algunas personas que no me prestan atención; de hecho, es así durante el resto del camino, hasta que entro en el local y me pongo en la cola dispuesta a llevarme cuatro vasos del mejor café que tengan.

Hay un instante en que giro la cara y me parece ver a un hombre esperando en una esquina. Su atención está puesta en el teléfono que lleva entre manos, pero la experiencia me dice que eso es lo último que le interesa, es una sensación que me cosquillea en la nuca cada vez que siento que estoy en peligro y, desgraciadamente, nunca he fallado. Los clientes que hay delante de mí hacen sus respectivos pedidos y yo disimulo echando un vistazo a los paneles con la información de menús y cafés que sirven.

El tipo sigue ahí, con ropa deportiva y una gorra que cubre su mirada, alguien que podría pasar por un *runner* más. Extraño para estas calles nada apetecibles en las que correr.

—¿Qué desea tomar? —El camarero pregunta con voz cansada, sus párpados están amoratados por la falta de descanso, así que procuro ser lo más amable posible.

Este mundo se sostiene gracias a todas estas personas, siempre lo he pensado.

—Cuatro cafés sin leche y con azúcar —pido en perfecto alemán, como si hubiera nacido aquí.

—Enseguida.

El chico asiente y aprovecho para girar sobre mis pasos y ver como el sospechoso camina a su derecha. En cuestión de unos segundos pasará por delante de mí, pero sé que no me va a permitir ver su cara en ningún momento. Un rato después, pago los nueve euros que cuesta mi pedido y dejo propina, cogiendo el portavasos de cartón con una mano, lista para llevar a cabo una función teatral que nunca me ha fallado. Nada más salir de la cafetería llevo el teléfono a mi oreja y hablo.

—¡Te prometo que no he tenido nada que ver! Sabes que te adoro, Joana, ¿me ves capaz de ser tan mala? —finjo que tengo una conversación con mi hermana, aprovechando para detener mis pasos y mirar a todas partes.

Me sorprende ver que el tipo parece haber desaparecido, y eso provoca que dude de mi propia intuición haciéndome volver al apartamento, pero cuando llevo un rato caminado vuelvo a notar el frío en mi espalda. Esta vez no me da tiempo a reaccionar y siento el cañón de un arma haciendo que los vasos de café tiemblen entre mis manos y mis pies se claven en el suelo.

—No se te ocurra moverte, agente Ariza.

# 32

## IRMA

—Pues sí que has tardado en volver. ¿Dónde has ido a buscar el café, a Colombia? —En cuanto la puerta se abre aparto las manos del teclado y me giro con gesto de reproche, solo por ver otra vez el ceño fruncido de Toni cuando se cabrea.

Nuestros ojos conectan y lo primero que percibo es una extraña frialdad. Sé que pasa algo en cuanto veo una sombra entrar junto a ella, así que cierro la pantalla y me muevo con la única intención de buscar algún arma con la que poder defenderme.

—Yo que tú no lo haría —advierte una voz y, al reconocerla, me quedo totalmente paralizada.

«Tiene que ser una broma», pienso, poniéndole cara a una voz que conozco muy bien.

—¿Max? —Toni se sorprende tanto como yo al escucharme, y él se ríe encogiéndose de hombros.

—Nunca te lo habrías imaginado, ¿eh, vecina? —La cabeza está a punto de explotarme, tiene que ser un mal sueño, pero está claro que no voy a tener esa suerte.

Max empuja a Toni y provoca que esté a punto de tirar todo el café. Ella camina hacia mí y deja los vasos en la cocina, consciente de que todavía la apuntan con el arma. En otra situación me la habría jugado lanzándome a por él, pero imaginar ponerla en peligro hace que me quede estática con una nueva sensación de pánico latiendo en mi pecho.

—¿Diana está…?

—¡Claro que sí! Es mi mujer, jamás se me ocurriría hacerle daño. La pobre no tiene idea de nada —se jacta Max, casi al punto de la burla— y, aunque estuvo a punto de confesar lo que te pasó aquella noche, debo reconocer que es una gran amiga.

Lo sucedido atraviesa mis recuerdos y aunque le creo, no puedo evitar sentir que la he cagado. Decenas de preguntas se cruzan por mi mente y, por primera vez en mucho tiempo, me siento totalmente vulnerable, expuesta ante un enemigo que no tengo idea de cómo va a actuar.

—¿Desde cuándo…?

—Me di cuenta un año después de que te mudaras. Siempre supe que había algo sospechoso en ti, cierta tensión y secretismo que sabías ocultar muy bien tras esa bonita sonrisa. —Max se regodea, pero no deja de apuntarnos mientras se mueve sin quitarnos la atención. Cuando miro a Toni la veo calmada, quizá demasiado, puede que expectante por ver cuándo podrá actuar—. Luego, se filtró cierta información y empecé a indagar por mi cuenta, no sabes lo costoso que fue contratar a tanta gente que se hiciera pasar por simples mensajeros con tal de tenerte un poco bajo control.

Un escalofrío recorre mi espalda y recuerdo las palabras de Diana al respecto. «…casi lo mando a la mierda, ha salido como un cohete y ha estado a punto de tirarme. No sé a qué viene tanta prisa si el tráfico está horrible». La jugada tan inteligente hace que frunza los labios y esté a punto de concederle una sonrisa, aunque no le voy a dar el gusto.

—Y ahora… ¿qué vas a hacer? —pregunto sin ningún tipo de interés, casi fingiendo que lo que ha dicho me parece poca cosa.

Toni tensa la mandíbula porque sabe del peligro de esta jugada, y lo compruebo en el momento en que los ojos azules de Max brillan cargados de odio y unas ganas tremendas de pegarme un tiro. Veo con claridad el cañón del arma, pero sé que, si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho.

—A la BND le va a encantar saber que uno de los suyos ha pillado a la mítica Irma Carven colaborando con una agente del CNI, ¡qué escándalo! Va a ser asombroso. —Max ríe con sorna y se siente terriblemente ganador, lástima que parezca un completo novato.

Con una sola frase he conseguido que nos dé la información

más valiosa que podría haber confesado y Toni me mira dibujando una pequeña línea que tiene forma de sonrisa y no pasa desapercibida para mí. Ella se mantiene en silencio, dejando que yo lleve la iniciativa y precisamente es lo que hago, levantando las manos al dar un par de pasos hacia él.

—Si piensas que vas a salir vivo de aquí, estás muy equivocado —advierto con arrogancia, activando cada una de las defensas de un agente cuya motivación es la de destacar por encima de los demás—. ¿Qué te parece si te doy algo mejor y te largas de aquí? Vuelve a casa con Diana y haz como si no hubieras visto nada, va a ser lo mejor.

—Tú estás loca. —Max se lleva una mano a la gorra y se la quita para limpiarse el sudor de la frente. Se ha puesto nervioso, y no para de intercambiar miradas entre Toni y yo—. ¿Por qué estás aquí? —le pregunta a ella.

El silencio con el que juega no le gusta en absoluto. Da un paso adelante y me observa, dispuesto a amenazar mi vida si fuera necesario. Podría derribarle, pero tener a un agente de la BND a nuestra disposición, va a suponer una ventaja que llamará la atención de Félix en cuanto la información circule por todas partes.

—Para acabar con personas tan inútiles como tú. —No espero esa respuesta tan dura y me es inevitable no querer sonreír, después me cruzo de brazos ante un hombre al que esto le viene grande, muy grande.

—Zorra, no pienso permitir que…

—Tenéis a un traidor, un exagente —suelto enseguida, llevándome la atención de Max, quien baja el brazo sin darse cuenta, permitiendo que me acerque e a él para quitarle la pistola en un movimiento rápido—. ¿Cuánto llevas en el BND? Te han entrenado fatal… —vuelvo a burlarme y veo cómo traga saliva al ver el cañón a unos pocos centímetros de su cara.

—No es de tu puta incumbencia, Irma. Sabes que, si me matas, te meterás en un lío. No vas a poder justificarlo.

—Tal vez no, salvo que un incendio arrase el edificio y no

quede ni un poquito de ti para analizar. —Me encojo de hombros al lanzar una amenaza que surte efecto enseguida.

Max termina por afirmar y levanta los brazos relajando el cuerpo y camina hacia una de las sillas para sentarse tranquilamente dispuesto a colaborar. Por su postura, sé que no lleva mucho sobre el terreno, quizá ni siquiera tenga la confianza de sus superiores para ser asignado a misiones que solo pueden llevar a cabo personas como yo. La mueca que hace con la boca vuelve a delatarle, y me pregunto si se habrá dado cuenta del peligro que está corriendo, solo por el deseo de ser alguien de interés para los que tiene por encima.

Por un segundo, lo analizo intentando averiguar si es quien nos persiguió en moto hace unos días, aunque lo dudo mucho.

—¿Quieres llevarte la atención de verdad? —Toni interviene llevándose lejos mis pensamientos, mostrándose cauta, pero a la vez lo suficientemente interesante como para que él le preste total atención y asienta más rápido de lo que espero—. Bien, pues esto es lo que vas a hacer. —Ella busca una silla y la arrastra poniéndola al revés y después se sienta apoyando los brazos en el respaldo—. Vas a filtrar la información de una reunión que hubo en el hotel Riu de Madrid el pasado catorce de mayo donde ese exagente de la BND está implicado.

—¿En qué? —pregunta con dientes apretados, intentando sacarle un poco más de jugo a la petición de Toni—. ¿Qué se supone que voy a obtener a cambio si no soy capaz de decir ningún nombre?

—Lo que más añoras, una buena palmada en la espalda. Créeme, eso será más que suficiente. Pero supongo que podemos ser un poco condescendientes y dejar que te marches de aquí con algo importante que guste a los tuyos. ¿Te parece? —Toni me mira y levanta una ceja como si estuviera pidiéndome permiso cuando en realidad tiene el plan muy claro.

Las dos nos hemos leído la mente, y un cosquilleo recorre mis brazos al ver que está disfrutando de esto.

—Todos saldremos ganando —aclaro poniendo una mueca, fingiendo preocupación para darle juego al asunto—. Tenemos cosas

más importantes de las que ocuparnos que de algo como esto.

—Teagan Nox —suelta mi compañera y Max abre la boca sin poder creérselo—. Tu agencia debería saber que no se ha retirado del todo y que va por ahí reclutando a gente para sus planes. ¿Suficiente?

—Ahora sí que nos hemos entendido —dice, convencido de que tiene entre manos una información que le hará ganar más que perder. Se levanta de la silla y se acerca a mí, pidiendo un arma que no tardo en darle y él la guarda en su cintura con gesto tranquilo, casi mostrándose amigable conmigo—. Te has portado muy bien con Diana —comenta con total tranquilidad, como si fuera un amigo de toda la vida—, llegaste a su vida en un momento muy complicado, solo por eso te mereces que lo deje estar. Pero te estaré vigilando, así que pórtate bien.

—Claro —prometo, viéndole caminar hacia la puerta.

Max se coloca mejor la gorra y se larga sin mirar atrás, dejándonos a solas. Toni se lleva las manos a la nuca y abre los brazos, moviéndose por el salón, hasta que los deja caer mientras niega.

—Esto ha sido…

—Muy oportuno —añado celebrándolo por dentro. En este mundo, las casualidades no existen—. Sabes lo que va a pasar en cuanto abra la boca, ¿no?

—Félix se pondrá alerta y empezarán a moverlo todo más rápido, tal vez adelanten su siguiente paso, pero tienen que verse lo suficientemente amenazados. —Toni se lleva las manos a la cintura y vuelve a caminar nerviosa, rumiando algo—. Tenemos que jugar alguna carta que no se esperen.

Tuerce la boca y se me queda mirando. En sus ojos aparece un ápice de la misma desesperación que sintió al enterarse de lo que su padre le había hecho, y aunque no estoy segura de si usar esa baza, creo que es lo mejor que tenemos para dar un paso adelante.

—Destapemos tu caso y el de Herranz. Una declaración falsa en la *dark web*, creada para llamar la atención de los jefazos. Que sea de un viejo agente, con un Alias que hable de cómo se vio traicionado

por su agencia y que está volviendo a pasar. Si hablamos de peones se darán por entendidos.

—Eso es sumamente arriesgado, si sale mal…

—Perderemos igualmente, Toni. —Me acerco a ella y al ponerle las manos sobre los hombros puedo ver una preocupación real que me gustaría arrancarle de cuajo—. No vamos a tener otra oportunidad y Bishop podrá echarnos una mano. Lo que te hicieron fue intolerable, y sé que no quieres que nadie más pase por eso. Este trabajo… esta vida debería ser una elección.

Yo misma me pregunto si habría elegido este camino de poder escoger, pero es algo que no voy a saber nunca. Toni aprieta los labios y lanza un suspiro que parece no poder contener. Me gustaría ver qué se le está pasando por la cabeza, que admitiera ante mí cada uno de sus miedos; sin embargo, se muestra fuerte y enseguida mira hacia el portátil.

—Está bien —dice caminando hacia el sofá—, pero no pienso dejar que nos metamos solas en esto. Necesitaremos ayuda y una salida si esto no va bien. Hemos enviado a tu vecino a la boca del lobo, lo sabes, ¿no?

—Sí —afirmo, y lo primero en lo que pienso es en Diana y la posibilidad de que ella pueda sufrir las consecuencias. Este mundo es horrible, pero para ganar hay que echar a otros más débiles a los leones—. Solo espero que, al menos, salga bien.

# 33

## TONI

*Miércoles, 29 de mayo de 2024*

Una pesadilla vuelve a despertarme en mitad de la noche, tengo los pelos de punta y el sudor frío me recorre la espalda sin piedad. Apenas dan las cuatro de la mañana y el primer impulso que siento es llamar a mi hermana para ver si está bien. No he dejado de repetir las imágenes en mi cabeza de mí descifrando el rompecabezas mientras mi padre se mantiene de brazos cruzados, analizando cada movimiento para cerciorarse de que el entrenamiento va bien. En ese recuerdo apenas tenía once años y podría decirse que era una niña prodigio, ahora entiendo por qué este tipo de cosas se me dieron tan bien una vez que entré en la agencia. De hecho, lo único en lo que no destaqué por encima de los demás fue en trabajar en equipo, digamos que sentía —y todavía siento— una reticencia a confiar en el resto, en querer guardar mi seguridad tras su espalda. Siempre me había preguntado por qué, y cada vez que lo pienso, sé que lo que ese hombre hizo conmigo tiene mucho que ver.

—No lo aguanto… —protesto sentándome en la cama.

Estiro los brazos para hacer crujir mi espalda y muevo la cabeza hacia un hombro y otro colocando los músculos, recibiendo la oscuridad como una amiga más.

El teléfono está en silencio, pero al dar dos toques en la pantalla compruebo que no he recibido ningún mensaje. Nada, el más absoluto silencio. Más de cuarenta y ocho horas de incertidumbre que no me viene bien. Irma ha estado en su apartamento dejándose ver por si acaso Max aparecía por allí, pero según le contó su vecina se marchó a un viaje de negocios. La *dark web* tampoco ha dado síntomas de alarma con respecto a Félix y Los Cuatro a pesar de que estoy segura de que el BND ya ha recibido la información que entregamos a su agente. Según palabras de Carmen «hay que tener paciencia», pero no es algo de lo que esté sobrada ahora mismo, sobre todo al pensar

en las posibles consecuencias que esto podría tener para mí y Joana.

¿Y si a ella también la han estado entrenando desde niña y han empleado diferentes artimañas para que olvide todo como pasó conmigo?

Un nuevo escalofrío recorre mi espalda al pensar en eso y hace que me levante y empiece a caminar por la habitación, abriendo y cerrando los brazos en un intento por aclarar las ideas. Dos minutos más tarde vuelvo a mirar el teléfono y lo que quiero es hablar con la mujer que me acompaña en esto, solo ella puede ponerse en mi piel porque ni siquiera he sido capaz de contactar con Andrés para contarle lo que sé. ¿Qué voy a decirle cuando lo mire a la cara? «Hey, me alegra saber que no soy la única a la que entrenaron para llevar esta vida de mierda desde que era una niña».

—Ridículo —me digo en voz baja.

Me llevo las manos a la cabeza y cuando estoy a punto de gritar por la frustración, el teléfono vibra sobre la mesita de noche y voy corriendo a ver. Es Irma.

C: ¿Estás despierta? Necesito hablar contigo.

No le respondo. En cambio, la llamo y el pitido al otro lado de la línea hace que suelte un suspiro que se alarga en cuanto escucho su voz.

—¿Tampoco puedes dormir? —pregunta y una sensación agradable se abre paso por mi cuerpo, algo que jamás pensé que me pasaría con ella.

—No paro de soñar con el cabrón de mi padre —admito sin ningún miedo a dejarle saber que estoy jodida por ello—. ¿A ti qué te pasa?

—Tengo una mala sensación, todo está muy silencioso por aquí y no sé, siento que en algún momento la bomba me va a explotar en la cara, pero igual son tonterías mías. —Escucho cómo arrastra su cuerpo sobre las sábanas y siento unas tremendas ganas de estar allí.

—No deberíamos hablar así por teléfono —sugiero, consciente

de los riesgos que podríamos estar corriendo si alguien se mantiene pendiente de nosotras.

—¿Y qué? —Irma juguetea con las palabras y vuelve a moverse, quedándose en silencio, dispuesta a ponerme de los nervios. Seguro que está disfrutando de esto—. ¿Se te ocurre una idea mejor? —vuelve a preguntar.

Es increíble la facilidad que tiene para ponerme los pelos de punta.

—Deberías dejar de ser tan arrogante, ¿crees que me tienes a tus pies? —contraataco sin pensármelo ni un poco, caminando hacia la cama para tumbarme en esta y llevar una mano tras mi nuca.

—Soy yo la que sabe dónde estás ahora mismo, tengo ventaja —me recuerda y escucho una risilla victoriosa que me dan ganas de quitarle ahora mismo.

—Y entonces, ¿qué haces ahí todavía?

—Jugar contigo —admite como si nada, volviendo a moverse mientras ríe—. ¿Llevas la camiseta blanca que tanto te gusta para dormir?

—¿Cómo sabes eso? —Frunzo el ceño, pensando si alguna vez se lo he dicho o dejado ver, pero no, no hay absolutamente nada—. ¿Irma?

Acabo de cometer un grave error al decir su nombre por teléfono, pero el silencio que hay al otro lado me deja inquieta y provoca que me levante de golpe. Ella lanza un suspiro y, de repente, pierde por completo la picardía que tenía su voz.

—Te dije que te conocía bien —suelta con voz fría y el ambiente se tensa.

Los nervios se apoderan de mí y cuelgo el teléfono, soltándolo cómo si quemase. Me llevo las manos a las sienes y las masajeo intentando pensar. Al cerrar los ojos vuelvo a ver la sonrisa que esbozo en el *pub* la primera noche que nos vimos, dándome la bienvenida como si estuviera esperándome desde hacía días. Después

llegó nuestro encuentro en El Retiro seguido de una confesión que me pilló totalmente por sorpresa. «Me conoce muy bien», pienso y, al segundo, me doy cuenta de que no solo ha procurado rastrear mis pasos, sino que debe de haber hecho algo para vigilarme mientras no estábamos juntas.

La traición que siento provoca que coja el reloj despertador y lo tire contra la pared, haciéndolo añicos al instante.

—¡Cómo he podido ser tan tonta! —me reprocho casi gritando y, al girarme, estrello los puños contra la cama una y otra vez—. Solo ha actuado en su beneficio, en su maldito beneficio. ¡Imbécil!

Estoy tan enfadada conmigo misma que quiero soltar la rabia a gritos y la sensación se mezcla con el odio que siento hacia mi padre por destrozarme la vida y pretender hacerle daño a la única persona que siempre ha estado a mi lado sin importar qué. Necesito tanto hablar con alguien que me quedo paralizada al darme cuenta de que no tengo amigos con los que pueda contar en algo como esto a pesar de haber fingido que sí. La soledad me arrolla, consciente de las mentiras que me he contado a lo largo de estos años con tal de mantener un trabajo que ya no sé si quiero hacer. Irma tenía razón, este mundo es capaz de arrastrarnos hasta el fondo, irrefrenablemente.

Aunque sé que es un error, busco mi teléfono personal y lo enciendo para entrar a Instagram y ver el perfil de Alicia. Al parecer ha estado en Milán tras uno de sus tantos vuelos y su sonrisa mientras hace turismo me atraviesa sin remedio porque, tal vez, ella ha sido lo único real que he tenido en los últimos años. Y como una adolescente a la que acaban de romper el corazón, le escribo un mensaje que no sé si tiene algún sentido.

Toni: Te echo de menos.

Las dudas se apoderan de mí y me dejan sentada y en completo silencio durante unos cuantos y peligrosos minutos. Tengo la espalda apoyada en la pared del dormitorio y me abrazo las rodillas mirando a mi alrededor, a un lugar que no es mi casa, a otro piso en el que estoy de paso y del que pronto me marcharé sin haber pretendido dejar huella. Así ha sido siempre, he viajado por el mundo y conocido a una

cantidad innumerable de personas, pero no he sido capaz de calar en ninguna de ellas. «Soy completamente… insignificante».

Un juguete roto, un peón usado para ser desechado a la mínima oportunidad.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero el sol empieza a asomar a través de la ventana y alguien llama a la puerta, dejándome rígida. Clavo la vista al frente y busco debajo del colchón el arma que ha estado ahí conmigo desde que llegué a Berlín. Apuntando con rabia, camino descalza por todo el pasillo y el salón hasta llegar a la puerta del apartamento para abrirla y mostrar el cañón sin temor alguno.

—¡¿Estás loca?! ¡Podría verte alguien, joder! —Irma es rápida y baja la pistola en un movimiento rápido que me desarma y pasa al interior.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto chirriando los dientes.

—Tenía que explicártelo y… ha pasado algo. —No me creo para nada el semblante de arrepentimiento que pone.

En cuanto cierro la puerta, lo primero que hago es lanzar un puño con fuerza que impacta en su mandíbula echándola hacia atrás. El golpe que se da en la espalda es tremendo y debo reconocer que hasta a mí me ha hecho daño. Su mirada va hacia mí con una furia que ya conozco, pero que nunca había visto tan de cerca, así que preparo los puños, dispuesta a defenderme cuando se guarda el arma y se lleva los dedos a la herida que se le ha abierto en el labio avanzando hacia mí.

—Ni un paso más —advierto amenazante.

Ella no es mujer de seguir órdenes y me lo deja claro en cuanto viene a por mí y me agarra de las muñecas forcejeando para ponerme de espaldas a ella y hacerme una llave que empieza a quitarme el aire. Sus brazos rodean los míos a la vez que aprieta contra mi pecho, manteniéndome completamente inmovilizada.

—No me obligues, Toni, sabes que lo haré —susurra sobre mi oído.

Pero yo tampoco soy de las que se rinde tan fácilmente. Mientras forcejeo levanto un pie del suelo y lo estrello contra su empeine a pesar de que no llevo calzado. Ella suelta un quejido y me da una oportunidad para soltarme de su agarre, girar y volver a lanzar un puño.

—Vuélveme a probar.

—¡Para, joder! —grita, levantando una mano—. Lo siento, ¿vale? Lo siento… coño.

Sus ojos destilan una mezcla de arrepentimiento y dolor que recibo en cuanto me mira, y lo peor es que me lo creo. O eso es lo que me dice el corazón que ahora late a mil por hora dentro de mi pecho, arrastrando ese sentimiento por toda mi piel hasta erizarla en cuanto me arrepiento de haberle pegado así. Para mi sorpresa, siento cómo las lágrimas empiezan a acudir a mis ojos y aunque aprieto la mandíbula tratando de contenerme parece no servir de nada, porque el huracán de emociones ya se ha abierto paso en mi interior.

—Me esperaba todo de ti, pero no que me usaras de esa forma —digo con la voz entrecortada, un momento antes de echarme a reír con ironía—. O quizás eso es lo peor, que sí me lo esperaba.

—¿Crees que no me arrepiento? Por primera vez en mi vida alguien ha conseguido que quiera dejar de hacer daño a la gente, que… —Irma se calla y se limpia los labios con brusquedad, agarrándose la nuca.

Su *blazer* está manchado de sangre y, al darse cuenta, está a punto de darle una patada a algo. No sé qué le molesta más, si estar sangrando o que le haya jodido la que parece ser su prenda favorita. Las dos nos quedamos en silencio unos segundos, plantadas en el salón sin mucho que decir, solo mirándonos a la espera de una reacción que no llega por parte de ninguna. Lo que sí puedo ver es cómo su mirada cambia, en un lamento que no quisiera creer. El frío me hiela el cuerpo, poniéndome los pelos de punta e Irma hace un gesto que no espero, quitándose la chaqueta para acercarse a mí y ponérmela sobre los hombros. La imagen de nosotras frente a la furgoneta me paraliza,

tengo los nervios a flor de piel y unas ganas irrefrenables de abrazarla.

Aunque al final, me contengo.

—¿Qué ha pasado?

—Van a reunirse —dice con la voz sin fuerza apenas, dejando ir el aire de sus pulmones—. Nuestro plan ha funcionado.

Dejo caer los brazos y, en cuanto la miro, me doy cuenta de lo que esto significa.

# 34

## IRMA

*Jueves, 27 de mayo de 2024*

Toni se quedó paralizada sin poder decir nada durante unos segundos que me parecieron eternos. Vi cierto alivio en su mirada, pero enseguida cambió a un estatus de miedo que yo tampoco logré apartar, conscientes de lo que eso significaba. Frente a nosotras ha aparecido la oportunidad que tanto hemos buscado durante las últimas semanas. Estamos a punto de cerrar un círculo que nos llevará ahí dentro sin saber cuáles van a ser nuestras opciones para poder escapar.

—Conrad quiere que nos veamos —solté y creo que eso le impactó más que el hecho de saber que Félix estaba a punto de reunirse con los suyos—. No sé lo que significa, pero si le digo que no, será un gran riesgo.

—¿Crees que lo sabe? —Toni habló con los labios apretados, sin mostrar emoción alguna a pesar de que yo podía leer perfectamente lo que decía su mirada.

Puede que no quisiera que la viera preocupada, pero la procesión siempre va por dentro. A pesar de lo ocurrido, conseguí sonreír, encogerme de hombros y hacer como si nada de eso tuviera importancia, recuperando un poco de la fuerza que siempre me ha caracterizado y con la que he conseguido salir del paso en situaciones difíciles todos estos años.

—No lo sé, supongo que lo averiguaré cuando esté frente a él. —No dije una mentira, pero sí debí asegurarme de que ella era muy consciente de lo que podía pasar—. Si no vuelvo a contactar contigo, habla con Bishop, ella estará informada. Te prometo que no supone ningún peligro a pesar de estar en las sombras.

—Lo estás poniendo muy negro, Carver —bromeó Toni en un intento por quitarle hierro al asunto.

Su postura se relajó al encogerme de hombros, pero el daño ya estaba hecho y lo único que pude hacer fue enderezar mi postura e intentar dejarle claro que no tenía miedo a lo que pudiera pasar. Aunque fuera una completa mentira.

—Espero equivocarme… —susurré acercándome a ella y, al pasar por su lado, me quedé quieta sin mirarla a los ojos, pero lo suficientemente cerca como para poder escuchar el latido de su corazón—. Tendrás noticias mías.

Toni no asintió, no hizo ni un solo gesto que me indicara que lo que yo vi en sus pupilas era verdad. Me costó un mundo dar el primer paso, pero mucho más dirigirme a la puerta para salir de su apartamento sin acariciar una última vez sus dedos y, ahora, me arrepiento profundamente. Gran parte de estas calles se encuentran en obras y un escalofrío recorre mi espalda al verme de cara con un viejo monumento de Charlottenburg que conozco bien y que a Conrad le ha inspirado nuestros mejores encuentros cada vez que quería que nos viéramos en la ciudad para algo importante. Que no nos encontremos en un lugar público me deja claro que esta reunión es mucho más importante que darme una postal o entregarme mi siguiente misión. Bajo la ropa llevo los dos cuchillos pero, por alguna razón, me siento desnuda, totalmente desprotegida ante el peligro.

Para continuar tengo que apretar los puños y darme fuerzas respirando hondo un par de veces. He cogido varias líneas de autobús para evitar que alguien pueda seguir mis pasos, pero no he conseguido apartar los nervios que siento ni con los muchos cigarros que he fumado durante el camino.

Los edificios que me rodean son construcciones que forman parte de la arteria comercial principal de la ciudad y tienen una belleza peculiar a pesar de que la gente dice que esta es la zona más aburrida de Berlín. Mis ojos van a la única torre que sigue en pie de la iglesia Memorial del Kaiser Guillermo, bombardeada en 1943 y que se ha convertido en un monumento antibelicista, un corazón que late del recuerdo y que me deja estática con una sensación en el estómago que no soy capaz de interpretar.

«Todo irá bien», me digo en silencio mientras observo cada ladrillo que queda en pie, antes de dar un paso más para cruzar la calle e ir a uno de los edificios que hay tras la torre donde me gustaría poder resguardarme y así evitar que el demonio me atrape.

Cuando llego a mi destino, estiro el brazo para tocar al timbre, pero la puerta se abre sin necesidad de hacerlo. El ventanal oscuro no me deja ver qué hay en el interior, como a todo aquel que pasa por aquí. El camuflaje perfecto para guardar acciones macabras que se llevan a cabo en los sótanos de este edificio. Mis pasos retumban conforme camino y nadie me recibe ni cuando cojo el ascensor al final de la estancia, pulsando el número -2. Cuando se detiene, doy con los aparcamientos donde están estacionados varios coches y en el que veo cómo las cámaras me apuntan dispuestas a grabar cada uno de mis movimientos.

Cualquiera diría que es una locura tener una especie de sede para los suyos en pleno Berlín, pero Félix siempre ha sabido bien cómo esconder sus movimientos y esta vez no iba a ser menos.

—Irma Carver siendo puntual, qué sorpresa. —La voz de Conrad me eriza la piel.

No esperaba escucharlo a mi espalda así que hago todo lo posible por no delatar mi desconcierto en cuanto me giro y le sonrío con elegancia fingida, esa camaradería que en los últimos años he tenido que esforzarme por tener. Si decide pegarme un tiro, no podré reprochárselo, como tampoco habrá nadie que sepa de mi muerte, pues el hormigón de este edificio está blindado contra todo.

Me pongo en el peor escenario posible, sin embargo, Conrad me sorprende al mostrar su mano y darme un apretón que se convierte después en una palmada en la espalda.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿no? —Me encojo de hombros y vuelvo a esbozar una sonrisa con la que intento arrancarme el pánico de la piel.

—Supongo que sí, vamos, hay algo importante que tengo que enseñarte, no podía decírtelo en un lugar cualquiera.

«Lo imaginaba», pienso, y sigo sus pasos con seguridad. Atravesamos una puerta y recorremos un pasillo de paredes grises que nos lleva hacia otra sala que está repleta de estanterías con jarrones y libros antiguos, casi como si alguien quisiera esconder reliquias del pasado en una enorme caja fuerte. La verdad es que construir este lugar en los sótanos es una idea brillante. Conrad no mira a su espalda en ningún momento y cuanto más avanzo, más siento que esto puede salir bien, que cada uno de los pasos que he llevado a cabo con Toni han dado sus frutos.

Otra entrada de madera se presenta frente a nosotros y me recuerdo en este mismo lugar hace casi veinte años, cuando era una cría que todavía no sabía nada del mundo ni de las personas que juraron ser familia.

Conrad la abre para mí y me deja pasar antes de asentir a un hombre que está sentado en una enorme butaca de espaldas a mí.

—Ha pasado mucho tiempo, Hase. —El apodo cariñoso «liebre» que me dedica hace que el corazón me dé un vuelco y que la respiración se me entrecorte.

La butaca se gira y veo los ojos de Félix rezumar ilusión, una felicidad inaudita que es acompañada por una enorme sonrisa que ya debe haber dibujado un par de hoyuelos bajo la barba de sus mejillas. Ahora que estoy más cerca de él, puedo ver algunas canas en su pelo teñido y también varias arrugas que se acentúan con el gesto que me dedica caminando hacia mí antes de abrazarme con fuerza. La impresión provoca que tarde varios segundos en corresponder, moviendo mis manos para apretar los dedos en su espalda y percibir más de cerca el perfume a sándalo que siempre ha estado grabado en su piel.

Recuerdo la última vez que nos vimos, previo a que su cargo en Los Cuatro tomara más importancia y decidiera desaparecer ante el mundo para vigilar nuestras espaldas con un millón de ojos. Aquel día también pronunció la palabra «Hase» en honor a la cantidad de veces que conseguí escaparme de él durante los entrenamientos, porque casi nunca fue capaz de derribarme, y ese pequeño detalle me hace sonreír

de verdad.

—Creí que no volvería a verte nunca —admito con confianza, aunque por dentro se hayan despertado mil alarmas.

No puede ser casualidad que Félix aparezca justo en este momento, no después de lo ocurrido en Berghain.

—Ya sabes cómo es esto, un buen líder tiene que rodearse de gente de confianza mientras no llama la atención del resto. Estar entre las sombras ha sido la mejor decisión que pude tomar hace tiempo, mi manera de proteger a lo que yo llamo una familia. —La palabra resuena en mi mente y hace que sienta una furia que procuro no expresar. Él fue quien me quitó a los míos y que finja ese tipo de cariño hacia mí me da náuseas—. Sin embargo, las cosas evolucionan, el tiempo cambia las circunstancias y ya va siendo hora de que vuelva a la carga, que esté ahí para la lucha directa.

—El mundo se está volviendo loco —corroboro sin ninguna intención de llevarle la contraria.

Quiero ver hacia donde nos lleva todo esto y por eso me concentro en poder conseguir cualquier información de su parte, algo que nos acerque a Toni y a mí a poder acabar con Los Cuatro y la maldita sonrisa que me dedica en cuanto abre la puerta que hay al final de esta especie de despacho.

—Desgraciadamente, sí. Por eso me alegra tener a gente como tú a mi alrededor —agradece con tono conciliador, hasta cariñoso.

Caer en el embrujo de esa simpatía y sus ojos azules me hace ignorar lo que ocurre hasta que entramos en la siguiente estancia y giro la cara, encontrándome con un Max que está amordazado y con la cara llena de sangre. La espalda se me hiela al ver su ojo derecho hinchado y sus muñecas y tobillos atados en la silla manteniéndolo erguido a pesar de que apenas parece respirar.

—Imagino que lo conocerás. —Es Conrad quien habla, perdiendo por completo la simpatía hacia mí, en un tono de dureza que tengo muy claro lo que significa.

—Es mi vecino, el marido de mi… —Estoy a punto de

pronunciar «mejor amiga», pero el temor a ponerla en peligro me hace recular—. Diana, viven en el piso de enfrente.

—Un tipo que pasó desapercibido fuera de nuestros radares, hasta hace unos días. Resulta que este valiente es agente del BND y ha pasado cierta información a sus superiores que podría ponernos contra las cuerdas. Dime, Carver, ¿cómo es posible que un tipo tan insignificante también vuelva loca a toda la *dark web*?

Lo último me pilla por sorpresa y siento que es una oportunidad de oro para salir del paso, dándome cuenta de que Toni sigue a salvo. Félix me observa atentamente, con ojos felinos y una expresión fría que da pánico. Sobre todo, cuando sonríe, en un gesto que destila más peligro que cariño. Está expectante por escuchar mis palabras y soy muy consciente de que estoy a punto de jugar al todo o nada, así que me encojo de hombros y miro a Max con indiferencia.

—Como has dicho, los tiempos cambian. Es imposible controlar a todo el mundo y podemos tener al propio enemigo de vecino con la cantidad de información y medios que están en nuestro poder para investigar a cualquiera —elogio a un hombre que está a punto de romper el corazón a la mejor persona que he conocido. Corro un gran riesgo al hablar así, poniéndome en su lugar y demostrándole a Félix ese lado seguro con la única intención de desviar la atención—. Por suerte, ha dado con un muro que es mucho más fuerte que su estupidez.

El hombre que me lo robó todo aplaude y se echa a reír, pintando un gesto de orgullo que acompaña rodeando mi cuello con un brazo, pegándome a su cuerpo como tantas veces hizo de joven, fingiendo ser un tío que, en realidad, siempre fue calaña.

—Supongo que tendremos que hacer una búsqueda más concienzuda, porque está claro que tenemos a alguien en nuestras filas que es lo suficientemente imprudente como para poner nuestra importante misión en peligro. —El semblante de Félix vuelve a cambiar y aprieta la mandíbula acercándose a Max con desprecio.

A pesar de que está completamente imposibilitado, lanza un

puñetazo que golpea en la nariz de él haciéndole soltar un quejido sin fuerzas. Aparto la mirada consciente de que es un gesto de debilidad y me encuentro con los ojos de Conrad.

—Ahora tienes a una vecina que consolar —anuncia con frialdad, caminando hacia el que ha sido mi vecino durante tantos años.

Conrad saca una pistola de su cintura y le pega un tiro en la sien. La sangre chorrea el suelo y la cabeza de Max cae a un lado sin vida, dejándome con el corazón helado a pesar de que no expreso absolutamente nada.

—Limpiad todo esto —ordena Félix, llevándose una mano al pelo para recolocar algunos mechones que se han escapado de su peinado. Después se gira y vuelve a encarar mi mirada con simpatía, convirtiéndose de nuevo en la otra cara de una moneda que nunca sabes de qué lado va a caer—. Ahora que hemos solucionado esto, vamos a lo importante. ¿Recuerdas nuestro lugar idílico? Va a ponerse en marcha de nuevo en poco más de una semana y quería ser yo mismo quien te informara, debo admitir que allí pasamos momentos inolvidables.

«Ojalá para mí fuera igual», me digo, y recuerdo con asco la cantidad de veces que fingió ser bueno conmigo con la única intención de hacerme olvidar a una familia que jamás me pude borrar de la memoria. Desearía poder arrancarle la lengua, clavar la mano en su pecho y sacarle el corazón mientras le veo caer de rodillas ante mí y aunque las ganas prevalecen, me convenzo de que ese momento va a llegar pronto.

—¿Te refieres a todas las veces que patee tu culo? —bromeo y me cruzo de brazos con gesto juguetón—. Podríamos volver a probarlo, hace tiempo que no tengo una buena pelea con alguien que merezca la pena.

—Será un placer cerrarte esa bonita boca, he estado entrenando, ¿lo sabías? Puede que esté más mayor, pero hasta ha sido mejor. —Félix lo dice amigablemente y puedo ver en sus ojos cómo

está imaginando ese momento, aunque rápidamente se encoge de hombros y vuelve a mirar hacia el cuerpo inerte de Max—. Me alegra saber que las cosas siguen igual, estoy deseando que veas lo que tengo preparado.

—Yo también —comento con fingida ilusión.

Conrad asiente y se aparta enseñándome la salida, esa es mi señal para largarme de aquí y no hacer más preguntas. Así son las cosas con Félix, nunca da más de lo que desea, a pesar de que considero ganancia saber que quedan pocos días para que Los Cuatro se muevan.

Con ese pensamiento en mente le doy la espalda y camino intentando imaginar cómo será la situación cuando encare la mirada de Diana. Un escalofrío repentino me recorre la espalda y hace que suspire soltando el aire lo más lento que puedo.

—Hase… —La voz de Félix atraviesa la distancia y detiene mis pasos abruptamente. El aire se tensa y me giro para encarar su mirada —. Espero que te guste el lugar que he reservado para ti. Lamento que hayas sido tan tonta como para creer que podías traicionar a tu familia con esa maldita mujer a la que te has estado follando.

Su semblante se enfría y mis ojos se llenan de sorpresa al mismo tiempo que escucho un disparo a mi espalda y noto como la bala atraviesa mi cuerpo haciéndome caer de golpe contra el suelo. El corazón se me dispara pero, irónicamente, noto cómo la respiración se me ralentiza poco a poco. Era un juego, un puto juego. Lo último que veo antes de que la oscuridad me invada es el cuerpo de Max y cuando el color negro me atrapa solo puedo recordar unos ojos, los de la única persona con la que he sentido comprensión. Alguien con quien no volveré a hablar. Una mujer que me ha marcado para siempre.

Y solo puedo esperar que Toni… se ponga a salvo.

# 35

## TONI

*Al mismo tiempo que el encuentro entre Irma y Félix*

«Yo también te echo de menos», las palabras en el mensaje de Alicia se pasean por mi mente en el momento más inoportuno, segundos después de que Irma haya cerrado la puerta a mi espalda. Odio haberme quedado paralizada, odio darle la oportunidad a mis miedos y dejar que estos hablen por mí. La decepción que he sentido ha tomado el control, dejándome con los pies paralizados sin la oportunidad de dar un paso, abrir la boca o dejarle claro que siento un intenso pánico porque le pase algo. He visto una seguridad envidiable en su mirada, pero este mundo nos ha dejado claro que cualquier cosa puede pasar y no quiero imaginar el peor escenario, a pesar de lo mucho que confío en sus capacidades.

El frío me hiela la espalda y, ahora, lo único que puedo hacer es prepararme para el siguiente paso: contactar con Carmen e informarle de los avances, dejarle claro que vamos con todo y que ya no hay vuelta atrás. Sea cuando sea, tengo claro que no voy a volver a Madrid sin que esto haya terminado.

«Si es que vuelves», dice una vocecita dentro de mí.

Busco en la maleta unos vaqueros que me pongo con una camiseta y una sudadera que cubre mi cuerpo hasta mitad de los muslos. En completo silencio, me agarro el pelo y elijo una gorra que me haga caminar con discreción, dispuesta a encontrarme con las calles de la ciudad otra vez. El corazón me va a mil por hora y no puedo evitar pensar en Irma y en sus últimas palabras. Hace días que me dijo la forma de contactar con Bishop, aunque espero no tener que recurrir a eso. El silencio es ensordecedor y las calles están vacías, bajo el cobijo de una noche donde hasta las estrellas parecen tener miedo a asomarse. Una ligera brisa recorre mi cuerpo y en cuanto me alejo del apartamento, marco el número.

—Vamos… coge el puto teléfono —me quejo con cierta

desesperación.

El pitido al otro lado de la línea tensa cada uno de mis músculos y no soy capaz de relajarme hasta que escucho su voz.

—Línea segura —comunica con toda la tranquilidad del mundo.

Ojalá pudiera rescatar un poco de calma para mí.

—Lo hemos conseguido, van a reunirse y estamos seguras del dónde, aunque todavía no tenemos claro el cuándo. Espero instrucciones de ella para dar el golpe final.

—¿Han surgido problemas o algo más que deba saber? —Su pregunta me hace pensar inmediatamente en Max y la resolución que le dimos a pesar del peligro que suponía y aún supone para nosotras.

—Todo ha salido como estaba previsto, han mordido el anzuelo. —No detengo mis pasos y, de repente, me doy cuenta de que he dejado atrás las calles para llegar a un lugar más abierto—. Pero necesito que hagas algo por mí, ¿vigilarás a mi hermana? Creo que puede estar en peligro.

Frente a mí veo algunos columpios y bancos dispuestos para que las familias pasen tardes divertidas tras la salida de los niños del colegio. La imagen de Joana se viene a mi cabeza cuando ella tenía seis años y solíamos jugar con el balón en sus inicios con el deporte. Carmen se ha quedado en silencio y eso dispara mi corazón. Si no mantengo su apoyo a partir de ahora, esto habrá terminado.

—Hecho. Te haré saber si las cosas se vuelven extrañas —promete, y después se forma un tenso silencio—. Muy bien, ya hay un par de contactos a la espera. Tienes carta blanca, en cuanto sea el momento jugaremos nuestra última baza.

—¿Tendremos extracción? —Es la primera vez que una pregunta me da tanto temor. Mis pies se detienen al filo de la acera a un cruce de distancia del parque. La mandíbula se me tensa y empiezo a escuchar mis latidos—. No pienso irme de aquí si…

A punto de terminar la frase, un cuerpo se lanza contra mí,

provocando que el teléfono salte por los aires. La caída me deja sin respiración y noto un crujido en las costillas que pone un grito en mis labios. No me he repuesto cuando recibo una nueva patada que me hace rodar por el suelo. La sangre se abre paso a través de mis labios y el interior de mi boca. Todo se nubla a mi alrededor y la figura cae sobre mí con una sonrisa macabra que me deja paralizada. Intento forcejear, pero el peso me aplasta, atrapándome las muñecas mientras se pone a horcajadas sobre mi cuerpo.

—¿Qué ha pasado…? —Escucho la voz de Carmen a través del teléfono y de repente, todo se queda en silencio.

El hombre se me queda mirando con los ojos inyectados de orgullo, consciente de que su fuerza es superior a la mía, disfrutando del pánico que se abre paso en los míos y de cómo empiezo a respirar de forma entrecortada.

—Félix tiene un mensaje para ti —dice con voz ronca, dispuesto a dejarme claro que no voy a tener oportunidad de escapar—, quiere que sepas que se siente orgulloso de Irma, una chica valiente, pero muy estúpida.

—¿Qué le habéis hecho? Os mataré. —Su risa no me sorprende, pero sí las palabras que se han escapado de mis labios, con celo, dispuesta a cumplir la amenaza.

—Vaya… así que sí te importa, quién diría que esa mujer sería capaz de acercarse a alguien sin querer acabar con su vida. —La burla por su parte me inyecta un chute de adrenalina que me ayuda a moverme e intentar escapar de un agarre que lima mis esperanzas poco a poco. El dolor en las costillas es tremendo, pero no pienso darle la oportunidad de que sea consciente de ello—. Será bonito, imaginar que también está pensando en ti cuando le metan un tiro entre ceja y ceja.

—¡Y una mierda! —No me lo pienso y le pego un golpe con la cabeza cuando esboza una sonrisa cerca de mi cara.

El impacto me marea, aunque la peor parte se la lleva él por cómo se tapa la nariz con las manos. Ese segundo de distracción me da

la oportunidad de escapar de su agarre moviendo mi cuerpo y dándole una patada que lo deja en el suelo. Lo primero que hago es buscar la pistola en mi cintura, encontrándome con un vacío que me reprocho al instante, no sé cómo he sido tan tonta de dejármela allí, así que corro hacia él y aprovecho la velocidad para impactar otra patada en su cara sacándome un quejido de dolor.

—¡Hija de puta! —grita y pega un puñetazo contra la tierra con rabia.

Veo cómo la sangre empieza a manchar el suelo del parque y cuando se levanta, preparo mis puños dispuesta a pelear. Centro la mirada en el enemigo, por suerte no hay nadie a nuestro alrededor al que pueda poner en peligro, él corre hacia mí y lanza un golpe que evito con el antebrazo. Giro sobre mis pasos y le doy un codazo en el costado que le cuesta otro quejido de dolor. Sus ojos me observan igual de letales que sus intenciones y no tarda en actuar en consecuencia. A la vez que se limpia la sangre con el dorso de la nariz, se saca un cuchillo de la cintura que apunta hacia mí, y hace que me pregunte si este será el *modus operandi* de la organización. Asesinar sin dejar mayores pistas que unas cuantas heridas en puntos donde la víctima no tiene nada que hacer. El filo brilla ante mis ojos y me permito respirar unos segundos. No sé si Irma estará a salvo pero, para poder averiguarlo, antes tengo que quitarme a este de encima.

Sin perder un segundo vuelve a correr y a unos treinta centímetros lanza el brazo clavándome el arma en el hombro abriéndome una herida dolorosa. Por suerte, me da tiempo a girar evitando que pueda ser peor y otra vez le doy una patada atrás de la rodilla para desestabilizarlo. El segundo de tregua me da la oportunidad de ver cómo la sudadera empieza a mancharse de sangre gracias a un corte que parece ser profundo, pero que no me derrota.

Todavía no.

El secuaz se levanta y vuelve a mirarme, aunque esta vez se queda quieto, midiendo su próximo ataque y viendo las posibilidades que tiene de vencerme —que son muchas— en cuestión de unos cuantos golpes. Estoy desarmada y eso le da ventaja, salvo que no

pienso rendirme por más que quiera.

—¿No puedes con alguien como yo? Qué pena, seguro que a Félix no le va a gustar que vuelvas con las manos vacías.

—Te crees muy lista —espeta llevándose otra vez el dorso de la mano a la nariz, que no para de gotearle. Desde aquí puedo ver que está rota y eso me hace sonreír—. Pensaba matarte aquí mismo, pero me apetece que corras el mismo destino que esa zorra de Irma. ¿Qué te parece? Juntas, quedándoos sin aire hasta morir enterradas, ¿no te parece romántico?

Los pelos se me ponen de punta y aunque el impacto es fuerte, no tengo más opción que apartar esa sensación porque él viene a por mí y lanza de nuevo el cuchillo. Giro sobre mis pasos y logro evitar el ataque, aunque es más rápido y al esperarse mi movimiento hace lo mismo y me agarra de la sudadera, clavándome el cuchillo en la espalda.

Suelto un grito de dolor y, sin esperarlo, recibo una patada que me lanza contra el suelo de rodillas. El aire se atasca en mi garganta cuando siento cómo me coge del pelo y echa mi cabeza hacia atrás. Mis manos van rápidamente a su muñeca en un intento por ofrecer resistencia, pero mi cuerpo parece rendirse ante la idea de que esto se acabe aquí mismo y lo único en lo que puedo pensar es en Irma, en lo estúpido que ha sido enviar ese mensaje a Alicia y en la decepción que Joana va a sentir cuando sepa que su hermana nunca ha sido lo que esperaba. Quiero cerrar los ojos y estoy a punto de hacerlo cuando la sonrisa de mi opresor vuelve a caer sobre mí, pero entonces se escuchan dos disparos y suelta su agarre, cayendo con peso muerto a mi lado.

—Qué… —El miedo atraviesa mi cuerpo y me arrastro de espaldas, intentando ver de dónde han venido.

El dolor nubla mi visión y me cuesta ver con claridad la sombra que se acerca con una ligera cojera, hasta que el desconocido se para a un par de metros delante de mí y abro la boca sin poder creer lo que ven mis ojos.

—¿Sorprendida? —Andrés esboza una sonrisa encantadora y se rasca la barbilla con descaro, encogiéndose de hombros al ver cómo el enemigo se remueve en un intento por dar su último golpe de efecto —. Joder, esta gente es dura de roer.

Le veo apuntar con el arma otra vez y rápidamente me pongo delante.

—¡Espera! —grito, dejando a mi compañero con una ceja levantada mientras me arrastro hasta el tipo y lo giro para poder mirarlo a los ojos—. ¿Dónde está? —ordeno con los dientes apretados —. ¡Habla!

—Estás loca… —balbucea con la boca llena de sangre—. Esa puta no va a pasar de esta noche y tú tampoco.

A pesar de estar desangrándose, el tipo es capaz de empuñar el cuchillo y lanzar su mano contra mí, pero antes de que el filo llegue a rozarme, Andrés dispara y le mete una bala en la cabeza que lo mata al instante.

Quiero reprochárselo, gritarle, levantarme e irme a por él, darle una paliza y descargar la furia que apenas puedo contener en mi interior, pero en cuanto nos miramos sé que estoy viva gracias a él y eso significa que tengo una oportunidad de salvarla. Busco en todos los bolsillos del hombre hasta que doy con un teléfono que desbloqueo con su huella dactilar —para mi suerte—, y al abrir los mensajes doy con uno que me llena de alivio y me deja sentada en el suelo.

Nos la llevamos, va a ser un gran elemento decorativo para los terrenos. En cuanto acabes con ella reúnete en la casa con los demás.

—Tenemos que irnos, Irma está en peligro —anuncio, levantándome deprisa. Mis pies trastabillan y el dolor atraviesa todo mi cuerpo y las heridas que tengo en el hombro y la espalda, aunque no sé si es peor sentir el de las costillas.

—Deberías tomártelo con calma, un equipo se encargará de este tipo y tú tienes que curarte esas heridas.

—¡No podemos, van a hacerle algo! Tenemos que ir a por ella. —La desesperación hace que me agarre a su ropa y arrugue los dedos

mientras lo miro con súplica y un terror que jamás he sentido—. ¿Cómo has…?

—¿De verdad creías que iba a dejarlo estar? Te olvidas de que te conozco muy bien, Toni, y después de lo que me contaste sabía que solo confiarías en una persona, así que hablé con ella y me dio carta blanca para venir a cubrirte las espaldas. —Me siento tan agradecida que no puedo evitar abrazarme a él y aunque Andrés se queda algo paralizado, termina por rodear mi cuerpo con sus brazos—. No vas a dejar que te cure, ¿verdad?

Niego y vuelvo a separarme con lágrimas en los ojos.

—Si la abandono, jamás me lo perdonaré.

# 36

## IRMA

La oscuridad me rodea acompañando mis pasos a través de un pasillo cuyo final es una puerta entreabierta por la que sale un resquicio de luz. El impulso me hace ir hasta allí y al poner una mano sobre la madera, la abro para descubrir una habitación llena de juguetes y peluches con las paredes pintadas en amarillo y verde, y decoradas con un montón de animales que dan vida a un zoo imaginario al que un niño de cuatro años apunta. Su risa recorre las paredes como un haz de luz que se te mete directo en el alma y, al girarse, la felicidad que se ve en sus ojos verdes es tan plena que se me contagia al segundo.

—¿Qué has descubierto? —pregunto yendo con él.

El niño extiende su mano y me la entrega sin decir nada, cuando me agacho y quedo a su altura vuelve a señalar hacia un par de niños que también van agarrados, caminando por un bosque lleno de flores cuyo aroma me envuelve enseguida, metiéndome en un recuerdo que toma vida al mirarlo otra vez. El pequeño se abraza a mí y cuando lo rodeo con los brazos, la imagen se rompe y algo se lo lleva lejos de aquí. Su mirada se clava sobre la mía y las lágrimas caen sin descanso partiéndome en pedazos. Él grita y grita y, sin más, la naturaleza cambia por unas intensas llamas que reducen todo a cenizas.

—¡Irma! —grita el pequeño y el sonido retumba en mis oídos.

Poco a poco se aleja y ya no me veo capaz de alcanzarlo.

Siento un profundo dolor en el centro del pecho, y cuando estoy a punto de ir tras él abro los ojos de golpe y me veo rodeada de una intensa oscuridad. El sobresalto acelera mi respiración y necesito de varios segundos para darme cuenta de que estaba inmensa en un sueño, el recuerdo de un hermano que jamás ha abandonado mis pensamientos a pesar de que yo era también muy pequeña cuando me lo arrebataron.

—¿Dónde…? Ah, ¡joder! —suelto un quejido cuando el dolor me atraviesa toda la espalda y entonces recuerdo la sonrisa macabra de Félix y a Conrad apretando el gatillo.

La imagen de mí cayendo al suelo con la expresión desencajada del último atraviesa mi mente y ya no recuerdo nada de lo que vino después, salvo la horrible sensación en el cuerpo de haber sido arrastrada y… «¿Qué está pasando?», pregunto sin abrir la boca y cuando muevo los brazos, las manos chocan con algo duro. «No, no, no», vuelvo a decirme, consciente de que no soy capaz de ver absolutamente nada, rodeada de un olor horrible que sube por cada centímetro de mi piel.

Entro en un estado de pánico, tan rápido que puedo escuchar el latido de mi corazón en los oídos. Mis manos palpan todo lo que me rodea y no hago más que chocar y chocar y mis rodillas corren el mismo destino cuando intento moverlas.

—¡¿Qué habéis hecho?! —grito, en un intento desesperado porque haya algo más ahí fuera, pero lo único que oigo es mi propia voz y el eco sordo que crea aquí dentro cuando golpeo la madera—. Me han… me han…

«Enterrado», sentencia una voz en mi cabeza. Empiezo a hiperventilar, aferrando los dedos a la ropa, sintiendo la oscuridad como una manta gélida que me atrapa de inmediato. El aire escasea y mi cuerpo empieza a temblar. La claustrofobia se apodera de mis sentidos, mi pecho se aprieta con cada bocanada de aire que intento tomar. Golpeo, golpeo y golpeo desesperadamente las paredes, astillándome los dedos, buscando una salida que sé que no voy a encontrar. El sonido de la tierra contra la caja es como un susurro ominoso de mi desesperación y el silencio que me rodea está a punto de deshacerme en pedazos. «Por favor… ayudadme».

—¡Que alguien me ayude! —bramo rompiéndome la garganta, dando golpes sin parar, con los ojos ardiéndome por el terror envueltos en unas lágrimas que salen sin ningún tipo de control—. ¡¡¡Socorro!!!

Mi peor pesadilla se ha convertido en realidad. He bajado directa al infierno y la piel empieza a quemarme, llevándose la poca cordura que me queda.

Mi mente se nubla mientras lucho en un intento por recuperar un control que jamás ha estado a mi alcance. Cada pensamiento se vuelve una carrera frenética por encontrar cualquier solución y escapar de este maldito ataúd, aunque al segundo soy consciente de que mi vida ha terminado. Vuelvo a golpear, las manos me duelen por los raspones y heridas abiertas mientras el sudor recorre todo mi cuerpo. Los pulmones empiezan a arderme por la falta de oxígeno y el corazón se vuelve un tictac que marca el compás del poco tiempo que me queda agotando los segundos, llevándose todo. Ya no hay nada más.

Jamás he sentido miedo, pero ahora, este se cierne sobre mí como una sombra palpable y sus garras afiladas se clavan en mi cuerpo mientras me consume la certeza de que jamás volveré a ver la luz. Ahogo un grito y me doy al llanto, pensando en mis últimos días de vida, las últimas veces que he caminado por las calles de Berlín, aunque hay una imagen que se vuelve mucho más clara. Toni aparece frente a mí como si estuviera a punto de abrazarme igual que hizo en aquel diminuto espacio, luchando contra los demonios que se pegaron a mi espalda. La escena cambia y ella vuelve a sonreír pegada a mi cuerpo, rodeadas de música y de necesidad, la misma que sentí hacia ella en Berghain. La oscuridad me sofoca y el terror se convierte en una espiral interminable de agonía. «Qué destino tan cruel», dice una voz, pero ya no estoy segura de ser yo la que habla.

—Lo siento… —clamo entre susurros, sin apenas poder escucharme.

Por todas y cada una de las personas a las que he hecho daño. Por la sangre que he derramado. Por ser un alma terrible para este mundo.

Cierro los ojos y me abrazo como puedo, sintiendo que vuelvo en el tiempo de regreso a ese instante donde un niño sonríe señalando a los animales de la pared; y en mi última bocanada de aire, sonrío,

porque al menos he podido volver con mi hermano cuando todo se apaga a mi alrededor.

***

«Irma, Irma, abre los ojos por favor».

—¡Irma!

Doy una bocanada de aire. La garganta me arde y el golpe en mi pecho es tremendo mientras empiezo a toser, aferrando los dedos contra el suelo, arañando con las uñas lo que hay bajo de mí. El dolor no importa, ni siquiera las lágrimas que vuelven a tomar el control. Lo primero que me pregunto es si estoy en un sueño, si he vuelto a despertar rodeada de esa cruel oscuridad, metida en una caja en el fondo de un lugar cualquiera pudriéndome para ser parte de la tierra cuando me descomponga. Me cuesta tomar el control de las bocanadas de aire que doy y llevo una mano hacia mi pecho, arrugando los dedos ahí, intentando sentir el latido de mi corazón.

Es extraño cómo el cuerpo reacciona cuando crees que te has entregado a la muerte. Cada hueso y músculo me duelen, pero lanzan un quejido a la vida tan impactante y dañino que, por un segundo, pido morir de verdad.

Algo se posa sobre mí y el pánico me impulsa a agarrarme a un brazo mientras abro los ojos para intentar defenderme, hasta que la imagen se vuelve más clara y veo la cara de una mujer que me observa con el horror pintado en su cara y una mueca que deja claro lo horrible que debe parecerle esto. Toni intenta sonreír, pero es evidente que no va a poder conseguirlo.

—Estás de vuelta… —susurra, intentando calmar mi respiración al poner su mano sobre mi pecho—. Ya estás aquí.

—Tenemos que largarnos, estamos muy expuestos. —Una voz que reconozco llega a mí y parpadeo unas cuantas veces, terminando por ver claramente a Andrés.

Quiero preguntar, pero la voz se me atasca en la garganta y no soy capaz de pronunciar una sola palabra. Toni asiente y se lleva uno

de mis brazos tras el cuello para levantarme y empezar a caminar a pesar de que ella también parece herida por los gemidos que salen de sus labios una y otra vez. Estoy a punto de mirar a mi espalda, a ese maldito agujero, a la tierra que llevo pegada para hacer del pánico mi propia sangre.

Apenas me doy cuenta de cómo me meten en un coche. Toni se pone a mi lado y, al momento, su compañero está al volante, arrancando el motor y pisando el acelerador a toda velocidad. La oscuridad vuelve a cernirse atrayendo un temblor a mi cuerpo que no puedo controlar y que me hace castañear los dientes. Esta vez aguanto las lágrimas, pero es evidente que estoy a punto de sufrir otro ataque de pánico, hasta que unas manos se posan en mis mejillas y ella me obliga a mirarla.

—Ya estás a salvo, ¿vale? No te preocupes.

Afirmo, pero no puedo sacarme de encima ese olor, el sudor es una segunda capa hecha de brutalidad dispuesta a quedarse ahí junto a los temblores por más que Toni me obligue a querer volver a la realidad. Cuando Andrés da una curva y sale a la carretera miro a través de la ventana y nos veo lejos de los árboles, del lugar que ha estado a punto de ser mi sentencia de muerte. Cierro los ojos y escucho las risas macabras de quienes me han arrastrado por el suelo, golpeándome hasta dejarme inconsciente, momentos antes de ser enterrada viva. Un pinchazo a mi espalda me advierte de la herida que sigue ahí, sangrando, demostrando que queda vida en mí y, por un segundo, quiero que cada gota se pierda por el agujero hasta dejarme sin opciones de vuelta.

No sé dónde vamos, tampoco lo pregunto. Parece que mi voz se haya quedado oculta y temerosa en algún recóndito lugar de mi garganta. Tampoco puedo escuchar con claridad a Toni cuando da instrucciones a Andrés porque siento que mis sentidos están en otra parte, que mi alma ha abandonado mi cuerpo para ver todo lo que ocurre en primera fila sin que pueda actuar, y la sensación se mantiene durante un buen rato. Hasta que llegamos a la ciudad y las luces de las farolas iluminan el capó y las ventanas del coche. Al rato,

entramos en un garaje con tanta oscuridad que me sobresalta, pero enseguida se hace la luz y me hace llevar una mano a los ojos.

—Hemos llegado, no nos han seguido, por si acaso me comunicaré con el equipo.

«¿El equipo?», me pregunto. ¿Desde cuándo esto se ha convertido en una lucha con otras personas?

Me gustaría poder decir algo al respecto, hablar con Toni y reclamar con celo volver a los primeros días cuando empezamos a investigar, pero esta noche me ha quedado claro que no vamos a poder solas con Félix y que sus armas son tan peligrosas como una bomba nuclear.

—¿Puedes caminar? —Toni se me queda mirando una vez que abre la puerta del coche y mete la cabeza para cederme su mano.

Vuelvo a afirmar y se la doy, abandonando la comodidad del asiento para soltar un gemido de dolor cuando me enderezo. Las piernas vuelven a temblarme y parece que de un momento a otro voy a perder las fuerzas, pero ella se las arregla y me mantiene en pie a pesar de que parece una columna llena de grietas que también corre peligro de caer.

Solo bajo las luces de aquí me doy cuenta de que también está sangrando. Parece que le hayan dado una paliza y mi primer pensamiento es el de venganza, darle su merecido a quien haya osado hacerla daño.

No pienso dejar a Félix con vida.

—Estás… —logro balbucear, pero ella me pide silencio con un siseo.

—No te preocupes por mí, lo importante es ponerte a salvo —comenta sin dejar que en su voz se perciba algo de duda.

Estar a salvo, algo que en este instante veo muy lejano, como si fuera imposible de alcanzar. Tengo un millón de preguntas, muchas se forman en mi cabeza, pero sigo sin poder aclarar las ideas o poner en orden el barullo de pensamientos que transcurren por mi mente. Así

que avanzo, doy un paso tras otro y me dejo llevar por Toni y Andrés al interior de un ascensor, después por un pasillo y, finalmente, a una puerta que atravesamos para que los dos me coloquen encima de una especie de mesa y se muevan rápido a mi alrededor.

No sé si es el cansancio o si es que estoy muerta de verdad, pero sus figuras empiezan a difuminarse frente a mí y cuando Toni se acerca para pronunciar unas palabras que no escucho, caigo de nuevo en la oscuridad.

# 37

## TONI

*Teltow, Alemania*
*Viernes, 31 de mayo de 2024*

«Vas a ponerte bien, lo prometo», dije, y sentí que nunca había hablado con tanta seguridad. Al segundo, Irma perdió el conocimiento y Andrés y yo aprovechamos para sacarle una bala que, por suerte, no había dañado ninguna parte importante de su organismo, vimos claro que el disparo fue un simple aviso para lo que prepararon después. Mientras duerme imagino lo que debe de haber pasado allí encerrada bajo tierra, rodeada de oscuridad y de unos pocos centímetros para moverse. La imagen de su expresión de pánico en el hotel Riu se viene a mi mente y me causa un escalofrío que me pone todos los pelos de punta, jamás sería capaz de desearle algo así ni a mi peor enemigo.

Por más que también la considerara a ella al principio.

—¿Le ha bajado la fiebre? —Andrés da un par de toques al marco de la puerta y se asoma mostrando un interés que al principio me pilló por sorpresa pero que ahora veo sincero.

—Ya está mejor, sí —respondo agradecida—. ¿Hay noticias?

—Por ahora el BND no ha detectado movimientos, no se han dado cuenta de que la sacamos de ahí. —El carraspeo en su voz me deja ver que él está tan impresionado como yo—. Estarán manteniendo un perfil bajo, sobre todo después de haber perdido un activo.

No sé si fue cuestión de suerte o si alguien obró para que pudiéramos encontrarla a tiempo. Andrés y yo abandonamos el parque a toda prisa y nos subimos a su coche para dirigirnos a la ubicación que encontré después de otra búsqueda en el teléfono de aquel hombre. Recuerdo haber discutido con mi compañero, meterle prisa para pisar el acelerador cuando el motor no daba más. La más de media hora que tardamos en llegar se me hizo eterna y cuando nos quedamos al filo de aquel terreno, un coche apareció en la lejanía

mostrándonos el camino por el que había venido.

Andrés y yo esperamos unos segundos más y después condujimos hacia un bosque repleto de árboles y con un solo camino humedecido por las lluvias de días anteriores. En cuanto aparcamos, salí corriendo del coche y seguí las huellas que encontré iluminándolas con la ayuda de mi teléfono hasta que una zona sin hierba apareció frente a nosotros. Conforme más me acercaba más me parecía escuchar los gritos de Irma, pero de repente la voz se apagó y los siguientes minutos se convirtieron en una tortura.

Acaricio mis manos llenas de pequeños cortes producto de haber excavado y abrir aquella caja con la única ayuda del cuchillo que trajimos con nosotros. Si la llegan a meter en un ataúd probablemente no estaría aquí, soy tan consciente de ello que el pecho me arde cuando tomo una bocanada de aire.

—Estoy segura de que después de lo que ha ocurrido, Javier no se va a quedar en Madrid de brazos cruzados.

—Carmen lo está preparando todo para que crean que vas a regresar, pero tendrás que volver a Berlín y correr el riesgo de estar allí tú sola. Yo me quedaré con Irma hasta recibir instrucciones. —Andrés se cruza de brazos y la mira con tranquilidad, casi como si fuera una más de nuestro equipo.

Algo que todavía me cuesta creer de verdad.

—No estoy segura de dejarla aquí, ella es…

—Podré con esto y no pienses que voy a traicionarla, o a traicionarte a ti —aclara con voz clara dejando caer los brazos a cada lado de su cuerpo mientras avanza—. Puede que sea una de las criminales más buscadas, pero si has confiado en ella, yo también lo haré.

Su mirada es franca, igual que siento sus palabras, pero al girar la cara y mirar cómo ella duerme, noto un fuerte peso en mi pecho, algo que me impide alejarme.

—Está bien, pero tienes que llevar cuidado. Aunque los hayamos burlado, esta gente tiene ojos en todas partes —le recuerdo y

él afirma.

La conversación se enfría y Andrés nos vuelve a dejar a solas. Todavía me cuesta creer el giro que han dado los acontecimientos y me es inevitable no cuestionarme mis lealtades. Joana me ha llamado a primera hora y también ha envidado un par de mensajes para quejarse de nuestro padre y su maldita prepotencia, está enfadada, aunque siento que en el fondo tiene miedo a lo que pueda hacer en su contra. Tengo ganas de coger el teléfono, contarle lo que pasa y liberar el peso que llevo cargando conmigo desde que me enteré de todo; pero ahora no puedo hacer otra cosa que esperar al momento justo para delatarlo ante Carmen y que sufra las consecuencias. Los nervios me levantan de la silla y voy a buscar la cajetilla de cigarrillos que está en la cajonera que hay al lado de la puerta. Llevo uno a mis labios y enciendo el mechero dispuesta a ahogar cada uno de mis sentimientos con el humo.

—Deberías apagarlo, se supone que lo habías dejado. —La voz de Irma me hace girar de golpe y cuando la miro, veo que dibuja una pequeña sonrisa—. ¿Cuánto tiempo…?

—Casi dos días —informo, aplastando el cigarro en el cenicero —. Estaba claro que necesitabas dormir. —La broma hace que intente reír, pero hasta ese mínimo gesto le parece doloroso, sobre todo, cuando intenta incorporarse en la cama—. No hagas esfuerzos, tu cuerpo ha pasado por mucho.

—No todos pueden decir que les han enterrado vivos. —Su ironía en este tipo de situaciones es admirable, aunque el horror que le produce el recuerdo se ve en sus ojos al segundo—. ¿Lo he soñado o Andrés está aquí?

—No ha sido un sueño —aclaro y camino para sentarme en el hueco que hay al lado de la cama. Los dedos me cosquillean deseosos por agarrarle la mano, pero la vergüenza me lo impide, entonces entrelazo los míos y dejo ir un suspiro—. La cosa se ha puesto seria, pero la BND y Carmen ya están colaborando para ir a por ellos. Tengo que volver a Berlín para que crean que he desistido y regreso a casa. —Antes de que ella lo pregunte, me adelanto—. Estamos en un piso

franco, en la zona rural de Teltow, lo suficientemente cerca de ellos para poder actuar, pero también lejos para que te… recuperaras.

Se me hace un nudo en la garganta y, de un momento a otro, el corazón se me dispara, latiendo a mil por hora y poniéndome los pelos de punta. Irma asiente, supongo que está tratando de procesar toda la información, o quizá todavía se intente hacer a la realidad de que está viva y no bajo tierra. Volver a pensar eso me deja con una dolorosa sensación por todo mi cuerpo, aunque nada podrá compararse a lo que debe estar pasando ella.

—Esta vez creí que iba a morir de verdad, ¿sabes? —Irma agacha la cabeza. Las heridas no son tan visibles en su cuerpo, salvo por las raspaduras de las manos y algunos moratones que están repartidos también por brazos y piernas, pero esto no es algo que se vea a simple vista, son otro tipo de cicatrices—. Me di cuenta de que mi vida ha sido horrible, que yo lo he sido… Tanto daño, tanta sangre, no quiero esto para mí. No quiero estar en mi lecho de muerte y pensar que he sido un monstruo.

—No eres un monstruo —replico y sonrío moviéndome para poder mirarla a los ojos con claridad—. Solo has seguido órdenes, has intentado vivir como te han enseñado. Las dos lo hemos hecho.

—Pero tú tienes el respaldo de los tuyos, una familia, amigos, a Joana.

—Te equivocas. —Niego encogiéndome de hombros, acariciando mis manos con nervios, tan decepcionada conmigo misma que tardo unos segundos en poder volverla a mirar—. Puede que tenga a mi hermana, pero el resto… es todo una mentira. Voy por ahí, mirándolos a los ojos, diciéndoles que llevo una vida maravillosa y que tengo un trabajo digno de orgullo; cuando, en realidad, causo el mismo caos y la misma vergüenza que cualquier criminal sin conciencia.

—Como yo. —Irma aprieta los labios y su mirada se empaña en lágrimas.

—Lo creí al principio, pero tú te encargaste de dejarme claro

que, si hubieras podido, jamás habrías elegido esta vida. Tienes conciencia, y algo me dice que lo que sientes ahí dentro es de verdad, tan doloroso como cierto. Eres esa niña a la que le arrebataron su familia, unos padres, un hermano, un hogar; y lo único que has podido hacer es intentar llenar ese vacío con cosas emocionantes que otros te pusieron en bandeja.

—¿Lo sabías? —pregunta, refiriéndose a cómo cayó bajo el cuidado de Félix.

Afirmo y me tomo el atrevimiento de coger una de sus manos. Viéndolo así —con las heridas y marcas que atraviesan nuestras pieles— soy capaz de darme cuenta de que somos iguales: dos mujeres que han corrido el mismo destino, dos peones en un tablero dirigido por personas horribles capaces de destruirlo todo.

—Ya no estás sola —confieso. Nuestras miradas se encuentran y el corazón late con fuerza contra mi pecho. A pesar de sentirse débil, casi destruida, vuelvo a ver esa furia y valentía que he conocido, hasta que me acerco a ella y la beso dejándole claro algo que lleva conmigo durante días—. Nunca más lo estarás.

La confesión se escapa con mis labios cerca de los suyos y cuando Irma se abraza a mí, yo correspondo ese gesto, permitiendo que por un segundo nuestros miedos tomen el control y nos hagan necesitar el consuelo de la otra.

# 38

## IRMA

*Horas después*

Vuelvo a sentir el temblor en las manos, en mis piernas, por todo mi cuerpo. La sensación me ahoga y se aferra a mi garganta como dedos dispuestos a quitarme todo el oxígeno, a acabar con mi vida en cuestión de un suspiro. Fuera solo hay oscuridad y el recuerdo de esa fría caja, rodeada de desesperación, me pone los pelos de punta. Lo único que puede darme consuelo es el cosquilleo que sigue presente en mis labios, antes de un adiós que me hubiera gustado no tener que dar.

Una sombra apareció debajo de la puerta tras ese momento, los pasos de un hombre que ahora está sentado tranquilamente en un sofá, bebiéndose una cerveza mientras analiza varios datos que aparecen en su portátil.

—Supongo que tengo que darte las gracias. —Al escucharme, cierra la pantalla y se gira, mostrando su habitual frialdad.

—Toni es quien debería llevarse el mérito, ella es la que más confía en ti.

—¿Y tú, crees que podrías hacerlo? —El interés se presenta de forma sincera, aunque el instinto me dice que tenga cuidado, que no puedo tratarlo como a un igual.

Andrés tuerce la boca y limpia su rostro de cualquier gesto que pueda delatarle. Ahí sentado, parece tener el control del mundo y me recuerda un poco a Félix o Conrad, a los muchos hombres con los que he tratado dentro de este trabajo, sin importar la edad, agencia o facción criminal. Analizo su postura y camino hacia él mientras acaricio el respaldo de una silla con el índice, haciendo lo mismo con el sillón que está frente al sofá, lugar donde me siento.

—Tú y yo siempre seremos enemigos —comienza, relajando más su postura cuando apoya su tobillo derecho sobre la pierna

izquierda. Con elegancia, se lleva las manos a esta y entrelaza ahí los dedos, dejando descansar la rodilla que le herí antes de volver a Berlín. Solo entonces sonríe y es capaz de mostrarse calmado, casi como una persona normal—. Pero ya sabes lo que dicen, el enemigo de tu enemigo es tu amigo. Lo que pase después está en manos de otros, ahora solo quiero centrarme en cumplir con nuestro objetivo. Si todo sale bien, podremos reunirnos con Toni y preparar el golpe final.

«El golpe final», las palabras resuenan en mi cabeza con fuerza, casi puedo sentir la adrenalina escalando por mi cuerpo, instalándose por todas partes dispuesta a hacerme luchar. Pero también es inevitable sentir miedo, consciente de cómo las cosas pueden salir mal por más que sintamos tener el control. Por supuesto, oculto el sentimiento ante un hombre que parece dispuesto a cualquier cosa con tal de ganar una batalla.

Cuando pestañeo, la imagen del cadáver de Max se planta con crudeza y no puedo evitar sentir una gran desolación, no solo por él, sino por la mujer a la que van a destrozar la vida.

—Que así sea —digo sin más y muerdo mis mejillas—. ¿Tienes un teléfono seguro?

—¿Para qué? —Ahí está, la desconfianza. Andrés levanta una ceja y tensa la espalda sin apartar la mirada ni un segundo de mí. Intenta averiguar cuáles son mis intenciones y no puedo reprochárselo, si estuviera en su pellejo, yo haría lo mismo—. ¿Eres consciente del riesgo?

—Dudo que estén vigilando este sitio, solo quiero contactar con una amiga. Necesito saber que está bien y si es así, que salga de su casa de inmediato.

Andrés chasquea la lengua, incrédulo en cuanto escucha la palabra «amiga», pero enseguida se da cuenta de que no pienso irme de aquí hasta conseguirlo. Rápidamente, se levanta del sofá y me cede un teléfono, quedándose ahí de pie con los brazos cruzados. Está claro que no va a darme tregua así que tecleo y marco el número de Diana con la intención de saber si está fuera de peligro, pero sin levantar

sospechas. En cuanto pulso el botón de llamada pongo el altavoz y espero impaciente.

Los segundos pasan lentos y el remordimiento empieza a subirme dándome náuseas. «Si le ha pasado algo, nunca me lo perdonaré», dicto para mí misma, hasta que su voz aparece al otro lado de la línea.

—¿Quién es? —Su voz suena cansada, como si estuviera en un infierno. Sabe que algo pasa, aunque desconozco hasta qué punto estará enterada de lo que le ha pasado a Max—. ¿Hola?

Andrés se me queda mirando con los labios apretados y yo le suplico con la mirada que le dé la información sin más esperas. Incluso avanzo hasta él haciéndole un gesto con la cabeza señalando el teléfono. Dios, si tengo que ponerme de rodillas, juro que lo haré.

—Si tienes a alguien con quien quedarte, lárgate de tu piso —ordena con una firmeza aplastante.

El ambiente se paraliza, y ya noto cómo el corazón me va a mil por hora.

—¿Qué? ¿Por qué? —Diana debe haber tirado algo por el sonido que escucho al otro lado del teléfono—. ¿Quién habla? ¡Qué está pasando! ¿Max…?

—Será mejor que me hagas caso y salgas de ahí, te lo dice un buen amigo.

Nada más pronunciar esas palabras, Andrés corta la llamada y yo suspiro de alivio al comprobar que no han estado hablando más de veinte segundos. Es imposible no sentir algo de pánico imaginando cualquier escenario donde ellos puedan haberlos escuchado. La emoción por saber que Diana está bien me deja con las manos temblando y las lágrimas acuden a mis ojos enseguida. Ahora, solo cabe esperar que haga caso y salga de esa casa cuanto antes. La herida de mi espalda me da un pinchazo y noto cómo las piernas me tiemblan también, a punto de caer. Andrés es rápido y me sujeta, ayudándome a caminar para que me siente en el sofá y busca un vaso de agua que me entrega sin pensárselo dos veces.

—Gracias por lo que has hecho, sé que podría ponerte en peligro.

—En este trabajo, todo lo es —aclara con gesto frío, sin dudar ni un segundo de lo que dice—, pero reconozco que ha sido un poco estúpido, y valiente. Nunca pensé que…

—¿Alguien como yo pudiera tener una amiga de verdad? —Termino su frase con ironía. Me tomo un segundo para refrescarme la garganta y después agarro el vaso con ambas manos, con tal de que él no note lo nerviosa que estoy—. Diana es la única persona en el mundo que ha estado ahí a pesar de que sabe lo que hacía. —Me encojo de hombros y lo miro a los ojos—. Lo que hacemos nos obliga a una soledad que se vuelve insoportable.

—No siempre. —Como si fuésemos compañeros, Andrés se sienta en el sillón y vuelve a la postura de antes, llevándose una mano a la barbilla para rascársela—. Si ves esta vida como lo que es, consigues crear una separación entre tus convicciones y el resto del mundo. Solo hacemos un trabajo, no tenemos por qué llevar toda esta locura al entorno personal.

—¿Y tu conciencia? ¿Cómo puedes mirar a las personas que quieres y mentirles constantemente?

—Porque no lo hago. —Su respuesta hace que frunza el ceño, hasta es capaz de esbozar una sonrisa tranquila que acompaña encogiéndose de hombros—. En ese aspecto Toni es igual que tú, siempre se cuestiona las cosas haciéndolas más complicadas, pero cuando estás con la persona que amas, un amigo o hermano, a ellos no les muestras al agente que se dedica a esto, solo la persona que hay bajo ese caparazón. Solo tienes que saber cómo dejar el trabajo en la oficina.

La paz que destilan sus ojos negros es apabullante y, en cierto modo, me da envidia porque está claro que yo no he sido capaz de despegarme de esa capa que ha viajado conmigo constantemente a lo largo de los años. Los reproches con los que me he limitado siempre caen sobre mis hombros con una fuerza brutal, dejándome al borde

del cansancio.

He sentido tanto miedo a no ser aceptada que jamás pensé en dejar ver a la mujer que hay dentro de este pecho, salvo con dos personas. Y una de ellas debe estar sometiéndose ahora mismo a otra tirada de un peligroso juego. Tranquilamente, dejo el vaso a un lado y me recuesto en el sofá mirando a Andrés, profundizando lo que puede haber tras esos ojos que en ciertos momentos están furiosos, leales a su agencia y, a veces, concediéndote un poco de calma.

—Resulta que no me vas a caer tan mal después de todo —bromeo, apartando los ojos de él para mirar hacia arriba—. Quizá hasta podríamos haber sido amigos, en otra vida.

—Tal vez —añade y después, nos envuelve un tranquilo silencio.

Las grietas que hay en el techo de este lugar me observan con la misma tranquilidad que yo las cuento. No quiero permitirme cerrar los ojos, deseo estar alerta ante cualquier peligro que pueda venir de ese hombre; pero, con el paso de los segundos, sucumbo a un cansancio que sigue trepando por mi piel y logra que me hunda en el sofá, en una calma que tiene fecha de caducidad. Porque en cuanto Toni contacte con nosotros, tendremos que estar listos para abandonar el cobijo de estas cuatro paredes y enfrentarnos a la realidad.

Tomo aire y lleno mis pulmones intentando dejar mis pensamientos a cero. Pero la realidad es que tengo miedo, no solo por lo que pueda pasarme a mí, sino a lo que ella se estará enfrentando ahora mismo.

# 39

## TONI

*Aeropuerto de Berlín-Schönefeld*

«Cubículo siete». Me subo las gafas de sol al quitarme la gorra que llevo puesta y las uso de diadema en cuanto atravieso la puerta del aeropuerto. Tengo una única instrucción, dos palabras enviadas al teléfono que va conmigo y que ha estado en silencio durante las últimas siete horas. Desde que pisé el suelo de Berlín mantengo la sensación pegada a mi espalda de que alguien vigila mis pasos, podría ser el hombre que nos persiguió en moto —y al que todavía no le pongo rostro— o cualquiera de los secuaces de Félix, dispuestos a acabar conmigo tras lo ocurrido en el parque. Llevo los pelos de punta y no es por culpa del frío sino por la maldita incertidumbre. Si esto sale mal, todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano e Irma…

«No podré hacer nada para ayudarla y darle la libertad que tanto desea». Carmen me dejó claro que esto era una moneda de cambio, y no haber compartido esta información con Andrés o la mujer que ocupa parte de mis pensamientos provoca que los nervios se me hayan puesto en la boca del estómago.

Para colmo, he vuelto a rechazar una llamada de Joana y ya está bombardeándome a mensajes queriendo saber si estoy bien o si ha pasado algo durante el viaje. Odio tanto no decir la verdad que el peso de la mentira sigue lastrando mis pasos. Pero ahora no me permito un segundo de dudas, porque de mis siguientes pasos va a depender el resto. Pensar que el director está detrás de tantos secretos y engaños, solo me hace querer saber cuántas cosas más nos estarán ocultando y eso me produce un tremendo dolor de cabeza. ¿Hasta qué punto estará mi padre implicado?

—¿Toni? —Me tenso al escuchar mi nombre y preparo mi cuerpo para la lucha, esto no puede traer nada bueno—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

La voz de Alicia corta el espacio y ella aparece delante de mí,

dándome un abrazo que me deja clavada en el sitio. Tardo unos segundos en reaccionar y poder rodear su cuerpo con mis brazos en un gesto que no desprende ni un poco de cariño; algo de lo que se da cuenta por la manera en la que me mira cuando nos separamos, extrañada por mi actitud, cuando la realidad es que este simple encuentro podría ponerlo todo en peligro.

—Sí que es una sorpresa —soy capaz de decir poniendo una sonrisa forzada. Ante su presencia, echo un vistazo a nuestro alrededor, con los sentidos alerta por si alguien nos está vigilando—. ¿Qué tal va todo?

—Bastante bien, tengo unas horas de descanso, pero no me apetecía ir a dar una vuelta, ¿te invito a un café? Creo que el vuelo a Madrid no sale hasta dentro de una hora —comenta con tono alegre. Enseguida puedo ver sus intenciones en la mirada y provoca que trague saliva—. Porque vuelves a la ciudad, ¿no?

—¿Qué? Ah, sí, sí —titubeo y el corazón empieza a latirme a toda prisa—. Perdona, es que estoy muy cansada, este viaje ha sido una locura.

—Ya lo veo. —Con la misma alegría que siempre la ha caracterizado, lleva una mano hacia mi cuello y no se corta en dejar una caricia repleta de intenciones—. La verdad es que he querido llamarte para que nos viéramos. Me alegré mucho cuando me enviaste aquel mensaje.

«Mierda, el mensaje», pienso, y el sudor frío recorre mi espalda. Ella se acaricia la chaqueta oscura de su uniforme de azafata y vuelve a sonreír, expectante, diría que hasta nerviosa, y en cuanto me cruzo con sus bonitos ojos me doy cuenta de lo que debo hacer.

—Eso fue… —titubeo y agacho la vista, estoy a punto de hacerle daño y todavía no tengo claras las razones por las que mi corazón me pide que la deje ir—. No puedo estar contigo, Alicia, ha sido maravilloso, pero no es… lo que quiero.

—Ya… —asiente, y se vuelve a quitar unas arrugas inexistentes en su uniforme—. Supongo que entonces nos tenemos que decir adiós

—comenta con la voz algo apagada, pero enseguida acepta la derrota y vuelve a sonreír. Sé que está recogiendo fuerzas de cualquier parte, porque yo también lo he hecho alguna vez—. Quizá nos volvamos a ver en un aeropuerto.

—A lo mejor —aclaro y le dedico la misma sonrisa antes de darle un fuerte abrazo.

Aprovecho esta última vez para tirar el aire y dejarle claro que ella no tiene nada que ver por más que pueda llegar a pensarlo, es solo que este mundo sigue siendo sumamente cruel. Sin mediar palabra, me separo, suspiro y empiezo a caminar dispuesta a terminar con esta maldita locura. Cubículo siete, ese es mi objetivo, aunque parece que la vida no me lo vaya a poner tan fácil.

—Toni. —Alicia me llama otra vez y, al girarme, veo cómo se arregla el pañuelo que lleva alrededor de su cuello y se lo mete con elegancia entre la camisa—. No la dejes escapar —suelta, y la sorpresa baña mi expresión a la vez que ella pone un gesto de derrota.

Una marabunta de sentimientos empieza a recorrerme por dentro, dejándome con la garganta seca y los dedos temblorosos al pensar en Irma. «Nosotras no…», quiero decirme, pero mis pies avanzan hacia los aseos, dándole a Alicia la espalda sin haberle contestado nada. Mi única intención es cumplir este cometido antes de volver a reunirme con Andrés y la mujer que durante semanas se ha estado abriendo paso en cada hueco de mi interior, con una seguridad que envidio, con una sorpresa que todavía me deja extrañada.

El ir y venir de los muchos pasajeros que llegan al aeropuerto para coger un avión queda a mi espalda en cuanto abro la puerta de los aseos. Llego dos minutos tarde y cada segundo perdido puede significar una sentencia de muerte. Lo compruebo en cuanto abro la puerta del cubículo en cuestión y me cruzo con el gesto de malas pulgas de una mujer.

—Perdón, me han retrasado.

—En la bolsa tienes todo lo que necesitas —responde bruscamente, tirando de la cadena—. Carmen se pondrá en contacto

contigo en dos horas, todo está listo para actuar.

Levanto la mirada y doy con sus ojos castaños, sorprendida y consciente de lo que eso significa. Ella levanta una ceja metiéndome prisa y, aunque el espacio es pequeño, me las arreglo para quitarme la ropa que llevo puesta y dársela. Nuestros cuerpos se rozan y chocan un par de veces, aunque al final logramos terminar vestidas como lo estaba la otra, en unos segundos incómodos donde inevitablemente me he hecho una pregunta: ¿Habrá elegido la vida que lleva? No soy capaz de decirlo en voz alta, pero sí afirmar en cuanto la veo con toda mi ropa.

—Espera, te falta algo —digo frente a su cuerpo, llevando mis manos a su pelo para hacerle el mismo recogido que yo, dejando un par de mechones sueltos y rebeldes. Después, le pongo las gafas y la gorra, ocultando parte de su rostro—. Perfecto —añado y ella hace el amago de volver a tirar de la cadena para evitar que alguien nos pueda escuchar.

Niego y paso las manos por una camisa blanca ceñida a mi cuerpo, bufo al ver mis piernas y también al vislumbrarme como una alta ejecutiva que está a punto de tener una reunión con sus socios. La agente me da un bolso y me lo coloco justo cuando alguien entra en el aseo. Las dos pegamos la espalda al cubículo y ella se las arregla para subirse encima de la taza sin hacer ruido ni levantar sospechas, en un movimiento que está a punto de sacarme una risa que logro ocultar agachando la mirada. Desde luego no estamos en el lugar óptimo para jugar a los espías, pero el chute de adrenalina hace que mi corazón lata con fuerza y eso me permite continuar.

El silencio vuelve a rodearnos y salgo del cubículo con otras gafas de sol puestas y el pelo cayendo sobre mis hombros, peinado con elegancia a la vez que hago ruido con los tacones que me he puesto en el último momento, tras dejar a mi compañera ahí dentro, preguntándome si en algún momento de nuestras vidas volveremos a cruzarnos.

Cierta inseguridad me atraviesa al salir de los aseos, pero enseguida sigo caminando mientras me cruzo con personas que son

ajenas a lo que ha pasado ahí dentro. Alicia está de espaldas a la barra del bar donde toma un café y, aunque desearía no haber dejado así las cosas, no detengo mis pasos ni la intención de abandonar el aeropuerto cuanto antes.

Dos minutos después estoy dentro de un taxi, donde enciendo el teléfono y me encuentro con la llave de una consigna de equipajes de Alexanderplatz, en el centro de la ciudad.

—Lléveme a Alex-Oase, por favor —pido en un perfecto alemán y el conductor gira el volante siguiendo mis instrucciones.

—¿Trabajo o placer? —pregunta animoso, mostrando una sonrisa tranquila a través del espejo retrovisor.

Fuera, la ciudad empieza a moverse rápido, mostrándome partes en las que nunca me he fijado y dejándome con una sensación de primera vez que se instala en mi pecho, como si esta ropa o lo que acabo de hacer me hubiera convertido en otra persona, en alguien que, a veces, me gustaría ser.

—Para mi mala suerte, negocios. Algo que me va a cambiar la vida para siempre —confieso, liberando un peso de dentro, como si hubiera necesitado decirlo en voz alta.

El hombre me observa y después lleva la mirada hacia la carretera. Esa parte de agente que siempre nos acompaña echa un vistazo a lo que me rodea, analizando cualquier posible escape en caso de que el conductor se convierta en un problema, pero no tardo mucho en darme cuenta de que es inofensivo y que le gusta conocer a las personas que suben a su taxi. Así que charlamos durante el recorrido —casi veinte minutos— donde me cuenta anécdotas de su mujer e hijas y yo le hablo de mi hermana sin revelar muchos detalles, presentando ante el mundo una versión de Joana que me da miedo que alguien pueda destrozar. Y ese es el motivo por el que bajo del vehículo —pagando una generosa propina— y camino por Alexanderplatz, dando con el Reloj Mundial, el magnífico monumento anfitrión para los viajeros, donde se marcan los veinticuatro husos horarios de todo el mundo, dejándome claro que el tiempo puede estar

de nuestra parte si sabemos cómo aprovechar las oportunidades.

Las consignas no están lejos de aquí pero, consciente de que tienen videovigilancia, intento no delatarme ante las cámaras y cojo un bolso de viaje que hay en el interior del número diecisiete, llevándolo a uno de mis hombros para seguir con la caminata. En el bolsillo exterior encuentro unas llaves y una nota con una dirección indicándome a la hora que debo llegar; lo que me da una hora para tomar algo por la zona con discreción, minutos que pasan en un suspiro y que me hubiera gustado aprovechar para llamar a Joana.

—Vas a estar bien… —susurro, haciendo una promesa al aire mientras giro la llave para entrar al apartamento ubicado en Stralauer Straße, muy cerca del río Spree.

En cuanto me quito la chaqueta, dan las nueve de la noche y el teléfono suena. Al descolgar la llamada me quedo en silencio, expectante por escuchar la voz que estará al otro lado de la línea.

—Estamos seguras, hemos tomado todas las precauciones posibles. —Carmen habla con seguridad y eso me da una enorme tranquilidad, provocando que deje ir un suspiro—. ¿Ya te has instalado?

—A medias —reconozco, mirando a mi alrededor, a un salón de paredes blancas, que está decorado con un par de cuadros y muebles minimalistas que le dan un toque de color—. ¿Cuál es la situación? —quiero saber, sin perder el tiempo.

—Tal y como esperábamos va a ir a la ciudad —comunica refiriéndose a Javier. La decepción que siento hace que apriete los labios y cierre la mano libre en un puño que quiero estrellar contra la pared—. He conseguido duplicar la información de uno de sus teléfonos y la reunión va a ser en el lugar acordado, no han cambiado de opinión en ese aspecto, pero sí han adelantado los planes. Saben que el tiempo está en su contra.

—¿Y qué pasa con el jefe? —Uso esa palabra para referirme al director a la vez que miro por la ventana y veo el movimiento en las calles de Berlín, con personas que me pregunto si estarán bajo el yugo

de otros en una lista donde han dejado de ser nombres para convertirse en peones.

—Iremos a por él en cuanto estéis por la zona —aclara con la voz titubeante, quizá decepcionada también ante tanta deslealtad—. Esto es lo que vamos a hacer. —Carmen me prepara para lo que se viene.

Mis ojos no se despegan de las calles mientras la escucho y afirmo, a sabiendas de que, tal vez, nunca tenga la posibilidad de volver a casa.

# 40

## IRMA

*Domingo, 2 de junio de 2024*

La respiración hunde mi pecho en un doloroso ritmo con el que intento rescatar el poco oxígeno que queda a mi alrededor. Los demonios se ciernen sobre mí para llevarme a la más profunda oscuridad, dentro de un ataúd, bajo la tierra húmeda que me atrapa de brazos y piernas con sus raíces y el eco seco de unos gritos que no soy capaz de emitir. Quiero correr, quiero moverme y salir de aquí, pero no puedo y cuando las manos se ponen sobre mis hombros, siento que ya no voy a escapar.

—Irma, despierta.

Abro los ojos de golpe y me encuentro con Toni, tan cerca que puedo ver el pánico recorrer mi expresión en el reflejo de su mirada. Tengo el corazón acelerado y mi pecho sube y baja produciéndome el mismo dolor que en sueños.

—Dios, esto es horrible —suelto con enfado, incorporándome para llevar las manos a mi cara e intentar regular la respiración.

Todavía soy capaz de oler la tierra en mis manos, la madera que rasqué con los dedos a pesar de que he intentado arrancar ese aroma de mi piel con varias duchas, pero lo peor es la maldita sensación que me oprime, el miedo a volver a caer en la oscuridad, a cerrar los ojos y despertar dentro de una diminuta caja.

—Tienes que darte tiempo.

—¡No quiero tiempo, quiero olvidarme de esto! —Llevo la impotencia cargada en mi voz, en las manos con las que la aparto de mí sin quererlo de verdad.

La tristeza cruza la expresión de Toni y lo odio profundamente, prefería cuando me veía como a un animal letal y no como una… simple humana. Ni siquiera recuerdo si ha dormido conmigo, o qué hace aquí, cuándo hemos llegado o si estamos todavía en el centro de

Berlín; porque en mi cabeza solo permanecen los recuerdos de esos malditos minutos, donde el aire me abandonó y se mezcló con el pánico presentándome a la muerte.

—Está bien, iré a preparar un café. —Me merezco una bofetada, sin embargo, se levanta de la cama con cansancio dispuesta a dejarme a solas.

—No. Espera. —La agarro de la muñeca y la obligo a que se detenga. Solo entonces soy capaz de soltar todo el aire que contienen mis pulmones y relajar mi cuerpo—. No quiero que me odies mientras nos metemos en la boca del lobo —aclaro, a sabiendas de lo poco que nos queda para afrontar una realidad peor.

—¡Deja de decir eso, joder! —espeta y da un tirón rompiendo el agarre de mi mano. Toni se gira y me encara con furia y un enfado que jamás le he visto, y eso que este paseo no ha sido precisamente idílico—. Yo no te odio, ¿vale? Nunca lo he hecho, ¿te queda claro?

—Vale…

La confesión me pilla por sorpresa, igual que la rapidez con la que vuelve a la cama y se pone de rodillas cogiéndome del cuello para atraerme a sus labios y darme un beso que dice lo mismo que sus palabras. La humedad de su boca me paraliza y provoca que se me erice la piel. Apenas me da tregua porque, al separarnos, me empuja contra el colchón y estoy a punto de darme de cabeza contra la pared, haciéndome casi reír, al menos, hasta que se pone a horcajadas de mi cuerpo y aprieta sus muslos contra mi cintura, poniéndome bajo su control.

Una horrible sensación sube por toda mi piel igual que en las pesadillas, llevándome al interior de aquella caja, hasta que sus labios se encargan de sacarme el malestar, de alejar de mí una pesadilla que no sé si voy a poder olvidar, aunque me acojo a cada una de las sensaciones que Toni me produce, y eso es suficiente para encerrarlas en un armario.

—Ojalá supiera lo que…

—No importa —aseguro, poniendo un dedo sobre sus labios,

impidiéndole que diga una palabra que también aparece con firmeza en mi mente, porque yo tampoco tengo idea de lo que es esto, ni lo que pasará una vez que salgamos por esa puerta.

Lo único que sé es que la deseo, que cada roce de sus dedos abre fuego en mí y que mi cuerpo responde mojándome, vibrando de deseo en cuanto vuelve a besarme y lleva las manos a mis muñecas para iniciar un recorrido con el que acaricia todos mis brazos, hasta el borde de la camiseta que me quita para abordar una de mis caderas con la lengua. Un gemido se escapa de mis labios al sentir un mordisco y no puedo evitar llevar una mano a su pelo, agarrándolo con fuerza, hablando más de lo que podría decirlo a viva voz.

Sus dientes están hambrientos, su boca sedienta y su lengua inicia una batalla digna de llevarme a una locura que intento controlar arrugando los dedos contra las sábanas mientras me quita la ropa interior y busca algo más que resarcir sus deseos.

—Deliciosa —susurra levantando un segundo la mirada, con un orgullo fiero que me atraviesa.

—No pares… —pido, más bien lo suplico, y ella no tarda en cumplir con mi petición.

Hay un momento en que no puedo más, ni mover mis caderas para que su lengua se mezcle con mi interior ni conseguir que mis sentidos se centren. Aprieto con fuerza las manos contra el colchón y grito con el orgasmo electrificando todo mi cuerpo, y entonces ella sube, se arrastra por mi piel desnuda con una sonrisa pícara en los labios. Es el pecado hecho realidad y está dispuesta a continuar con su placentera cacería.

Toni se pone de rodillas y se quita la ropa despacio, provocándome, mirándome, mordiéndose el labio inferior para dejar que vea cada una de sus imperfecciones y las cicatrices que la marcan. En su costado derecho, en el muslo izquierdo, en el abdomen… Beso cada una de ellas y después acudo a su boca con la misma necesidad que ella aborda la mía. Recorro su cuerpo con las manos, arañando su espalda, su cintura y todo lo que encuentro a mi paso; logrando que

gima, aunque para mí no sea suficiente.

Mis dedos abordan su sexo, rozo su humedad y Toni se pone a horcajadas sobre mi cintura, enredando las piernas a mi alrededor, consiguiendo que nuestras manos se apoderen de la cordura de la otra sin descanso, cubriendo el cuerpo de marcas que no tienen nada que ver con el mundo horrible en el que vivimos, en algo que solo va a ser de nosotras. Como nuestros gemidos, la respiración entrecortada, el sabor salado de su piel cuando la beso o la risa que dejo escapar cuando muerde mi cuello.

El huracán que formamos se lo lleva todo y cuando nos unimos en gritos y también en un orgasmo increíble, todo da vueltas a mi alrededor, de una manera que jamás había sentido.

Toni cae sobre mi cuerpo y apoya la mejilla en mi pecho sin decir nada, recuperando la respiración y ahora siento pánico de romper este momento.

—No te odio… —susurra, repitiendo esas palabras, sin moverse ni un centímetro.

Uno de sus dedos dibuja círculos sobre mi piel húmeda y me aferro a su espalda intentando recuperar una respiración desordenada que deseo que vuelva a revolucionar.

—Yo tampoco —confieso y bajo la mirada para ver esa expresión tranquila, hasta que el deber nos arranque de cuajo esta paz.

***

Andrés se nos queda mirando cuando aparecemos por el pasillo, pero no dice absolutamente nada. Sobre la mesa del salón tiene abierto un mapa que no necesito ver, reconocería esa zona incluso con los ojos cerrados, hasta el lugar donde… Un escalofrío recorre mi espalda al recordarlo y tengo que obligarme a caminar para ver los puntos que él ha marcado, donde los agentes de la BND van a posicionar el dispositivo una vez que le demos la orden. El plan es presentarnos allí e intentar colarnos en las instalaciones antes de que el resto se

despliegue para cubrir nuestras espaldas.

Oficialmente, ninguna agencia está enterada de esa reunión; de hecho, Carmen se ha encargado de desviar la atención, usando todos sus contactos disponibles para hacerles creer que nos han metido el miedo en el cuerpo.

—No sabemos cuántos guardias habrá —comenta Andrés rascándose la nuca—, así que tendremos que organizar una vigilancia previa tras el anochecer.

—Eso solo va a complicar las cosas —indico cruzándome de brazos, mirando al mapa en un intento por encontrar algún punto débil.

—¿Y qué sugiere la experta? —escupe sin ningún tipo de tacto, dejándome claro que no soy yo quien toma las decisiones aquí.

—Dar un golpe de efecto. Algo que no se esperen.

—Como si fuera tan fácil… —protesta, poniendo los ojos en blanco.

Toni tensa la mandíbula y lo crucifica con la mirada. Andrés levanta las manos y se aparta de nosotras en un intento por relajar la tensión. Creo que Félix estará atento, sabe que no haber cambiado el punto de encuentro tiene sus riesgos a pesar de creer que ha ganado la batalla, pero aun así tenemos que sorprenderle, hacer algo que sea totalmente inesperado. Cualquier cosa que… «No, no, esto es muy arriesgado», pienso cuando una idea se me viene a la cabeza, pero al mirar el mapa me doy cuenta de que no tendremos otra oportunidad.

Sé que Los Cuatro van a estar allí, sean quienes sean y si no conseguimos acabar con ellos, puede que nunca lo hagamos.

—Iré sola, que descubran que estoy viva —digo con firmeza.

—Estás loca, no pienso dejar que lo hagas. —La parte racional de Toni rebate la idea de inmediato, pero al volverme y encarar esa expresión en la que la dureza desaparece para revelar miedo, sonrío.

—Soy nuestro as en la manga, la única manera en la que podremos distraerle.

—Han intentado matarte una vez Irma, no cometerán el mismo error —me recuerda atrapándome la muñeca con la mano.

Aprovecho para girar la cara y mirar a Andrés que se muestra impasible, hasta yo diría que le parece una gran idea si al final acaban por deshacerse de mí. Niego y doy un par de pasos para quedarme cerca de Toni; después, pongo las manos en su cuello y siento una revolución en mi corazón.

—Las dos sabemos que es la única salida —aseguro, y ella no es capaz de negarlo.

Entonces la beso sin importarme que su compañero esté aquí. Aprovecho este pequeño instante para dejar claras las cosas y para tomarme la libertad de hacer a un lado a Irma Carver, la asesina a la que le arrebataron todo, y así volver a ser la mujer que ella descubrió bajo capas y capas de daño y sangre.

# 41

## TONI

*Pankow, Berlín*
*Esa misma noche*

Nos preparan para esto desde el principio: a vivir en la incertidumbre, a mirar a tu espalda y a dar la cara al miedo; pero, a veces, nada es suficiente para sacarte el temblor que recorre tu cuerpo cuando sabes que estás a punto de avanzar a territorio peligroso. Andrés está a un par de metros de mí, con el equipo puesto y el arma entre sus manos, expectante por dar el siguiente paso. Puedo ver en sus ojos las ganas, dispuesto a entregarse en cuerpo y alma por esto, quiere volver a casa con las manos llenas de gloria y no puedo mentir al respecto, yo también lo quiero.

Sin embargo, mi atención viaja a la mujer que se aleja de nosotros con una seguridad apabullante mientras guarda las manos en los bolsillos de su *blazer*, con la atención puesta en lo que tiene delante, desprovista de armas visibles o protección alguna; y, con cada paso que da, no dejo de decirme que esto ha sido una horrible idea.

—La subestimas —habla Andrés e intenta mostrar tranquilidad, aunque la verdad es que no sé si interpretarlo como indiferencia.

—Ella es muy capaz, pero no confío en la gente que está ahí dentro. —No lo miro a los ojos, estoy escondida tras un árbol y lo único que deseo es correr tras ella, meterme de lleno en esa casa y luchar hasta el final.

Pero sé que si lo hago perderemos el factor sorpresa, así que no me queda otra que esperar.

Irma nos ha prometido avisarnos con el reloj que lleva puesto. Basta con que apriete un botón para hacernos avanzar, a mí y a todo el equipo de la GSG 9 —la unidad de élite de la Policía Federal Alemana— que espera entre las sombras, ocultos por la naturaleza y el camuflaje de sus trajes. En total somos veinte agentes y ninguno sabe si podrá volver a casa esta noche. El pensamiento me pone los pelos

de punta y hace que me muerda el interior de las mejillas. Mi corazón late a mil por hora y no sé qué voy a hacer para poder centrarme en esto, pero Andrés tiene las palabras correctas para conseguirlo:

—En un par de días estarás con tu hermana, piensa en ella. Cuanto más la tengas presente, más fácil será. —Ahora sí que giro la cara y le veo sonreír, gesto que no puedo evitar responder con un asentimiento.

Los segundos pasan tan lentos que empiezo a mover un pie con desesperación. Mis dedos se entumecen y, con el cerebro a punto de explotarme, veo a través de los prismáticos cómo se enciende una luz y abren la puerta del edificio. Dos miembros de la seguridad personal de Félix tienen a Irma agarrada de sus brazos y ella no se resiste, de hecho, creo que hasta endereza la espalda.

—Parece que les ha sorprendido —dice una voz en el intercomunicador que llevo en la oreja—. El resto está en orden. —Eso me deja tranquila, pero es imposible que pueda confiar que todo va a salir bien.

Ella se zafa del agarre y uno de los tipos está a punto de darle un golpe hasta que Conrad aparece bajo el marco de la puerta con claro gesto de no creer lo que está viendo. Parece que se haya puesto blanco de repente. En otras circunstancias, Irma se las habría arreglado para matarlo ahí mismo, pero es capaz de esperar paciente a que el hombre dé la orden para entrar y, un segundo después, la puerta se cierra.

—Hay movimiento. —Otra voz se presenta en mi oído y echo un vistazo con los prismáticos para ver cómo, efectivamente, varias personas se mueven alrededor del edificio aumentando la seguridad de los alrededores.

Temen que ella no haya venido sola, y deberían, aunque espero que no sean tan conscientes de lo que se les viene encima. El equipo uno está preparado para actuar en cuanto se lo diga, agentes que trabajan con sigilo, monstruos de la noche que aparecen como sombras a los pocos segundos de llevar la mano derecha a mi

intercomunicador y decir:

—Adelante.

Observo desde la lejanía sin perder la atención de lo que sucede frente a nosotros. Dos agentes de la GSG 9 se plantan tras un par de guardias y acaban con su vida en un suspiro. Después se los llevan a rastras para evitar que el resto los vean mientras caminan frente a un edificio donde varias luces se encienden. «Ya está pasando», pienso para mí y dejo a un lado todo eso para centrarme en lo que hay que hacer. Parece que el tiempo se paralice, pero en realidad no deja de correr en una espera que me pone los pelos de punta. Es desesperante cuando quieres reencontrarte con alguien, saber si está bien y, a cambio, tienes que limitarte a quedarte plantada, concentrada en un bien mayor. El corazón me late a la vez que cuento cada segundo, asegurándome de que el uniforme cubre mi cuerpo al completo, protegida a mi espalda por un hombre cuya mirada ya ha adoptado ese gesto de placer ante el peligro. Adrenalina en estado puro. Y, tras ese pensamiento, nuestros relojes parpadean.

—Ya está con él. ¡Vamos! —ordeno y los dos echamos a correr.

Mi compañero toma la delantera y yo sigo sus pasos sin dejar de analizarlo todo. Unas pocas horas nos han servido para saber por dónde movernos en un terreno desprovisto de árboles al avanzar unos cincuenta metros. Los agentes disparan y matan a la mayoría de los guardas que rodean el edificio, abriéndonos el camino para ir al interior en cuanto destrozamos la puerta que protege a Los Cuatro. «Que estén aquí», pido en silencio. Personas a las que todavía no les ponemos cara y otros que conocemos muy bien.

La oscuridad queda atrás y me zambullo de lleno con el interior de un lugar que ha cambiado mucho desde la última vez que estuvimos aquí. Un hombre aparece al final de un pasillo y disparo mi fusil MP5/10 para acabar con su vida al segundo.

—Equipo tres y cuatro, cubrir las posiciones este y oeste. Equipo dos, al sur. El resto vamos dentro.

Andrés habla claro, dando unas instrucciones que ya nos

sabíamos al pie de la letra. Carmen se encargó de transmitirlas en cuanto nos informó que había pedido la colaboración de la Policía Federal Alemana tras perder a un valioso —pero imprudente— agente del servicio de inteligencia, listos para llevarse el mérito y cubrirnos las espaldas en una misión que no ha sido registrada oficialmente en el CNI. Estar aquí es un privilegio que pocas personas tienen, no hemos dado nombres ni tampoco hablado de nuestras carreras o el temor que puede embargarnos cada vez que empuñamos un arma.

Ahora, mi compañero y yo somos un agente más de sus filas y, como tal, actuamos en consecuencia.

Frente a nosotros se abre un espacio de techos altos y lámparas victorianas. Estamos rodeados de riqueza y habitaciones dispuestas para una larga estancia en una fortaleza de dos plantas que se parece a la casa de campo donde solía ir de vacaciones con mi padre. El recuerdo se planta con fuerza en mi mente y limita mis pasos durante un momento, hasta que otro guarda aparece por una puerta y Andrés dispara su arma.

—Céntrate —pide sin temor a que suene a orden.

Yo asiento y avanzo con él caminando por un largo pasillo de mármol que nos lleva a una especie de sala de descanso, apta para tomar un café a media tarde. Las paredes están decoradas con estanterías y un montón de libros, además de varias figuras geométricas que acompañan a rompecabezas que sé reconocer bien. Me rodean reliquias de otra vida, de guerras pasadas en las que agentes como yo fuimos formados por personas que estaban dispuesta a sembrar el caos.

Varios disparos se escuchan por toda la casa y eso me pone los pelos de punta. Al girarme apunto con firmeza el fusil hasta que veo a un par de compañeros dispuestos a seguirnos tras derribar a sus objetivos. Un haz de luz atraviesa las ventanas de la sala y vemos cómo un coche derrapa antes de que alguien dispare a los neumáticos, provocando que las personas que hay en su interior intenten huir a pie. Los cuerpos siguen cayendo por la información que el resto transmite en nuestros oídos. Dos agentes mueren y agradezco su

servicio en silencio. Andrés no expresa absolutamente nada, se mantiene tan concentrado en esto que no se permite ni un segundo de tregua en avanzar.

—La planta baja está despejada, ya tenemos a Javier —anuncian y eso nos hace mirar hacia las escaleras que suben a la planta de arriba, tras haber recorrido las más de diez salas que hay aquí abajo, entre cocina, salones y algunas habitaciones.

—¡Vámonos de aquí, ahora! —Un hombre y una mujer aparecen frente a nosotros después de abrir una enorme puerta de madera, deseando bajar las escaleras al lado de alguien que conozco muy bien.

Teagan Nox se me queda mirando y su semblante se tensa en cuanto me reconoce. Nos vimos las caras en el hotel, puede que no de cerca, pero sabe que estuve allí y eso me permite sonreírle con orgullo mientras la apunto con el fusil. El tipo a su lado lleva las manos a la cintura y antes de que pueda sacar el arma, le disparan haciéndole trastabillar y que caiga por la baranda estrellándose contra el suelo. Yo doy un paso y ella levanta las manos —muy consciente de sus posibilidades— sabiendo que es mejor estar con vida en país aliado.

—¿Dónde está Félix? —pregunto sin perder el tiempo, acercándome a ella para que pueda ver el cañón a unos pocos centímetros de su corazón.

—Qué valiente, querida —suelta sin ninguna intención de ofrecer rendición—. Ha sido un orgullo entrenarte para esto.

Sus palabras cruzan el aire y chocan conmigo filosas dándome ganas de estrellarle la culata en la cara. Andrés se da cuenta y coge mi brazo para que la ignore mientras que uno de los agentes camina con ella escaleras abajo.

Los tres que quedamos seguimos y avanzamos por una gran sala hasta dar con otra donde el silencio reina, tan frío como certero, lo suficientemente letal como para ponerme los pelos de punta. Mis sentidos despiertan, se quedan en alerta y me susurran al oído que me prepare para lo que estoy a punto de ver. Escuchamos más disparos,

gritos que cruzan los pasillos sellando voces y apagando corazones, cuando el mío no es más que una cabalgada de mil caballos queriendo llegar a un mismo destino. Andrés da el primer paso y cuando tira abajo la siguiente puerta, el alma se me parte en dos.

Roberto Ariza sonríe con orgullo cuando su hija entra apuntando el fusil contra cualquier persona que se pueda poner en su camino. Sin embargo, la fortaleza de ella cae en mil pedazos nada más verle, consciente de una realidad que ninguno vimos venir. Porque sabíamos de sus actos pasados, pero jamás pudimos imaginar que estuviera implicado hasta este nivel. Él es uno de Los Cuatro, miembro hereditario con Félix, lo he sabido en cuanto Conrad me ha arrastrado hasta aquí dentro y los he visto tomando un *whisky* sin saber que Toni y Andrés comandaban esta misión, una jugada inteligente por la que ese hombre no reacciona, como si en algún momento hubiera entregado su alma al diablo a cambio de no sentir.

—¡Cuidado! —advierto, pero no me da tiempo a prevenir el tiro en la cabeza que le dan al agente que los acompaña.

El cuerpo cae con peso muerto a la vez que el que ha sido mi contacto y otro tipo apuntan sus armas contra Andrés y Toni, dándoles un empujón para que avancen, antes de que los dejen de rodillas tras darles una patada. El dolor que atraviesa la mirada de ella me deja sin respiración y con ganas de matarlos a todos. Y lo habría hecho de no ser porque yo he corrido el mismo destino y estoy semiatada contra la pared. Siento de nuevo el cañón del arma que empuña Roberto contra mi cabeza y no sé por qué cierro los ojos, tal vez espero morir aquí de verdad, frente a una mujer que lo ha cambiado todo para mí.

—Así que tú eres quien la sacó de ese agujero, menuda hazaña, tendríamos que haber cavado más hondo para que se pudriera ahí dentro, ¿verdad, Roberto?

—Mi hija es muy cabezota, nunca ha sabido donde está su lugar —le responde con un tono de burla que no soporto y que a Toni le golpea de lleno.

Si la noche en la que lo descubrió todo se sintió decepcionada, lo que veo ahora en sus ojos no tiene nada que ver con eso, va más

allá de lo que yo pueda llegar a conocer o sentir con respecto a Félix. Es una sensación que recorre el aire y que puede romperte en mil pedazos, hacerte añicos cada músculo y cada hueso hasta dejarte irreconocible. Y eso es justo lo que Toni ve en su padre: un ser despreciable, un hombre que no conoce en absoluto.

—Supongo que habrá que hacerlo mejor con Joana.

—¡Te mato, hijo de puta! —Toni hace el amago de levantarse, pero Conrad la detiene estrellando la pistola en su mandíbula, tirándola contra el suelo para poner la bota sobre su cuello, impidiéndole que se mueva.

—Deberíamos largarnos de aquí, seguro que no van a tardar en venir —anuncia él.

—Solo un momento —pide el padre de Toni, dándole el arma a Félix, caminando hacia ella para ponerse de rodillas y llevar la mano a su barbilla. La sangre borbotea de su mejilla y un moretón se abre paso por su piel mientras la obliga a que lo mire, con un desprecio que me pone los pelos de punta y ensombrece también la mirada de Andrés—. ¿No has tenido suficiente con la vida que te he dado? ¿No podías simplemente seguir las órdenes de la agencia y matar a esa zorra? ¿Qué es lo que quieres, Antonia? ¿Reconocimiento? ¿Que te aplaudan cuando vuelvas a Madrid? ¿La gloria que nunca te has merecido, es eso lo que quieres?

«Ella solo quiere un mundo mejor, maldito cabrón», pienso sin llegar a decirlo en voz alta. Andrés, impasible, se mantiene de rodillas, esperando cualquier oportunidad que surja para demostrar que esto no va a quedar así.

Las lágrimas acuden a los ojos de Toni y la mandíbula se le tensa. No está dispuesta a que la vea llorar, pero la dureza que siempre la ha caracterizado se volatiliza en cuestión de segundos, provocando que ese maldito hombre se ría en su cara, creyéndola débil y una simple cobarde.

—Vete a la mierda… —susurra su hija casi sin voz, encarando su mirada, mostrando un último resquicio de rabia—. No pienso

permitir que le hagas esto a Joana, jamás.

—Qué bonito, siempre tan protectora con ella. —Roberto le da dos palmaditas en la cara y se levanta dándole la espalda—. Una lástima que ya no puedas hacer nada.

Su padre se encoge de hombros y se gira dispuesto a largarse de aquí. Félix asiente, es la orden que necesita para quitarnos de en medio y, también, mi maldita oportunidad.

Hago un movimiento y libero mis manos, empuñando el cuchillo que he cogido del interior de mis botas en mitad de la charla, bastante discreto, pero lo suficientemente letal cuando cae en mis manos. Con rapidez, clavo el filo en su muslo y la sorpresa me da la oportunidad para enredar mis piernas con las suyas y tirarlo al suelo. El caos se desata en cuestión de segundos. Conrad hace un falso movimiento y Andrés lo aprovecha para arrastrar su cuerpo por el suelo y darle un puñetazo en el estómago, pero después de eso ya no veo nada. Mis actos se centran en acabar con la vida del hombre que me lo arrebató todo. La sangre borbotea de su herida poniendo el suelo perdido. Él se arrastra, intenta huir de mí, pero en cuanto lo miro a los ojos es consciente de que es demasiado tarde.

Fuera de aquí vuelven los disparos, algo me dice que estoy contra las cuerdas, sin embargo, eso no me detiene. A cambio, me pongo a horcajadas sobre la cintura de Félix y le cojo de las muñecas con fuerza haciendo presión en una herida que debe dolerle a rabiar. Sus ojos me suplican, los labios le tiemblan y aquí es cuando sonrío tan a placer que siento cómo la emoción me empieza a nublar la mirada.

—¿Creías que iba a dejarte ganar? —susurro, agachándome para que vea mis ojos más de cerca—. Durante años creí que eras increíble, pero enseguida me di cuenta de que no eras más que un ser egoísta dispuesto a lo que sea con tal de controlarlo todo, un puto perro que ahora… va a morir.

—¡Espera! —grita Félix, un arma se dispara y escucho romperse algo, varias astillas de madera llegan hasta mí rozándome

las mejillas y el cuello, pero ya nada me distrae—. Puedo dártelo todo, esta organización, mis contactos, ¡todo! Huye conmigo y tendrás la vida que siempre has querido.

Nuestras miradas chocan y parece que el tiempo se ralentice a nuestro alrededor. Soy consciente del significado, darle una oportunidad para distraerme y que el resto ataque, quizá tenga a más guardias escondidos por ahí llegando hasta nosotros; y por el sonido de los disparos supongo que es así, sin embargo, lo ignoro. Al segundo, es muy consciente de que no pienso ir con él e intenta zafarse de mi agarre, lo que ha olvidado es que yo siempre he sido mejor.

—¿Todavía no te acuerdas? Tú nunca me has ganado —digo saboreando la victoria. Sus ojos se abren como platos cuando empuño con fuerza el cuchillo y, sin más, lo hundo en su pecho.

Una, dos, tres veces. La sangre me salpica mientras él grita de dolor, despavorido, moviendo las manos como un loco, serpenteando en un suelo que se llena de muerte y lo abraza de la misma forma que las raíces de este lugar lo hicieron conmigo.

—Estamos en la segunda planta, despacho del fondo. —Me pongo en pie y veo a Andrés dar la orden, llevándose una de sus manos al oído. Después, me mira con odio y al observar a mi alrededor me doy cuenta de que Roberto ha desaparecido—. ¿Por qué coño has hecho eso? —recrimina.

Al segundo, se viene a por mí y lleva sus manos a mi ropa encarándome con rabia en un acto que Toni detiene poniéndose en medio, recibiendo por ello un puñetazo por parte de su compañero.

—Céntrate y vamos a por él —le pide con rabia, llevándose la mano a la mandíbula—. Me cago en la puta…

Mi mirada se dirige hacia Conrad, quien yace en el suelo con los ojos bien abiertos, pero ya sin vida. De su pecho sigue saliendo sangre después de haber recibido dos disparos, y aunque el odio por él me circula por las venas, soy consciente de que, después de todo, también era un peón de las acciones de Félix.

Varios agentes corren hacia dónde estamos y abren la puerta de una patada dándose cuenta de lo ocurrido. Uno de ellos mira a Andrés y parecen decirse algo, pero lo ignoro y enseguida me uno a la carrera de Toni para atrapar a su padre. Estoy desarmada, así que antes de salir busco cerca de Conrad y me hago con su pistola, siguiendo los pasos de una mujer que parece fuerte, hecha de roca pura. Sus ojos no desvelan ningún tipo de pesar por las acciones de un hombre que debió amarla en vez de destrozarle la vida, y aquí es cuando entiendo que camino tras la agente y no de la mujer que he conocido en las últimas semanas. La que daría cualquier cosa por proteger a su hermana, la que me salvó la vida renegando de sus lealtades, jugándose el pellejo, su carrera y cada una de las cosas que ha conocido.

Las instrucciones llegan y varios agentes se mueven por la casa buscando en muchas de las habitaciones que nos encontramos, pero cuando nos paramos en mitad del salón de la planta de abajo recuerdo un lugar en concreto: el almacén que hay al lado de la cocina, donde un pasillo lleva al garaje que hay al este del edificio. Era una zona de juegos para mí cuando era una niña y Félix fingía quererme, si es que lo hizo alguna vez de verdad.

—Hay que ir fuera, al este. Va a marcharse por la parte de atrás —anuncio, cogiendo a Toni del brazo.

Andrés se para en seco y me dirige una de esas miradas. La desconfianza baña toda su expresión, pero es ella quien toma el mando y asiente llevando la mano a su oído, recuerda la noche que estuvimos aquí, en la que un coche abandonó los terrenos por otra salida que no pudimos ver de cerca.

—Salid todos fuera, Roberto Ariza está a punto de abandonar la casa por el garaje que hay en la parte de atrás, que no se os escape.

Nuestros pies se mueven a la carrera a pesar de que no perdemos de vista lo que sucede a nuestro alrededor. Todos nos protegemos la espalda de posibles guardias y, al pisar la hierba que hay en esta zona, decenas de recuerdos se vienen a mi cabeza. La niña que creció en este centro de entrenamiento se sintió muy sola al

principio, pero los años pasaron y encontré un poco de paz y diversión dentro de toda esta locura. Adoraba ser el centro de atención, recibir sonrisas, buenas notas y alabanzas por un buen entrenamiento o al resolver los diferentes rompecabezas que se me ponían por delante. Recuerdo un momento en concreto, cuando un joven Félix me atrapó por la espalda y salió corriendo, conmigo en volandas, jugando como si fuera un hermano, ese que él mismo me había arrebatado.

El sonido de un motor llega hasta mí, los focos nublan mi mirada y detiene cada uno de esos recuerdos a la vez que imposibilita que vea lo que pasa. Los agentes rodean el vehículo y ordenan a Roberto que levanten las manos ante la atenta mirada de Andrés, quien apunta el fusil por si algo saliera mal.

«Todo ha terminado», me digo y, de repente, siento un enorme vacío en el pecho, como si me hubieran arrebatado la vida que conozco de golpe. Mis brazos caen a cada lado del cuerpo y doy una bocanada de aire que me enfría por dentro, pero no vuelvo a la realidad hasta que alguien pone sus manos en mis mejillas y me obliga a abrir los ojos.

—Tienes que irte —advierte Toni, echando un rápido vistazo a su espalda. Andrés se acaba de unir a los agentes que han atrapado a su padre y veo cómo susurra con el mismo de antes. No sé por qué me cuesta tanto reaccionar, pero acabo haciéndolo cuando ella me mueve —. Irma, vete.

—¿Y qué pasa con…? —Quiero decir un «contigo» que se me queda estancado en la garganta.

Ella sonríe en un gesto apenas perceptible, acaricia mi cuello con los dedos de su mano derecha y entonces dice:

—Estaré bien.

La promesa abandona sus labios con rapidez, la misma con la que yo giro sobre mis pasos y echo a correr. Toni es consciente de que sé moverme por este lugar, por lo tanto, me deja marchar sin más. Hay un segundo en el que la respiración se me corta y otros más tarde oigo gritos a mi espalda, pero ya no miro atrás.

Acabo de despedirme del ayer.

# 43

## TONI

*Sede del CNI, Madrid*
*Miércoles, 5 de junio de 2024*

Clavo los ojos en el reflejo sobre el espejo, donde veo a una mujer que parece haber luchado un millón de batallas. El cansancio se evidencia en mis ojos, con los párpados amoratados y una mirada apagada que no ha vuelto a recuperar su brillo habitual. Amar con fiereza este trabajo me ha dado muchas cosas a lo largo de los años, pero también se ha llevado consigo cosas que nunca voy a recuperar. Una vida distinta que podría haber elegido de no ser porque mi padre siempre tuvo claro qué hacer conmigo, prácticamente desde mi nacimiento.

El pensamiento cruza mi mente con crueldad, dejándome con una sensación de vacío con la que suspiro mientras llevo las manos al cuello de la camisa para cerrar el último botón y pasar los dedos por las pocas arrugas que han quedado del atuendo formal. Me pongo la chaqueta del traje de dos piezas y después recojo mi pelo en una coleta con la que suelto algunos mechones de mi flequillo. Tengo diez minutos para pensar en lo que voy a decirle a Carmen una vez que la tenga delante, el por qué dejé escapar a una asesina buscada sin darle a la agencia la oportunidad de aprovechar el gran activo que es. Durante días, al mirarla a los ojos supe que escondía algo, que en su interior habitaba una niña a la que encerraron, quitándole la oportunidad de cumplir posibles sueños que afloraban en su corazón; pero no fue hasta verme en esa situación que me di cuenta de lo parecidas que somos Irma y yo.

Las dos entrenadas para enfrentarnos, para cumplir las órdenes de gente poderosa, hombres cuyo único objetivo siempre ha sido engrandecer su maldito ego.

«¿Qué es lo que quieres, Toni? ¿Reconocimiento? ¿Que te aplaudan cuando vuelvas a Madrid? ¿La gloria que nunca te has

merecido, es eso lo que quieres?», las palabras de mi padre vuelven a clavarme un puñal directo al corazón, dejándome con la garganta seca y los dedos temblándome por la maldita frustración que sigue atormentándome por dentro.

—Puedes hacerlo, tienes que hacerlo —me susurro frente al espejo, abriendo el grifo y mojando mis dedos para llevarlos al cuello y refrescarme un poco.

Tras la huida de Irma, Andrés se puso como un loco y ordenó a una unidad buscarla dentro del edificio y por los alrededores, pero después de una hora comprendió que no la encontrarían. No pude culparle cuando desató el enfado contra mí, él jamás prometió que la protegería, nunca me dijo que no la entregaría al CNI, simplemente se unió a la misión para cubrir mi espalda, para ser un compañero que probablemente ya no quiera trabajar más conmigo.

«Lo que has hecho es ir en contra de lo que juraste proteger, ¡ella es una asesina!, una criminal buscada por toda Europa y tú has traicionado el mundo que conocemos», espetó golpeándome con el índice en el hombro y, después de eso, no hemos vuelto a hablar. Ni tras entregar a mi padre a la Policía Federal Alemana ni en nuestra vuelta a Madrid.

El pasillo se hace largo bajo mis pies, aunque lo atravieso con seguridad a pesar de que aprieto las manos, intentando recoger fuerzas de las paredes que me han visto crecer como agente y persona durante los últimos años. A ambos lados me encuentro con salas y despachos donde muchos compañeros trabajan sumamente concentrados, analizando y trabajando con información que podría salvar al país de cualquier acto terrorista o grupos como Los Cuatro, con sus fieros deseos por destruir lo que conocemos.

A mitad de recorrido veo la puerta negra que me separa de Carmen y cuando esta se abre, Andrés sale con cara de pocos amigos. Abro la boca para decirle algo, pero él pasa por mi lado y me da un golpe que me duele menos que su silencio. Supongo que esto también es una de las consecuencias de este trabajo. Como Max, él también quiso ser notable, dejar claro sobre la mesa su lealtad y conseguir una

gloria que yo jamás he querido.

—Agente Ariza, pasa por favor. —Carmen sonríe desde la distancia y me invita a entrar y a cerrar la puerta.

En ningún momento pierde la simpatía o se muestra fría cuando viene hacia mí para entregarme la mano en un saludo que me pone los pelos de punta. «Al menos estamos solas y no con un séquito de agentes dispuestos a llevarme entre rejas», el pensamiento irónico me da un escalofrío que sube por toda mi espalda erizándome la piel.

—Quería darte las gracias —me animo a decir—, por lo que has hecho estos días, por creer en mí y proteger a quien más quiero.

—Debo reconocer que al principio me pareció una locura, pero llevo años con la idea de que el director no tenía sus lealtades muy claras. Tanto control, tanto poder… Ya sabes cómo es esto, a veces la intuición habla por nosotros y la falta de pruebas hace que desechemos tales imaginaciones, hasta que hablaste conmigo. —Carmen se encoge de hombros y se acaricia las manos girando sobre sus pasos para echar un vistazo a la ciudad a través de las ventanas—. Siempre supe que la elección de Javier como supervisor no tuvo nada que ver con política o sus logros personales, no todo el mundo tiene lo que hay que tener para desempeñar este trabajo, para saber elegir con firmeza, ¿verdad?

Me mira fijamente y sé perfectamente por dónde va. Se pone firme y, a pesar de que la conozco de hace muchos años, no logro descifrar lo que opinan sus ojos.

—Sobre eso… —Las dudas acuden a mí en enjambre, alterando mi respiración.

Pierdo parte de la fuerza que siempre me ha caracterizado como agente, hasta noto cómo me cuesta respirar. Me he jugado la vida por eso, pero hasta yo sé que una pequeña acción como dejar ir a Irma, lo va a costar todo.

—Entiendo por qué lo hiciste, has sido leal a tu palabra —apunta Carmen, con una tranquilidad que me deja con la boca abierta—. Al agente Herranz no le ha gustado mucho que te diera la razón,

supongo que le puede ese lado coherente en algunas ocasiones. Él es de blanco o negro, pero en este mundo también hay muchos grises. Aunque deberemos tenerla vigilada hasta conseguir su perdón, Irma Carver cumplió una promesa merecedora de esa libertad, nos llevó hasta la cabeza de una organización que tenía importantes aliados. Debió de ser un golpe duro para ti —comenta en referencia a mi padre —. Nunca esperé que hiciera algo así, siempre desempeñó un gran papel como agente clandestino, pero no quiero que pienses que mi trabajo contigo ha sido mentira. Si me hubieran dado la oportunidad, también te habría buscado.

Es la primera vez que noto cierta emoción en la mirada de Carmen, casi como si fuera una madre, orgullosa de la persona que tiene delante, algo que mi propio padre jamás verá de esa manera. Se me remueven un montón de sentimientos, pero la verdad es que no soy capaz de descifrar ninguno con claridad. Siempre he tenido muy claro como es este trabajo, después de todo yo también he mentido a mi hermana y a las personas con las que me cruzo a diario, así que me encojo de hombros y suspiro, para dar la mano a la que ha sido mi superior durante muchos años.

—Supongo que esto es una despedida —digo con decisión, consciente de mis actos y también con las ganas presentes de cerrar la puerta y de renegar de una vida que me ha llegado a condenar.

También pienso en Andrés y en la posibilidad de que él fuera quien nos persiguió en moto por Berlín, y estoy segura de que mi intuición no se equivoca. Otro motivo más para dejar esta vida atrás.

Carmen estrecha mi mano con fuerza y pone la otra encima, agarrándola con orgullo, dándome las gracias con la mirada. Trago saliva y siento un nudo en la garganta. Aunque me cuesta dar el primer paso, afirmo y me despido de estas cuatro paredes echando un vistazo más allá de las ventanas, dispuesta a marcharme en silencio, hasta que ella vuelve a hablar.

—En realidad me gustaría que te quedaras y contar contigo para algo importante. —La sorpresa se presenta en mi expresión y noto un ligero cosquilleo subir por mi espalda. La confianza que ella

siempre me ha otorgado hace que tenga ganas de saber más, pero no soy capaz de preguntar. No sé si quiero hacerlo, y ella se da cuenta—. Te llegará un paquete a casa con toda la información. Solo espero que al menos, lo consideres, agente Ariza.

Tras dedicarme una sonrisa, vuelve a estrechar mi mano y me da un abrazo inesperado. Después, camina conmigo hasta la salida dejándome con la incógnita de qué pasara.

***

—En el instituto no paran de hablar de lo que ha hecho, ha salido en todas las noticias y no sé qué hacer para…

—Tú no tienes la culpa de sus actos —interrumpo, viendo cómo los ojos de Joana se empañan en lágrimas. Enseguida, la encierro entre mis brazos e intento calmarla, transmitiéndole una fortaleza que he tenido que recoger de todas partes con tal de no romperme frente a ella. Dios, deseo tanto poder decirle toda la verdad que me duele poner las manos sobre sus hombros y seguir ocultándole tantas cosas—. Por desgracia, no podemos elegir a nuestros padres, pero sí actuar sobre nuestras vidas y hoy es un gran día para ti. Quiero que lo disfrutes, que seas consciente de tus logros.

Las noticias solo han transmitido su participación en un caso de corrupción, nada que ver con la realidad, pero eso ha sido suficiente para partir el corazón de Joana.

Estamos a pocos metros de la Ciudad Deportiva de Valdebebas, listas para reunirnos con su nuevo agente, el cual está dispuesto a impulsar su carrera deportiva después de que varios ojeadores quieran ficharla para los primeros equipos de varios clubes. A pesar de no haber dormido nada —por los nervios y la bomba que estalló en televisión hace unas pocas horas—, asiente y tira las emociones fuera sacudiendo los brazos, mirando atrás.

Su madre nos espera y me sonríe con calma, pero con la cabeza bien alta. Como yo, sabe que tiene que ser fuerte por su hija y lo

demostramos en cuanto vamos con ella y me saluda con un fuerte abrazo.

—Espero que hayas estado bien, te hemos echado de menos —confiesa ella, y la creo porque soy capaz de verlo en sus ojos. Después, tira el aire que lleva en sus pulmones y sonríe—. ¿Soy yo la única que está de los nervios? Porque esto va a ser…

—Muy grande —afirmo y nos echamos a reír—. No, no eres la única, estoy deseando escuchar lo que tu nuevo agente tiene que decir, seguro que vas a tener un futuro brillante.

—Pero nada de dejar los estudios —amenaza su madre y, por primera vez en minutos, Joana pone los ojos en blanco.

Las oficinas están en los edificios que forman el eje central de los diferentes campos de entrenamiento y en cuanto el reloj marca que faltan cinco minutos para la reunión, entramos decididas, pero hay algo que detiene mis pasos; apoyo mi mano en la puerta de metal, dejando que Joana y su madre avancen.

Al mirar atrás, espero encontrarme con Irma y su mirada oculta bajo la visera de una gorra. Una débil sonrisa acude a mis labios y suspiro, recordando cómo me puso los pelos de punta cuando apareció aquí como si nada. Qué ignorante fui al creer que no caería en sus encantos, que nunca vería en ella a una mujer digna de… querer conocer.

—Toni, ¿estás bien? —La voz de Joana llega hasta mí, sacándome de un embrujo que vuelve a dejarme con los pelos de punta y una increíble sensación en la boca del estómago.

—Sí, vamos —aclaro, corro hacia ella y paso un brazo alrededor de sus hombros con las ganas de centrarme en su futuro.

No por cualquiera iba a vestirme tan bien.

Aunque una parte de mí siga en Berlín, en el último segundo que miré a Irma fui consciente de nuestra realidad, deseando que nuestras vidas sean distintas y con la pequeña esperanza de que algún día este mundo nos dé la oportunidad de volvernos a encontrar.

# EPÍLOGO

## IRMA

*Parque de El Retiro, Madrid*
*Tres meses después*

«Nos vemos donde nuestro primer beso». Hace dos horas que he enviado el mensaje y no paro de repetir esas palabras en mi cabeza. Al verano no le queda mucho para terminar y tengo que reconocer que este ha sido uno de los más duros de mi vida. Después de acabar con Félix, me pasé las siguientes semanas viajando por distintos puntos de Europa huyendo de las autoridades y convirtiéndome en una sombra con tal de que ni los buenos ni los malos dieran conmigo. Sentenciar a Los Cuatro tuvo las consecuencias que ya esperaba y muchos se enfadaron por haber perdido sus activos y grandes cantidades de dinero por las que también pusieron precio a mi cabeza.

A parte de los que conocíamos, varios cabecillas de otras organizaciones y agencias, también formaban parte de ese pequeño grupo dispuesto a cambiar el mundo del espionaje. Y ahora siento una enorme paz, aunque sepa que el final de una guerra puede dar paso a otra peor.

Llegar hasta aquí ha sido una odisea, un camino de espinas por el que he sangrado, pero que también me ha dado la oportunidad de conocer otro tipo de vida, sintiéndome libre —aunque fuera perseguida— y decidiendo sobre cada uno de mis pasos. La piel se me eriza al ver a una pareja caminar tranquilamente delante de mí y no puedo evitar tensarme un poco, por miedo a que no sean unos visitantes cualesquiera. Sin embargo, terminan por pasar de largo, y eso me da la oportunidad de respirar.

—Cálmate, no todos van a querer acabar contigo —musito, en un tono tan bajo que casi no puedo escucharme.

Aunque hay alguien que sí consigue hacerlo.

—Ese placer debería de ser mío. —Escucharla a mi espalda me hace sonreír como una tonta, y enseguida cada uno de mis músculos

se tensan en una deliciosa sensación que me pica en la boca del estómago.

Cuando me giro, veo que Toni está muy cambiada, lleva un flequillo que cae sobre su frente elegante dándole un aspecto serio, igual de impactante que cuando la conocí, pero quizás algo más… vivo.

—Pensé que no vendrías —reconozco, soltando el agarre de mis manos para aligerar el peso que los nervios producen sobre mis hombros.

—Eso es porque todavía no me conoces.

No me da tiempo a responder porque en cuanto da un paso, se lanza a por mí y me besa, dejándome claro cuánto me ha echado de menos. Tanto como yo a ella, cada uno de los días y noches que hemos pasado lejos, enviándonos mensajes cifrados que nunca fueron suficientes, haciendo llamadas con terminales que las dos desechábamos nada más terminar de hablar. Se me escapa un gemido de placer y ella se ríe sobre mis labios, con ese orgullo que siempre le ha caracterizado. Poniéndome los pelos de punta y dándome ganas de hacérselo pagar.

—Cualquiera diría que estás muy feliz de verme —digo con ese aire de superioridad fingido que siempre le ha gustado—. ¿Has tenido algún problema para llegar?

—Para nada, hace tiempo que ya no vigilan mis pasos.

—¿Ni Andrés? —Toni niega y su semblante se entristece un poco.

—Ya no hemos vuelto a hablar —admite con la pesadumbre tiñendo el tono de su voz, pero enseguida se repone y es capaz de mirarme a los ojos siendo la Toni Ariza que me impactó aquella noche en el club—. Y creo que es lo mejor, tenemos visiones distintas de lo que significa la lealtad.

Que lo diga de esa forma pone un cosquilleo en mi estómago y me hace sentir bien, importante, tan agradecida que no estoy segura de poder encontrar las palabras adecuadas para hacérselo saber.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco he tenido contacto con Diana durante estos meses.

—¿Cómo está? —El interés de Toni es verdadero, veo preocupación en su semblante y cierta sensación de tristeza que invade sus ojos.

—Según sé, está mejor. Después de lo de Max, se fue a vivir con sus padres, cambió de puesto de trabajo y ha ido poco a poco. Fue un palo gordo para ella descubrir que su marido también llevaba una vida secreta, no sé si le hizo más daño la mentira o su propia muerte —suspiro y me muerdo el labio inferior. Recuerdo perfectamente mi llegada a Berlín horas antes de desaparecer para siempre, mirándola a los ojos y pidiendo perdón a la que siempre he considerado una buena amiga—. Quisiera ir a verla, pero sería ponerla en peligro y también a mí.

—Lo siento mucho… —Toni da un paso y me abraza con fuerza, acariciando mi espalda con las manos, dándome ese consuelo que no he podido tener durante estas semanas a pesar de haber podido escuchar su voz.

Nos han separado kilómetros de distancia y husos horarios, pero cuando se separa y la miro a los ojos, siento que no habrá nada que pueda alejarme realmente de ella. Salvo una cosa que me arranca otro suspiro y las ganas de morir para volver a empezar, por si acaso la vida me da la oportunidad de regresar a ella sin la necesidad de tener que estar vigilando mi espalda.

La soledad nos rodea, aquí no existe nada más que el latido de nuestros corazones y quiero acogerme a ello, aunque sea por unos minutos, hasta que rescatemos otro fragmento de tiempo para poder estar juntas antes de… volver a huir.

—Entonces seguimos siendo enemigas —titubeo, dejando ver parte de la decepción que eso me produce, porque una parte de mi esperaba que dejara de trabajar para el CNI.

Toni sonríe en un gesto apenas perceptible, ya sé, no tiene forma con la que justificar no haberlos dejado. Está claro que la culpa

es mía por pensar que ella también abandonaría la idea de seguir dando su tiempo, vida y servicio a una agencia que tiene muchos agujeros negros. «Supongo que habrá encontrado algo bueno dentro de tanto caos», me digo, y la frustración me escuece la mirada.

El silencio se vuelve tenso y ella agacha la vista, negando antes de mirarme otra vez. «Seguro que se va a despedir de mí, para siempre».

—Ya no lo somos —suelta repentinamente y las palabras me impactan tanto que creo no haberla escuchado.

—¿Qué…? —pregunto con la voz atascada en mi garganta.

—Que eres libre, Irma Carver. —Ella se acerca y me besa, llevando las manos a mi cuello y quedándose ahí unos cuantos segundos disfrutando de esta cercanía—. Te has ganado con creces el perdón de esta y del resto de agencias.

—Pero, ¿cómo…? —Dios, no soy capaz ni de decir una frase entera y siento que mis piernas están a punto de perder el equilibrio.

«¿Estaré soñando?», me digo totalmente impactada.

—Carmen y yo investigamos lo ocurrido con tu familia, elaboramos una buena cantidad de informes para demostrar que Félix te estuvo manipulando, que no tuviste opción y supongo que lo que pasó con mi padre también le entregó bastante validez. Tienes el perdón presidencial, una nueva oportunidad para dejarlo todo atrás sin que te vean como un peligro, crearte un nombre y ser la mujer que desees. —Toni se encoge de hombros y me baja a esta maravillosa realidad con la caricia de sus dedos en mi mejilla—. Así que tendrás que pensar qué es lo que quieres hacer a partir de ahora. Pero nada de jugártela —advierte al final.

Su amenaza me resulta adorable, magnífica. Estoy a punto de llorar y Toni muestra la misma emoción con otro abrazo que revoluciona mi corazón.

En la lejanía veo a un grupo de chicos riendo, paseando por El Retiro como deben hacer cada fin de semana y eso me dan ganas de algo que nunca nos hemos podido permitir. Todavía no digo nada,

cojo a Toni de la mano y entrelazo nuestros dedos señalando hacia ellos con la cabeza revelando mi primer deseo.

—Lo pensaremos juntas —digo con voz emocionada, a punto de derramar cada una de las lágrimas que han acudido a mis ojos—. Pero ahora, ¿qué te parece si me llevas a dar una vuelta por el parque y me cuentas qué tal le ha ido a mi jugadora favorita?

Toni ríe y afirma al referirme a Joana, jugadora del primer equipo del Real Madrid Femenino, alguien a quien estoy deseando conocer más a fondo. Aunque ahora lo único que me interesa es empezar a ser una persona normal, una mujer que sale por ahí con la chica que quiere conocer.

# AGRADECIMIENTOS

A mis lectores, por estar siempre presentes en el proceso creativo y seguir leyendo cada una de mis historias. A los que dan un granito de arena para inspirarme sin descanso. A cada uno de mis personajes, por hacerme crecer cada día más como autora.

Gracias a todas las personas que me acompañan en este proceso. A mi correctora, Rocío, por tus consejos, ánimo y tu ayuda para hacerme mejorar. A Verónica, mi mujer, y también quien pone cara a estas novelas.


*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de* ***Amazon*** *o* ***Goodreads****.*
*Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.*

# SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer en Amazon todas mis novelas publicadas hasta **2024**.

*Verde entre las flores.*
*Flores en nuestro camino.*
*Los puentes que nos unen.*

*Quiero ser tu canción.*
*Quiero ser tu estrella.*

*La obra de Ictero.*
*Las voces perdidas.*
*El final del engaño.*

*La cosmonauta: Ciudad perdida.*
*La Caída.*

*Siempre soñé contigo.*

# ÍNDICE